



EDICIÓN DE  
**MICHAEL SIMS**

# **DETECTIVES VICTORIANAS**

**LAS PIONERAS DE LA NOVELA POLICIACA**



**Lectulandia**

En los últimos años de la era victoriana, la opinión pública británica estaba fascinada —¡y preocupada!— por esa sospechosa figura conocida como la nueva mujer. Montaba en bicicleta, conducía esos peligrosos automóviles y no le gustaba en absoluto que le dijeran lo que tenía que hacer. También en la novela policiaca, estas mujeres rompían todas las reglas: en lugar de asistir a recepciones para tomar el té y conversar sobre las últimas tendencias de la moda, estas detectives pioneras preferían perseguir a un sospechoso bajo la espesa niebla de Londres, tomar ellas mismas las huellas dactilares a un cadáver o, incluso, cometer algún delito menor para así resolver un caso especialmente difícil.

Esta antología reúne por primera vez a las más grandes luchadoras contra el crimen de la época —y también a algunas selectas delincuentes—, como Loveday Brooke, Dorcas Dene o Lady Molly, predecesoras de las modernas damas del crimen. Relatos inteligentes, dinámicos y extremadamente divertidos, de mujeres que, por fortuna, se negaron a ocupar el estrecho lugar que la sociedad les tenía reservado.

**Lectulandia**

AA. VV.

# **Detectives victorianas**

ePub r1.0

Titivillus 10.06.2018

AA. VV., 2017

Traducción: Laura Salas Rodríguez

Portada: North Wind Picture Archives / Alamy Stock Photo

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Edición de  
Michael Sims

**DETECTIVES VICTORIANAS**  
LAS PIONERAS DE LA NOVELA POLICIACA

Traducción del inglés de  
Laura Salas Rodríguez



## Agradecimientos

Quiero expresar de nuevo mi agradecimiento al admirable equipo de Penguin Classics, con quien ha sido un verdadero placer colaborar, y que incluso me envió paquetes de libros y de galletas mientras me recuperaba de un accidente de coche. Quiero darles las gracias a la directora editorial Elda Rotor, que es servicial y paciente y viste siempre unos colores estupendos; a su intrépida ayudante con vista de lince, Lorie Napolitano; a la directora de publicidad, Maureen Donnelly; a las publicistas Meghan Fallon y Courtney Allison; a Bennett Petrone, director adjunto de publicidad; a la diseñadora de portadas Jaya Miceli, y a la editora de mesa Jennifer Tait.

Aprovecho la oportunidad para agradecerle a Elizabeth Carolyn Miller, profesora adjunta de Lengua Inglesa en la Universidad de California en Davis, su generosidad al proporcionarme ejemplares de sus perspicaces artículos, así como las observaciones realizadas tanto a mi introducción a este volumen como a la introducción incluida en la edición de Penguin de la novela de Anna Katharine Green *El caso Leavenworth* (gracias también por el té en la Modern Language Association). Gracias además a Arlene Young, profesora adjunta de Lengua Inglesa en la Universidad de Manitoba, por sus observaciones y consejos, y por su generosidad al enviarme su propio artículo. Varias personas más me proporcionaron fuentes, sugirieron autores o libros, conversaron conmigo sobre algún tema o ayudaron de alguna otra manera desinteresada: Jon Erickson, Michele Flynn, Collier Goodlett, Michele B. Slung, John Spurlock, Art Taylor y Mark Wait. Karissa Kilgore volvió a demostrar su incalculable valía. Mi eterna gratitud también para la plantilla de la biblioteca de Greensburg Hempfield Area, especialmente para Cindy Dull y Linda Matey, extraordinarias detectives de libros, y para el director de la biblioteca (y buen amigo) Cesare Muccari. Y, como siempre, mi agradecimiento a Laura Sloan Patterson, mi esposa, estudiosa literaria en plantilla y la compañera de viajes más divertida que podría imaginar. Habría sido una gran detective, pero me alegro de que en lugar de ello se dedicase a la enseñanza.

## Vigilancia en la intimidad

«El lector comprenderá que la mujer detective cuenta con muchas más oportunidades que el hombre para vigilar en la intimidad, y para seguir de cerca asuntos en los que un hombre no podría fisgar a su antojo».

Señora G., en *The Female Detective* (1864)

Un aspecto de la época victoriana que cautivaba y estimulaba a muchos de sus escritores de ficción era el caótico barullo de las calles de Londres. Las multitudes no solo incluían damas tocadas de veludillo y plumas paseando del brazo de hombres con chaleco y chistera, sino también a los miembros de las clases inferiores. Las pujantes hordas incluían limpiabotas y deshollinadores, arrapiezos que vendían bastas cajitas de fósforos, afiladores envueltos en el zumbido de la piedra de afilar y el suavizador. Además de empresarios ambulantes que pregonaban la venta de cualquier cosa, desde poemas hasta cachorros, pasando por el objeto que encierra la quintaesencia inglesa aún hoy en día: el paraguas. Los músicos callejeros cantaban o tocaban el violín con la gorra delante; había quienes vendían limonada, pasteles y leche tan fresca que a veces aún estaba caliente. Los carruajes y las bicicletas transitaban entre los peatones mientras los trenes cercanos escupían humo.

No es de extrañar que tales multitudes atrajeran a todo tipo de carteristas y rateros. En la calle podía darse cualquier delito: desde el «palo» orquestado por un trío de carteristas hasta la brutal pedrada al escaparate. Las casas particulares, ya fueran mansiones o habitaciones alquiladas, eran menos seguras que ahora, y recorrer de noche los callejones no era recomendable para los corazones delicados. Desvalijamientos, robos a mano armada, asaltos, asesinatos, infanticidios, violencia conyugal, crímenes motivados por el odio racial: uno podía encontrar cualquier depravación que se le antojase. Era una época muy parecida a la nuestra.

Desde las primeras muestras del género, el bullicio urbano fue el telón de fondo de la mayor parte de la ficción detectivesca, como demuestran muchos de los relatos de la presente antología. A pesar de que algunos tienen lugar en los Estados Unidos, la mayor parte se desarrolla en Inglaterra, de ahí que use el término «victorianas» en el título de la antología. La progresión cronológica de los relatos se extiende hasta la Primera Guerra Mundial. Dicho margen nos da la oportunidad de ver cómo cambiaron los tiempos en la generación que siguió a la muerte de la reina Victoria. Durante los dos tercios del siglo XIX que duró su reinado nació el relato de detectives y comenzó sus alborotadas andanzas hasta alcanzar la madurez, o al menos el estado de adulto joven. En nuestros días pensamos en los sabuesos famosos paseando por las



calles abarrotadas de Londres, Nueva York o París, y es cierto que desde su concepción la historia de detectives fue mayoritariamente un arte urbano. A pesar de que todas las detectives se internan también en el medio rural, Loveday Brooke, Dorcas Dene y sus compañeras, al igual que Sherlock Holmes o Martin Hewitt —o al igual que Philip Marlowe y Cordelia Grey después— sitúan su cuartel general y operan sobre todo en ciudades.

Ahora podemos volver a nuestra escena multitudinaria del comienzo, con los ladrones desplumando a los inocentes, y recuperar una reconfortante sensación de orden al poner detectives tras la pista de los malhechores. Pero ¡un momento! El escenario es real, pero los sabuesos pertenecen a la ficción. Llamo la atención sobre este punto, en apariencia obvio, por un motivo. La mayoría de nosotros, incluso los admiradores de la ficción detectivesca victoriana, sabemos poco sobre el trabajo de investigación real de aquella época. Antes de sacar a escena a las valientes e ingeniosas mujeres que esperan entre bastidores, echemos un breve vistazo a sus coetáneas de la vida real para ver hasta qué punto la ficción de aquellas páginas se parecía a la realidad. Muchas de las detectives de esta antología tienen un curioso rasgo en común: la policía las tiene contratadas, o al menos las consulta. Solo tras echar una mirada a su contexto histórico se puede atestiguar la naturaleza revolucionaria del debut de las detectives de ficción. La primera vez que sentí el impulso de editar esta antología fue tras descubrir lo pronto que surgieron las detectives en el género.

Si nos remontamos a la génesis de la labor policial moderna, nos daremos de bruces con un escritor (muy apropiado para un género que siempre ha entretejido los hechos con la ficción). En 1749, el mismo año en que publicó su novela picaresca *Tom Jones*, el novelista inglés Henry Fielding fundó una organización que recibiría el nombre de Bow Street Runners («los corredores de Bow Street»). Los *runners* trabajaban fuera de la oficina en la que Fielding ejercía de magistrado en Londres, situada en Bow Street; corrían de un lado a otro para arrestar a delincuentes y repartir citaciones o mandatos judiciales. Al principio había solo ocho *runners*. A pesar de que en algunos aspectos se parecían más a detectives privados que a nuestra idea contemporánea de policías, muchos historiadores los consideran el primer cuerpo policial moderno. Su sueldo salía de fondos gubernamentales asignados de modo específico a dicho efecto; ese tipo de pago los diferencia de sus ancestros jurídicos. Antes de los *runners*, muchas víctimas de delitos solo podían recurrir a «cazabandidos». Estos personajes sombríos no eran exactamente cazarrecompensas (que en su mayor parte recibían el pago de fiadores judiciales); los cazabandidos quedaban normalmente a disposición de las escasas víctimas que podían permitirse sus servicios. Como es natural, ese tipo de tratos se prestaba a las estafas. De hecho, algunos cazabandidos actuaban como intermediarios: devolvían artículos que habían robado sus compañeros.

Lo que hacía falta era un departamento oficial de policía, a pesar de que una institución así también fuera un caldo de cultivo para la corrupción. En 1829, ocho años antes de que diese comienzo el reinado de Victoria, el Parlamento aprobó la Ley de la Policía Metropolitana, que reemplazaba el tejido de vigilantes y guardias parroquiales por una fuerza razonablemente organizada. Pronto Londres presenció cómo una nueva figura caminaba por sus calles con audacia. Aquellos guardias imponían con su aspecto: altos, robustos, vestidos con sombrero de copa azul y frac para diferenciarlos lo más posible de los soldados ataviados de rojo con cascos de metal que a menudo habían servido de policía militar en la calle. Iban armados solo con una porra de madera y unas esposas. Al principio llevaban una carraca de madera para llamar a otros oficiales, pero resultó que abultaba demasiado y no hacía suficiente ruido; la sustituyeron por un silbato. Como el impulsor de la fuerza policial fue el célebre ministro de Interior Robert Peel, sus agentes recibieron el apodo de *peelers* en Irlanda y de *bobbies* en Inglaterra. Peel había alcanzado la fama al poner en marcha la Royal Irish Constabulary o Policía Real Irlandesa cuando ejercía como secretario principal en Irlanda, cargo que apuntaba al objetivo de mantener el «orden» —tal y como lo definía, recordémoslo, la fuerza inglesa de ocupación—.

Una década después de la fundación del cuerpo de los *bobbies*, los Bow Street Runners habían desaparecido. Pero los *bobbies* habían llegado para impedir delitos o para darles una respuesta inmediata, no para solucionarlos. No eran detectives. Hasta 1842 no hubo un departamento de detectives —el antepasado del CID, Departamento de Investigación Criminal, que aún existe en Inglaterra— para descifrar las pistas e investigar los crímenes descubiertos o interceptados por los oficiales uniformados.

Por supuesto, las mujeres brillaban por su ausencia en el nuevo departamento de detectives. Hasta 1883, cuatro décadas más tarde, no comenzaron las mujeres a ejercer la tarea policial menos cualificada: registrar a las prisioneras en el momento del arresto. En 1905 se contrató a una mujer en un cargo que parecía combinar los quehaceres de vigilante de absentismo escolar, celadora de prisiones y asesora legal. La policía londinense no contrató a la primera agente hasta 1918. Y en 1924 el Comité Central Conjunto de la Federación Policial de Inglaterra y Gales declaró públicamente su oposición a tal idea: «La naturaleza misma de las tareas de un agente de policía va en contra de lo mejor y más esencial de la mujer [...] es un trabajo solo para hombres». A los ojos de la Administración el trabajo de las mujeres a la hora de aplicar la ley podía incluir tragedias domésticas como violencia conyugal y prostitución infantil, pero el robo y el homicidio siguieron siendo durante muchos años competencia únicamente masculina.

La existencia de los glamurosos ladrones de joyas y asesinos de la alta sociedad que aparecen en estas páginas ha pertenecido siempre sobre todo a la ficción y a mundos inventados en los que podían ocurrir otras cosas extrañas. «La representación de una mujer que se ocupase de investigar durante el siglo XIX», escribe Joseph A. Kestner, «constituía una absoluta fantasía de empoderamiento femenino». Era una

fantasía porque la ficción iba décadas por delante de la realidad. Los primeros relatos de mujeres detectives aparecieron a principios de 1860. No doy un año preciso porque los críticos no están seguros. No se ponen de acuerdo en si W. S. Hayward publicó de modo anónimo *Revelations of a Lady Detective* en 1864 o si la edición de 1864 era una reimpresión de una edición de 1861 que apenas se menciona y que por lo demás es desconocida. De dicha antología, sea cual sea su fecha de nacimiento, sale un gran relato, «La condesa misteriosa», que encontrarán en este volumen. Lo que sí se sabe es que corría 1864 cuando Andrew Forrester publicó *The Female Detective*, de donde procede el relato más extenso de esta antología: una extraordinaria narración titulada «El arma desconocida». Ambas historias presentan a las primeras investigadoras profesionales dedicadas diligentemente a su carrera. Hay momentos en que la literatura va tan por delante de su tiempo que parece casi ciencia ficción. Ni siquiera el submarino eléctrico del capitán Nemo en *Veinte mil leguas de viaje submarino* era más futurista que la representación de las «damas» detectives que encontrarán en las páginas siguientes.

¿Por qué surgieron los personajes femeninos en los relatos de misterio varias décadas antes de su aparición en el mundo real? Lo más seguro es que cada uno de los autores tuviese una razón diferente para decidir escribir sobre una protagonista femenina. «Que tantos escritores hombres [...] creasen detectives mujeres quizá hable de sus simpatías feministas», escribe Laura Marcus, «pero también indica que los personajes femeninos facilitaban tipos específicos de trabajo detectivesco y de narrativa de misterio». Independientemente de la sensibilidad progresista de los autores, la creación de una detective proporcionaba de inmediato un número de posibilidades narrativas que no estaban disponibles para los protagonistas masculinos, al hilo de lo que sugiere el título de esta introducción. A veces, lo único que tenía que hacer una detective para observar era permanecer callada y dejarse llevar por las autoritarias suposiciones de los hombres partícipes en el caso (entre las que se contaba la escasísima fe en su inteligencia y su valentía). Una detective se fijaría en pistas distintas y franquearía puertas que no se le abrirían a su equivalente masculino. Podía disfrazarse y pasar más desapercibida que el cartero de la famosa historia de «El hombre invisible», escrita por G. K. Chesterton y protagonizada por el Padre Brown. Aunque muchas de las heroínas de esta antología recurren al disfraz, a Loveday Brooke se le da especialmente bien convertirse en doncella o gobernanta en cuya presencia no se repara, colocándose en una posición que le permite vigilar en la intimidad.

Como observarán en estos relatos, una de las preguntas más importantes que plantean los escritores es cómo la protagonista se ve en situación de ejercer una profesión tan poco femenina. Dorcas Dene comienza como actriz y entra en el mundo de la investigación solo después de que su marido pintor pierda la vista y, con ella, la capacidad para mantenerla; Violet Strange, joven de mundo, necesita dinero para ayudar en secreto a una hermana repudiada; el marido de la señora Paschal muere y la

deja en la ruina. De este modo los lectores escandalizados podían ver las transgresiones de las normas victorianas que realizan estas mujeres como nobles esfuerzos heroicos para preservar la sacrosanta familia.

La frase «historia de detectives victoriana» aviva en mi mente una imagen particular. Se trata de la vieja escena de Sherlock Holmes: noche londinense, abundante niebla sobre el Támesis y las ruedas de un cabriolé repiqueteando sobre el empedrado. No me parece que pierda poder de evocación por ser un cliché. Disfruto de la textura de la época y, en sus mejores ejemplos, de su lenguaje preciso y vívido. Cuando volvemos a un género favorito lo hacemos buscando una experiencia predecible, sin duda. Por eso la mayor parte de los géneros se describen con la emoción primaria que busca el lector al elegirlos para entretenerse: terror, estremecimiento, humor, aventura, amor, misterio.

Pero cuando hablamos de «historias de detectives», en lugar del «misterio» revelamos un aspecto distinto de este género: su énfasis no en una emoción particular, porque las historias de detectives pueden contener suspense, humor o aventuras, sino en un tipo particular de personaje. Como muchos otros lectores, me complazco en la rutina investigadora que deja entrever fragmentos de muchas vidas, en el puzle que motiva la acción, en las pistas que se descifran y en la persecución del malhechor. (Basándome en una encuesta de escasísimo rigor científico realizada entre mis amigos, aventuro que un diagrama de Venn de los lectores de misterio sacaría a la luz zonas vacías en las que la lectura de historias detectivescas no se solapa con la lectura de *thrillers* que se centran en el comportamiento abominable de los villanos en lugar de en el esfuerzo del detective para encontrarlos o detenerlos). La mayoría de historias detectivescas forman parte de una serie, además, así que experimentamos el placer de regresar a la compañía de un personaje que ya nos es familiar, normalmente alguien inteligente y valeroso, casi heroico. No es de extrañar que los psicólogos describan las historias de detectives, especialmente las primeras, como catárticas y a menudo conservadoras: retratan una amenaza inicial para el orden social que el investigador combate y vence.

En este punto llegamos al placer insuperable del libro que tienen ustedes entre manos: los personajes, las propias detectives. Conocerán a Dora Myrl, la joven vivaz, y a Amelia Butterworth, la madura sardónica. Se toparán tanto con una tragedia sustanciosa desentrañada por Violet Strange, una joven de mundo, como con la rutina profesional de policías como la señora Paschal, y con las aventuras de la infatigable detective privada Loveday Brooke. De las protagonistas del libro, solo Sarah Fairbanks, la intuitiva narradora del relato de Mary E. Wilkins, «El brazo largo», no es un personaje de una serie. Únicamente un personaje, la Amelia Butterworth de Anna Katharine Green, es en realidad una detective aficionada; no colabora ni con la policía ni con una agencia de investigación —a pesar de que en sus últimas

apariciones se gana el respeto de Ebenezer Gryce, el ya famoso detective de Green al que había presentado en 1878 con *El caso Leavenworth*—.

En la mayoría de los casos he leído todas las entregas de la serie para elegir la mejor. En un par de ocasiones me encontré con dos o tres nominadas de la misma fuerza, y elegí la que había aparecido con menos frecuencia en antologías. También hallarán en este libro el primer capítulo de la destacada y divertidísima novela de Anna Katharine Green *El asunto de la puerta de al lado*, el debut de la entrometida solterona Amelia Butterworth, que es a todas luces la clara antepasada de la señorita Marple, de Agatha Christie, aunque más tridimensional y creíble como personaje. En esta selección no podrán ustedes seguir el misterio hasta su desenlace, pero comprenderán por qué la veloz y gráfica Green fue una de las escritoras con más influencia en el género. En cada una de las introducciones individuales, describo con detalle al autor, los personajes y el contexto histórico, así que no amontonaré detalles biográficos ni bibliográficos en esta visión general.

¿Cómo se gestó esta antología? Mi primera incursión en la edición de antologías de relatos policíacos fue *Arsène Lupin, Gentleman-Thief*, una selección de las mejores historias de Maurice Leblanc sobre el sofisticado y vanidoso maestro del crimen francés, que Penguin publicó en 2007. Mi compendio de los antepasados, descendientes y contexto de Lupin inspiró *The Penguin Book of Gaslight Crime: Con Artists, Burglars, Rogues, and Scoundrels from the Time of Sherlock Holmes*, publicado por Penguin en 2009. El volumen de mis lecturas para dicho libro me recordó a su vez la escasa memoria que se guarda hoy en día de las grandes detectives y criminales de la era victoriana y eduardiana. Aunque aparecen de vez en cuando, no encontraba ninguna antología dedicada exclusivamente a personajes tan pioneros. Me pareció que tal ausencia era una lástima y la oportunidad de llenarla me resultó estimulante; Elda Rotor, directora editorial de Penguin Classics, estuvo de acuerdo en ambos puntos. Y aquí estamos.

Tanto en esta como en mis anteriores antologías me he enfrentado al dulce dilema del compilador: ¿cuántos de los sospechosos habituales había que incluir y cuántos que omitir para dejar espacio a personajes menos conocidos? Este problema es resultado del exceso de materia prima, así que no es exactamente una molestia, pero la limitación de espacio requiere un triaje. Con el fin de dar espacio a autores como W. S. Hayward y Andrew Forrester, dejé fuera algunas historias que ya están mucho más disponibles. Por ejemplo, suele decirse que «El diario de Anne Rodway», publicada por Wilkie Collins en 1856, es la primera historia protagonizada por una mujer detective. Es una historia interesante y la narradora es aguda y valiente; pero no es profesional, la pista principal le cae del cielo y el conjunto de la aventura no es precisamente una historia detectivesca. El breve relato de Clarence Rook de 1898 «The Stir Outside the Café Royal», privilegiado por las antologías, no es en realidad una historia de detectives, aunque ponga en juego a la policía y a un criminal.

He negado la entrada, por razones diversas, a varias detectives cuyas historias

componen una serie. El espacio es un factor, por supuesto. También el aburrimiento, una emoción que todo antólogo debe tener como cancerbero. Excluyo, por ejemplo, las historias de Fergus Hume sobre Hagar Stanley, así como la serie sobre la criminal convertida en detective Constance Dunlap, escritas por Arthur B. Reeve, creador del famoso detective científico Craig Kennedy. Nunca llegué a encontrar ejemplares de libros que en teoría me habrían presentado a la Lucille Dare de Marie Connor Leighton, o a la Mollie Delamere de Beatrice Heron-Maxwell, pero ambas viven en obras más largas que difícilmente habrían dado lugar a fragmentos coherentes. Queríamos incluir una historia de la lady Molly de L. T. Meade y Robert Eustace, pero los derechos de reimpresión resultaron ser escandalosamente caros.

Muchas de las historias que incluyo aparecieron como parte de las llamadas entregas progresivas, esas en las que cada historia tiene su fin pero también avanza hacia un desenlace, como las series de televisión *Veronica Mars* o *Lost*. En dichos casos puse cuidado en elegir una historia que funcionase por sí misma. En la introducción al relato seleccionado proporciono toda la información necesaria sobre los relatos o capítulos anteriores. Como no siempre la primera historia es la mejor de toda la serie, a menudo he elegido una posterior para incluirla y me limito a prologarla con los detalles relevantes de la historia original. Cuando hago eso, especifico la naturaleza de este vínculo en la introducción del relato; odio, y asumo que ustedes también, que inexpertas e invisibles manipulaciones editoriales me induzcan a error.

Una autora aparece más de una vez. De Anna Katharine Green se presenta una historia de la serie de la joven detective mundana Violet Strange, pero también el primer capítulo de la novela que presentaba a Amelia Butterworth. Nuestros once autores han producido relatos sobre asesinatos, robos, estafas, suplantaciones, secuestros y otros entretenimientos antisociales. A pesar de centrarse en un tema aparentemente tan limitado como las detectives victorianas, la variedad es de lo más agradable.

Destaco que esta antología se centra en personajes femeninos. Muchos de los autores son también mujeres, pero no todos. En honor a esta premisa, he omitido la primera historia detectivesca escrita por una mujer de la que tenemos conocimiento, porque su protagonista era un hombre. Y en 1866 el *Australian Journal* publicó un relato titulado «The Dead Witness», cuento de suspense sobre la persecución de un fugitivo en las profundidades del campo australiano escrito por Mary Fortune, irlandesa de nacimiento, que utilizaba el seudónimo de W. W., correspondiente al trágico apodo que se había otorgado a sí misma: Waif Wander, «vagabunda abandonada». Obviamente, muchas de las escritoras pioneras en este campo eran mujeres, aunque al principio eran pocas las que ponían en juego protagonistas femeninas. Pero es curioso ver que hicieron acto de presencia tan pronto. Cuando W. W. publicó su primera historia de detectives solo había pasado un cuarto de siglo desde el nacimiento del género.

En 1841, un año antes de que se fundara la primera agencia de detectives de Inglaterra, un excéntrico poeta, escritor y crítico estadounidense había escrito una historia titulada «Los crímenes de la calle Trianon», y la había firmado con el nombre de Edgar A. Poe. Antes de que apareciese publicada en el *Graham's Magazine*, periódico del que acababa de convertirse en editor y que tenía su sede en Filadelfia, Poe cambió el nombre de la calle por «la calle Morgue» (una gran decisión editorial que añadía aquel hálito helado de muerte al título). No cabe duda de que Poe es el padre de la historia detectivesca. «Los crímenes de la calle Morgue» era la primera de tres historias sobre un detective aficionado francés, llamado C. Auguste Dupin, melancólico de alta cuna con el espíritu abatido por la desgracia pecuniaria de su clan. Arthur Conan Doyle se apropió de muchas de las peculiaridades de la historia para Sherlock Holmes: un narrador lleno de admiración, un genio egocéntrico y una policía oficial tan obtusa que recordaba al estereotipo que aparece en las comedias mudas. «La época del policía detective profesional acababa de empezar», escribía Kate Summerscale en su reciente libro de ficción *The Suspicions of Mr. Whicher*, pero «la era del aficionado estaba en pleno auge».

Ninguno de los grotescos y arabescos de Poe tuvo más influencia que aquel cuento agudo y revolucionario que, a pesar de lo excesivo de su planteamiento, esquivo lo sobrenatural y descifra el núcleo del misterio. Fue la primera historia de detectives, es decir, la primera ficción en la que la trama se centra en desentrañar un crimen a través de métodos de investigación. Poe también escribió la primera historia de asesinatos imposibles (*impossible-crime murder story*; otra vez «La calle Morgue»), la primera en la que el detective le da una sorpresa al asesino para arrancarle la confesión («Tú eres el hombre»), y la primera en la que un detective sigue a un sospechoso sin que este lo sepa («El hombre de la multitud»).

Algunos críticos sostienen que Poe se inspiró en obras como «La señorita de Scuderi», escrita por el brillante fabulista alemán E. T. A. Hoffmann, y que habría que considerar cuentos así como protohistorias de detectives. Por mucha ilusión que me haga incluir a uno de mis escritores favoritos en este mito de la génesis, tengo que discrepar con los críticos que consideran detective a la señorita de Scuderi. No es investigadora de oficio, ni aficionada ni profesional; tampoco emprende nada parecido a una investigación. Los violentos disturbios de la Inquisición llaman a su puerta en el París del siglo XVIII, y demuestra su inteligencia y su valor. Pero el raciocinio no es su fuerte y la mayor parte de las soluciones le caen del cielo. Llamar historia de detectives a ese cuento es como tomar prestados antepasados nobles por el lustre que dan al árbol genealógico. Con Poe nos basta y nos sobra exotismo.

Por supuesto que Poe tuvo predecesores en el relato policiaco, incluyendo una verbosa novela, no exactamente de detectives, de 1794, *Las aventuras de Caleb Williams o las cosas como son*, del radical inglés William Godwin. Dupin tenía

antepasados de algún tipo en otros géneros, incluyendo la novela de Voltaire *Zadig*, que presenta un trabajo reflexivo realizado en un contexto diferente por completo. Además, junto al primer departamento de policía había surgido el primer subgénero de ficción detectivesca: el fenómeno del *casebook*. Los libros y relatos que se englobaban en esta categoría narraban de nuevo aventuras que en algunas ocasiones eran reales, en otras un híbrido entre verdad y fantasía, y en otras claramente ficción. Los *casebooks* incluirían *Richmond: or, Scenes in the Life of a Bow Street Officer*, publicada en 1827; y, dos años más tarde, alrededor del momento en que llegan a la calle los primeros *bobbies*, *Mis memorias*, de Eugène François Vidocq, malhechor reconvertido en detective que fundó la Sûreté de París. También había novelas populares estadounidenses (*dime novels*) que incluían a policías y fugitivos de la justicia, pero pocas veces contaban con una trama cuidada o presentaban algo parecido al trabajo real de un detective. En 1853, doce años después del debut de Dupin, Charles Dickens fue el primer escritor en dar un papel relevante a un detective en una novela por entregas, *Casa desolada*; pero el libro no es una historia de detectives. El astuto inspector Bucket es una figura conocida y memorable, pero no es el protagonista del libro y su investigación en torno a lady Dedlock no es el tema principal.

En 1866, el mismo año en que Mary Fortune publicó «The Dead Witness», Emile Gaboriau publicó en Francia *El caso Lerouge*, que presentaba tanto a un detective aficionado como a un policía llamado señor Lecocq, que después se convertiría en personaje seriado. Gaboriau mezclaba hechos y ficción al basar a Lecocq en las hazañas medio reales medio legendarias de Vidocq. Muchos críticos la consideran la primera novela de detectives. Justamente al año siguiente una autora estadounidense de *dime novels*, de nombre Metta Victoria Fuller Victor, publicaba bajo el seudónimo Seely Register una novela que los críticos suelen citar como la primera novela detectivesca escrita por una mujer, *The Dead Letter*. Pero lo cierto es que el peso de la historia recae demasiado en visiones psíquicas y coincidencias. Como mucho, puede ganarse el estatus de antecedente; pero no puede considerarse una historia de detectives legítima.

Wilkie Collins, amigo de Dickens, dio vida en *La piedra lunar*, publicado en 1868, al siguiente detective memorable y famoso, el sereno sargento Cuff, amante de las rosas. A pesar de su exagerada trama, T. S. Eliot dijo que esta historia irresistible era «la primera, la más larga y la mejor de las novelas de detectives inglesas modernas». Una anécdota interesante de la historia literaria es que, al parecer, los personajes de Bucket y Cuff se inspiraron en las aventuras de la vida real de un mismo detective londinense, el inspector Charles Field, a quien Dickens acompañaba en sus rondas policiales y sobre el que escribía en sus artículos; más tarde, Field trazaría amistad tanto con Dickens como con Collins.

La primera novela de detectives legítimamente escrita por una mujer resultó ser uno de los grandes superventas del siglo XIX y uno de los libros más importantes de la



primera época del género: *El caso Leavenworth*, publicado en 1878 por Anna Katharine Green. Pronto se convirtió en lectura obligada en la Facultad de Derecho de Yale. En él presentaba al sardónico y evasivo Ebenezer Gryce, del Departamento de Policía de Nueva York, que volvería a aparecer en las tres novelas posteriores de la detective Amelia Butterworth. El de Leavenworth era un asesinato a puerta cerrada y su construcción dio pie al típico asesinato de casa de campo inglesa —centrado en un conjunto de varios individuos sospechosos encerrados en una zona determinada—, a pesar de tener lugar en una gran ciudad de los Estados Unidos. También engendró el desenlace, ahora icónico, de que el detective desentrañe el misterio en presencia de los sospechosos. Es imposible exagerar la importancia de Anna Katharine Green en la historia temprana del relato detectivesco. No es de extrañar que aparezca dos veces en esta antología.

La rapidez de los cambios durante la época victoriana, como ocurre en nuestro propio milenio, puede en parte plasmarse en un gráfico que marque la evolución de sus vehículos (en particular los que aparecen en las siguientes historias sobre mujeres: cabriolé *hansom*, bicicleta y tren). A menudo ese tipo de peculiaridades de fondo se convierten en elementos de la trama. Echarles un vistazo también atenderá la queja de algunos lectores de prosa victoriana que se pierden entre los detalles de fondo.

Cantidad de especímenes de carruajes surcan las turbulentas multitudes de peatones, apisonando las calles empedradas y las vías rurales del siglo XIX —elegantes cupés y landós cerrados, pequeños faetones deportivos con sus cuatro ruedas altas, correos de seis caballos con espacio arriba para los pasajeros—. Un peatón se vería obligado a esquivar las llamativas sillas de posta pintadas de amarillo que llevaban al postillón a lomos de uno de los caballos, o incluso las distinguidas aunque inestables sillas *curricle* que conducía el galante Henry Tilney en *La abadía de Northanger*.

Aunque probablemente el vehículo icónico para los aficionados a la ficción detectivesca sea el cabriolé *hansom*; este proporcionaba asiento a dos pasajeros tras una doble puerta baja que les protegía los zapatos y la ropa del barro y de los excrementos que lanzaba el caballo por los cuartos traseros; el conductor, tocado con sombrero de copa, iba de pie en la parte trasera y controlaba las riendas a través de un aro colocado en el techo. Dichos vehículos eran tan populares que Fergus Hume los incluyó en el título del superventas más intenso del género de misterio, *El misterio del cabriolé*, ambientado en la fiebre del oro de Australia. Durante el apogeo de Sherlock Holmes, más de ocho mil cabriolés *hansom* circulaban en Londres y sus alrededores; el último desapareció en 1933. En las historias tempranas de este volumen, es el *hansom* el que con más frecuencia toman Loveday Brooke y Dorcas Dene en sus investigaciones.

Tanta variedad en el transporte da fe de los cambios en la pujante clase media y la

ajetreada clase trabajadora urbana, innovaciones que a su manera contribuyeron a preparar a la sociedad para que las mujeres trabajasen y votasen. Igual que el siglo XX, el XIX fue un periodo de cambios constantes en el mundo material, principalmente gracias a las innovaciones que la Revolución Industrial aportó en viajes y comunicaciones. La reina cambió en gran medida durante esas décadas, pero no tanto como lo hizo el mundo a su alrededor. Victoria reinó durante sesenta y cuatro años (todo un récord), desde 1837 hasta 1901: desde el año en que Dickens comenzó a publicar *Oliver Twist* por entregas hasta el año en que nació Gary Cooper. Cuando accedió al trono, a la edad de dieciocho años, Samuel Morse estaba patentando el telégrafo; Victoria murió unos meses después de que Guglielmo Marconi recibiese la primera señal de radio transatlántica —en el primer año de un nuevo siglo, qué apropiado—. Tal era el nivel de actividad de la época en la que se desarrollan nuestras historias.

El siglo victoriano entró conducido por caballos y salió tras una máquina que escupía humo y se alimentaba de carbón. En la primera década del reinado de Victoria, Charles Dickens comparaba ya en *Dombey e hijo* las vastas excavaciones para la construcción de los raíles en Camden Town con «el primer susto que provoca un gran terremoto». Con motivo de una pequeña excursión de Slough a Paddington, en 1842, Victoria se convirtió en la primera monarca británica que viajó en tren; uno de los primeros trenes en operar regularmente fue un vagón real para su tía, la reina Adelaida. En la década de 1860 los trenes eran ya omnipresentes. Mientras Victoria se acomodaba en un lujoso vagón decorado con madera satinada amarilla y un techo acolchado de seda muaré, los pobres y humildes se apiñaban en duros asientos de madera o se quedaban de pie, agarrados a una barra.

Durante el reinado de Victoria, los coches de caballos experimentaron una evolución considerable antes de rendirse ante los trenes y, más tarde, ante los automóviles. Por el camino, como verán en algunos de los relatos, Inglaterra se enamoró de las bicicletas. «Cómprase una bicicleta», advertía Mark Twain. «No lo lamentarán, si viven para contarlo». La seguridad era un tema candente e íntimamente relacionado con la libertad femenina. En 1880, el semanario de un penique *Girl's Own Paper* publicaba —junto con artículos sobre «Manos suaves y pies bonitos» y «Vendedoras y contables (Cómo ganarse la vida)»— recordatorios de que, cuando se vistiesen para coger un triciclo, las chicas debían prescindir de adornos que arrastrasen y pudiesen engancharse en las ruedas. Al principio era común ver a mujeres llenas de volantes y encajes subidas al asiento de un triciclo de ruedas altas, y a sus maridos con traje al lado, montados en monociclo. Pero el vestido tradicional obstaculizaba el ejercicio. Algo que probó públicamente la cantidad de accidentes que se registraban y que pronto llenaron los periódicos, para alegría de los conservadores, que los citaban como ejemplos de los peligros de la innovación. La reformista feminista Ada Ballin, autora del famoso manual de puericultura *From Cradle to School*, escribió con una fórmula algo pomposa en *The Science of Dress*

que «los encajes ceñidos deben desaparecer de la mente y el cuerpo de la mujer que desee conducir el caballo de hierro».

Esta observación condensa uno de los miedos más profundos de la época: que a medida que la ropa de la mujer presentaba menos remilgos, su moral hiciese lo mismo. ¿En qué se estaba convirtiendo Inglaterra, con tantas mujeres presuntuosas que circulaban a toda velocidad en aquellos aparatos modernos, al mando de una movilidad impredecible? Las bicicletas —que pronto sustituyeron a su antepasado de tres ruedas— se convirtieron con rapidez en el emblema de la nueva mujer. Aparecen con frecuencia en las páginas de esta antología, como sugiere la portada, y desempeñan un papel clave en un par de historias. En 1897, la portada del *Girl's Own Paper* mostraba a una ciclista con pololos, llamados *bloomers* en inglés en honor a la sufragista estadounidense Amelia Jenks Bloomer, que argumentó que las mujeres deberían sustituir sus capas de enaguas por algo parecido a los pantalones turcos. Bloomer fue quien escribió la revolucionaria frase «La ropa de la mujer debería adecuarse a sus deseos y necesidades». Muchos discreparon. En el hotel Hautboy se le negó la entrada a un personaje de la talla de lady Harberton, ni más ni menos, por aparecer en la puerta con la falda dividida y el abrigo largo que se recomendaba a las ciclistas. La revista *Punch* satirizó en 1894 a la nueva mujer como «Donna Quixote».

Los conservadores tenían razón al preocuparse. Como verán en este libro, montar en bicicleta era tanto una nueva aventura como un símbolo al que la nueva mujer se abrazó con ímpetu. En lugar de charlar sobre moda en la salita mientras sus maridos se fumaban el puro después de cenar, estas mujeres se adentran en la neblina de Londres persiguiendo a sospechosos, reptando por pasadizos secretos y hasta tomándoles las huellas a los cadáveres.

Como Arthur Conan Doyle y G. K. Chesterton, los creadores de las detectives pioneras no dudan en marcarles las cartas a sus protagonistas, pero la verdad es que tampoco hacía falta ser Sherlock Holmes para sacar bastantes conclusiones observando a la gente por la calle. En la época que nos ocupa había verdaderamente muchas pistas visibles respecto a la profesión y el lugar que ocupaba en el mundo un extraño. Recuerden que los millonarios aún no se ponían vaqueros ni los estudiantes se vestían como leñadores. El cuello desmontable de un hombre hablaba con elocuencia de su estatus. No habrían encontrado el cadáver de ningún dandi que perteneciese a un club con el cuello bajo que llevaban los mozos de cuadra en el hipódromo de Saint Leger, del mismo modo que ningún caballero del condado habría cambiado el *tweed* y las polainas por la tela hecha en casa del aparcerero, o por la pana que la sustituyó. Sin embargo, incluso la moda, especialmente la femenina, avanzaba. Ni la cintura de avispa ni la manga pierna de cordero resultaron ser inmortales. Todo estaba cambiando. Este tipo de detalles son los que no se pierden nuestras intrépidas heroínas —Loveday Brooke y Madelyn Mack, Judith Lee, la señora Paschal y sus compañeras—, mujeres invisibles cuyo sueldo y diversión en la vida dependían de la precisión de su vigilancia en la intimidad.



## Bibliografía adicional

Esta bibliografía incluye todas las fuentes citadas en el ensayo introductorio de este libro y las introducciones individuales de los relatos, o bien obras que resultaron de utilidad para su escritura. También incluye varias biografías, introducciones generales a los temas de la literatura detectivesca o de las mujeres detectives, y otros comentarios sobre autores y temas particulares. Hemos dejado fuera las obras de los autores cuyos relatos o fragmentos aparecen en esta antología y por lo tanto ya reciben cierta atención en la nota biográfica que introduce su contribución. Los sitios web aparecen al final, por separado.

- Bargainnier, Earl F. (coord.). *10 Women of Mystery*. Bowling Green, Ohio: Bowling Green State University Popular Press, 1981.
- Beckson, Karl. *London in the 1890s: A Cultural History*. Nueva York: Norton, 1992.
- Bentley, Nicolas. *The Victorian Scene: 1837-1901*. Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1968.
- Chesterton, G. K. *A Century of Detective Stories*. Londres: Hutchinson, 1935.
- Clodd, Edward. *Grant Allen: A Memoir*. Londres: Grant Richards, 1900.
- Corey, Melinda y Ochoa, George. *The Encyclopedia of the Victorian World*. Nueva York: Henry Holt, 1996.
- Cornillon, John. «A Case for Violet Strange», en *Images of Women in Fiction: Feminist Perspectives*. Bowling Green, Ohio: Bowling Green University Popular Press, 1972.
- Craig, Patricia y Cadogan, Mary. *The Lady Investigates: Women Detectives and Spies in Fiction*. Nueva York: Saint Martin, 1981.
- Cunningham, Gail. *The New Woman and the Victorian Novel*. Nueva York: Barnes & Noble, 1979.
- Dictionary of Literary Biography*, varios volúmenes, y las numerosas fuentes citadas en él.
- Ensor, Sir Robert. *England 1870-1914*. Londres: Oxford University Press, 1936.
- Flanders, Judith. *The Victorian House: Domestic Life from Childbirth to Deathbed*. Londres: Harper Collins, 2003.
- Garforth, John. *A Day in the Life of a Victorian Policeman*. Londres: Allen Unwin, 1974.
- Hadfield, John. *Victorian Delights*. Londres: Herbert Press, 1987.
- Haycraft, Howard. *Murder for Pleasure: The Life and Times of the Detective Story*. 1941, rev. 1951. Reimpresión, Nueva York: Carroll & Graf, 1984.

- Kestner, Joseph A. *The Edwardian Detective, 1901-1915*. Aldershot: Ashgate, 2000.
- . *Sherlock's Sisters: The British Female Detective, 1864-1913*. Aldershot: Ashgate, 2003.
- Klein, Kathleen Gregory. *The Woman Detective: Gender and Genre*. Urbana and Chicago: University of Illinois Press, 2.<sup>a</sup> ed. 1995. Véanse especialmente el capítulo 3, «Britain's Turn-of-the-Century "Lady Detective": 1891-1910», y el capítulo 4, «The Lady Detective's Yankee Cousin: 1906-15».
- Knight, Stephen. *Crime Fiction, 1800-2000*. Londres: Palgrave Macmillan, 2003.
- La Cour, Tage, y Mogensen, Harald. *The Murder Book: An Illustrated History of the Detective Story*. Nueva York: Herder & Herder, 1971.
- Lock, Joan. *The British Policewoman: Her Story*. Londres: Robert Hale, 1979.
- Maida, Patricia D. *Mother of Detective Fiction: The Life and Works of Anna Katharine Green*. Bowling Green, Ohio: Bowling Green State University Popular Press, 1989.
- Marcus, Laura, y Willis, Chris. *12 Women Detective Stories*. Oxford: Oxford University Press, 1997. Véase Introducción de Marcus.
- Miller, Elizabeth Carolyn. *Framed: The New Woman Criminal in British Culture at the Fin de Siècle*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 2008.
- . «Trouble with the She-Dicks: Private Eyes and Public Women in *The Adventures of Loveday Brooke, Lady Detective*», en *Victorian Literature and Culture*, 33 (2005): páginas 47-65.
- Murch, Alma E. *The Development of the Detective Novel*. Westport, Connecticut: Greenwood, 1981.
- Nickerson, Catherine Ross. *The Web of Iniquity: Early detective Fiction by American Women*. Chapel Hill: Duke University Press, 1998.
- Panek, LeRoy Lad. *The Origins of the American Detective Story*. Jefferson, Carolina del Norte: McFarland & Co., 2006.
- Sims, Michael. Introducción a *The Leavenworth Case*, de Anna Katharine Green. Nueva York: Penguin Classics, 2010.
- . Introducción a *The Penguin Book of Gaslight Crime: Con Artists, Burglars, Rogues, and Scoundrels from the time of Sherlock Holmes*. Nueva York: Penguin Classics, 2009.
- Slung, Michele B. Introducción a *Crime on Her Mind: Fifteen Stories of Female Sleuths from the Victorian Era to the Forties*. Nueva York: Pantheon, 1975.
- Steinbrunner, Chris, y Penzler, Otto. *Encyclopedia of Mystery and Detection*. Nueva York: McGraw-Hill, 1976.
- Summerscale, Kate. *The Suspicions of Mr. Whicher: A Shocking Murder and the Undoing of a Great Victorian Detective*. Nueva York: Walker, 2008.
- Watson, Colin. *Snobbery with Violence: English Crime Stories and Their Audience*. Edición revisada, Londres: Macmillan, 1979.
- Winn, Dilys. *Murder ink: The Mystery Reader's Companion*. Nueva York: Workman,

1977.

—. *Murderess ink: The Better Half of the Mystery*. Nueva York: Workman, 1979.

Young, Arlene. «“Petticoated Police”: Propriety and the Lady Detective in Victorian Fiction», en *Clues: A Journal of Detection*, 26 (primavera 2008), 3.

#### Páginas web

- [www.classiccrimefiction.com/history-articles.htm](http://www.classiccrimefiction.com/history-articles.htm)
- <http://gadetection.pbwiki.com>
- <http://motherofmystery.com/articles/plots>
- [www.mysterylist.com](http://www.mysterylist.com)
- [www.philsp.com/homeville/CrFi](http://www.philsp.com/homeville/CrFi)
- [www.wilkiecollins.com](http://www.wilkiecollins.com)

**DETECTIVES VICTORIANAS**  
**LAS PIONERAS DE LA NOVELA POLICIACA**



## W. S. HAYWARD

### (fechas desconocidas)

Se sabe muy poco de William Stephens Hayward, que publicó de modo anónimo la antología *Revelations of a Lady Detective*. Incluso la fecha de publicación inicial resulta incierta: algunas fuentes hablan de 1864 y otras insisten en que la edición de 1864 era una reimpresión de una edición de 1861, de la que no se tienen más noticias. Sin embargo, cualquiera de las dos fechas sitúa al libro como el primero en presentar a una mujer detective profesional. Este histórico acontecimiento en su ámbito llegó solo dos décadas después de que Edgar Allan Poe inaugurase este género con el relato «Los crímenes de la calle Morgue». Durante los veinte años siguientes, Stephens publicaría varios libros más, incluidos *Hunted to Death* y *The Stolen Will*, pero se le recuerda solo por esta antología, especialmente por la primera historia, «La condesa misteriosa». Con un estilo vívido pero excéntrico, repleto de digresiones líricas sobre viajes en tren y citas de sir Walter Scott, Hayward cuenta una historia de condesas disfrazadas y pasadizos subterráneos secretos.

La narradora de las aventuras es la señora Paschal, una mujer que ronda la cuarentena y se dedica al trabajo de detective a pesar de su «buena cuna y selecta educación». (Ella misma admite sin ningún pudor que goza de un cerebro «vigoroso y sutil»). Su superior es el coronel Warner, «jefe del Departamento de Investigación de la Policía Metropolitana». Por muy lenitiva que pueda ser su actitud hacia él, por mucho que intente comportarse de modo adecuado en su presencia, desde el principio subvierte un aspecto de las relaciones usuales hombre-mujer de la ficción de la época. No es de las que se achantan ante la autoridad masculina: «Me encontré la mirada del coronel Warner y se la devolví con resolución; le gustaba que las personas le devolviesen la mirada, porque era señal de que tenían confianza en sí mismas, y probaba que no se acobardarían en los momentos de peligro». La determinación de una mirada confiada es un rasgo que une a las detectives. Warner espera que la señora Paschal confíe en su propio ingenio: «era un hombre que siempre te hacía encontrar tus propias herramientas, y ejercer tu trabajo con la menor ayuda posible por su parte». Ella, decidida y con recursos, se compara con Némesis.

La señora Paschal, como tantas mujeres detectives de la época, acaba en una profesión mal vista socialmente porque algún problema le impide llevar una existencia femenina «normal». «No considero necesario aclarar», dice, «las circunstancias que me llevaron a embarcarme en una carrera extraña, estimulante y misteriosa al mismo tiempo, pero podría decir que mi marido murió de repente,

dejándome en muy mala situación». A pesar de esta desgracia, está claro que cae de pie.

# La condesa misteriosa

(1864)

## I

### El jefe del Departamento de Investigación

Doblé una esquina que me era familiar, y pronto estaba recorriendo las conocidas avenidas de Whitehall. El Departamento de Investigación de Londres tenía situado su cuartel general en una callejuela cuyas casas cubren el espacio que una vez ocupó el espléndido palacio de los Estuardo, donde nació un rey y otro perdió la cabeza. Me detuve ante una puerta de modestas pretensiones y llamé tres veces. Me abrieron en el acto. El portero hizo una reverencia al ver de quién se trataba y me condujo de inmediato a una sala de dimensiones limitadas. No tuve que esperar demasiado. De una sala interior salió un hombre de escasa envergadura, pero con unos ojos agudos y escrutadores, como los de un hurón, que me dio un apretón de manos frío y profesional antes de pedirme que tomase asiento. La frente le sobresalía un poco, muestra del talento que sin duda poseía. Todo aquel que lo conocía personalmente o tenía noticia de su reputación lo admiraba; llevaba a cabo las difíciles tareas de un cargo espinoso con incansable industria y una habilidad y perseverancia dignas de elogio. No delegaba nada en los demás, salvo, por supuesto, la mera ejecución. Este hombre de conducta severa y penetrante mirada era el coronel Warner, jefe del Departamento de Investigación de la Policía Metropolitana en la época de la que escribo. Se empezó a contratar a mujeres como detectives a petición suya. Hay que confesar que no se trataba de una idea original, pero demostraba que sabía adaptarse con ingenio a las circunstancias, y que no se le caían los anillos a la hora de imitar a aquellos cuyo talento les conducía a tomar la iniciativa en aras del progreso. Fouché, el genial francés, tenía la costumbre de contratar a mujeres para que lo ayudasen a descubrir las diversas intrigas políticas que perturbaban la paz del Primer Imperio. Aquella policía con enaguas tenía todo el éxito que el innovador más optimista pudiese desear; y el coronel Warner, consciente de tal hecho, decidió imitar el ejemplo de un hombre que reunía el valor de un león y la astucia de un zorro, y culminaba sus méritos con la sagacidad de un sabueso.

—Siéntese, señora Paschal —exclamó el coronel, tendiéndome una silla.

Lo hice de inmediato, con aquella obediencia rauda y pasiva que tanto le agradaba. Siempre ponía especial cuidado en contentar al coronel Warner, porque no llevaba demasiado contratada como detective y, tras haber dedicado mi tiempo y

atención a lo que se podría llamar un nuevo oficio, estaba ansiosa por salir lo mejor parada posible y ganarme la benevolencia y la aprobación de mi superior. No considero necesario aclarar las circunstancias que me llevaron a embarcarme en una carrera extraña, estimulante y misteriosa al mismo tiempo, pero podría decir que mi marido murió de repente, dejándome en muy mala situación. Me llegó una oferta por un canal poco habitual. La acepté sin dudar y rondando los cuarenta me convertí en una de las temidas, aunque poco conocidas, mujeres detective. Poseía un cerebro vigoroso y sutil, y concentré todas mis energías en cumplir y ejecutar adecuadamente cada una de las tareas que delegaban en mí. Me encontré con la mirada del coronel Warner y se la devolví con resolución; le gustaba que las personas le devolviesen la mirada, porque era señal de que tenían confianza en sí mismas, y probaba que no se acobardarían en los momentos de peligro, cuando el riesgo los tuviese rodeados, entre la espada y la pared. Yo era de buena cuna y contaba con una selecta educación, de modo que, cual actriz reconocida, podía representar mi papel en cualquier drama en el que se me ordenase participar. Mis dramas, sin embargo, eran los de la vida real, no las representaciones miméticas que se dan en los escenarios. Los papeles que tenía que representar requerían valor y fuerza, astucia y confianza, recursos ilimitados y otras numerosas cualidades que los actores ignoran por completo. Ellos se contonean y hablan, y le dan expresión a pensamientos ajenos, pero son otros como yo los que en realidad crean los incidentes en los que se basan y cimentan sus diálogos.

—La he mandado llamar —dijo el coronel— para someter un caso serio a su atención y juicio. No conozco a mujer más adecuada para dicha tarea que usted. Si sus servicios tienen éxito, gozará de una generosa recompensa, y no le daré motivos para quejarse de mi frugalidad en sus gastos diarios. Déjeme que la prevenga en contra de la prisa: tómese su tiempo, elabore y madure sus planes, pues aunque la liebre es rauda, la tortuga, lenta y segura, gana la carrera más a menudo que su veloz oponente. No es necesario que le dirija estos propósitos, pero un consejo no le viene mal a nadie.

—Tenga por seguro que estaré encantada —respondí— de oír cualquier sugerencia que tenga a bien ofrecerme como guía.

—Exacto —dijo—, sé que posee usted una cantidad de sentido común poco usual, y en consecuencia no es muy probable que se ofenda por algo dicho con buena intención.

—¿De qué naturaleza es el asunto? —pregunté.

—De una muy delicada —respondió el coronel Warner—. ¿Ha oído hablar usted de la condesa de Vervaine?

—Con frecuencia; se refiere usted a la dama que ha dejado a todo Londres boquiabierto por el esplendor de su mobiliario y diamantes, y por la magnificencia con la que dispone de lo que debe de ser una fortuna colosal.

—La misma —dijo el coronel—. Pero he pasado muchos desvelos para tratar de dilucidar en qué consiste en realidad su fortuna. He sido incapaz de identificar

propiedad alguna que le pertenezca, ni he tenido noticia de que haya puesto abultadas cuentas en manos de ningún banquero. Entonces, ¿de qué fuente salen sus ingresos?

Admití que no me hallaba en situación de hacer conjeturas.

—Muy bien —asintió el coronel Warner—, la tarea que le propongo es la de descubrir dónde y de qué manera obtiene lady Vervaine los fondos que le permiten llevar una vida cuyo esplendor y abundancia exceden a los de un príncipe de sangre azul durante la época augusta de Francia, cuando Luis XIV dio un ejemplo de extravagancia que fue seguido hasta la ruina por la nobleza disoluta que rodeaba las avenidas de los palacios y se apiñaba en los salones de sus casas de campo. ¿Le parece que servirá de entretenimiento a su mente? Si no, por favor, rechácelo de inmediato. Siempre es desagradable embarcarse en una misión cuando implica tareas que nos son desagradables.

—En absoluto —respondí—. Me gustaría por encima de todas las cosas desvelar los secretos de la condesa misteriosa, y no solo asumiré la responsabilidad de hacerlo, sino que me comprometo a traerle los resultados e información dentro de seis semanas.

—Tómese su tiempo —dijo el coronel—. Cualquiera le dirá dónde se encuentra la residencia de su señoría. Deme noticias tuyas de vez en cuando, pues estaré ansioso por saber cómo van las pesquisas. Y una vez más: no se precipite. Tome un cheque para sus gastos. Si necesita más, póngase en contacto conmigo. Y ahora, buenos días, señora Paschal. Espero sinceramente que su denuedo sea coronado con el éxito que con seguridad merece.

Tomé el pagaré, me despedí del coronel Warner y regresé a mi domicilio para darle vueltas a la tarea que acababa de confiármese.

## II

### La máscara negra

Imaginé que la mejor manera, y la más segura, de desvelar los misterios que rodeaban a la condesa de Vervaine sería poner el pie en su hogar, bien como sirvienta, bien en calidad de cualquier otra cosa que me permitiese espiar sus acciones y vigilar sus movimientos con la mayor atención y cercanía. Albergaba la certeza de que el coronel Warner poseía algún motivo excelente para querer desenmascarar a la condesa; pero era un hombre que siempre te impulsaba a encontrar tus propias herramientas y a hacer tu trabajo con la menor ayuda posible por su parte. Te decía lo que quería que hicieses, y no quedaba más que ir a por ello. La condesa de Vervaine era la joven y hermosa viuda del viejo conde homónimo. Actuaba en los escenarios cuando el infausto y majadero noble la tomó por esposa. Las extravagancias que el conde se permitía, además del fracaso de sus especulaciones con acciones de ferrocarril en la época en que lo controlaba Hudson lo arruinaron, y era *vox populi*

que cuando murió con el corazón destrozado sus ingresos se habían visto muy mermados; hasta el punto de que, cuando su viuda comenzó a llevar una vida alegre y lujosa, más de uno sacudió la cabeza con severidad, y la gente se preguntó cómo lo conseguía. No se pensaba dos veces el pagar mil libras por un par de caballos de carruaje, y los comerciantes con iniciativa se alegraban sobremanera cuando algo inusual se cruzaba en su camino, pues estaban seguros de que la condesa de Vervaine lo compraría. Un cuadro extraordinario o una peculiar piedra preciosa de gran valor eran el tipo de objetos que compraba sin una queja, pagando el precio que le pidiese el propietario, sin intentar siquiera rebajar un penique. En persona se trataba de una inaudita combinación de hermosura y talentos. Incluso las mujeres admitían que era bella, y los hombres se deshacían en elogios. Formaba parte de la mejor sociedad y las personas de mayor rango y posición social más elevada estaban encantadas de que se les invitase a sus fiestas magníficas y exclusivas. Fanny, condesa de Vervaine, sabía muy bien que si se desea triunfar en el alegre y voluble mundo de la alta sociedad, hay que tener mucho cuidado con a quién se deja entrar en casa. Puede ser conveniente, y hasta necesario, invitar a cenar de vez en cuando al abogado; pero hay que abstenerse de invitar el mismo día a un amigo duque, pues su excelencia nunca perdonaría un desliz de esa envergadura. El abogado iría contándoles a sus amigos en qué compañía se había encontrado. La casa adquiriría la reputación de ser «fácil» y los conocidos que verdaderamente merecen la pena no volverían a visitar una casa en la que «cualquiera» era recibido con la misma cordialidad que ellos mismos habían disfrutado. La condesa de Vervaine ocupaba una enorme mansión en una de las plazas nuevas pero aristocráticas de Belgravia. Se trataba de una construcción de altura imponente: una casa que hacía esquina, repleta de ventanas, balcones, terrazas y jardines cubiertos. Había pertenecido al conde, que se la legó con toda una fortuna en muebles, cuadros selectos y libros valiosos. Era prácticamente lo único que le dejó, pues había vendido todas sus tierras y la cantidad de dinero contante y sonante de la que disponía en el crédito de su banquero era lamentablemente escasa, tan escasa, de hecho, como para resultar casi insignificante. El conde llevaba un año y medio muerto. La condesa se vistió de negro seis meses y cuando expiró dicho plazo se deshizo del luto —desdeñando el ejemplo de la realeza, que lo llevaba durante un periodo indefinido— y se lanzó de lleno al júbilo y la disipación que aquella Babilonia moderna podía ofrecerle. Su excelencia era muy hábil y versátil, tan capaz de hablar de temas abstrusos con el miembro de una sociedad científica como de conversar con uno de sus amigos patricios sobre las cualidades de la última moda que se había diseñado en París con el acostumbrado gusto.

Así pues, una mañana, tras haber obtenido toda la información que acabo de detallar, me atavié con la indumentaria más simple que pude encontrar en mi guardarropa, que era tan extenso y estaba tan lleno de disfraces como el de un sastre de teatro. Deseaba parecer una sirvienta desempleada. Mi idea era presentarme como doncella o ayudante de ama de llaves. No me importaba qué cargo tomar, siempre

que pudiese plantar el pie en aquella casa. Cuando me acerqué al hogar de lady Vervaine, me dejó boquiabierto su majestuosidad y lo imponente de su apariencia. Para mi agrado, vi jardineras de porcelana en las ventanas, repletas de las flores más selectas; se había contratado a un horticultor y floricultor para que se encargase de cambiarlas dos veces por semana, con el fin de que nunca apareciesen mustias o fuera de temporada. Me deleité observando cómo las plantas trepadoras se extendían de modo salvaje, exuberante, tropical, por los espaciosos balcones, y extraje un singular placer de contemplar los naranjos que crecían en amplios maceteros de madera, cargados de fruta amarilla; distinguía levemente su esplendor y su brillo a través de las cristalinas ventanas del jardín cubierto, que se hallaba junto al porche, protegiendo de ese modo la entrada por la puerta principal.

Envidié a aquella actriz de éxito y todas las cosas que parecía poseer; me pregunté por qué tenía ella mucha más suerte que yo. Pero un momento más tarde me alegré de no ser, al igual que ella, objeto de sospecha y desconfianza por parte de la policía, y de no tener a ninguna detective, cual Némesis, siguiéndome la pista. Me prometí que aquel esplendor no duraría demasiado y que en aquellos salones cubiertos de oro y en aquellos zaguanes de techo alto en los que reinaban el júbilo, las canciones y el gozo pronto no habría más que llanto y rechinar de dientes. Bajé los escalones hacia las dependencias inferiores e incluso allí encontré un rastro de refinamiento y buen gusto, pues una pequeña jardinera con reseda adornaba el alféizar de todas las ventanas, y una amplia enredadera de Virginia tendía sus finas ramas contra la pared de estuco.

Solicité una entrevista con el ama de llaves y pronto me hallé en su presencia. Le referí mis asuntos y le pedí que considerase favorablemente mi caso. Negó con la cabeza y me dijo que se temía que no había vacante alguna disponible de momento, pero que si tenía a bien volver a pasar en otra ocasión, podría quizá proporcionarme una respuesta más propicia. Sabía perfectamente cómo tratar a una dama de su categoría. Los criados de las familias nobles se suelen aplicar en reunir una suma de dinero cuyos beneficios les permitirán retirarse cuando el yugo doméstico les irrite demasiado el cuello, y suspiran por un descanso tras años de duro y arduo trabajo. O bien financian las cajas de ahorro, que les prometen el dos y medio por ciento de interés, siguiendo el principio de que hasta el menor granito de arena cuenta (a pesar de que podrían obtener un seis por ciento con fondos extranjeros garantizados; pero los que trabajan duro saben cómo cuidar de su dinero, porque aprecian lo que vale, y no confían en inversiones especulativas, como debe hacer la gente prudente); o bien, si no se fían de los bancos parroquiales, tienen un caletín cuidadosamente escondido cuyo contenido ayudará a su poseedor a amueblar una fonda o a hacerse cargo de una taberna cuando llegue el momento en que vean adecuado afirmar su independencia y retirarse de la servidumbre que llevan tanto tiempo tolerando con ese fin. Armada pues con tan exhaustivo conocimiento de clase, saqué un billete de cinco libras y le dije que me alegraría regalárselo si usaba la influencia que yo estaba segura de que

poseía para procurarme la situación que tanto deseaba yo obtener.

Mi oferta relajó la sequedad del ama de llaves. Me pidió las referencias y se las di; siempre sabíamos cómo arreglar cuestiones tan simples, y las despachábamos sin ninguna dificultad. De resultas de nuestra entrevista me contrataron como tercera doncella de la señora con un salario de quince libras al año; miel sobre hojuelas. Ocupé mi nuevo puesto en menos de una semana y pronto tuve la oportunidad de observar el comportamiento de la condesa de Vervaine; en ocasiones se mostraba inquieta y alterada. Con frecuencia su actitud revelaba preocupación, y entonces estaba lo que se suele decir ausente. Había que dirigirse a ella tres o cuatro veces antes de obtener una respuesta. No parecía oírnos. Alguna cuestión de peso ocupaba su atención, y estaba tan absorta en su reflexión que no podía otorgar ni un solo pensamiento a los objetos externos. Era muy joven —apenas habría cumplido los veinticinco, y no daba muestras siquiera de haber llegado a esa edad—. No era una de esas aristócratas soberbias, secas y altaneras que se ven en el parque, recostadas en sus carruajes abiertos como si arrojasen su manto de desdén y desprecio sobre aquellos que van caminando. No tenía un aspecto pálido, desvaído y bilioso; por el contrario, era rechoncha y gordezuela, con un leve tono rosado en las mejillas —hablo del color natural, no del tinte artificial cuyos perniciosos componentes se aplican a las mejillas demacradas—.

De vez en cuando adoptaba un aire jovial y positivo, como si la vida la tuviese cautivada y obtuviese el más intenso placer de su existencia en este mundo, en el que la mayoría de las personas sufrimos más golpes y pescozones que acontecimientos de naturaleza gratificante. Aunque fingía no hacerlo, la observaba con gran cuidado, y el resultado de mi vigilancia fue el hallarme en posición de poder jurar ante cualquier tribunal del mundo que, según mi opinión, tenía un secreto: un secreto que le pesaba, que aplastaba su espíritu joven y elástico; un secreto que, agazapado en su pecho como una pesadilla, le impedía descansar por culpa de terribles visiones. En sociedad no dejaba entrever nada de todo esto. En compañía de los demás siempre resplandecía; en casa, en su aposento, con las sirvientas gravitando a su alrededor, daba rienda suelta a sus arrebatos de melancolía y demostraba que todo espejo tiene su lado opaco, su reverso mustio. La naturaleza ha creado así a algunas personas: podrían hallarse en el cráter de un volcán inclinado a las erupciones continuas y, aunque tuviesen perfecta conciencia del peligro de la situación en que se hallan, no se inmutarían demasiado. En mi modesta opinión, el suelo que pisaba la condesa de Vervaine estaba minado, y ella lo sabía, pero había adoptado el falaz lema que defiende que hay que vivir la vida intensamente, pues es corta. Había algo muy misterioso en ella, y me prometí con la mayor resolución que descubriría la naturaleza del enigma antes de que transcurriesen demasiados días. La condesa no tenía ni la más remota idea de que yo experimentase algún tipo de hostilidad hacia ella. Me consideraba algo por lo que pagaba y que le resultaba útil en ciertas ocasiones. Tengo la impresión de que me miraba de un modo muy parecido al que



una dama sureña de los Estados Unidos emplea para mirar a una esclava: una «cosa» que debe atender a su vanidad y obedecer sus órdenes. Lady Vervaine era una de esas mujercillas fascinantes que embelesan con sus modales simples y encantadores; a nadie se le pasa siquiera por la cabeza que no sean ángeles terrestres. No obstante, si alguien llegase a conocerlas en profundidad, descubriría que tienen voluntad y carácter propios, que son capaces de llenar de desgracia e infelicidad la vida del marido que tuviese que inclinarse ante sus más mínimos deseos y aguantar sus frívolos caprichos. Con frecuencia se mostraba tiránica con sus criadas y hacía que la orden más trivial fuera respetada al pie de la letra, so pena de su soberano disgusto. Un día me golpeó en los nudillos con un cepillo del pelo porque de forma accidental la pinché en la cabeza con un pasador. No dije nada, pero saboreé la idea de la represalia. Una noche la vestimos para la Ópera. Tenía un aspecto encantador; pero era tan graciosa su actitud, tan agradable su comportamiento y tan irreprochable su gusto, que le resultaba imposible posar la mirada en nada que no fuese ella misma.

—Paschal —me dijo.

—Sí, señora —contesté.

—Volveré a casa algo antes de las doce; espéreme despierta.

—Sí, señora —contesté de nuevo, repitiendo en el monótono tono de un papagayo, como se supone que deben hacer los criados cuando hablan con quien ejerce autoridad sobre ellos.

Fue una noche larga y aburrida; no había mucho que hacer, así que cogí un libro e intenté leer; pero aunque trataba de concentrar mi atención en la página impresa, era incapaz de conseguirlo. Me habitaba el convencimiento de que aquella noche habría de hacer algún descubrimiento importante. Es algo singular, pero los eventos venideros siempre arrojan su sombra en mi mente antes de ocurrir de veras. Toda mi vida he tenido la intuición de que ocurriría esto o aquello antes de que tuviese lugar de modo cierto. Eran las doce bastante pasadas cuando la misteriosa condesa regresó a casa; los encantos de la Ópera y del Floral Hall debieron de retenerla hasta el último momento, a no ser que se hubiese encontrado con alguna compañía entretenida que la distrajese de la hora con suaves parlamentos y frases tiernas de esas que solo los amantes saben inventar y murmurar. Comencé a desvestirla, pero una vez que le retiré la capa, me pidió su salto de cama y me dijo que fuese a traerle un café. El cocinero se había ido a la cama y me resultó algo difícil conseguir que el agua hirviese; sin embargo, al final logré elaborar el deseado brebaje y lo llevé a la planta de arriba. A mi regreso, la condesa se hallaba plasmando industriosos cálculos, o eso me pareció, en un librito encuadernado en tafilete que exhalaba un olor parecido al de una papelería. Podía estar escribiendo poemas, o ajustando la trama de una obra de teatro, pero se detenía a cada rato, como quien se lleva algún decimal, como suelen hacer los matemáticos que no tienen una máquina de calcular a mano.

Cuando dejé el café en la mesa, dijo:

—Puede irse. Buenas noches.

Respondí como correspondía y la dejé, pero no para retirarme a mis aposentos ni para dormir. Me quedé merodeando por el pasillo a escondidas, pues sabía muy bien que era poco probable que hubiese alguien por allí y quería vigilar a mi señora aquella noche; estaba convencida de que sería prolífica en acontecimientos de asombrosa naturaleza. Era una noche algo fría, pero no me importó. Tras resguardarme como pude en la sombra de un umbral, me quedé esperando, con la cantidad de resignación y paciencia que la ocasión requería. Alrededor de media hora más tarde, la puerta de la alcoba de la condesa de Vervaine se abrió. Agucé el oído mientras contenía la respiración, sin atreverme a mover un músculo por miedo a que se descubriese mi proximidad. ¡Cuáles no serían mi sorpresa y mi asombro al ver salir a un hombre del cuarto! Llevaba una luz en la mano, con cuya ayuda comenzó a descender un tramo de escaleras.

Me froté los ojos para comprobar que no estaba dormida, soñando; pero no, estaba completamente despierta. Me imaginé que el hombre debía de haberse ocultado en algún lugar del aposento, pues yo no había visto rastro de él durante el tiempo que pasé en la alcoba. Era de escasa corpulencia e iba vestido de modo extraño, como si no fuese un caballero, sino un criado con librea. Aquello me dejó aún más estupefacta; no obstante, a lo largo de mi vida ya había sido testigo de algunas cosas que en un principio parecían inexplicables pero que, una vez descartadas por la serena luz de la razón y diseccionadas por el agudo filo del juicio, en breve resultaban tan claras como un sol de mediodía. Reflexioné un momento y después me enorgullecí de haber desvelado el misterio. «Es un disfraz», dije para mí. La condesa de Vervaine era una mujer menuda. Por tanto, resultaría un hombre muy menudo. El que yo tenía ante mí, bajando despacio y con paso cauto la escalera, era un hombre de estatura inusualmente baja. Hasta el punto de resultar anormal. La ropa que llevaba le quedaba ancha, lo cual parecía indicar que no la habían cosido para él. Las mangas le quedaban larguísimas. Aquello reforzaba aún más la suposición de que la condesa había adoptado indumentaria masculina por alguna razón. No podían haberle tomado medidas para la ropa. Ningún sastre de Londres habría hecho tal cosa. Seguramente la habría comprado en algún sitio, cogiéndola al azar sin ser muy puntillosa con la talla. Dejé que el hombre llegase al final de la escalera antes de comenzar a perseguirlo. Había practicado a menudo en casa, en plena noche, el arte de deslizarme a escondidas con cuidado y precisión para adquirir pericia y experiencia en una habilidad tan útil para un detective; bajé escalón a escalón y distinguí al hombre doblando una esquina que lo ocultaba de mi vista, pero mientras lo hacía procuré echarles un vistazo a sus rasgos. Di un brinco y me entraron ganas de gritar. Una espantosa máscara negra le cubría por completo las facciones. No fueron de envidiar las sensaciones que experimenté durante muchas largas noches posteriores; aquella careta oscura y fúnebre se me quedó grabada en la mente de modo casi indeleble, y una o dos veces me desperté en la cama temblando y cubierta de un sudor frío, imaginándome que la Máscara Negra se inclinaba sobre mí para

ponerme una pistola cargada contra la cabeza, amenazando mi vida si no cumplía con alguna exigencia endiablada a la que yo sentía que no podía corresponder. Tras recobrarne lo mejor que pude, me remangué el vestido y, de puntillas, seguí a la Máscara Negra. Bajó aún más. Sostenía la luz ante sí y en ocasiones miraba a su alrededor a ver si alguien le seguía. Cada vez que lo hacía, yo me las apañaba para desaparecer en algún rincón o para agacharme en el suelo, de modo que los rayos de luz no cayesen sobre una figura erguida. Dejamos atrás las cocinas, de las que brotaba ese olor rancio a col aguada que siempre infesta dichas dependencias domésticas cuando sus ocupantes se retiran en busca de descanso. Oía los ronquidos del cocinero jefe. Dormía en una pequeña habitación del sótano y estaría, sin duda, encantado de irse a la cama tras los variados y laboriosos quehaceres de los que tenía que encargarse durante el día, pues el oficio de cocinar en una buena familia no es de ningún modo una sinecura. La cuna aristocrática no impide que su poseedor tenga un apetito más o menos plebeyo, que debe ser satisfecho al menos cuatro o cinco veces al día. Un simple asado no es suficiente, sino que debe ir acompañado de una docena de papillas llamadas *entrées*, compuestas de trufas y otras fétidas abominaciones de las que uno se encuentra en el establecimiento de un *épicier* parisino. No había registrado las habitaciones del sótano con detalle, pero gracias a la somera investigación que había realizado me di cuenta de que había una que siempre permanecía cerrada. Nadie entraba jamás en ella. Algunos decían que se había perdido la llave, pero ninguno de los criados parecía darle demasiada importancia a la cuestión. Era una habitación vacía o una leñera. No lo sabían ni les importaba. Siendo así las cosas respecto a esta habitación, me quedé boquiabierta al ver que el hombre de la máscara negra sacaba una llave bien engrasada (para que fuera fácil girarla), la metía en la cerradura, la giraba, abría la puerta, entraba y desaparecía cerrando la puerta tras de sí. No me llevó mucho tiempo llegar hasta la cerradura, a la cual acerqué el ojo. La llave no estaba puesta, pero no podía saber si la Máscara Negra había cerrado la puerta por dentro o no. No era este el momento en que fuese necesario o prudente desvelar este enigma. Distinguía el interior de la habitación con la mayor comodidad. El farol estaba en el suelo y la Máscara Negra estaba de rodillas, examinando el pavimento. La dependencia estaba completamente desprovista de muebles; ni siquiera había una silla o una mesa de pino para adornar el espacio vacío, pero sí unos ladrillos apilados en una esquina. Junto a ellos se hallaba un montículo de argamasa seca, que daba la impresión de haber sido elaborada y llevada hasta allí meses atrás. No muy lejos había una espátula de las que se usan en las obras. Mientras observaba todo aquello, el individuo de la máscara negra había conseguido levantar un par de tablones del suelo; los dejó a un lado con suavidad. Observé un hueco negro en el suelo: podía ser la entrada a una alcantarilla. Tras vacilar un momento para ver si la llama del farol seguía brillando en condiciones, probó la cavidad y desapareció en sus tenebrosas profundidades, como si ya hubiese hecho tal cosa con anterioridad y supiese muy bien adónde iba. Completamente

pasmada ante los descubrimientos que estaba haciendo, seguí contemplando, dominada por un asombro pasivo. Podrán imaginar que me alegraba mucho lo que veía, pues sentía que había descubierto el camino para desentrañar la enredada madeja. Ni siquiera la reina Leonor, cuando descubrió la pista que la llevaría por el laberinto hasta el palacio de la hermosa Rosamunda, se alegró más que yo al ver la extraña y misteriosa actuación de la Máscara Negra. Cuando había transcurrido lo que consideré un lapso de tiempo adecuado, probé el pomo de la puerta, que giró. Un ligero empujoncillo bastó para que la puerta comenzase a girar sobre los goznes; otro, más vigoroso, para franquearme el paso a la habitación. Todo estaba en penumbra. Me puse de rodillas y me arrastré con la mayor cautela en dirección al hoyo del suelo. Medio minuto de búsqueda me llevó hasta él y hundí la mano tratando de encontrar un lugar para posarla. Luego me ocupé de tantear las paredes del pozo para descubrir si había escalera alguna de cuyos amables escalones pudiera servirme para seguir a la Máscara Negra. La había. Satisfecha con tal hecho, me despojé con toda la rapidez posible del pequeño miriñaque que llevaba, pues consideré que sería un estorbo para moverme. Cuando me hube librado del molesto adorno y lo hube tirado al suelo, me incliné hacia el agujero y comencé el descenso. El tramo de escaleras tocó a su fin a los cuatro o cinco pies, diría yo. Según me pareció, me encontraba en un pasadizo de piedra. El aire era húmedo y frío. El fresco repentino me hizo estremecer. Evidentemente, se trataba de un subterráneo profundo y faltaba el calor terrestre. Había sucumbido a los vapores del subsuelo, que eran más penetrantes que agradables. Un leve destello de luz a cierta distancia me mostró que la Máscara Negra tampoco me llevaba tanta delantera. Me palpitaba el corazón a toda velocidad y me apresuré a adoptar el paso más rápido que aconsejase la prudencia.

### III

## Barras y lingotes de oro

Según pude observar, el pasadizo que iba atravesando se había construido con el objetivo de conectar dos casas. Era difícil comprender cuál podría ser el propósito de tal conexión. Pero la gente rica es con frecuencia excéntrica y hace cosas que nunca se les ocurrirían a los que son más pobres y simples. La Máscara Negra había descubierto la comunicación subterránea y la usaba para llevar a cabo alguna operación clandestina. El pasadizo no era muy largo. La Máscara Negra se detuvo y colocó el farol en el suelo. Yo también hice una pausa, por miedo a que el ruido de mis pasos pudiese alarmar al misterioso individuo al que perseguía. Me había hallado antes en muchas situaciones confusas e interesantes, y había tomado parte en más de una aventura de extremo peligro, pero creo que nunca en toda mi vida me había picado tanto la curiosidad ni me había animado tan fuerte deseo de saber cuál sería el desenlace como en la ocasión presente. En momentos como aquel, que se alejaban

alados con la proverbial velocidad del tiempo, pero que a mí se me antojaban lentos e inertes, la sangre fluye más rápido por las venas, el corazón late con movimientos más veloces y la tensión de los nervios es tal que acaba por resultar dolorosa. Vigilé los movimientos de la Máscara Negra con gran atención y exactitud. De algún modo que le resultaba familiar, quitó de la pared media docena de ladrillos de buen tamaño, revelando así una abertura de dimensiones suficientes para permitir el paso de un cuerpo humano. No tardó mucho en atravesar el agujero. Se llevó la luz con él. Me hallaba en las tinieblas. Arrastrándome como un gato a punto de cometer un acto de ferocidad felina contra algún aborto múrido, llegué hasta la cavidad y levanté la mirada hacia el borde para poder escrutar el interior de la estancia en la que se había internado la Máscara Negra. Era un lugar pequeño, más parecido a un sótano que a otra cosa. Había colocado el farol sobre un baúl y sus rayos temblorosos caían a su alrededor, permitiendo una mirada vacilante parecida a la que podría echarse una tarde oscura en un sepulcro situado en una iglesia católica de la Europa continental. El edificio sagrado está lleno de sombras oscuras, pero a través de las verjas de bronce que impiden la entrada al sepulcro puede verse cómo arden las largas velas, que de ese modo rinden inflamado tributo al espíritu de los difuntos. La Máscara Negra se hallaba de rodillas ante un baúl de forma y factura peculiar: era largo y estrecho. Tras retirar los cierres, la tapa se abrió, desvelando una gran pila brillante de oro ante mi mirada perpleja. Allí estaba el precioso metal, sin acuñar ni mezclar con aleación, sino con todo el resplandor que correspondía a la suntuosidad de su pureza nativa. Había barras y lingotes de oro, como las que Cortés y Pizarro, junto con sus osados seguidores, encontraron en Perú cuando el último de los incas fue expulsado de su hogar, de su reino, y separado de sus amigos tras muchas batallas sanguinarias, tras muchas reyertas luchadas con ahínco. Las barras eran pesadas y valiosas, pues eran puras, sin adulterar. Había muchos baúles, cajas fuertes y cajones en la bodega. ¿Estarían todos llenos de oro? Si así era, ¡menudo premio para el audaz ladrón! Eligió con cuidado cinco de los lingotes más gruesos y pesados. Cada uno de ellos debía de valer al menos mil libras. Era oro virgen, como el que forma las pepitas y, por supuesto, valía una gran cantidad de dinero. Tras hacer su elección, era necesario guardar las barras en algún recipiente. Estaba claro que era una persona de recursos, pues se sacó una sólida bolsa de lienzo del bolsillo y, tras abrirla, los metió dentro; pero, mientras lo hacía, se le cayó la máscara de la cara. Antes de que pudiese volver a colocarse la horrible careta, descubrí algo que no me pilló del todo desprevenida. La careta negra —tosca y repulsiva— había ocultado hasta entonces los hermosos rasgos de la condesa de Vervaine. Con una minúscula exclamación de enojo, volvió a colocarse la máscara y prosiguió su tarea. Sonreí débilmente cuando vi quién era el ladrón de media noche cuyos pasos había seguido con tanto éxito, cuyos movimientos había vigilado con tanto acierto. No serían necesarias demasiadas visitas a aquella cámara del tesoro, pensé para mis adentros, para amasar unos magníficos ingresos; y luego me pregunté con estupor qué sería aquella bodega y cómo habría llegado allí

aquel tesoro vasto y casi incontable. Preguntas fáciles de plantear, pero ni mucho menos tan fáciles de responder. En aquel momento mi atención se concentraba única y completamente en la condesa. Me llevaría un buen rato de la mañana siguiente especular sobre las causas de los acontecimientos de los cuales fui radiante testigo. Tras ocultar los lingotes en la bolsa de lienzo, la condesa misteriosa se puso de pie e hizo un amago de ponerse en marcha. En aquel momento algo turbó mi mente. ¿Sería mejor que diese la alarma o que permaneciese en silencio? En el supuesto de que gritase, ¿quién podría oír mi exclamación o responder a mi genuina petición de ayuda y auxilio? Quizá la condesa fuese armada. Por mucho que pareciese una aventurera desesperada, era muy probable que llevase con ella algún arma que, se podía presumir, no dudaría en usar si se viese arrinconada, y en tal caso aquel pasadizo solitario, cuyos recovecos con toda probabilidad solo ella y yo conocíamos, guardarían para siempre de ojos curiosos mis huesos emblanquecidos y mi calavera clara. No era una reflexión particularmente agradable y me di cuenta de que era necesario andarse con cuidado. Me imaginé que podría volver a la leñera antes de que la condesa me diese alcance, porque tendría que echar la tapa del baúl y los cierres; una vez hecho aquello, se vería obligada a colocar de nuevo los ladrillos que había quitado de la pared, tarea que le llevaría un buen rato y ocuparía su atención mientras yo escapaba. Había recabado la información que deseaba y estaba perfectamente satisfecha con el descubrimiento que había hecho. La condesa era sin duda una ladrona, pero haría falta algo de pericia para llevarla ante un tribunal. No obstante, yo me preciaba de destacar en esos tipos de habilidad y astucia. Tras emprender una rápida retirada, recorrí cierta distancia, pero, para mi sorpresa, no encontré la escalera. ¿Me habría equivocado? ¿Sería posible que hubiese tomado un desvío erróneo? Las ramificaciones de aquel pasillo me resultaban ajenas por completo. Me asaltó un violento temblor, pues en mi mente surgió la sospecha de que hubiesen podido encerrarme en el sótano. Me detuve un momento a pensar, y me apoyé en la pared húmeda y viscosa en actitud reflexiva.

## IV En el sótano

Sin luz no podía distinguir dónde estaba o en qué dirección me convendría más moverme. Dudaba sobre si sería mejor seguir sin inmutarme, quedarme donde estaba o volver sobre mis pasos. Me inclinaba con fuerza por la última opción. Mientras seguía dándole vueltas al asunto apareció una luz a mi izquierda. Era la que llevaba la condesa de Vervaine. Luego me había equivocado. El pasadizo se prolongaba y yo no había tomado la bifurcación correcta. La condesa estaba colocando de nuevo los ladrillos, de modo que me vi forzada a permanecer totalmente inmóvil, y eso hice. Tras terminar su tarea, volvió a levantar la bolsa, cuyo valioso contenido apenas

podía acarrear. Yo me encontraba en una posición crítica. La condesa volvería a colocar los tablones, sin lugar a dudas, y quizá los asegurase de algún modo que me impidiese escapar como ella había hecho. Mi única oportunidad estribaba en llegar a la escalera antes que ella, pero ¿cómo podría hacerlo, si ella se hallaba entre la escalera y yo? Tendría que atacarla súbitamente, tirarla al suelo y pasar por encima de su cuerpo tumbado, todo lo cual era muy deseable, pero imposible de todo punto. Me hallaba indefensa. La creía armada. Tendría que correr el riesgo de que me hundiesen un par de pulgadas de frío acero en el cuerpo, o de que una onza de plomo se abriese paso entre los ventrículos de mi corazón, en absoluto deseosos de que los perforase una dama de alcurnia. Suspiré por un revólver Colt y me reprendí por no haber tomado la precaución de venir armada. A pesar de que deseaba por encima de todas las cosas capturar a lady Vervaine, no estaba cansada de la vida. Cuando llegase de nuevo a tierra, cuando me hallase en la casa, volvería a sentirme un espíritu libre, no como en aquel sótano lóbrego en el que estaba segura de constituir presa fácil para los ataques de una mujer sin escrúpulos. Lady Vervaine siguió su camino a paso ligero, lo cual demostraba que había cumplido su objetivo y estaba ansiosa por volver de nuevo a su alcoba, para alcanzar así un puerto seguro. En cuanto a mí, me resigné a mi destino. ¿Qué otra cosa podía hacer? Atacar a su excelencia sería el desencadenante de una muerte instantánea, o eso creía. Sería como arrojarse sobre una espada o dispararse una pistola en la boca. Se abalanzaría hacia mí como un tigre, y con objeto de salvarse de las terribles consecuencias de su crimen, no dudaría un instante en matarme. Las serpientes sin colmillos son inofensivas, pero cuando cuentan con tan odiosas armas lo mejor que se puede hacer es plantarles el talón de acero sobre la cabeza y apretar, para dejarlas indefensas y sumisas a la voluntad soberana que las conquista. Seguí a la condesa de Vervaine despacio, a distancia, pero no me atreví a acercarme. Normalmente era prolífica en recursos y pensé que sería capaz de encontrar alguna solución al dilema. No era mujer de una sola idea, y si un dardo no daba en el blanco siempre llevaba otro astil emplumado listo para la acción en mi bien surtida aljaba. Sin embargo, no pude evitar sentir una náusea de duda e incertidumbre cuando vi que su excelencia subía la escalera y desaparecía por la abertura del suelo. Estaba sola en el sótano, abandonada a mis propios recursos. Esperé en plena negrura, con un estado de ánimo en absoluto envidiable, hasta que pensé que la condesa había tenido tiempo suficiente de abandonar el lugar; entonces avancé a tientas por la escalera y la subí. Llegué hasta los tablones y los empujé con todas mis fuerzas, pero no bastaron para moverlos. Mis esfuerzos fueron en vano. Cansada y exhausta, me apoyé en las losas que pavimentaban el pasadizo, y puse a trabajar mi mente en busca de algún medio para escapar de tan desagradable situación. Si no podía encontrar forma alguna de salir, estaba claro que languidecería horriblemente durante un tiempo antes de morir de inanición. Ni era una perspectiva halagüeña ni yo la consideraba como tal. Me había convencido de que era imposible escapar a través del suelo, ya que la condesa de Vervaine había asegurado de algún

modo los tablones. De repente, una idea me atravesó la mente con la vívida rapidez del rayo. Podía retroceder por el pasadizo y empujar todos los ladrillos a mi paso; de ese modo descubriría cuáles eran los que le permitían a su excelencia la entrada al sótano donde se hallaban los lingotes de oro macizo. No albergaba ninguna duda de que tan preciada reserva recibiría ocasionales visitas de sus dueños, y de que no solo me liberaría de mi cautiverio, sino que desvelaría el misterio que en aquel momento me desconcertaba. Estaba deseosa de conseguir ambos objetivos, así que me puse manos a la obra y recorrí de nuevo las dimensiones limitadas del pasillo que llevaba al lugar donde se ocultaba tan vasta cantidad de oro. Me tomé inmensas molestias, pues palpaba cada ladrillo por separado, y tras pasar los dedos por su rugosa superficie les daba un empujoncito para ver si cedían. Al fin, para regocijo mío, toqué uno que se movía; le di un empujoncito más firme y cayó al suelo, al otro lado, con un estruendo desagradable. Los demás los saqué con más cuidado. Cuando conseguí quitarlos todos entré en la cámara del oro del mismo modo en que había entrado su excelencia, y me detuve a felicitar me por haber conseguido aquello. El ladrillo, al caer, había provocado un estrépito que había reverberado en el sótano, causando ecos cavernosos; pero no podía suponer que aquello desencadenaría las consecuencias que siguieron. Mientras consideraba qué debía hacer o cómo podría echarme a dormir más o menos una hora —pues, como dirían en un cuento infantil, el molinero me había echado polvo en los ojos, y estaba cansada—, oí un ruido en una esquina del sótano, donde más tarde sabría que se situaba la puerta. Siguió un momento de jadeante expectación y después unas luces cegadoras relampaguearon ante mí, obligándome a cerrar los ojos involuntariamente. Unas crudas voces resonaron en mis oídos, unas manos brutales me agarraron con fuerza y me vi prisionera. Cuando recobré la facultad de la vista, estaba rodeada por tres vigilantes y muchos policías. Me esposaron. Protesté ante tal indignidad, pero las apariencias jugaban en mi contra.

—Estoy dispuesta a ir con ustedes —exclamé con voz tranquila, pues sabía que a largo plazo no tenía nada que temer—. Pero ¿por qué darme tan mal trato?

—Solo estoy cumpliendo con mi deber —respondió uno de los policías, que parecía estar al mando.

—¿Por qué me arrestan? —inquirí.

—¿Que por qué? Mira qué bromista —respondió.

—Responda a mi pregunta.

—Bueno, si no lo sabe, se lo contaré yo —respondió con una sonrisa.

—Me hago una idea, pero no quiero que me queden dudas sobre la cuestión.

—La arrestamos por atracar el banco —respondió con solemnidad.

Se me iluminó el rostro. Así que aquello era un banco, y el lugar donde estábamos era la cámara en la que guardaban el oro. El misterio se disipaba. La condesa de Vervaine había descubierto de algún modo que aquel lugar lleno de riquezas le quedaba muy próximo y, o bien había mandado construir el pasadizo, o bien había tenido la suerte de encontrárselo hecho. Aquello habría que explicarlo más tarde.



—Iré con ustedes, claro —dije—; pero cuando lleguemos a la comisaría hablaré con el inspector de servicio.

El hombre respondió con voz brusca y me sacaron del sótano; me sentí feliz de escapar de la penumbra y la oscuridad de la cámara del tesoro.

## V Acorralada

—Encantada de verla, señora Paschal —exclamó el coronel Warner cuando me llevaron a su presencia—. Debo felicitarla por su tacto, discernimiento y perseverancia al acorralar a la condesa de Vervaine con tanta astucia. Qué asunto tan desagradable el del pasadizo subterráneo.

—Estoy acostumbrada a esos pequeños episodios dramáticos —respondí—; después de que la policía me llevase, exultante, a la comisaría, el inspector, al enterarse de quién era yo, me dejó rápidamente en libertad. Siempre llevo mis credenciales en el bolsillo y solo tengo que mencionarlo a usted para que su nombre me defienda de la autoridad como una fortaleza.

—Ahora debemos considerar lo que queda por hacer —dijo el coronel—; no cabe duda de que han esquilado en buena medida el Banco del Sur de Belgravia, y de que esa es la fuente gracias a la cual nuestra misteriosa condesa ha conseguido mantener sus costumbres extravagantes y alimentar su magnificencia temporal, solución fugaz, como ella misma debería haber considerado. Lo único que me sorprende es que no descubriesen antes su saqueo; debe de habérselas apañado para hacerlo todo con mucha maña, tanta como para merecerse el honor de ser la ladrona más experta de los tiempos modernos. He estado con el encargado del banco esta mañana y desea acallar el asunto en la medida de lo posible; pero le dije con franqueza que no podía estar de acuerdo en semejante cosa. Uno de los vigilantes o de los policías que la arrestaron a usted debió de ir directamente a la redacción de un periódico a informar del hecho al editor, pues en este diario hay un resumen del incidente, cosa que debe de haber escapado al conocimiento del encargado. Los periódicos pagan una pequeña suma de dinero por la información, y eso debe de haber sido lo que ha movido al hombre a hacer lo que aparentemente ha hecho. Ni que decir tiene que la astuta condesa de Vervaine ha aprovechado la ocasión para huir de Londres, pues la he mandado a buscar esta mañana a su casa y estaba cerrada. La única respuesta que mis mensajeros han recibido es que su excelencia se había marchado de la ciudad debido a la enfermedad de un pariente cercano; lo cual, por supuesto, no es más que una treta.

—Está claro —respondí— que se ha alarmado y pretende desorientarnos.

—¿Qué sugiere? —preguntó el coronel Warner, recorriendo la habitación de arriba abajo.

—Yo diría que la dejásemos en paz hasta que se calmen sus miedos y vuelva a la ciudad. Estamos en plena temporada y no querrá estar lejos demasiado tiempo.

—No estoy de acuerdo con usted, señora Paschal —replicó el coronel, irritado.

—¿De veras? ¿Por qué no?

—Por muchas razones. En primer lugar, podría escaparse del país con el botín. ¿Qué le impediría abandonar su casa y sus muebles, y marcharse al extranjero con las ganancias?

—Hay algo de verdad en eso —dije, más que convencida de que el coronel estaba enfocando el caso de modo correcto.

—Muy bien. La segunda razón es que más vale pájaro en mano que ciento volando.

«Proverbial, pero cierto», pensé para mí.

—En tercer lugar, desearía recuperar la mayor parte posible de la propiedad robada. Un criminal con las manos llenas vale más que uno de vacío.

—¿Me propone que la siga? —pregunté.

—Sí, ciertamente.

—En ese caso, cuanto antes empiece mejor.

—Empiece de inmediato, si sus planes se lo permiten. Los criados no son intachables, y a fuerza de investigar la mansión de su excelencia, no albergo la menor duda de que se enterará usted de algo que encontrará de utilidad.

—En menos de una semana, coronel —contesté con confianza—, la condesa de Vervaine estará en manos de la policía.

¡En manos de la policía! ¡Qué frase tan terrible! Llena de un significado y una importancia horribles, evocadora de prisiones y confinamientos solitarios, repleta de visiones de trabajos forzados y de una larga y agotadora clausura, sugestiva de una vida de trabajos, desgracias y dolores, quizá incluso insinuante de una aniquilación sumaria a manos del verdugo.

—Confío en usted —dijo el coronel Warner, estrechándome la mano—. Dentro de siete días espero el cumplimiento de su promesa.

Asentí y abandoné la oficina en la que se dirimían asuntos de tanta importancia para la comunidad, y que en nueve de cada diez casos se resolvían con éxito.

No obstante, el salario que aquel hombre recibía de una nación agradecida, o mejor dicho, de su Gobierno, eran unas escasas mil libras al año, mientras que muchos ganan el triple de esa suma por no hacer nada. Lo primero que hice fue volver a casa de la condesa de Vervaine. Estaba cerrada, pero aquello solo significaba que las persianas estaban echadas y las contraventanas cerradas en la parte delantera. La mayor parte de los criados seguían allí y estuvieron encantados de verme. Se imaginaban que me habían dado vacaciones o que había ido a cumplir algún encargo de su excelencia. Busqué de inmediato al ama de llaves.

—Bien, Paschal —dijo—, ¿qué quiere?

—He ido a buscar algo de dinero para la condesa, que me mandó a la ciudad con

ese objeto —respondí con atrevimiento—, y me dijo que debía venir a verla a usted, darle diez libras, y que usted me daría su dirección, pues deseaba que yo la acompañase al campo.

—¡Ah! ¿De veras? ¿Dónde está el dinero?

Le di diez soberanos al tiempo que le decía:

—Puedo darle cinco más si quiere, no creo que la condesa los eche de menos.

—No, tiene mucho dinero.

El ama de llaves se apoderó con ansia de los cinco retratos adicionales de Su Majestad y me dijo con suavidad que encontraría a la condesa en la abadía de Blinton, en el condado de York, donde había ido a pasar quince días con unos conocidos aristócratas. Yo siempre cuidaba de mostrarme muy callada, educada y servicial en presencia del ama de llaves, que me consideraba muy inocente, simple y trabajadora. Tras obtener la información que buscaba me quedé charlando un rato en tono amistoso y agradable, tras lo cual me despedí. Cogí el correo de la noche en dirección al norte. Me acompañaba un comisario de policía, al que confiaba invariablemente el cumplimiento de toda empresa ardua que necesitara fuerza masculina. Era un hombre sociable y entre ambos habríamos sido dignos rivales de los ladrones más sagaces de la Cristiandad. En realidad lo éramos con frecuencia, como acababan descubriendo para perjuicio suyo. Hay algo en el veloz movimiento de los vagones de ferrocarril que siempre me resulta de lo más vivificante. Es propio del progreso y me levanta el ánimo en proporción a la velocidad adquirida, ya sea por prados o bosques, a veces serpenteando en un desfiladero y luego atravesando un largo y oscuro túnel. ¿Qué puede igualar a un viaje tan mágico?

Era de noche cuando llegamos a Blinton. La abadía estaba a una milla y media de la estación de ferrocarril. Ni el subcomisario ni yo nos sentíamos con ganas de ir a descansar, porque habíamos echado una cabezada durante el viaje de la que nos despertamos con fuerzas renovadas. Dejamos nuestras bolsas de viaje al cuidado de un soñoliento mozo de cuerda que solo esperaba la llegada del correo nocturno del norte, y a la una y media nos pusimos en marcha para reconocer la posición de la abadía de Blinton. La luna brillaba en todo su esplendor. Cogimos un camino de herradura; no entrañó demasiada dificultad encontrar la abadía, pues seguimos al pie de la letra las instrucciones del mozo de cuerda. Todo se hallaba inmóvil cuando nuestra mirada imperturbable cayó sobre la venerable mole que había soportado los vientos de tantos inviernos y reflejado los ardientes rayos de innumerables soles de verano. Me conmovió especialmente la capilla, que se alzaba ante nosotros, gris y melancólica; el techo oscuro, los imponentes contrafuertes, el conjunto de fustes, todo desvelaba la grandeza pasada. La escena no podía dejar de evocar las líneas de Walter

Scott:

Si queréis formaros una exacta idea del magnífico aspecto de Melrose, id a visitarla de noche a la pálida claridad de la luna; porque el vivo resplandor de los rayos del día solo dora sus ruinas para insultar en ellas, al iluminarlas, sus cenicientas masas. Cuando los rotos arcos están sumergidos en las tinieblas de la noche, y cada ojiva refleja la blanquizca lumbre de la luna, cuyos fríos rayos proyectan inciertas masas de luz sobre las ruinas de la torre central; cuando los botareles ofrecen alternativamente las tintas del ébano y del marfil; cuando los plateados rayos del astro de la noche juegan en torno de las estatuas de los santos, y de los carlones en que están grabadas las sentencias que nos enseñan a bien vivir y a bien morir, cuando a lo lejos se oye el mugido de las olas del Weed, y sobre la tumba de los muertos los siniestros graznidos del búho, ve entonces a observar el arruinado monumento, testimonio eterno de la munificencia de san David<sup>[1]</sup>.

Nos detuvimos, sobrecogidos por una especie de fervor sagrado. La capilla, el castillo y su torreón, el pálido y argentado resplandor de la luna, la quietud hechicera de la noche, las ventanas almenadas, las aspilleras del techo desde las que antaño muchas severas culebrinas apuntaron contra el obstinado rebelde invasor; todo contribuía a inspirarme tristeza y melancolía. La mano del comisario, que buscaba mi brazo, me sacó de mi ensueño. Sin decir palabra me llevó a la penumbra de una cavidad, y tras apostarse él mismo y a mí en sitio seguro, me susurró al oído una única palabra: «¡Mire!». Así lo hice, y al echar un vistazo en la dirección que me indicaba su dedo extendido, vi un contorno oscuro escabulléndose por una puerta lateral de la abadía de Blinton. La figura sombría avanzó a hurtadillas con paso felino hasta llegar al tronco de un cedro en expansión cuyas ramas siniestras esbozaban una sombra cadavérica parecida a la del tejo negro en los terrenos de las iglesias; entonces sacó un instrumento punzante e hizo un agujero, como para enterrar algo. Apenas pude contener un grito ronco de alivio, pues me parecía evidente que la condesa de Vervaine estaba ocultando el botín ilícito. Bendije mi instinto, que me había impulsado a proponer una visita nocturna a la abadía, a pesar de que siempre escogía el alba para los viajes de reconocimiento. Había llegado a la conclusión general de que los delincuentes evitaban la luz del día y buscaban el refugio amistoso de una noche muy a menudo traicionera. En voz baja le comuniqué al comisario mis sospechas y él estuvo de acuerdo conmigo. Sugerí que arrestásemos de inmediato a la figura tenebrosa. La dama estaba tan concentrada en su tarea que no advirtió que nos acercábamos; si lo hubiese hecho, habría podido escapar al interior de la abadía. Tuvo la mano fornida del comisario en la pálida garganta antes de poder pronunciar palabra. La arrastró sin miramientos a la luz de la luna y las facciones familiares de la condesa de Vervaine se revelaron claramente.

—¿Qué quieren de mí y por qué me atacan de esta manera? —preguntó con voz trémula en cuanto se relajó la presión sobre su garganta.

Mientras tanto yo había cogido una bolsa, la misma bolsa de lienzo que había contenido los lingotes la noche del robo. Aún estaban allí. Cuando oí la pregunta de su excelencia, respondí:

—Los directores del Banco del Sur de Belgravia están impacientes por mantener una entrevista con usted —dije.

Levantó la mirada hacia mí y una expresión de angustia recorrió su hermoso rostro. Me reconoció y en el acto supo que la habían acorralado. Con un movimiento veloz, tan ágil y rauda que pareció propio de un prestidigitador, la condesa de Vervaine se llevó algo a la boca; al momento siguiente tenía la mano de nuevo junto al costado, como si no hubiese pasado nada. Algo que brillaba a la luz de la luna atrajo mi atención. Me incliné a recogerlo. Era un anillo de oro de factura exquisita. Tenía el resorte de la tapa abierto. Lo alcé a la altura de mi cara. Exhalaba un fuerte olor a almendras amargas. Me giré sonrojada hacia su excelencia. Estaba muy pálida. El comisario estaba a punto de ponerle las esposas en las esbeltas muñecas; las tenía en la mano y las estaba ajustando. Pero ella, con la audacia de su propia acción, se ahorró tal indignidad. La cápsula del anillo contenía un sutil veneno que se había tragado con peculiar intrepidez antes de que pudiésemos anticipar o impedir que cometiese tal temeridad. El efecto de la virulenta droga fue tan rápido como mortal. Se tambaleó. Sus labios dibujaron una sonrisa que parecía decir «la batalla ha terminado y pronto descansaré». Después se desplomó pesadamente con los rasgos convulsos en un duro espasmo, el dolor final; sus ojos quedaron fijos, los labios entreabiertos y la versátil condesa de Vervaine dejó de existir. No lamenté que una criatura tan joven y hermosa hubiese escapado al banquillo del criminal, a la condena del ladrón. El asunto despertó mucha expectación en la época y los periódicos ilustrados se llenaron de fotos de la abadía de Blinton, pero ya hace tiempo que la mente del público lo ha olvidado, y desde entonces se han sucedido centenares de hechos. Aunque el Banco del Sur de Belgravia recobró sus lingotes, había sufrido enormes pérdidas debidas a las anteriores incursiones de la famosa condesa de Vervaine.

## ANDREW FORRESTER HIJO (fechas desconocidas)

Andrew Forrester hijo es otro autor del que se sabe muy poco. El gran estudioso de la novela policiaca y antólogo E. F. Bleiler sugiere que el nombre «fue un seudónimo elegido para capitalizar la fama de los históricos hermanos Forrester, que ejercieron de detectives en la ciudad de Londres y fueron pioneros en aplicar métodos científicos en el oficio de detective». Fuera propio o adquirido, el nombre de Andrew Forrester aparece como autor de tres libros (sin contar dos modificaciones posteriores de la misma obra), incluyendo *The Revelations of a Private Detective* de 1863 y *Secret Service*, del año posterior. Además, en 1864 —el año en que la señora Paschal hizo su aparición— la editorial Ward Lock publicó en Londres *The Female Detective*. Fue un año crucial en la historia de las mujeres detectives.

«Mi oficio es necesario, pero el mundo se aparta de los de mi gremio». Las palabras de la señora G., narradora de *The Female Detective*, resumen gran parte de la actitud real de la gente hacia los detectives a mediados del siglo XIX. A muchos articulistas de periódico y miembros de cuerpos legislativos les preocupaba la idea de que unos «espías» sin identificar y sin uniformar pudieran infiltrarse en los respetables hogares ingleses. Pero los detectives pronto cautivaron la imaginación pública y los periódicos no daban abasto con las historias de sus aventuras.

En «Detención bajo sospecha», un relato de *The Revelations of a Private Detective*, el narrador explica que su admiración por las historias policiacas de Edgar Allan Poe es lo que lo inspira a investigar el crimen del que han acusado a su hermana inocente. Resulta apropiado que Forrester fuese consciente de su deuda para con Poe y la admitiera de modo explícito, porque el propio Forrester fue a su vez uno de los grandes innovadores posteriores. También cita a Poe en la historia que aquí presentamos. Forrester sigue la popular escuela de *casebooks* de Waters —recopilación de recuerdos cotidianos, normalmente medio ficticios, de un oficial de policía— y la transforma en una narrativa bien organizada cuyo peso descansa en una trama articulada alrededor de los métodos de investigación. Es simple: Forrester tenía más talento que la mayoría de sus compañeros. Los diálogos de «El arma desconocida» van dando información sobre los personajes, en especial durante la investigación o las escenas de interrogatorios, y la voz narrativa de la señora G. posee una ironía y perspicacia de lo más seductoras. Comienza rememorando los datos del caso tal y como se conocen antes de que ella misma se involucre, e incluso este resumen resulta vivaz y entretenido. Y cuando ella misma entra en escena, la acción

no se detiene hasta que resuelve el crimen. Periódicamente va resumiendo las pruebas recopiladas hasta el momento. Este método alcanzaría su apogeo durante la llamada edad dorada del género, a principios del siglo xx, cuando muchas historias detectivescas articuladas alrededor de un puzle incluían diagramas de la escena del crimen, horarios de tren y otras pistas para el lector vigilante; el punto culminante serían las famosas tretas de Ellery Queen con sus «desafíos al lector».

Esta entretenida e influyente novela corta no volvió a reimprimirse tras la primera edición hasta que E. F. Bleiler la publicase de nuevo en los años setenta. Estamos en deuda con Bleiler por haberla recuperado. (Son sus iniciales, E. F. B., las que aparecen en un aparte entre paréntesis de la historia). No es que las historias policiacas tipo *casebook* desapareciesen porque Forrester las superase, pero sí se estableció una nueva forma de hacer las cosas que pronto encontraría a sus seguidores. La señora G. confía en las pruebas forenses de las huellas y en los informes de los análisis microscópicos de las «pelusas». Estamos ante una historia que se adelanta a su tiempo.

# El arma desconocida

(1864)

Me dispongo a hacerles partícipes de uno de los casos más destacados que he tenido la oportunidad de observar de cerca.

Les ofreceré los detalles, en la medida de lo posible, de forma narrativa.

El caso tuvo por escenario un condado del interior, las afueras de un pueblo rústico y retirado que nunca había sido objeto de atención para el mundo.

Aquí están los hechos preliminares exactos del caso. Por supuesto que cambio los nombres, pues dado que el caso va a hacerse público, y ya que las investigaciones que tuvieron lugar en aquel momento no solo acabaron en agua de borrajas, sino que por alguna razón inexplicable no atrajeron la atención pública, no es de sentido común tapar los nombres y los lugares con un velo de ficción tan fino que permita distinguir la verdad por debajo de la gasa literaria. Los nombres y los lugares que aquí se mencionan son completamente ficticios, y no representan ni dejan entrever en grado alguno los personajes o las localidades reales.

La mansión en la que tuvo lugar el misterio que estoy a punto de analizar era una casa solariega y su ocupante, el magistrado del distrito, era el dueño del señorío. Llamémoslo Petleigh.

Declararé de inmediato, a pesar de que el hecho no llegó a mi conocimiento hasta después de la catástrofe, que el magistrado era un hombre de lo más ruin, con una sola pasión aparte del amor por el dinero: la codicia que le inspiraban las vajillas valiosas.

Cualquiera que haya vivido con los ojos abiertos se ha topado alguna vez con seres humanos que reúnen en su interior las contradicciones más espantosas. He aquí a un hombre que vive con tal canallería que uno se pregunta si alguna vez ha ganado algún chelín con honestidad, y sin embargo él cree con firmeza que perdería todo su carácter moral si pisase un teatro; hay individuos que nunca han despedido a un acreedor ni se han aprovechado de nada más allá de un descuento comercial, y que cualquier día pueden ser arrestados, acusados de un cargo que los convertirá en la vergüenza de la familia.

Eso ocurría con el magistrado Petleigh. No había duda alguna de que era extremadamente avaricioso, mientras que su deseo de poseer y exhibir caras vajillas rozaba casi la obsesión.

Sus vajillas de plata eran toda una tradición en el condado. En cada comida —y he oído que las comidas en la residencia Petleigh no eran ni abundantes ni suculentas



— había suficiente vajilla sobre la mesa para sufragar las comidas de los pobres de todo el condado durante un mes. Se comía una chuleta de cordero en vajilla de plata.

El señor Petleigh ocupaba un cargo en el Parlamento y durante la temporada se iba a la ciudad, donde poseía la casa más pequeña y miserable que nunca alquiló miembro pudiente del condado.

Petleigh, avaricioso y por tanto cicatero, se negaba a mantener dos residencias; así pues, cuando acudía a la ciudad para ejercer en el Parlamento, se llevaba consigo todos los enseres de su domicilio campestre, incluyendo a los criados, que viajaban en tercera clase hasta la ciudad.

Estoy bastante segura, por lo que oí decir, de que los sirvientes estaban lejos de ser gente respetable; situación bastante natural, dado que no se les trataba bien y se les contrataba con el menor salario posible.

La única sirvienta que permanecía en plantilla de modo permanente era el ama de llaves de la mansión, la señora Quinion.

Los padres de la difunta señora Petleigh la habían acogido en casa desde pequeña, «como si fuese hija suya», susurraban las malas lenguas; y también se afirmaba abiertamente, y me temo que con algo de satisfacción y malicia, que el magistrado se había llevado un buen chasco con su esposa.

La verdad era que Petleigh había contraído matrimonio con la hija de un comerciante de Liverpool con el deseo de hacerse con su fortuna, que en la época del enlace prometía ser vasta. Pero el comercio del algodón, aun veinticinco años atrás, era un negocio arriesgado, y para no alargarme con particulares que solo son remotamente esenciales para la total comprensión de esta crónica, el magistrado nunca llegó a ver un penique por parte de su esposa, cuyo padre, que había llevado una vida de deplorables irregularidades, marchó para América y murió allí.

La señora Petleigh no tuvo más que un hijo, Graham Petleigh, y murió cuando este tenía unos doce años.

Mientras la señora Petleigh vivió, el ama de llaves de la casa Petleigh fue la muchacha adoptada a la que nos referimos antes. A mí me parece que habría sido más sincero llamar a las cosas por su nombre y decir que la señora Quinion era hermanastra de la esposa del magistrado.

Sea como fuere, tras la muerte de la dama, a la señora Quinion se le medio permitió, con cierta incomodidad, eso sí, actuar como señora de la casa Petleigh.

Posiblemente el magistrado fuese consciente del parentesco que ya hemos sugerido con su mujer, y por tanto no mostrase reticencia a que fuese ella quien estuviese en su hogar, en lugar de otra mujer. Pues, aparte de su codicia y su manía por exhibir las vajillas, se trataba sin discusión alguna de un hombre de juicio respetable.

Además, la señora Quinion lo secundaba en su tacañería. Redujo al mínimo los gastos del hogar y ella misma se daba por contenta con una remuneración muy moderada.

Por lo que me habían contado, llegué a la conclusión de que la casa Petleigh llevaba mucho tiempo siendo la más incómoda del condado y el despliegue de vajillas no hacía más que subrayar el vacío general.

Muy pocos visitantes acudían a la casa, y la hospitalidad era una virtud que resultaba desconocida; sin embargo, a pesar de tales desventajas, Petleigh gozaba de bastante renombre en el condado y de hecho, cuando se realizaron una o dos colectas benéficas, apareció en la prensa con suficiente éxito.

Aquellos de mis lectores que vivan en el campo comprenderán el estilo del hogar del magistrado cuando diga que solo a regañadientes daba permiso para que otras personas matasen conejos en su propiedad. Siempre se podían encontrar, a lo largo de todo el año, especímenes de aquella comida más bien cansina en la despensa del magistrado Petleigh. De hecho, me enteré de que un joven cura que permaneció cierto tiempo en Tram (el pueblo), llamaba a la casa Petleigh «la madriguera», haciendo así una suave sátira de tan escaso sistema de raciones.

El hijo, Graham Petleigh, fue criado de forma deplorable; quizá el padre quisiese convencerse de que, ya que sus esperanzas de fortuna se habían visto decepcionadas con la madre, el hijo no merecía la consideración a la que habría tenido derecho si ella lo hubiese provisto a él, su marido, de crecidas riquezas. Sin duda el muchacho llevaba una vida de lo más austera. La única educación que recibió fue la que se daba en una escuela benéfica que por suerte existía en Tram.

Acudía en ocasiones al centro escolar; otras veces andaba con muchachos de clase miserablemente inferior, con los que se embarcaba en expediciones que por lo general no constituían un quehacer tan respetable como estudiar humanidades.

Era evidente que el muchacho recibía un trato vergonzante; lo tenían abandonado.

Cuando cumplió los diecinueve o los veinte (todos estos particulares los supe justo después de la catástrofe, pues los aldeanos estaban ávidos por hablar del desgraciado joven), cuando cumplió los diecinueve o los veinte, digo, la acumulación de años de abandono dio sus frutos. Estaba listo, no cabía la menor duda, para cometer cualquier disparate. La caza furtiva, en particular, hacía sus delicias; en gran medida, quizá, porque le reportaba beneficios; pues, para ser sinceros, carecía de dinero alguno, y a aquel inconveniente había que añadirle otro, el de ser incapaz de estirar el dinero obtenido durante cierto lapso de tiempo.

Yo misma no albergo duda alguna de que seguramente era justo atribuirle algún expolio sobre la propiedad de su padre y, por las investigaciones que realicé, me inclino igualmente a creer que, cuando faltaba del hogar algún pequeño artículo de aquella cantidad de plata, el hijo sabía mucho más de los bienes perdidos de lo que habría sido deseable.

Que la señora Quinion, el ama de llaves, profesaba una extrema devoción por el joven no había quien lo negase; pero ni el dinero que recibía en calidad de salario ni ningún otro recurso, privado o de otro tipo, con el que contase podía responder a las exigencias que le formulaba el joven Graham Petleigh, que gastaba dinero, con

certeza, aunque de dónde provenía aquel dinero era una cuestión de lo más incierta.

Por el retrato que vi de él, debía de contar con una naturaleza intrépida, errática y jovial: un joven que no permitía que las tareas se interpusiesen entre él y sus inclinaciones; en resumen, un joven que obtendría más del mundo de lo que aportaría.

Cada año se llevaban a la ciudad las vajillas junto con el resto de enseres; las cajas quedaban a cargo de la vigilancia especial del mayordomo, que no les quitaba la vista de encima en el trayecto que separaba la casa del campo y la de la ciudad. Según oí decir, el pobre hombre se enfrentaba a estos viajes sobrecogido por el temor.

Por lo que me dijeron, el convoy de las vajillas contaba ni más ni menos que con veinte cajas.

A veces Graham Petleigh acompañaba a su padre a la ciudad; otras veces lo enviaban a casa de un pariente, en Cornualles. Supongo que tanto al padre como al hijo les era más cómodo que este último pasara en Cornualles la temporada parlamentaria, pues en la ciudad el muchacho se convertía necesariamente en un gasto mayor, lo cual constituía una objeción a los ojos del padre, mientras que el hijo, por su parte, se encontraba allí en un mundo para el que no estaba de ningún modo preparado, a causa de la educación recibida.

La pasión del joven Petleigh eran los caballos, y no había ni un criador en la finca de su padre, ni en los alrededores de Tram, al que no molestase con objeto de conseguir que le prestasen un caballo, pues el joven no contaba con ninguno propio.

Por mi parte, considero que si el muchacho carecía de respeto por sí mismo, la culpa recaía en gran medida sobre el padre, que nunca le manifestó a su hijo el más mínimo.

Supongo que no será necesario añadir que cuando un hombre es un vehemente apasionado de los caballos, por lo general apuesta por dichos cuadrúpedos.

Tampoco fue necesario investigar demasiado para averiguar que el joven Petleigh había «colocado» una buena cantidad de dinero en caballos y que, por regla general, había tenido buena suerte con ellos. El joven buscaba algo de entretenimiento, alguna ocupación, y había encontrado ambas cosas en las apuestas. ¿He dicho ya que después de que lo sacaran de la escuela lo dejaron desocupado? Pues ese fue el caso. Supongo que el padre no podía concebir siquiera la posibilidad de incurrir en el gasto de enseñarle algún oficio a su hijo.

Así pues, ese era el cariz que habían tomado las cosas en la casa de los Petleigh: el padre, descuidado y avaricioso; el hijo, dejado y abandonado, descendiendo cada día un peldaño en la escalera de la vida; y el ama de llaves, la señora Quinion, sin decir nada, sin hacer nada, tan solo existir, y quizá manifestar que sentía cariño por el hijo de su hermana de adopción. Era una mujer de juicio cuerdo y penetrante, y seguro que manifestó su propia previsión de que el joven se veía silenciosa, firme e incesantemente abocado a la ruina.

Una vez comprendidos todos estos preliminares, puedo proceder a la acción de este relato.

Era el 19 de mayo (el año no importa), por la mañana temprano, cuando el jardinero del magistrado Petleigh, un tal Tom Brown, hizo el descubrimiento.

El jardinero encontró fuera del portón de la entrada, a las cinco y media de la mañana (de un martes), una forma humana tirada en el suelo, acurrucada de modo extraño. Y cuando se acercó para observarla, descubrió que era el cuerpo inerte del hijo del magistrado.

Cogió la cuerda de la gran campana y dio la alarma, y en menos de un minuto el ama de llaves en persona y una criada, que estaban inventariando juntas los enseres que quedaban en la casa Petleigh mientras el magistrado estaba en la ciudad, se erguían en el umbral de la puerta abierta.

El ama de llaves estaba a medio vestir y la criada iba envuelta en unas enaguas y una manta.

Las noticias corrieron como la pólvora en labios del ayudante del jardinero, que, preguntándose dónde se hallaba su jefe, dio la vuelta a la casa y acabó encontrándoles rápidamente buen uso a sus piernas.

—Debe de haber tenido un ataque —dijo el ama de llaves; y se envió al muchacho a Tram con ese mensaje, que llevó al médico del pueblo a la casa en el menor tiempo posible.

Entonces se supo que la catástrofe no se debía a un «ataque».

Un somero análisis desveló que el hijo del magistrado había muerto de una puñalada causada por una basta punta de acero, cuya hoja metálica tenía una longitud de seis pulgadas y seguía en el cuerpo.

Durante la vista para determinar la causa de la muerte, el médico dictaminó que debía de haberse empleado mucha fuerza para hundir la punta en el cuerpo, pues el asesino había serrado una costilla al hacerlo. Una vez asestada la puñalada, se había tirado hacia atrás de la punta con el fin de sacarla, fin que no se consiguió, pues las aristas se habían quedado fuertemente enganchadas al cartílago y el tejido que lo rodeaba. Era imposible que el difunto hubiese podido clavársela él solo, dada la forma en que se había usado.

Cuando le preguntaron por la apariencia de la punta, el cirujano fue incapaz de responder. Nunca antes había visto un arma así. Suponía que la habían fijado a un mango de madera del que se había desprendido debido a la fuerza con la que, tras la embestida, la había retenido el tejido que rodeaba la herida.

Se mostró la punta al jurado y todos estuvieron de acuerdo en que nunca habían visto nada parecido; a todos ellos les resultaba igualmente extraña.

El magistrado, que afrontó la catástrofe con gran frialdad, dio fe de haber visto a su hijo la mañana anterior al descubrimiento del asesinato, y alrededor de mediodía: diecisiete horas y media antes de que se descubriese la catástrofe. No sabía que su hijo estaba a punto de abandonar la ciudad, donde había pasado varios días. Añadió que no había echado en falta al joven; su hijo tenía la costumbre de ser amo y señor de su vida, y de ir donde quería. No podía ofrecer explicación alguna al hecho de que

su hijo hubiese vuelto al campo, ni de que se hubieran hallado dichos objetos sobre el cadáver. No podía ofrecer explicación alguna sobre ningún asunto relacionado con el crimen.

En Tram se rumoreó en tono escandalizado que el magistrado no dio muestra de emoción alguna al realizar sus declaraciones, y que cuando se sentó tras el interrogatorio parecía aliviado.

Además, se insinuó que, cuando la acusación lo llamó a declarar, dio la impresión de estar nervioso y respondió a las preguntas con cautela.

Las preguntas las realizaba uno de los miembros del jurado, un empleado del procurador (bastante agudo, es evidente), que era el oráculo de Tram.

Quizá resulte necesario para comprender correctamente el caso que se registren aquí las preguntas, con sus correspondientes respuestas. Fueron las siguientes:

—¿Cree usted que su hijo murió donde lo encontraron?

—No tengo opinión al respecto.

—¿Cree que había estado en su casa?

—Ciertamente no.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque si hubiese entrado en casa, el ama de llaves habría sabido de su llegada.

—¿Está aquí el ama de llaves?

—Sí.

—¿Se espera que sea llamada a testificar?

—Sí.

—¿Cree usted que su hijo tenía la intención de entrar a robar en su casa?

[Pronto aclararé la razón de esta pregunta. Ya de paso, quizá debiese explicar aquí mismo y ahora que todos estos particulares los obtuve de los datos facilitados por el periódico del condado].

—¿Por qué iba a hacerlo?

—No es eso lo que le pregunto. ¿Cree usted que tenía la intención de entrar a robar en su casa?

—No, no lo creo.

—¿Lo jura, señor Petleigh?

[Por cierto, no está de más aclarar que la animadversión entre el magistrado y el oráculo de Tram no surgía de las circunstancias, sino que se remontaba a tiempo atrás].

—Lo juro.

—¿Cree usted que había alguien en la casa a quien quisiese visitar clandestinamente?

—No.

—¿Quiénes estaban en la casa?

—La señora Quinion, el ama de llaves, y otra criada.

—¿Se halla aquí la criada?

—Sí.

—¿Qué tipo de persona es?

—Me parece, señor Mortoun, que es mejor que la mire usted y juzgue por sí mismo.

—Lo haremos, sí. Solo tengo una pregunta más.

—Me reservo el derecho de responderla o no.

—Creo que la responderá, señor Petleigh.

—Queda por ver, señor. Formule su pregunta.

—Es muy simple. ¿Tiene usted intención de ofrecer recompensa a quien descubra al asesino de su hijo?

El magistrado no respondió.

—Ya ha oído mi pregunta, señor Petleigh.

—Sí, señor.

—Y ¿cuál es su respuesta?

El magistrado hizo una pausa. Debería precisar que añadió los detalles de la vista que inferí, o extraje, de la información facilitada por el periódico del condado que ya he mencionado.

—Me niego a contestar —dijo el magistrado.

Mortoun apeló entonces a la autoridad del juez de instrucción.

Ahora me parece evidente que aquel miembro del jurado albergaba algún motivo oculto para interrogar al magistrado de ese modo. Debo confesar que nunca me cercioré de si ello responde a la verdad más allá de preguntas o dudas. Puede que acierte al suponer la motivación que lo animaba o puede que no. Yo creo que sí.

Está claro que la pregunta del señor Mortoun no estaba bien formulada, porque ¿cómo podría el padre decidir si ofrecería recompensa a quien descubriese a un asesino que legalmente aún no existía y no lo haría hasta después del dictamen del jurado? Y se podría añadir que dicha pregunta no guardaba relación con la resolución del misterio, o que al menos no guardaba relación aparente con los hechos de la catástrofe.

Es evidente que al señor Mortoun lo movía uno de los siguientes dos motivos, ambos intrincados. Uno podría ser un verdadero intento de obtener pruebas sobre el asesinato, el otro podría ser la intención de atraerle deshonor al magistrado, con quien, ya lo hemos dicho, lo unían lazos de animadversión.

El oráculo-miembro del jurado apeló pues de inmediato al juez de instrucción, que admitió que tal pregunta no era pertinente, pero sin embargo apremió al magistrado a responderla, ya que se había formulado.

Es evidente que el juez de instrucción vio la incómoda situación en que se encontraba el magistrado y habló de ese modo para permitirle salir del paso de la manera menos objetable posible.

Pero, como ya he dicho, el señor Petleigh, a pesar de sus incongruencias y defectos, era un hombre de juicio claro y respetable. Del mismo modo en que yo

detecté la incoherencia de la pregunta al leerla debió de advertirla él cuando se le dirigió, pues tras escuchar pacientemente las observaciones del juez de instrucción, Petleigh dijo en voz queda:

—¿Cómo puedo asegurar que ofreceré una recompensa por el descubrimiento de determinados asesinos cuando el jurado ni siquiera ha llegado a la conclusión de que sea un asesinato?

—Supongamos que el jurado llega a tal conclusión.

—Entonces será el momento adecuado de que me haga la pregunta.

Según supe, el miembro del jurado sonrió, hizo una reverencia y declaró que por su parte había terminado.

O bien en aquel momento el señor Mortoun acababa de obtener una información que encajaba en su teoría, o bien, si aceptamos que su pregunta venía motivada por bajos sentimientos, le pareció que ya había dañado suficientemente la reputación del magistrado en el condado. Porque los reporteros estaban trabajando y cualquier alma presente sabía que ninguna palabra pronunciada escaparía a la publicación en el periódico del condado.

El señor Mortoun, no obstante, saldría derrotado en menos de un minuto.

—¿Han terminado su interrogatorio, caballeros? —preguntó el magistrado.

El juez de instrucción asintió con la cabeza, al parecer.

—Entonces —continuó el magistrado—, antes de sentarme (y espero que me permitan permanecer en la sala hasta que termine la investigación de la causa de la muerte), declaro por propia voluntad algo que no consentiría en hacer público ni aunque intentasen obligarme de modo ilegal y totalmente inmerecido. Si el jurado da un veredicto de asesinato por parte de personas desconocidas, yo no ofreceré una recompensa por el descubrimiento de esos presuntos asesinos.

—¿Por qué no? —preguntó el juez de instrucción, quien, según supe más tarde, admitía que la pregunta había sido completamente imperdonable.

—Porque —dijo el magistrado Petleigh— soy de la opinión de que no se ha cometido ningún asesinato.

Según decía el periódico, dichas palabras fueron seguidas de un «revuelo».

—¿Ningún asesinato? —preguntó el juez de instrucción.

—No. Estoy seguro de que la muerte del fallecido ha sido un accidente.

—¿Qué le hace pensar eso, señor Petleigh?

—La naturaleza de la muerte. Diría que no se cometen asesinatos de un modo tan extraordinario como el que ha puesto fin a la vida de mi hijo. No tengo más que decir.

«Y dicho esto», decía el artículo del periódico, «el magistrado tomó asiento».

El siguiente testigo en ser llamado (puesto que ya habían oído al jardinero que había descubierto el cuerpo, y este solo testificó en lo referente a su hallazgo) fue Margaret Quinion, el ama de llaves.

Desde mi punto de vista, sus declaraciones carecían completamente de valor con respecto a la muerte del hijo del magistrado. Se limitó a asegurar que la noche

anterior se había ido a la cama a la hora acostumbrada (alrededor de las diez), y que Dinah Yarton se había retirado un poco antes a la misma habitación. No oyó ruido alguno durante la noche y nada en absoluto perturbó su sueño hasta que el jardinero dio la voz de alarma.

La señora Quinion se sometió a su vez al interrogatorio del ayudante del procurador, el señor Mortoun.

—¿Duermen usted y la tal, cómo se llama, Dinah Yarton, solas en la casa Petleigh?

—Cuando la familia no está, sí.

—¿No les da miedo?

—No.

—¿Por qué?

—¿Por qué deberíamos tener miedo?

—Bueno... A la mayoría de las mujeres les da miedo dormir en casas grandes y solitarias ellas solas. ¿No tienen miedo de los ladrones?

—No.

—¿Por qué no?

—Pues simplemente porque los ladrones encontrarían tan poco que robar en la residencia Petleigh que tendrían que ser muy necios para intentar desvalijarla.

—Pero hay una buena cantidad de vajillas de plata en la casa, ¿no es así?

—Se van siempre a la ciudad con el señor Petleigh.

—¿Todas, señora?

—Hasta la última onza, por lo general.

—¿Dice usted que la muchacha duerme en su cuarto?

—En mi cuarto.

—¿Es una muchacha atractiva?

—No.

—¿Es poco agraciada?

—Tendrá usted la oportunidad de juzgar por sí mismo cuando sea llamada a testificar, señor.

—Ajá. ¿No creerá, por un casual, que había algo entre esta muchacha y el joven amo?

—¿Entre Dinah y el señorito Petleigh?

—Sí.

—Creo que sería difícil que tuviesen una aventura, pues [sonrió] nunca se han visto. La muchacha llegó a la casa Petleigh del condado vecino solo hace tres semanas, tres meses después de que la familia se hubiese marchado a la ciudad.

—Ajá; entonces, ¿debo entender que no han recibido al hijo del amo en casa recientemente?

—No hemos recibido al señorito Petleigh en casa recientemente: nunca viene a casa cuando falta la familia.



—¿No tenía por costumbre acercarse a la residencia Petleigh de modo inesperado?

—No.

—¿Lo sabe con seguridad?

—Lo sé con seguridad.

—¿Estaba el difunto privado de dinero?

—No sé nada de los acuerdos económicos entre padre e hijo.

—Bueno, ¿sabe que a menudo quería dinero?

—De veras, rechazo responder a tal pregunta.

—Bien, ¿le pedía a usted dinero prestado normalmente?

—Rechazo responder a esa pregunta.

—Dice usted que no oyó nada por la noche.

—Nada de nada.

—¿Qué hizo cuando el jardinero dio la voz de alarma por la mañana?

—Me confunde su pregunta.

—Y sin embargo es de lo más simple. ¿Qué fue lo primero que hizo tras saber de la catástrofe?

[Tras cierta consideración].

—Debo confesar que me resulta de veras casi imposible decir sin dudar qué fue lo primero que hice o dije en una situación tan terrible como aquella, pero me parece que lo primero, o al menos lo primero que recuerdo, fue cuidar de Dinah.

—¿Y por qué no podía ella cuidarse sola?

—Pues simplemente porque le había dado una especie de ataque epiléptico (padece dicha enfermedad) al ver el cuerpo.

—Entonces, ¿no puede arrojar luz alguna sobre tan misterioso asunto?

—Nada de luz; lo único que sé se refiere al reconocimiento del cadáver del señorito Petleigh por la mañana.

Se llamó a la muchacha, Dinah Yarton, pero en cuanto la desdichada joven, que esperaba en el zaguán del establecimiento público en que se celebraba la vista, oyó su nombre, la asaltó un ataque tal que le impedía por completo proporcionar testimonio alguno «que no fuese», como en tono chistoso observaba el periódico, «la prueba de que sus pulmones se hallaban en una condición envidiable, a juzgar por sus gritos».

—Pronto se recuperará —dijo la señora Quinion— y estará en condiciones de proporcionar su testimonio.

—¿Y cuál será ese testimonio, señora Quinion? —preguntó el ayudante del procurador.

—No podría decirle, señor Mortoun —respondió.

El próximo testigo al que se llamó (y aquí, en tanto que agente de policía, llamo la atención sobre la poca profesionalidad con la que se ordenó a los testigos) fue al médico.

Su testimonio es el que sigue, tras omitir los puntos puramente profesionales.

«Me llamaron junto al difunto el martes por la mañana, cerca de las seis. Reconocí que el cuerpo pertenecía al joven señor Petleigh. No quedaba rastro alguno de vida. Llevaba siete u ocho horas muerto, por lo que pude observar, lo cual situaría la muerte entre las diez y las once de la noche anterior. La muerte la había causado una puñalada que había atravesado el pulmón izquierdo. El difunto había sufrido una hemorragia interna. El instrumento que había causado la muerte permaneció en la herida y detuvo la escasa efusión de sangre que de otro modo se habría producido. El difunto murió literalmente de asfixia, pues la sangre se filtró en los pulmones, inundándolos. Todos los demás órganos del cuerpo se hallaban en buenas condiciones. El instrumento que produjo la muerte me resulta desconocido. Es una especie de flecha de hierro, de factura tosca, con un astil. Debieron de fijarlo a algún tipo de mango para usarlo, lo cual probablemente activó la lengüeta cuando se intentó retirarlo; dicho intento debió de producirse, pues uno de los bordes de la flecha se había encajado detrás de una costilla. Repito que el instrumento que infligió la muerte me resulta desconocido por completo. Es notablemente zafio y áspero. El difunto vivió como mucho un cuarto de minuto después de que se le infligiera la herida. Con toda probabilidad, no gritó. No hay prueba de que se produjese la más mínima lucha; no hallo rastro alguno de que el difunto mostrase el menor conocimiento del peligro. Y, sin embargo, suponiendo que el difunto no estuviese dormido en el momento del crimen, pues sin duda se trató de un crimen u homicidio, debió de ver a su asaltante, quien, dada la posición del arma, debió de hallarse más bien delante de él y no detrás. Queda claro que la muerte es resultado de un crimen o de un accidente y no de un suicidio, pues me juego mi reputación profesional a que resultaría imposible para cualquier hombre clavarse un instrumento en el cuerpo con tanta fuerza como se ha usado en este caso, fuerza que queda demostrada por el corte producido en el hueso de una costilla. Ni podría suicida alguno, en las circunstancias de la presente catástrofe, haberse clavado una punta en la dirección que esta tomó. En resumen, mi opinión es que el difunto fue asesinado sin advertir por su parte al asesino».

Llegó el turno del señor Mortoun de interrogar al médico, que respondió de buen grado a las preguntas de dicho caballero.

—¿Cree usted, doctor Pitcherley, que no fluyó sangre al exterior?

—De eso estoy bastante seguro.

—¿Cómo?

—No había rastro de sangre en la ropa.

—Así pues, ¿infiere usted que la sangre no manchó el lugar del crimen?

—Ciertamente.

—Entonces, ¿podrían haber trasladado el cadáver durante un buen trecho sin que la sangre diese pista alguna del camino?

—No habría rastro alguno.

—¿Tiene la impresión de que el crimen se cometió lejos o cerca del lugar en que se encontró el cuerpo?

—Soy incapaz de dar respuesta a dicha pregunta, señor Mortoun, pues mi cometido aquí es ofrecer testimonio del levantamiento del cadáver y la causa de la muerte. Pero no hace falta que le diga que me he formado mi propia teoría sobre la catástrofe y que si el jurado desea oírla, estoy dispuesto a ofrecerla a su consideración.

En este momento se consultó, y resultó que el jurado se mostró deseoso de contar con las impresiones del médico.

[No me cabe duda de que las siguientes palabras fueron las que llevaron al jurado a su decisión].

El médico dijo:

—Mi impresión es que la muerte fue resultado, no diré de una contienda, sino de un accidente, durante una expedición de caza furtiva. En estos lares es sobradamente conocido, y en una coyuntura como la presente no creo ofender a la delicadeza al afirmar, señor Petleigh, que el joven Petleigh sentía una fuerte inclinación por la caza furtiva. Creo que él y sus secuaces estaban fuera, cazando (yo mismo, en dos ocasiones diferentes, al ser llamado en casos nocturnos, vi al joven caballero en circunstancias muy sospechosas); alguno de los miembros de la banda iría armado con el instrumento que causó la muerte, y quizá lo llevase al final de una de esas varas gruesas que se lanzan con frecuencia a los conejos. Supongo que por algún terrible accidente (todos sabemos lo temibles que resultan los accidentes que suelen darse cuando hay armas de por medio) el joven recibió una herida mortal y falleció después de que su compinche, asustado, intentase a toda prisa retirar la flecha, solo para dejar la punta atascada en el cuerpo, enganchada tras una costilla; la fuerza con la que se resistió el hueso provocó que el arma se desprendiese del astil. El descubrimiento del cadáver fuera de la casa paterna puede explicarse fácilmente. Sus compinches, a sabiendas de quién era, y por tanto temerosos de que les atribuyeran un acto que solo podría atraerles condena, llevaron el cuerpo hasta el umbral de la casa paterna y allí lo dejaron. —El médico concluyó—: Esta me parece la explicación más racional de las circunstancias en un caso tan notable y deplorable. Me disculpo ante el señor Petleigh por el agravio que pueda suponer referirme en estos términos al carácter de su hijo fallecido, pero mi excusa debe apoyarse en el hecho de que cuando un crimen o catástrofe son tan oscuros que el criminal o el culpable puede hallarse en muchas direcciones, no es sino justo estrechar el margen de las investigaciones lo más posible, con objeto de evitar que recaigan sospechas sobre gran número de individuos. Sin embargo, si alguien puede sugerir una explicación más lúcida que la mía, estaré encantado de admitir que me equivocaba.

[Poca duda puede haber, repito, de que el análisis del doctor Pitcherley encajaba de modo satisfactorio y plausible con los hechos del caso].

El señor Mortoun no le hizo más preguntas al doctor Pitcherley.

El siguiente testigo fue el alguacil de Tram, un patán imbécil, un caso perdido, como pude comprobar para perjuicio mío, que servía para las disputas de las tabernas

rurales, pero que como detective no le llegaba a los talones a mi perro Dart.

Al parecer ofreció su soso testimonio con tanta estupidez que mereció la desaprobación incluso del juez de instrucción.

Lo único que pudo decir fue que lo llamaron para levantar el cuerpo y que acudió, y que vio de quién *fuera* el cadáver. Y que eso *fuera* todo lo que podía decir.

El señor Mortoun lo tomó bajo su autoridad, pero ni siquiera él pudo sacar nada en claro de aquel hombre.

—¿Cuántas personas había en el lugar en que se encontró el cuerpo antes de que usted llegase?

—Nadie.

—¿Cómo es eso?

—Pues por qué va a ser, porque Tom Brown, el jardinero, *vinió* a buscarme de inmediato, y como Tom Brown *vinió* a buscarme a mí, pues yo *tamién* llegué el primero.

Así había sido, como supe al llegar a Tram. El jardinero, Brown, presa del pánico, tras llamar al ama de llaves y conseguir su atención, había salido como alma que lleva el diablo en dirección al pueblo en busca de esa ayuda innecesaria que toda persona presa del pánico anhela, y como la casa del oficial resultó ser la primera morada que se encontró, el alguacil recibió la primera alarma. Por supuesto, si el caso se hubiese llevado adecuadamente, y puesto que el alguacil fue el primero en ser alertado, se habría procurado las pruebas necesarias para poner a los detectives en el camino correcto.

Las primeras dos preguntas formuladas por el miembro del jurado que hacía las veces de abogado demostraban que comprendía la importancia del testimonio que podría haber ofrecido dicho testigo, llamado Joseph Higgins, si conociese lo más mínimo su oficio.

La primera pregunta fue:

—La noche del lunes había llovido, ¿no es así?

[La noche previa a la catástrofe].

—Sí, había llovido —respondió Higgins.

Luego siguió esta importante pregunta:

—Usted fue el primero en llegar al lugar del crimen. ¿Observó si había rastros de pisadas en los alrededores?

Para mí está clarísimo que el señor Mortoun seguía la teoría de la catástrofe que había ofrecido el médico. Estaba claro que si algunos de los compinches cazadores hubiesen llevado al joven hasta la entrada de la casa, después de muerto, inevitablemente habría numerosos rastros de botas en el suelo mojado, pues había llovido durante la noche.

—¿Quééé? —preguntó el testigo cuando se le formuló la pregunta.

Se le repitió la pregunta.

—No —respondió—; no vi pisadas.

—¿Las buscó?

—No, no las busqué.

—Entonces no conoce su oficio —dijo el señor Mortoun.

Y el miembro del jurado estaba en lo cierto, pues puedo decirle al lector que las huellas de botas han mandado a más hombres al cadalso, como pruebas circunstanciales, que cualquier otra evidencia; de veras, las pruebas de las pisadas son terribles. Un clavo perdido, o dos o tres muy juntos, o uno roto, o todos perfectos, han identificado en infinidad de ocasiones la bota del sospechoso cuya huella encaja con la que se halla cerca del cadáver, o ha sido el primer eslabón en la cadena de evidencias que ha acabado arrastrando al asesino al cadalso, o al delincuente a galeras.

De hecho, si tuviese que aconsejar a los malhechores sobre los mejores medios de evitar que los encuentren, les sugeriría sin duda alguna que llevasen un par de botas de repuesto, y que se cambiasen las que llevan puestas al acercarse al lugar de su obra, para cometer las maldades con las segundas; que huyesen con ellas de la escena del crimen y que, tras haber recorrido cierta distancia, volviesen a calzarse las primeras y escondiesen con sumo cuidado el par de botas que los traicionaría. Así, las botas que llevan constituirían una prueba de inocencia en lugar de una supuesta prueba de culpabilidad.

Que nadie se escandalice porque dé consejo público a los canallas, pues yo misma me precio de contar con estratagemas para neutralizar trucos tan infames como este de las botas. Y como he divulgado mis estratagemas entre la policía, cualquier intento de poner en práctica mi sugerencia conllevaría un riesgo de ser descubierto mayor que el ordinario.

Volvamos al asunto que nos ocupa.

El alguacil de Tram, el único humano de la ciudad, aparte de Mortoun, que debería ser consciente, durante el curso normal de sus funciones, del valor de cualquier huella cercana al cadáver, había descuidado totalmente una precaución que, de haberla observado, podría haber conducido a un descubrimiento (quizá inmediato), cosa que a causa de su necedad nunca llegó a realizarse públicamente.

Nada había más cierto que esto: que lo que se da en llamar pruebas podoscópicas brillaban por su ausencia.

Como el alguacil no realizó observación alguna, ni el detective más agudo que existiese podría recoger pruebas de esa clase, pues a medida que se había ido propagando la noticia de la catástrofe, como solo en los pueblos pueden propagarse, los aldeanos habían acudido en tropel, borrando de ese modo cualquier pisada que pudiese haber existido.

En resumen, que el señor Joseph Higgins no testificó nada que mereciese la pena oír.

La única declaración que quedaba era la de Dinah Yarton.

Entró en la sala de la vista «presa de la extenuación», decía el periódico gracias al

que me enteré de los particulares, «debido a los efectos de los sucesivos ataques que había sufrido».

Era tan mema que había que repetirle todas las preguntas de media docena de formas distintas antes de que pudiese ofrecer ni una sola réplica. Costó cuatro preguntas conseguir su nombre, tres que diera su dirección, cinco conocer su oficio; el juez de instrucción y el jurado, tras innumerables preguntas, abandonaron el intento de averiguar si conocía la naturaleza de un juramento. No obstante, como declaró estar bastante segura de que iría a «un sitio feo» si no decía la verdad, se la consideró una testigo perfectamente competente, y no me cabe la menor duda de que se la atosigó en consecuencia.

Y, puesto que fue el señor Mortoun quien le sonsacó más detalles que todos los demás interrogadores juntos, quizá no sea baladí, dado que el conjunto de mis acciones giraron en torno a su testimonio, transcribir las preguntas del caballero y las respuestas de la muchacha al completo, tal y como las reprodujo el ansioso periódico del condado, que sin duda consideraba el caso al completo como un regalo del cielo que le daría publicidad, y cuyos propietarios deseaban de todo corazón que la vista se suspendiese en multitud de ocasiones para buscar más testimonios.

—Bien, Dinah —dijo el señor Mortoun—, ¿a qué hora te fuiste el lunes a la cama?

[Por lo general, las respuestas llegaban tras una machaconería considerable por parte de quien interrogaba. Yo me limitaré a reproducirlas una vez, como acababan por salir].

—A las diez.

—¿Te dormiste?

—No, no me *durmí*.

—¿Por qué no?

—Porque no *podía*.

—Pero ¿por qué?

—Porque estaba pensando.

—¿En qué?

—En un montón de cosas.

—¿Puedes decirnos alguna?

[No hubo respuesta, a excepción de síntomas de más ataques].

—¡Ejem! Bueno, ¿acabaste por dormirte?

—Sí.

—¿Y cuándo te despertaste?

—Me desperté cuando me llamó la señora.

—¿A qué hora?

—No sé leer un reloj.

—¿Era de día?

—Sí, era de día.

—¿Te despertaste durante la noche?

—Sí, una vez.

—¿Por qué?

—No sé.

—¿Oíste algún ruido?

—No.

—¿Te pareció oír algún ruido?

—Sí.

—¿Qué?

—Qué sé yo, que se movía.

—¿Qué se movía?

—Pues el arcón.

—Ajá, el arcón. ¡Respóndeme adecuadamente!

En ese momento alzó la voz, y no me cabe duda de que Dinah tuvo que agradecerle a este miembro del jurado que le volviesen los ataques.

—¿Me oyes? Responde adecuadamente.

—Sí.

—Cuando te despertaste, ¿oíste algún ruido?

—No.

—Pero ¿te pareció oír un ruido?

—Sí, en el...

—Chis, chis. Deje el arcón. ¿Dónde estaba?

—¿El arcón? En el pasillo.

—No, no, el ruido.

—¡En el pasillo, señor!

—¿Qué? ¿Allí estaba el ruido?

—No, señor, el arcón.

—A ver, bonita —dijo el oráculo de Tram—, olvídate del arcón, quiero que pienses en una cosa: ¿oíste algún ruido fuera de la casa?

—No.

—Pero has dicho que oíste un ruido, ¿verdad?

—No, señor.

—Bueno, pero has dicho que te pareció oír un ruido.

—Sí.

—Bien. ¿Dónde?

—En el arcón...

En ese momento, según el periódico, el abogado golpeó con la mano el estrado que se hallaba ante él y añadió:

—Como vuelvas a mencionar el arcón, muchacha, irás a la cárcel.

—¡A la cárcel! —exclamó la infeliz testigo.

—¡Sí, a la cárcel! ¡A pan y agua!

Y entonces la desdichada, sin más, sufrió un ataque y tuvieron que sacarla en brazos, batallando tres hombres con la fuerza que las convulsiones parecen traer consigo, que se las vieron y se las desearon para mantenerla en relativo silencio.

—Caballeros —dijo el juez de instrucción—, no creo que se trate de una testigo esencial. En primer lugar, albergo bastantes dudas de que esté en condiciones de testificar; en segundo, creo que su testimonio poco puede aportar: tan poco que no me inspira confianza la idea de posponer la vista hasta su recuperación. A mí me parece que sería una crueldad volver a colocar a esta pobre joven en esta situación, a menos que ustedes estén convencidos de que se trata de una testigo crucial. Creo que ya ha dicho lo suficiente como para demostrar que no lo es. Resulta evidente, a partir de sus propias declaraciones, que se retiró a descansar con la señora Quinion y que no tuvo más noticia de lo que ocurrió hasta que el ama de llaves la despertó por la mañana, tras haber recibido ella misma la alarma. Por lo tanto, me parece que todo el testimonio que podía ofrecer ya lo ha dado ante el jurado y venía incluido en las declaraciones del ama de llaves.

A pesar de que el jurado coincidió con las observaciones del juez de instrucción, el señor Mortoun añadió que era incapaz de comprender la razón de la frecuente mención del arcón por parte de la muchacha. Quizá la señora Quinion pudiese ayudar a resolver el misterio.

El ama de llaves se levantó de inmediato.

—Señora Quinion —dijo el señor Mortoun—, ¿puede explicarnos a qué se refería la joven al mencionar el arcón?

—No.

—Por supuesto, hay arcones en la casa de los Petleigh.

—Fuera de toda duda.

—¿Alguno en particular?

—Ninguno en particular.

—¿Ningún arcón al que se refieran como «el arcón»?

—Ninguno.

—La muchacha ha dicho que estaba en el pasillo. ¿Hay algún arcón en el pasillo?

—Sí, varios.

—¿Qué contienen?

—Hay uno para zuecos y botas, uno pequeño en la mesa en el que se colocan las cartas que han de echarse al correo cuando la familia está en casa, y de donde se recogen cada día a las cuatro; y también un arcón fijado a la pared, cuya utilidad nunca he sido capaz de descubrir, y que he sugerido varias veces al señor Petleigh que quitase.

—¿Es muy grande?

—Como de unos cuarenta y cinco centímetros de superficie y una profundidad de un metro.

—¿Está cerrado?



- No, la tapa siempre está abierta.
- ¿Ha dejado entrever la muchacha que le dé miedo el arcón?
- Nunca.
- ¿No tiene ni idea de a qué arcón se refería en su declaración?
- Ni la menor idea.
- ¿Considera a la joven de cabeza débil?
- Decididamente, no posee un intelecto fuerte.
- Y ¿supone que la idea del arcón es una mera imaginación?
- Por supuesto.
- ¿Reciente?
- Nunca antes la había oído mencionar un arcón.
- Con esto bastará.

El periódico del que tomo las declaraciones describe a la señora Quinion como a una mujer de gran circunspección, que decía lo que tenía que decir con perfecta calma y sin ninguna prisa.

El juez de instrucción, tras dar por terminadas las declaraciones, se disponía a recapitular cuando el alguacil Higgins recordó que había olvidado algo y se adelantó con gran presteza a enmendar su error.

No había mostrado los objetos personales que se habían encontrado en el cadáver. Dichos artículos eran una llave y un antifaz de crepé negro.

Cuando se llamó de nuevo al magistrado y se le mostró la llave, la identificó como una de las «llaves del hogar» (o eso le parecía). No gozaba de particular valor y no importaba si permanecía en manos de la policía.

El artículo añadía: «La llave se halla ahora bajo la custodia del alguacil».

En lo referente al antifaz de crepé, el magistrado no podía ofrecer explicación alguna al respecto.

El juez de instrucción procedió entonces a recapitular, y al hacerlo elogió abundantemente al doctor por su punto de vista respecto al asunto (lo cual, no tengo ninguna duda, despejó todo el interés por la cuestión que sintiese el público y rebajó la vigilancia de las fuerzas investigadoras, que, a pesar de su inteligencia, son al mismo tiempo simples y están extremadamente dispuestas a aceptar una afirmación sencilla y honesta), para añadir que el descubrimiento del antifaz de crepé negro no hacía más que corroborar la sugerencia del doctor.

—En caso de estar cazando de modo furtivo —dijo el juez de instrucción—, el joven desearía a toda costa esconder el rostro, y más si tenemos en cuenta su posición en el condado; por lo tanto, el hallazgo del antifaz de crepé negro en el cadáver sería un descubrimiento muy natural si aceptamos la explicación de la caza. Pero...

Y entonces el juez de instrucción procedió a explicarle al jurado que tenía que decidir basándose no en suposiciones, sino en hechos. Quizá todos estuvieran convencidos de que la explicación del doctor Pitcherley era la verdad, pero la ley no podía aceptarla. Su veredicto debía concordar con los hechos, y los hechos del caso

eran los siguientes: se había encontrado a un hombre muerto y las causas de la muerte eran tales que resultaba imposible creer que el difunto hubiese cometido suicidio. Así pues, dadas las circunstancias, sentirían que era su deber dictar un veredicto de asesinato.

El jurado no se retiró, sino que, transcurridos tres minutos de deliberación, durante los cuales (según supe) el señor Mortoun, portavoz del jurado, no dejó de hablar, el jurado emitió un veredicto de homicidio con premeditación a cargo de una persona o personas desconocidas.

Así acabó la vista.

Y no me tiembla la voz al decir que fue una de las investigaciones más flojas que nunca se haya realizado. No se caracterizó ni por el orden, ni por la comprensión, ni por el sentido común.

Los hechos del caso causaron cierto revuelo, pero la explicación plausible ofrecida por el médico y las circunstancias que con ella coincidían despojaron el asunto de interés tanto para el público como para la fuerza policial; para el primero, porque dejaba poco margen para las conjeturas del respetable; para la segunda, porque no necesito decir que la fuerza motora general y preferente del detective es el beneficio; en este caso, las posibilidades de beneficio quedaban prácticamente excluidas por la probabilidad de que se hubiese ofrecido ya la verdadera explicación de los hechos, y al mismo tiempo cabía poca esperanza de una recompensa sustanciosa.

Pero el mero hecho de que me halle escribiendo este relato bastará para mostrar que yo, al menos, no coincidía con la consideración general del asunto.

Creo que en las siguientes páginas conseguiré demostrar que estaba en lo cierto.

Por supuesto, el Gobierno ofreció la recompensa usual de cien libras, cuya proclamación se publica en todos los casos de muerte en los que presuntamente haya habido gato encerrado.

Pero no fue la recompensa corriente la que me tentó a elegir este caso e investigarlo. Hubo un cúmulo de circunstancias peculiares que me atraieron.

Fueron las siguientes:

1. ¿Por qué el padre se negó a ofrecer una recompensa?
2. ¿Por qué el difunto llevaba consigo las llaves de la casa en el momento de su muerte y cómo llegaron a sus manos?
3. ¿Qué significaba aquel arcón?

1. A mí me parecía que el hecho de que el padre se negase a ofrecer una recompensa podía deberse a una de las siguientes tres razones: que no creyese que se había cometido un asesinato y por tanto tuviese la impresión de que dicha oferta era innecesaria; que supiese que se había cometido un asesinato y no deseara acelerar la acción de la policía; o, en tercer lugar, que, creyese o no en el asesinato, supiese o no que había sido un asesinato, fuese demasiado miserable como para ofrecer una recompensa cuyo pago asumiría sin sacar ningún beneficio.

2. ¿Cómo es que el difunto tenía una de las llaves de la morada de su padre en el bolsillo? Dicha posesión era de lo más inusual y difícilmente explicable. ¿Cómo llegó a sus manos? ¿Por qué la tenía en su poder? ¿Qué se disponía a hacer con ella?

3. ¿Qué significaba aquel arcón? ¿Se refería la desdichada Dinah Yarton a un arcón ordinario o extraordinario? A mí me daba la impresión de que si se refería a un arcón ordinario debía de tratarse de un arcón ordinario en circunstancias extraordinarias. Pero los necios muy pocas veces poseen imaginación, y yo, sabiéndolo, no tenía la intención de atribuirle a Dinah la habilidad de dotar a un arcón corriente de atributos asombrosos. Y después, recordando que no había nadie en casa para gastarle bromas excepto un ama de llaves adustísima, que no sentiría inclinación por esos trucos, llegué a la conclusión de que el mencionado arcón era un arcón extraordinario. «Estaba en el pasillo». Así pues, si el arcón no era un arcón corriente, y estaba en el pasillo, la conclusión era que acababa de llegar allí. ¿Asocié en ese momento el arcón con el caso? No lo creo.

Sea como fuere, me decidí a bajar a Tram y a investigar el caso, y como entre los detectives la acción es casi simultánea a la determinación de actuar, no necesito decir que, tras adoptar tal resolución, al poco me hallaba en la estación, a punto de tomar el primer tren que saliera.

Mientras me dirigía hacia allá fui ordenando mentalmente el proceso que debía seguir.

En primer lugar, debía ver al alguacil.

En segundo lugar, tenía que hablar con Dinah, la muchacha.

En tercer lugar, debía examinar el escenario del crimen.

Todo aquello sería tarea fácil.

Pero lo que seguía sería más difícil.

Tendría que poner mis descubrimientos en conocimiento de toda persona que pudiese estar implicada y ver qué salía de ello.

Al llegar a Tram encontré al alguacil de inmediato, y me veo obligada a decir que nunca he conocido mayor cretino, de veras.

Era demasiado estúpido como para exhibir algo que no fuese una completa, aunque idiota, franqueza.

Enfrentado a mis dotes detectivescas de sacacorchos no tenía más posibilidades que un corcho joven y tierno ante un sacacorchos de verdad. Estoy convencida de que no se enteró de que yo era detective hasta que finalizó el asunto. Su mente no podía concebir la idea de que un agente de policía vistiese enaguas.

Lo interrogué, lo cual me pareció el procedimiento más breve para ocuparme de él, calmando sus recelos y tirándole de la lengua a base de monedas.

En cuanto lo vi cara a cara supe lo que tenía que hacer. Simplemente tenía que interrogarlo. Y aquí reproduzco mis preguntas y sus respuestas con la mayor exactitud que me permite mi memoria, junto con un relato de los hechos que resultaron de ambas.

Le dije de inmediato que tenía curiosidad por saber todo lo posible sobre el asunto; tras ilustrar dicha afirmación con la primera moneda, me brindó al instante la oportunidad de ver cuántos dientes tenía en la boca. Treinta y dos. No le faltaba ninguno.

—Se encontraron en el cadáver una llave y un antifaz. ¿Dónde están?

—¿*Ande* van a estar? En mi caja, ¿no soy yo el alguacil?

—¿Me los enseña?

—¡Pues claro que se los enseño!

Y se dirigió *ipso facto* hacia una caja que había en un rincón de la estancia para abrirla con solemnidad.

En tanto que alguacil de Tram, era perfectamente natural que se hallase en posesión de dichos objetos, ya que se había emitido un veredicto de homicidio premeditado y en cualquier momento, por lo tanto, podría llevarse a cabo una investigación.

Sacó un bulto de la caja; al abrirlo, salió un traje, y de dentro extrajo una llave y un antifaz.

Primero examiné la llave. Estaba bien hecha; era una llave de hermosa factura y muy compleja. Los agentes de policía aprendemos mucho de llaves con la experiencia, y por tanto observé a primera vista que era la llave de un candado complicado y de valor superior al ordinario.

En la pulidísima cabeza de la llave había un número cuidadosamente grabado: «n.º 13».

Quedaba fuera de toda duda que aquella llave no era una llave normal para un candado normal.

Y está claro que los candados y las llaves excepcionales encierran tesoros excepcionales.

La primera conclusión a la que llegué, por lo tanto, tras mi entrevista con el alguacil de Tram era esta: que la llave encontrada en el cadáver abría un candado que guardaba algo de valor.

Después examiné el antifaz.

Era de crepé negro, con un armazón de alambre de plata. Nunca había visto nada parecido, a pesar de que como detective había frecuentado a mucha gente con antifaces, tanto en bailes de disfraces como en ocasiones menos aceptables aún.

Así pues, inferí que se trataba de un antifaz fabricado en el extranjero.

[Acabé por enterarme de que estaba en lo cierto, sin que la cosa tuviese mucho mérito, pues lo que no es blanco deberá ser forzosamente de otro color. El antifaz era lo que en el extranjero recibe el nombre de *masque de luxe*, un antifaz que, aunque cambia el aspecto lo suficiente como para evitar que nos reconozcan, está hecho con tanta delicadeza que el material, el crepé, permite la transpiración, cosa que antifaces de calidad inferior no hacen].

—¿Se encontró algo más en el cadáver?

—No.

—¿Ninguna llave maestra?

—No, solo esa llave.

Así pues, si el alguacil estaba en lo cierto, y el jardinero, Brown, había encontrado el cuerpo tal como cayó, los únicos objetos que se habían hallado eran una llave y un antifaz.

Pero seguro que había algo más en los bolsillos.

—¿No se encontró ninguna cartera? —pregunté.

—No, nada de cartera.

—¿Ni pañuelo?

—Ah, sí; sí que había un moquero.

—¿Dónde está?

Fue de inmediato al bulto.

—¿Esta es la ropa que llevaba puesta?

—Así es.

«Todo bien de momento», pensé.

El alguacil, pese a parecer, y ser, franco y estúpido, era muy suspicaz, y por tanto tuve la impresión de que había que manejarlo con cuidado.

Tras enganchar y sacar el pañuelo de un hueco que había en el montón con el índice más plano que me parece haber visto en la vida, me lo tendió.

Era un pañuelo de mujer.

Estaba nuevo; al parecer, nunca lo habían usado; no presentaba arruga alguna ni se veía suciedad, como sería el caso de haberlo llevado largo tiempo en el bolsillo; y en la esquina estaba marcado con el nombre «Freddy», sin duda diminutivo de Frederica.

—¿Estaba envuelto en algo el moquero? —pregunté, usando la palabra que había empleado el alguacil.

—No.

—¿En qué bolsillo estaba?

—En ninguno.

—¿Dónde estaba, entonces?

—En el chaleco, junto al corazón, justo encima del *bujero* que le hicieron.

Así pues, ¿qué se podía deducir del pañuelo?

Era de mujer, no estaba manchado, no lo habían llevado mucho tiempo, lo llevaba contra el pecho, estaba marcado.

Dicho lo cual, se podía colegir lo siguiente:

El pañuelo pertenecía a una mujer, con toda probabilidad joven, cuyo nombre de pila era Frederica; como no estaba manchado, y tampoco ennegrecido por el uso, el difunto lo había recibido, o sustraído, recientemente; y como el pañuelo se encontraba en el pecho, parecía recibir un cierto trato de favor. ¿Podríamos suponer entonces que se lo hubiese regalado una joven cuando él se preparaba para la

incursión?

Ahora bien, el difunto había abandonado Londres dieciocho horas antes de su muerte: ¿le habían dado el pañuelo en Londres o después de marcharse de la ciudad?

¿Tendría el antifaz algo que ver con aquella mujer?

Cogiéndolo de nuevo para reexaminarlo, la delicadeza de su factura me impresionó más que antes; tras alzarlo a la altura de mis ojos para analizarlo con más detalle, descubrí que estaba perfumado.

Por lo tanto, todos los datos apuntaban a que aquel antifaz había pertenecido a una mujer.

Volví a interrogar a Joseph Higgins, alguacil.

—Me encantaría echarle un vistazo a la ropa —dije.

—Cómo no, mire, mire —respondió el oficial.

Era un traje corriente, de los que se pondría un hombre de clase media por la mañana, pero no tan bueno ni a la moda como el que podría esperarse en el hijo de un opulento magistrado.

[Esa aparente incongruencia quedó explicada cuando me enteré, la noche misma de mi llegada, de que el magistrado era tacaño e incluso avaro].

No había nada en los bolsillos, pero me llamó la atención la cantidad de pelusa que lucía el tejido, que, al ser de color gris oscuro, la disimulaba en gran medida.

—No ha cuidado mucho esta ropa usted, me temo.

—¡Está como la llevaba él!

—¿Estaba ya entonces llena de pelusa?

—Sí.

—Pues se diría que alguien se ha revolcado en una cama con ella puesta.

—No.

La ropa en cuestión tenía la parte inferior manchada de gravilla, y esas zonas seguían húmedas.

Al observar este hecho me vino algo a la cabeza, algo que había salido a la luz en la vista y que guardé en mente mientras examinaba el estado de la ropa.

El lunes por la noche había llovido y el cuerpo lo habían descubierto el martes por la mañana.

Pero la ropa no estaba húmeda en conjunto, pues la pelusa estaba ondulada y se volaba con el aire. Era necesario saber a qué hora había dejado de llover el lunes por la noche o el martes por la mañana.

Era más que evidente que la ropa no había estado expuesta a la lluvia entre el momento en que se había llenado de pelusa y el hallazgo del cadáver. Por lo tanto, si averiguaba a qué hora había escampado, tendría el intervalo de tiempo (ya que habían hallado el cuerpo a las cinco y media) durante el cual habían depositado el cadáver.

El alguacil no sabía nada de la lluvia, y me parece que fue en este preciso momento cuando, a pesar de los chelines, comenzó a mostrar signos de impaciencia.

Al final averigüé que no había dejado de llover hasta las tres de la madrugada del

martes. Luego quedaba claro que habían depositado allí el cuerpo entre las tres y las cinco y media: un lapso de dos horas y media.

Otro descubrimiento que hice en la misma noche fue el de mi casera, una persona de lo más útil.

¿No le resulta chocante al lector pensar que las tres de la madrugada del mes de mayo, cuando casi ha llegado el amanecer, es una hora extraordinariamente tardía para ir a cazar como furtivo?

Tomando en consideración ese hecho indiscutible, junto con lo innecesario del antifaz (pues los cazadores furtivos no llevan antifaces) y el estado de la ropa, por no hablar del tipo de atuendo que llevaba el difunto, me vi obligada a descartar la teoría del señor Mortoun, según la cual el hijo del magistrado había encontrado la muerte en una trifulca entre cazadores, o mejor dicho, en una expedición de caza furtiva.

Cogí un poco de la pelusa de la ropa y la coloqué con cuidado dentro de mi libreta.

Lo último que examiné fue la punta que había causado la muerte.

Y en este punto admito que me quedé de piedra, completa y absolutamente de piedra. No había visto nada parecido hasta la fecha, nunca.

Era una punta de hierro muy tosca, con forma de flecha empenada, solo que las alas se ensanchaban desde la punta, de modo que cada una de ellas se parecía en la forma al filo de una navaja suiza muy usada. El astil era irregular y quizá hasta más basto que el resto. El arma estaba hecha de un hierro muy pobre, pues le doblé la punta al golpearlo, sin demasiada fuerza, contra el marco de la ventana, para gran disgusto del alguacil, que exclamó, lo recuerdo bien: «¡Eeeh!».

Entonces, ¿qué adelanté yo con mi visita al alguacil? Las siguientes suposiciones:

Que el difunto fue colocado donde se le encontró entre las tres y las cinco y media de la madrugada del martes; que no murió durante una expedición de caza furtiva; y que había visitado a una joven llamada Frederica unas cuantas horas antes de la muerte, de la cual había recibido un pañuelo y posiblemente un antifaz.

Lo único que planteaba problemas era la llave, que, por cierto, había sido hallada en una pequeña faltriquera del chaleco.

No hará falta precisar que mientras tomaba el té en la posada en la que me había instalado formulé un montón de preguntas; viendo que se hacía frecuente referencia a una tal señora Green, deduje que era una fisgona y, tras anotar su dirección con el pretexto de que aquella agradable mujer alquilaba habitaciones, añadiré de inmediato que esa noche dormí en la mejor habitación que había en su casa.

Era la charlatana más incorregible que había visto nunca. No carecía de agudeza; de hecho, con un poco más de circunspección de la que poseía o, digamos, con una circunspección corriente, habría podido ser una buena oficial de policía; si hubiese poseído tal cualidad habría hecho algo por ella. Tal y como era, semejante idea no podía concebirse ni por un momento.

La tal señora Green era maravillosa.

Bastaba con hacer una pregunta en cualquier momento y abandonaba el tema que había estado tratando para tomar derroteros completamente nuevos.

Estaba ansiosa por hablar del asesinato, pues a ella no le cabía duda de que se había cometido un asesinato.

En pocas palabras, toda la información conseguida hasta el momento que no procediese de mis propias pesquisas o de la copia del periódico del condado, y mucha de la información que sigue, viene toda de la misma fuente: la efusiva señora Green.

Lo único que tenía que hacer era formular otra pregunta cuando creía que habíamos agotado el tema anterior, y ella se lanzaba de nuevo; así estuvimos de siete a once. Dieron más de las ocho y media o las nueve antes de que recogiese los enseres del té, frío y aguado desde hacía rato.

—¿Y qué ha sido de la señora Quinion? —pregunté en aquel rato de distracción tan valioso que me ofrecía la señora Green, durante el cual nunca me preguntó qué me llevaba a mí a aquellos lares (aunque estaba segura de que fisgona tan perfecta debía de morirse por conocer mis asuntos), pues cualquier pregunta habría llevado a una respuesta, y aquello no habría podido soportarlo, mientras que yo estaba más que dispuesta a escucharla. Así pues, eligió el menor de los dos males.

—¿Y qué fue de la muchacha?

—¿Qué muchacha?

—Dinah.

—¿Dinah Yarton?

—Sí. Creo que ese era su nombre.

—¡Bendita sea! ¡Qué alegría poder hablarle de Dinah Yarton! ¡Hay mucho que contar! Se marchó dos días después, y como no tenían cama para ella en el Lamb and Flag, y yo sí que tenía, se vino aquí (los del Lamb and Flag siempre me están mandando gente, ¡benditos sean!). ¡Y así es como me enteré de todo, bendito sea, y de lo del arcón grande!

[El arcón, ahí quería yo que llegase la señora Green. El lector recordará que puse algo de énfasis en que la muchacha mencionó con frecuencia un arcón].

—¡Bendito sea! Todo el jaleo vino por el arcón, porque la señora Quinion dijo que Dinah era tonta por asustarse de él; pero así fue, se asustó, y ahora es probable que esté en el condado vecino, en Little Pocklington, donde viven su madre, que hace puntillas, y su padre, que es granjero, y donde nació ella misma (Dinah, no su madre) el 1 de abril de 1835, lo cual quiere decir que ahora tiene veinte años. ¿Qué está haciendo usted? ¡Bendita sea!

[Estaba anotando el nombre del pueblo, Little Pocklington].

No reproduciré aquí más notas literales de las observaciones de la señora Green, sino que las iré empleando a medida que sean necesarias para mi relato, como en realidad las usé.

Tomé de inmediato la decisión de ir a ver a la muchacha; es decir, después de disfrutar del descanso nocturno. Así pues, a la mañana siguiente, tras cuidarme de



cerrar bien mi baúl y mi bolsa, tomé un desayuno rápido y me puse en marcha. Al llegar a la estación vi a la señora Green. Obviamente, se me había anticipado atajando por los campos de Goose Green, como de hecho me contó.

Dijo que pensó que se me había caído «aquello» y había ido a preguntarme.

«Aquello» era un monedero tan viejo que era una reliquia.

—¡Bendita sea! ¿No es suyo? Qué raro, ¿no lo es? Pero ¡bendita sea! ¡Si tendrá que esperar una hora para coger un tren! No hay trenes para ningún sitio en menos de una hora.

—Entonces me daré un paseo —dije.

—¿Quiere que vaya con usted y le haga compañía? —preguntó la señora Green.

—No —respondí—, tengo varios recados que hacer.

Tenía una hora por delante y, al recordar que en casa de Higgins había visto las cosas a la débil luz del atardecer, pensé que sería útil visitar de nuevo a tan eminente personaje y hacer una segunda inspección.

Quizá hice bien en pensarlo.

No es que descubriese nada de capital importancia, pero la pizca de información que llegó a mis manos me ayudó a corroborar mi creencia de que el difunto había visitado a una joven, posiblemente a una joven dama, poco antes de su muerte.

A Higgins, talabartero de oficio, no le hizo demasiada gracia que volviese a aparecer, y en realidad pensé que me vería obligada a contarle a qué se debía mi interés y forzarlo a mantener el silencio. Por fortuna, el hecho de que me considerase una mujer medianamente loca pesó más que su hosquedad, y así, con ayuda de unas cuantas monedas más, volví a examinar la ropa que llevaba el infeliz hijo del magistrado.

Y entonces, a la resplandeciente luz de la mañana de primavera, vi lo que la noche anterior había escapado a mi atención: nada más y nada menos que un fragmento de hilo de seda color carmesí brillante, como los que usan las damas para sus clases de bordado.

Alguien había enrollado el fragmento de hilo una y otra vez en un botón de la pechera, y luego le había hecho un bonito nudo.

«Es una dama», pensé; «y estaba descansando la cabeza contra su pecho cuando le ató el trocito de cordel. Es inocente, diría, o no haría algo tan infantil».

Higgins apartó las ropas del joven muerto con un aire malhumorado.

—Venga, démelas. ¿Cree que *quiererá* verlas una vez más?

—No.

—Bueno, si le dan ganas, aquí están.

—De acuerdo —dije, y regresé a la estación.

Por supuesto que la señora Green estaba montando guardia, y eso que por la mañana yo había visto en la casa síntomas de que el día iba a estar dedicado a lo que algunos londinenses bromistas llamaban «fiesta del agua», es decir, limpieza general.

Pero la señora Green había huido de tal limpieza.

—¡Bendita sea! ¡Estoy esperando a una querida amiga!

—¿De veras, señora Green?

—¿Le compro un billete, querida?

—Sí, si lo desea. Cómprelo para Stokeley —respondí.

—A cuatro millas —dijo la señora Green—. Tengo una amiga en Stokeley. ¿No será mi amiga su amiga? ¿Quién es su amiga, querida?

—La señora Blotchley.

—¿Cómo? ¿La que vive cerca de la gasolinera?

—Sí.

—Ah, a ella no la conozco.

Me pareció que la señora Green se había quedado impresionada (nunca sabré por qué, porque como no conozco a ninguna señora Blotchley, sino que solté ese nombre por casualidad, y en realidad nunca visité Stokeley, Green fue la única en alegrarse de su descubrimiento).

—Señora Green, si no he llegado a casa a las nueve, no me espere.

—¡Ah! ¿A lo mejor se queda a dormir en su casa?

—Es muy probable.

—¡Oh!

Y como en este punto la señora Green me hizo una reverencia, me dio la impresión de que la señora B. era una dama de alcurnia cuya grandeza se reflejaba en mí.

No me cabe duda de que la información que de inmediato debió de hacer circular contribuyó a ocultar el verdadero objetivo que me había llevado a Tram.

Cuando el tren llegó a Stokeley me procuré otro billete hasta Little Pocklington, y llegué a dicha ciudad alrededor de las dos de la tarde. No distaba ni cien kilómetros de Tram.

El padre de Dinah Yarton era uno de esos pequeños granjeros con unos pocos acres diseminados por el país que van desapareciendo lenta pero progresivamente.

Quizá deba decir de inmediato que la pobre Dinah sufrió al menos tres ataques durante el interrogatorio al que la sometí, y que conste (en honor a la naturaleza humana de los campesinos) que tuve que hacer uso de mi último recurso y desvelar que era oficial de policía, sacando la placa en presencia del alguacil de Little Pocklington, al que metieron en el asunto, antes de vencer las objeciones del padre de la muchacha. Él, con toda la razón, decía que aquel maldito asunto ya había dejado a su criatura medio muerta, y que lo aspasen si volvía a permitir que saliese del pueblo.

Como ya he dicho, la infeliz muchacha sufrió tres ataques, y no me cabe duda de que la familia se alegró de corazón cuando me alejé de allí.

La desdichada joven tenía que hacer veinte intentos antes de dar con una respuesta.

No hay necesidad de repetir su testimonio hasta el punto en que se interrumpió cuando se hallaba ante el juez de instrucción y el jurado; comenzaré a partir de ese

momento.

—Dinah —inquirí en tono sosegado, y me parece que la agitación que la madre de la muchacha dejaba entrever contribuía tanto a los ataques como el nerviosismo de la joven—, Dinah, ¿qué pasaba con el arcón?

—Maldito arcón —dijo la madre.

Y en ese momento fue cuando la infeliz joven sufrió su segundo ataque.

—Ya está, me han matado a mi Dinah —dijo la anciana, y hay que reconocer que Dinah padecía unas convulsiones de lo más horribles y ofrecía un aspecto terrorífico. La pobre criatura pasó alrededor de una hora luchando con el ataque, y cuando este llegó a su fin y pudo abrir los ojos, lo primero que vieron la obligó a cerrarlos de nuevo, pues aquello fui yo.

No obstante, tenía que llevar a cabo mi cometido, y ahí reside la excusa para tanta tortura.

—¿Qué...? Ay, ayy... ¿Qué ha dicho usted?

—¿Qué pasaba con el arcón?

—No *sabo*.

—¿Dónde estaba?

—En el pasillo.

—¿De dónde había salido?

—No *sabo*.

—¿Cuánto tiempo llevaba allí?

—Desde el día anterior.

—¿Quién lo había traído?

—No *sabo*.

—¿Un hombre?

—No.

—¿Entonces?

—Dos hombres.

—¿Cómo habían llegado?

—Venieron en un coche muy grande.

—¿Y trajeron el arcón en el coche?

—Sí.

—¿Y entonces?

—¿Qué?

—¿Qué dijeron?

—Que era para el magistrado.

—¿Lo llevaban entre ambos?

—Sí.

—¿Cómo?

—Como con cuidado. [Aquí se vieron síntomas de otra convulsión].

—¿Qué pasó con el arcón?

—No *sabo*.

—¿Vinieron a buscarlo de nuevo?

—No *sabo*.

—¿Está allí ahora?

—No.

—¿Así que se lo llevaron?

—Sí.

—Pero ¿no viste cómo se lo llevaron?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabes que no está allí ahora?

—No *sabo*.

—Pero dices que no está en el pasillo. ¿Cómo lo sabes?

—La señora Quinion me dijo que se lo habían llevado.

—¿Cuándo fue eso?

—Después de que me fuera a la cama.

—¿Estaba allí a la mañana siguiente?

—¿Lo cuál?

—¿Estaba allí el arcón por la mañana, cuando encontraron al hijo del magistrado muerto fuera de la puerta?

En ese momento Dinah sufrió el tercer acceso y me vi obligada a dejarla en los primeros espasmos de aquella convulsión, pues su padre me conminó a abandonar la casa, fuese agente de policía o no, amenazando con darme lo que llamó «un soplamocos» en caso contrario.

Dadas las circunstancias, pensé que quizá fuese más prudente marcharme, y eso hice.

Aquella noche la pasé en Little Pocklington con la esperanza, que se vio lamentablemente truncada, de descubrir más detalles que la muchacha pudiese haber divulgado entre sus compañeros. Pero, en primer lugar, Dinah no tenía compañeros y, en segundo lugar, todo intento de sonsacar a la gente fracasó, ya que el caso había aparecido en el periódico local que se leía en Little Pocklington.

A mi regreso a Tram, la señora Green me recibió con todos los honores, como a una persona que había visitado a la señora Blotchley, y me di cuenta de que la chimenea del gabinete contaba con un nuevo adorno, hecho de un papel de color vivo y resplandeciente.

Le di las gracias a la señora Green, y en respuesta a sus preguntas contesté con alegría que la señora Blotchley se encontraba bien, a excepción de un pequeño catarro. Sí, había dormido allí. ¿Qué cenamos en casa de la señora Blotchley? Pues se me había olvidado.

—Qué lástima, querida —dijo la señora Green.

Tras ver a Dinah y volver a casa en tren (la verdad es que viajar siempre me facilita las reflexiones), le di vueltas a todo lo que le había sonsacado a la muchacha

en referencia al arcón.

¿Estaría o no relacionado de algún modo con la muerte?

Era grande, lo habían llevado dos hombres y, según la información de Dinah, se lo habían vuelto a llevar de la residencia.

Era imprescindible averiguar qué pasaba con él.

Todo el asunto estaba todavía tan fresco (no habían transcurrido más de quince días desde su advenimiento) que estaba segura de que aún se recordarían todos los particulares de la fecha de los que se tuvieran noticia.

Puse a la señora Green a trabajar, pues nadie se ajustaba mejor a mis propósitos.

—Señora Green, ¿podría enterarse de si se vio alguna carreta o un coche con un arcón grande en Tram el lunes anterior a que se encontrase el cadáver del joven Petleigh?

Vi que la alegría invadía el rostro de la señora Green; y tras encomendarle esta tarea, me arreglé lo mejor posible y subí a la casa de los Petleigh.

Me abrió la puerta (con lentitud sospechosa) una criada, que volvió a cerrarla mientras le llevaba a la señora Quinion un recado mío y una tarjeta. El recado decía que había acudido para pedir referencias de una criada.

Transcurrieron unos momentos y luego me llevaron ante el ama de llaves.

Encontré ante mí a una mujer de aspecto sereno, elegante y corpulenta, con una determinación silenciosa en el rostro. De ningún modo podría negarse que poseía unos rasgos agraciados.

Demostraba bastante seguridad.

Entre nosotras se desarrolló la siguiente conversación. El lector verá que no hice por mi parte ninguna referencia al objeto real de mi visita (la investigación sobre la forma en que había encontrado la muerte el joven Petleigh). Y si acaso el lector se queja de que hay demasiada falsedad en mis declaraciones, alegaré que, ya que las malas acciones constituyen una especie de mentira que perjudica a la sociedad, si los servidores de la sociedad desean imponerse a los malhechores, deberán usar la misma falsedad.

Aquí está la conversación.

—¿La señora Quinion?

—Sí, así suelen llamarme. ¿Deseaba usted verme?

—Sí, vengo buscando información sobre una criada.

—¿De veras? ¿Quién?

—Estaba de paso en Tram, donde me quedaré unos días, en mi camino de la ciudad a York, y pensé que sería bueno venir a preguntar en persona, que es siempre lo más sensato en todo lo tocante a los criados.

—Una idea excelente; pero, viniendo de la ciudad, ¿por qué no se dirigió al ama de llaves de allí, dado que sin duda deseará usted emplear a una joven de la ciudad?

—Ahí está la dificultad. Si su carácter fuera el adecuado, tendría que sacarla de una especie de institución. Nunca ha estado en la ciudad y eso es lo que me hace

dudar. No obstante, si puede usted darme esperanza alguna de que la joven...

—¿Cómo se llama?

—Dinah, Dinah... Permítame que eche un vistazo a mi libreta.

—No se moleste —respondió, y me pareció que estaba pálida; pero quizá, pensé en aquel momento, su lividez se debiese al luto que llevaba puesto—. Se refiere usted a Dinah Yarton.

—Yarton, ese es el apellido. ¿Cree usted que servirá para el puesto?

—Depende en gran medida de para qué puesto se la requiera.

—Como ayudante de la niñera.

—¿Para su familia?

—¡No, de ninguna manera! Para la de mi hermana.

—¿En la ciudad?

[Formuló dicha pregunta ya más calmada].

—No, en el extranjero.

—¿En el extranjero? —Y advertí que murmuró la palabra con una energía que, a pesar de no sonar con fuerza, suponía un aumento de volumen en comparación con su tranquilidad previa.

—Sí —dije—, la familia de mi hermana tiene que abandonar Inglaterra para irse a Italia, donde pasarán unos años. ¿Cree que la muchacha serviría?

—Bueno, sí. No es brillante, eso es verdad, pero es maravillosamente limpia, honesta y le encantan los niños.

En ese momento se me pasó por la cabeza que el ama de llaves de la residencia Petleigh, donde no había ninguna criatura, poco podía saber del amor por los niños que experimentaba Dinah.

—Lo que más apreciaba de Dinah —prosiguió la señora Quinion— era su franqueza y la confianza que inspiraba. Nadie puede poner en duda su delicadeza con los niños.

—¿Puedo preguntarle por qué ya no trabaja para usted?

—Se marchó por voluntad propia. Hace dos o tres semanas tuvimos aquí un incidente de lo más desafortunado. Influyó mucho en ella; deseaba alejarse de aquí y en realidad me alegré de que se decidiera a marcharse.

—¿Goza de buena salud?

—Muy buena salud.

Ni una palabra sobre los ataques.

Me sorprendió que la señora Quinion mostrara tanto entusiasmo ante la idea de que Dinah Yarton se marchase al extranjero.

—Creo que se la recomendaré a mi hermana. Me ha dicho que no tendría objeción en marcharse al extranjero.

—¡Ah! ¿La ha visto usted?

—Sí, hace dos días, antes de marcharme a la ciudad, cuando vine. Recomendaré pues a la muchacha. Buenos días.

—Buenos días, señora; pero antes de que se marche, permítame que me tome la libertad de preguntarle, ya que es usted de Londres, si puede recomendarme a una criada de la ciudad, o en cualquier caso a alguna joven que venga de lejos. Cuando la familia no está solo necesito a una criada aquí, y ahora que la casa se ha visto en boca de las malas lenguas debido a la catástrofe que ya he mencionado, no soy capaz de encontrar a nadie. La joven que está conmigo me resulta intolerable; lleva aquí solo cuatro días y tengo la seguridad de que no debe quedarse muchos más.

—Bueno, creo que puedo recomendarle a una joven fuerte y dispuesta, que dejó el hogar de mi hermana porque le hicieron otras ofertas. ¿Quiere que escriba a casa de mi hermana y vea lo que se puede hacer?

—Le estaría eternamente agradecida —dijo la señora Quinion—; pero, si tengo que escribirle, ¿dónde le enviaré la carta?

—¡Ah, no se preocupe! —respondí—. Me quedaré en Tram una semana. He recibido un telegrama que me dispensa de mi viaje al norte; y como aquí en Tram me he encontrado con una persona que es amiga de una amiga, no tengo prisa por abandonar este lugar.

—¡Ah! ¿De veras? ¿Puedo preguntarle quién?

—La señora Green, de la esquina de Market Place, y su amiga es la señora Blotchley, de Stokeley.

—Ah, vaya. No conozco a ninguna de las dos.

—Quizá volvamos a vernos —continué.

—Muchísimas gracias —añadió la señora Quinion—, será un placer.

—Buenos días.

Me devolvió el saludo y allí se acabó la visita.

Y luego resultó que nada más regresar a casa de la señora Green dije con el tono más inocente del mundo, para darles la mayor coherencia posible a mis actos y palabras (pues en una ciudad pequeña se coge antes a un mentiroso torpe que a un cojo), le dije, pues, a la voluntariosa cotilla:

—Pero señora Green, ¡si me he enterado de que es usted amiga de la señora Blotchley, de Stokeley!

—Pues sí —dijo con sorpresa—, soy su amiga, que Dios la bendiga.

—Y yo me alegro muchísimo de oírlo, pues si es usted amiga suya es también amiga mía.

Y en ese momento le cogí la mano.

No fue una sorpresa que cuando nuestra entrevista tocó a su fin saliese con su mejor sombrero, a pesar de ser solo miércoles. Tuve la seguridad de que era un homenaje a la señora Blotchley y a su amiga, que reclamaba su amistad, y cuya historia se llevaba consigo a tomar el té.

De la entrevista con la señora Green debo comentar unas cuantas cosas, con sus propias palabras.

—Bien, señora Green, ¿se ha enterado de si se vio alguna carreta desconocida en

Tram el día anterior a que encontrasen el cuerpo del señor Petleigh?

—Cómo no, cómo no —dijo la señora Green—; pero, bendito sea Dios, ¿para qué quiere saberlo?

—Quiero saber si era la carreta del hermano de la señora Blotchley, eso es todo.

—Pues por lo visto sí que hubo carreta. He ido por toda la ciudad preguntando por ella. He ido a ver a Jones, el panadero, y a Willmott, el que se casó con Mary Sprinters, pero estaban en el mercado; al verdulero, que no sabía nada del tema; al carnicero de la calle principal y al carnicero del callejón; y a la señora Macnab, mientras prensaba la ropa, y no sabía nada, bendito sea Dios; ni tampoco Tom Hatt, el lechero, pero ¡ojo! Cuando me pongo a hablar por una amiga de mi amiga puedo hablar hasta el infinito. Fue el pañero quien me contó todo lo de la carreta.

—¿Qué? —pregunté, me temo que con demasiado celo para ser una detective que conoce bien su oficio.

—Pues bien, White, el pañero, había salido a dar un paseo, y al llegar a la altura de la residencia Petleigh vio que se acercaba una carreta; pensó que se dirigía a su tienda, pero, bendito sea Dios, no iba a su tienda. ¡No, no, en absoluto!

—¿Adónde iba?

—Pues la carreta giró a la derecha, hacia la residencia, hacia allí se dirigía; y, bendito sea Dios, eso es todo.

Entonces la señora Green, hablando mecánicamente hasta el umbral, salió, y supongo que se plantó el sombrero nuevo sin más dilación, pues lo llevaba puesto cuando salió y cuando volvió con mi chuleta y mis patatas.

Mientras tanto, yo no hacía más que rumiar, si se me permite la expresión, las novedades relacionadas con el arcón, para intentar encajarlas.

Tenía bastante claro que habían llevado un arcón a la residencia, pues tanto el testimonio de Dinah como las noticias traídas por la señora Green coincidían en dar base a dicha suposición.

La muchacha había dicho que una carreta había llevado un arcón grande (que debía de ser voluminosa, dado que hacían falta dos hombres para llevarlo) a la residencia el día anterior al descubrimiento del cuerpo.

Era el día en que presuntamente el pañero había visto cómo una carreta se desviaba de la carretera principal en dirección a la casa de los Petleigh.

¿Contendría dicha carreta el arcón del que hablaba Dinah?

Si era así, ¿tendría algo que ver con la muerte?

Si era así, ¿dónde estaba?

Si estaba escondido, ¿quién lo había escondido?

Aquellas eran las preguntas que me venían a la mente; como verá el lector, eran bastante importantes y resultaban igualmente incómodas.

Lo primero que había que decidir era lo siguiente: ¿estaba el arcón relacionado con el asunto?

Para empezar, escribí una carta al cuartel general para que pusieran a una de



nuestras agentes como criada en la casa de los Petleigh, y después me encaminé a visitar al señor White, el pañero.

Era lo que la gente llamaría un hombre «jovial», una de esas personas que se tomaban la vida tal como era y la alegraban a base de ingentes cantidades de ginebra con agua. Un tarambana al que la Tierra le parecía una esfera más bien seca, y se aplicaba diligentemente a regar con licor y agua la parte que le correspondía.

Un hombre al que uno podía dirigirse con confianza para susurrar secretos.

—Señor White —le dije—, querría un paraguas y hablar un poco con usted.

—Lo que quiera, madre —dijo; y me habría jugado algo, pues a pesar de ser mujer no me disgusta apostar de vez en cuando, a que antes de la cuarta frase ya no usaría ese «madre»—. Aquí están las existencias de paraguas, madre.

—Gracias. ¿Recuerda haberse encontrado una carreta forastera el lunes, antes de que hallaran al señor ese, Petleigh o como se llamase, muerto fuera de la residencia? Le menciono la terrible circunstancia para recordarle el día.

—Pues sí que me acuerdo, madre. Algo me ha dicho Mary Green.

—¿Qué tipo de carreta era?

—Pues mire, madre, era la carreta de un mayorista que vende artículos de moda.

—Ah, como las que visitan a los pañeros con muestras, y a veces artículos a la venta.

—Sí, eso.

[Prescindió del «madre» a la cuarta frase].

—¿Era una carreta muy alta, en la que casi podría caber un hombre de pie?

—¿Un hombre dice, querida? —Era el tipo de hombre que llamaba a las clientas «querida», aunque hacerlo supusiera una ofensa imperdonable para ellas—. Media docena de ellos, aun llena de arcones de muestras, en los cuales podría llevar almacenados... ¿Qué es lo que pasa, eh? ¿Por qué quiere saber usted tantas cosas de la carreta?

—Oh, por favor, no me pregunte, White —dije, consciente de que el camino para la confianza de un hombre así pasa por la familiaridad—. No me haga preguntas. Dígame, ¿cuántos hombres había en él?

—Dos, querida.

—¿Cómo eran?

—Pues no me fijé.

—¿Conocía a alguno de ellos?

—¡Ja! Ya veo —dijo White; me temo que lo dejé pensar que había descubierto un secreto personal—. No, no conocía a ninguno. Me eran desconocidos. Por supuesto, pensé que venían con muestras a mi tienda, como soy el único pañero... Pero no.

—No. Tengo entendido que fueron a la residencia...

—Sí. Pensé que se habían equivocado al girar y salí gritando tras ellos, pero nada. Ojalá pudiese describírselos, querida, pero no puedo. Sin embargo, creo que parecían caballeros. ¿Cree que esa descripción es adecuada?

—¿Fueron más tarde a la ciudad, señor White?

—Pues sí, querida, y pararon a dar de comer a los caballos en el White Horse; entonces fue cuando me sorprendí de que no llamasen. Y entonces... Bueno, querida, si quiere saber toda la verdad...

—No me oculte nada, White, por favor.

—De acuerdo, querida. Pues bien, yo me acerqué mientras se preparaban para marcharse y les pregunté si no estarían buscando a alguien llamado White. Y entonces...

—Oh, continúe, se lo ruego.

—Bueno, pues entonces uno de ellos me mandó a un lugar cuyo nombre no podría repetir ante usted, querida, por nada del mundo. Así que comprendí que no estaban buscando a nadie llamado White.

—¿Y se marcharon de Tram por la misma carretera por la que entraron, señor White?

—No, se marcharon por el otro lado de la ciudad.

—¿Será posible? Y dígame, señor White, si quisieran regresar a la residencia, ¿podrían haberlo hecho de otro modo que no fuese atravesando el pueblo de nuevo?

—No, si no es (déjeme pensar, querida)... dando un rodeo de treinta millas por el campo. Y, no se lo tome a mal, querida, pero estoy obligado a admitir que no parecía gente que se toma molestias innecesarias... Si no, ¿por qué me mandaron a mí donde me mandaron?

—Es verdad; pero quizá volvieran y usted no sepa nada del asunto, señor White.

—Tiene usted razón, querida. Vaya a hablar con el guardia del portón, porque solo han pasado tres semanas; puede creerse lo que le diga, Tom se acuerda de todos los vehículos que cruzan la valla; tampoco es que sean muchos, pues los negocios andan flojos. Tom se acuerda de todos durante un trimestre por lo menos.

—Ay, muchas gracias, señor White. Creo que me llevaré el paraguas verde. ¿Cuánto cuesta?

—A ver, querida —respondió el pañero, apoyándose sobre el mostrador y bajando la voz—; ya me he dado cuenta de que el paraguas es una excusa, y aunque los negocios andan de capa caída, estoy seguro de que no quiere comprarlo... A no ser que lo desee de verdad —añadió, mientras el espíritu comercial luchaba con el espíritu del hombre en sí mismo.

—Gracias —dije—. Me llevaré el verde. ¿Me permitirá que venga a verle de nuevo, verdad?

—Con mucho gusto, querida, tantas veces como quiera; cuanto más mejor. Y, mire, no tiene que comprar paraguas ni nada. Puede pasarse como amiga, ya sabe. Lo comprendo muy bien.

—Gracias —dije; y emprendiendo la huida que había empezado a desear, me marché de la tienda y, siento decir, fui tan ingrata que no la visité de nuevo. Aunque, por otro lado, me encontré con White varias veces, todas en momentos igual de

inoportunos.

La memoria para los vehículos que poseía Tom, el guardia, era proverbial, según pude comprobar; y cuando me dirigí a él, recordó el vehículo casi antes de que pudiese mencionarle su aparición.

En cuanto a la pregunta «¿Regresó el carromato?», su reacción ante el «¿Está seguro?» con el que respondí a su negación fue tan rotunda que me convenció de que estaba en lo cierto.

A no ser que hubiesen comprado su silencio.

Pero era una duda ridícula; ¿se podía comprar el silencio de toda una ciudad?

Resolví la duda de inmediato. Y de hecho la gran ventaja y desventaja de esta profesión es que hay que dudar imperiosamente. Creer que cualquier persona es inocente hasta que se demuestre que es un ladrón es la máxima más digna a la que puede aferrarse un ser humano; pero nosotros, los detectives, por el contrario, no nos ganaríamos la sal del pan, y menos aún el pan, si adoptásemos dicha creencia. Tenemos que considerar a cualquiera un delincuente hasta que, tras darles la vuelta a todas las pruebas, descubrimos que se trata de una persona honesta. E incluso entonces mucho me temo que no confiamos plenamente en ella.

Soy consciente de que esta forma de contemplar la sociedad resulta funesta, pero los más reflexivos de entre mis compañeros se consuelan con el conocimiento de que nuestro sistema es necesario (en las condiciones en que se halla la sociedad en el momento presente), y de que, por tanto, al ajustarnos a sus tristes reglas, por muy repulsivas que puedan resultarnos, estamos beneficiando a nuestro prójimo.

Camino a casa, tras dejar al guardia del portón (gracias al que averigüé que la carreta había atravesado el paso a las ocho y media de la tarde), me puse a darle vueltas a toda la información nueva.

Dinah, la muchacha, debió de ver el arcón en la residencia cuando se iba a la cama. Digamos que tal cosa ocurrió a las nueve y media; a las cinco y media, a la hora en que se dio la alarma, el arcón ya no estaba.

Eso dejaba ocho horas de margen.

La carreta se había marchado de Tram a las ocho y media, y para regresar a la residencia tenía que recorrer treinta millas de noche por el campo. (Al consultar mi almanaque vi que aquella noche no había luna). Pongamos que una carreta pesada que viaja de noche no podría recorrer más de cinco millas por hora, y si acordamos media hora de descanso al caballo a mitad de camino, nos daría un total de siete horas para cubrir dicha distancia.

Esto significaría que lo más pronto que podía regresar la carreta a la residencia eran las tres y media, si es que no se producía ningún imprevisto.

Entonces habría solo dos horas de margen antes de que desapareciese el cuerpo; y estaba despuntando el alba.

Dicha hipótesis resultaba absurda aun en su mera contemplación.

En primer lugar, ¿por qué iban a dejar allí el arcón si había que llevárselo de

nuevo?

En segundo lugar, ¿por qué iban a ir a buscarlo a una hora tan temprana como las tres y media de la madrugada?

Y, sin embargo, a las cinco y media había desaparecido, y la señora Quinion le había dicho a la muchacha (pues asumía que el testimonio de esta era verdadero) que se habían vuelto a llevar el arcón.

Tras investigar los hechos llegué a varias conclusiones.

En primer lugar, que el coche que había traído el arcón no se lo había llevado.

En segundo lugar, que la señora Quinion, por alguna razón inexplicable aún, deseaba que la muchacha pensase que el arcón había desaparecido.

En tercer lugar, que el arcón seguía en la casa.

En cuarto lugar, que si la señora Quinion había declarado que el arcón ya no estaba, a pesar de encontrarse aún allí, debía de contar con algún motivo, seguramente importante, para decir que se lo habían llevado.

Era tarde, pero quería completar mi día de trabajo en la medida de lo posible.

Tenía dos cosas que hacer.

Lo primero, enviar la «pelusa» que había encontrado en la ropa a un laboratorio para que la analizaran; y lo segundo, hacer varias preguntas en la posada en que habían repostado los ocupantes de la carreta y averiguar quiénes eran.

Así pues, coloqué la «pelusa» en una caja de hojalata y la dirigí a la atención del caballero que tiene la amabilidad de llevarme dichas investigaciones; al salir mandé la lata por correo. Después me dirigí a la posada, cuyo nombre me había proporcionado la señora Green, y pregunté por la dueña.

El interés del que hizo gala me demostró en un momento que las aclaraciones de la señora Green y las francas observaciones del señor White habían corrido como la pólvora.

Y permítanme que haga aquí una pausa para señalar la facilidad con que se engaña a sí misma la gente. Yo no había hecho abiertamente ninguna declaración que me relacionase de forma personal con la carreta, y sin embargo la gente albergaba una simpatía teñida de sentimentalismo hacia mí en lo referente a dicho vehículo.

Aquello me alegró de veras. Me proporcionaba un motivo para quedarme en Tram, que era justo lo que yo quería.

Y además, la historia que le había contado a la señora Quinion de que me quedaba en Tram porque había encontrado a una amiga de una amiga no me haría ningún daño si se propagaba (cosa que no hizo, de lo cual concluí que la señora Quinion no dispensaba confidencias a la doncella de Tram que en aquel momento estaba con ella, y que esta última no escuchaba habitualmente), pues se daría por supuesto que me había inventado una mentira para ocultar mi supuesta tribulación. Sigue un resumen de la conversación que mantuve con la dueña de la taberna.

—¡Ah, ya sé! Me alegro de verla. Por favor, siéntese. Tome esa silla, es la más cómoda. ¿Cómo está usted, pobre criatura?

—Un poco débil.

—¡Ah! Claro, con razón.

—He venido a preguntarle algo. ¿Se detuvieron aquí dos personas que conducían una carreta, una ancha y negra con remates azul claro (esa era la descripción que me había proporcionado el guardián del portón) el día antes de que el señor, ay, he olvidado su nombre, antes de que muriese el hijo del magistrado?

—Sí, criatura. Un caballero alto con barba rojiza y otro más bajo, sin barba.

—¡Ay de mí! ¿Y notó algo en particular en el caballero alto?

—Bueno, querida, advertí que de vez en cuando se le sacudía un poco el labio de arriba, como les pasa a veces a los perros dormidos.

En aquel momento suspiré.

—¿Y el otro? —continué.

—Bueno, lo único que parecía extraño en él es que se arrancaba a cantar, cosas que parecían trinos de pájaro más que canciones inglesas de cristianos; las palabras que fuesen, si es que eran palabras, yo no las entendía.

«Pasajes en italiano», pensé; y de inmediato asocié tal rasgo del hombre con el antifaz extranjero.

Si eran viajeros, al menos uno de ellos era un viajante extraordinario, pues las hazañas operísticas no eran normalmente del gusto de los hombres de comercio.

—¿Eran agradables?

—¡Ah! —comentó la dueña, en tono concesivo y apresurado—. Eran caballeros de la cabeza a los pies. Yo le dije a mi marido: «No son como la mayoría de los viajeros que paran aquí», y él me respondió: «No, porque los viajeros prefieren la cerveza al jerez, y el *whisky* a ambos después de cenar».

—¡Ah! ¿Es que solo bebían vino de Jerez?

—Nada más que jerez, querida; y le dijeron a mi marido: «Muy buen vino; haga lo que haga, traiga el seco», esas fueron sus palabras, y mi marido contestó: «Así lo haré, caballeros».

Siguió algo más de conversación, con la que no necesito importunar al lector, aunque he eliminado varios puntos de menor importancia.

No se me permitió dejar la posada sin «compartir» (uso las palabras textuales de la dueña) un consuelo más cálido y potente que el que se encuentra en las palabras.

La última conclusión que inferí antes de retirarme a dormir aquella noche fue que los supuestos viajeros no eran tales, sino hombres que llevaban vida de caballeros.

Y ahora, como he establecido una docena de consecuencias que se apoyan en bases sólidas, antes de proceder a relatar el trabajo que se llevó a cabo en los días siguientes, debo recapitular dichas inferencias, si se me permite palabra tan pomposa.

Son las siguientes:

Que la llave que se encontró en el cuerpo abría un receptáculo que contenía un tesoro.

Que el antifaz que se encontró en el cuerpo era de factura extranjera.

Que el pañuelo que se encontró en el cadáver había pertenecido muy recientemente a una joven dama llamada Frederica, a quien con toda probabilidad el difunto estaba muy unido.

Que las circunstancias que rodeaban el fallecimiento demostraban que el difunto no se hallaba implicado en expedición de caza furtiva alguna, ni en ningún intento de desvalijo, a pesar de la presencia del antifaz, pues no se hallaron sobre él herramientas para desvalijar.

[Omitido por el autor. E. F. B].

Que la joven era inocente de haber participado en cualquier mala acción en la que pudiese estar implicado el difunto. [Sin embargo, esta conclusión se basaba únicamente en el descubrimiento del hilo de bordar que rodeaba el botón del abrigo del fallecido. Era, por tanto, la inferencia con menos base de las doce].

Que habían llevado un arcón a la residencia el día anterior al hallazgo del cadáver a las puertas de la mansión.

Que no volvieron a llevarse el arcón en la carreta en la que lo habían trasladado a la casa.

Que fuese cual fuese el contenido del arcón era pesado, ya que hacían falta dos hombres para llevarlo.

Que la señora Quinion, por alguna inexplicable razón, había intentado hacer creer a la testigo Dinah Yarton que se habían llevado el arcón, pese a que, en realidad, seguía en la casa.

Que la señora Quinion debía de contar con algún motivo importante para decir que se habían llevado el arcón aunque este siguiese en el edificio.

Que quienes llevaban la carreta, que aparentaban ser viajeros, no eran viajeros, sino que tenían hábitos y costumbres de caballeros.

¿Qué conclusión se desprendía de todas estas inferencias?

Pues... Que la manera más probable de hallar la solución al misterio era encontrar el arcón.

Para localizar dicho arcón me era necesario conseguir libre acceso a la casa de los Petleigh y, del modo más extraordinario, la propia señora Quinion me había brindado dicha oportunidad al pedirme que le recomendase a una criada de la ciudad.

Por supuesto, no cabía duda de que había efectuado su petición con la idea de conseguir una criada que, por ser forastera en la zona, sentiría poco o ningún interés en la catástrofe que suponía la muerte del hijo del magistrado, al que todos los que pertenecían al vecindario tenían la impresión de conocer más o menos.

Así pues, tuve que esperar dos días antes de poder avanzar algo; fueron los dos días que transcurrieron hasta la llegada de la mujer policía que debía hacerse pasar por criada en la mansión, lograr que la aceptaran e instalarse en la casa.

La mañana del segundo día llegó el informe del laboratorio.

Declaraba que la pelusa que había enviado para analizar estaba compuesta de dos sustancias diferentes: una, fragmentos de plumas, y otra, pelillos de algún tejido de

lino, negros y blancos, y que, en conexión con las partículas de plumas, él diría que se trataba de una funda de colchón.

Durante un momento el informe me convenció de que las ropas se hallaban cubiertas de dicha sustancia porque el fallecido se había echado a dormir poco antes de que lo encontraran muerto.

Y entonces llegó el momento de considerar la siguiente pregunta: ¿cuál era mi propia impresión en relación con la conducta del fallecido inmediatamente antes de su muerte?

Mi impresión era la siguiente: que estaba a punto de cometer algún tipo de acción ilegal, pero que encontró la muerte antes de que pudiese llevar a la práctica sus intenciones.

Dicha impresión se basaba en que el antifaz demostraba una intención secreta; al mismo tiempo, el buen estado de la ropa sugería que ninguna reyerta había precedido a muerte tan sangrienta, pues las reyertas, por breves que sean, suelen provocar daños más o menos visibles; cualquier soldado que haya entrado en acción podrá dar fe (y quizá lo dirá con asombro) de que, aunque él mismo haya salido de la batalla sin un rasguño, la ropa que llevaba estaba para el arrastre.

La principal pregunta que se planteaba en cuanto al cuerpo era quién lo colocó donde lo encontraron entre las tres (hora en que dejó de llover, y antes de la cual no podían haber depositado el cuerpo, ya que la ropa, donde no tocaba el suelo, estaba seca) y las cinco y media.

¿Lo habrían traído desde mucha distancia?

¿Lo habrían traído desde los alrededores?

El argumento contra la distancia era este, vigente en todos los casos de desplazamiento de cadáveres: que si es peligroso moverlos una yarda, es cien veces más peligroso moverlos cien yardas.

Si dábamos por supuesto el desplazamiento del cuerpo del joven Petleigh, en un estado que de inmediato despertaría sospechas, está claro que quienes arrastraron tal peso corrieron grandes riesgos.

Pero ¿había alguna ventaja a la vista para compensar tal riesgo?

No, no la había.

La única manera racional de explicar que colocasen el cuerpo donde lo encontraron se basaba en la suposición de que quienes estaban involucrados en su muerte mostraron la bondad suficiente como para llevar el cadáver a un lugar donde lo reconocerían de inmediato y se cuidarían de él.

En contra de esta premisa podría argumentarse que el riesgo era tan grande que el instinto de supervivencia natural del hombre le impediría asumir tantos riesgos. Y dicha impresión adquiriría aún más peso si recordamos que podría haberse asegurado la identificación del cuerpo deslizándole un trozo de papel con su dirección en el bolsillo.

Si a todo esto le añadíamos que debía de haber despuntado el día en el momento

del presunto traslado, se hacía aún más improbable que hubiesen traído el cuerpo desde muy lejos.

Luego la probabilidad que cobraba peso es que el joven había muerto cerca del lugar donde fue hallado.

Esto provocaba la siguiente pregunta: ¿cómo de cerca?

Y al considerar este punto, no debe olvidarse que si bien era peligroso llevar el cuerpo a la residencia, sería igualmente peligroso trasladar el cadáver desde la residencia, suponiendo que el asesinato (si es que de tal se trataba) se hubiese cometido en el interior del edificio.

¿Podría ser ese el caso?

Sin duda alguna, las únicas personas que se sabía con seguridad que estuviesen en la mansión la noche de la muerte eran la señora Quinion y Dinah.

Ya teníamos acotado el espacio en el que se había cometido el asesinato (tal como lo llamaremos): lo habíamos circunscrito estrechamente a la residencia. Pero ¿quedaba algún lugar que no fuese la residencia y sin embargo estuviese cerca?

Los únicos edificios cerca de la mansión, en un cuarto de milla a la redonda, eran la casa del jardinero y la casa del guardés.

El guardés estaba enfermo por aquella época y había sido el jardinero quien había descubierto el cuerpo. Considerar que el guardés pudiese estar implicado en el asunto quedaba descartado; en cuanto al jardinero, un hombre mayor que llevaba muchos años al servicio de la familia (pues había entrado en la casa cuando era un niño), debe recordarse que fue él quien encontró el cuerpo.

¿Era probable que si estaba implicado en el asunto se hubiese identificado con el descubrimiento? Tal suposición se sostenía difícilmente.

Muy bien; entonces, teniendo en cuenta que el doctor había declarado, a las seis y media, que la muerte se había producido entre las seis y las ocho de la noche anterior; y que el cuerpo, a juzgar por la sequedad de la ropa, no se había visto expuesto a la lluvia nocturna, que cesó a las tres, quedaba claro que, o bien el crimen se había cometido en el interior, o bien el cuerpo había estado guarecido algunas horas tras la muerte bajo algún tipo de techo.

¿Dónde estaba ese techo?

Aparte de las casas del jardinero y del guardés, no había edificios más cerca de un cuarto de milla; y si el cuerpo había sido trasladado después de las tres al lugar donde se encontró, era evidente que los implicados en el asunto lo habían desplazado unas doscientas yardas al alba o después.

Suponerles tanta moral a unos delincuentes era suponer algo improbable, algo contra lo que un detective, sea hombre o mujer, nunca está demasiado en guardia.

Pero ¿qué ocurría con la suposición de que hubieran sacado el cuerpo de la residencia para colocarlo donde fue hallado?

De momento, todas las pruebas externas del caso se inclinaban en favor de dicha teoría.



No obstante, la teoría suponía una ruptura total con la experiencia corriente de la vida.

En primer lugar, ¿qué motivo aparente podía albergar la señora Quinion para arrebatarle la vida al joven heredero? En apariencia, ninguno.

¿Qué motivo podía tener la muchacha?

No poseía el suficiente vigor mental para contar con un móvil poderoso. Dudo mucho que aquella pobre criatura pudiera siquiera imaginarse el mal en acción.

Debo añadir que me basaba en gran medida en las declaraciones de la muchacha porque eran coherentes y las había realizado bajo una gran presión; además, muchos otros detalles las confirmaban.

Dejé a Dinah Yarton fuera de la lista de sospechosos.

Pero al aceptar su testimonio me veía obligada a admitir que no había nadie en la casa de los Petleigh la noche de la catástrofe aparte de la muchacha y el ama de llaves.

Entonces, ¿cómo podía dar base a la suposición de que el joven había pasado la noche en la residencia y hallado la muerte en ella?

Pues muy fácil.

Que una muchacha de mente débil como Dinah no supiese de la presencia del heredero en la casa no significaba que no pudiese él estar allí y que su presencia fuese conocida solo para el ama de llaves.

¿Era necesario tanto secreto?

Sí.

Me enteré de este hecho antes de que llegase la criada de la ciudad.

La señora Quinion tenía órdenes expresas de no permitir que el heredero se quedase en la casa cuando la familia estaba en la ciudad.

Luego había una buena razón para que el ama de llaves mantuviera en secreto su presencia a una criada tonta y parlanchina.

Sin embargo, he dicho antes que no daba con cuál podría ser el móvil para el asesinato por parte del ama de llaves.

Supongamos entonces que la muerte fuera accidental (aunque lo cierto es que ninguna de las circunstancias de la catástrofe justificaba tal suposición), y supongamos que la señora Quinion era la autora. ¿Cuál sería el propósito de exponer el cadáver ante la casa?

Dicha acción no podía ser menos femenina, especialmente si se había producido un accidente.

Confieso que en este punto del caso (y hasta el momento en que llegó mi compañera) me encontraba completamente perdida. Todas las pruebas materiales indicaban que el asesinato u homicidio se había cometido bajo el techo de la mansión Petleigh, mientras la mayoría de las pruebas de probabilidad contradecían esa creencia.

Hasta aquel momento no había relacionado de ninguna manera la muerte con «el

gran arcón», aunque sí que había vinculado el arcón con la solución del misterio. Dicho vínculo era el resultado de una ley detectivesca básica.

La ley en cuestión es la siguiente:

En todos los casos que sigue un profesional, la mentira es un acto sospechoso, tenga o no relación, aparente o más allá de toda duda, con el asunto en cuestión. En tanto que mentira hay que seguirla hasta su fuente, desvelar su significado y decidir sobre su valor o falta de él. Siempre es posible que una mentira forme parte de un complot.

Así pues, si lo más posible era que la señora Quinion hubiese mentido sobre la desaparición del arcón, se imponía enterarse de todo al respecto, y por eso mis primeras instrucciones para Martha (como siempre la llamaban en la oficina —lo digo en pasado porque, aunque goza de perfecta salud, se halla en Australia—; dudo siquiera que alguno de nosotros conociese su apellido) fueron que buscara un gran arcón.

—¿Qué tipo de arcón?

—Pues eso no lo sé —respondí.

—Pero en una casa grande debe de haber multitud de arcones. ¿Es nuevo?

—No sabría decirte; pero mantén los ojos abiertos y dime si encuentras uno que parezca más nuevo que el resto.

Martha asintió.

Sin embargo, para la fecha de nuestra primera entrevista tras instalarse en la casa de los Petleigh, cuando Quinion la mandó llevar un mensaje a un comerciante, ya me había enterado yo por el señor White de que los arcones que llevaban los viajeros pañeros estaban invariablemente pintados de negro.

Le transmití dicha información a mi compañera, que no tenía ninguna para darme por su parte (al menos, ninguna de importancia). Oí de sus labios lo que ya había deducido: que Quinion era una mujer con gran serenidad y confianza en sí misma, y que era el tipo de persona a la que «haría falta más de un empujón para sacarla de sus casillas».

—Fíjate en lo que te digo —me explicó Martha—: se enfrentaría a un juez con la misma frialdad con la que se enfrenta a su imagen en el espejo, y puedo decirte que eso lo hace con mucha frialdad, pues ya la he visto en un par de ocasiones.

La opinión de Martha era que el ama de llaves estaba más allá de la duda, y yo me veo obligada a decir que no era capaz de suponer lo contrario, pues las sospechas que pesaban sobre ella eran endebles.

Me visitó al día siguiente de la llegada de Martha, me dio fríamente las gracias por lo que había hecho, dijo que pensaba que la joven le serviría y me invitó con gran respeto a la residencia.

Pasaron tres días y en aquel lapso de tiempo no recibí ninguna noticia valiosa de mi ayudante, que solía colocar sus informes escritos dos veces al día en un árbol hueco que habíamos acordado.

El cuarto día fue cuando recibí una pista fresca para seguir adelante, aunque fuese a tientas.

La señora Lamb, la mujer del posadero, que había mostrado tan tierno interés en mi bienestar la noche en que fui a preguntar sobre la presencia de las dos personas que llevaron a descansar a los caballos del carro en sus establos la noche de la muerte (era una mujer de lo más sentimental, que mucho me temo que cultivaba sus inclinaciones naturales con un consumo demasiado vigoroso de sus propios licores), al dejarme marchar a regañadientes me suplicó que volviese otra vez «a tomar una buena taza de té conmigo, pobre criatura», ya que le había dicho que permanecería en Tram.

Con toda probabilidad nunca habría tomado la taza de té de marras si no me hubiese enterado por la señora Green de que el joven Petleigh tenía la costumbre de fumar y beber en el establecimiento de los Lamb.

Aquella información fue decisiva.

Me acerqué a casa de la señora Lamb esa misma tarde, y debo confesar que me dieron una buena taza de té.

Mientras tomábamos el tentempié llevé la conversación hacia el joven Petleigh; oí muchas observaciones que quizá resultasen elogiosas desde el punto de vista de un posadero, pero no tanto si se las consideraba desde cierta posición social.

—Y este, querida mía, es el libro con el que se sentaba en este mismo gabinete a leer durante horas y... ¡Ya voy!

Se oyó que alguien golpeteaba el mostrador con un par de monedas de medio penique.

Sin dedicar demasiado pensamiento al libro, pues era un volumen de publicación corriente que lleva muchos años en boga entre los seguidores de la literatura barata, dejé que se abriera (más que abrirlo), y no me cabe duda de que no posé los ojos ni una vez en la página mientras la señora Lamb servía la cerveza y regresaba.

—¡Dios mío! —dijo con voz alterada, pues era una de las personas más dramáticas con las que me haya topado nunca—. ¡Qué cosa más extraña, pobre criatura!

—¿Qué es extraño, señora Lamb? —pregunté.

—¡Pues que ha abierto usted el libro por su historia preferida!

—¿De quién, señora Lamb?

—¡Pues del pobre Graham Petleigh!

No será necesario que les diga que despertó mi inmediato interés.

—¡Ah! ¿Conque él leía esta historia?

—Muy a menudo; y lo extraño es, pobrecita mía, que estuviese usted a punto de leerla también; aunque es cierto que ese libro se abre siempre por el mismo sitio, supongo que porque él leía la historia tantas veces que el libro se ha desgastado y... ¡Ya voy!

Dicho esto, la señora Lamb se marchó de nuevo, mientras que yo, no hace falta

decirlo, miraba las páginas que había ante mí.

Supongo que dejaré atónitos a la mayoría de mis lectores si les digo que, antes de que la señora Lamb terminase con el grifo de la cerveza con un golpe, y agotase la larga sarta de chismes con el cliente de turno, yo tenía el caso cogido por el cuello.

Y, sin embargo, no hay nada extraordinario en ello.

Analicen la mayoría de los grandes casos resueltos de los que se tiene noticia y verán que en general la clave para el éxito siempre es un pequeño accidente.

Lo mismo ocurre con los grandes descubrimientos. Uno de los mayores progresos en la molienda de la harina, y con el que su inventor ha hecho muchos miles de libras, se descubrió viendo a un molinero soplar la harina de un recoveco; y todo el mundo sabe que la causa que llevó al gran Newton a descubrir las grandes leyes del universo fue la caída de una manzana.

También ocurre con frecuencia, en esta época de incontables periódicos, que alguien, al ver a un hombre por casualidad, lo identifique con la descripción de un asesino.

¡Casualidad!

En la historia del crimen y su investigación la casualidad desempeña un papel clave.

Mientras escribo tengo a mi lado un periódico en el que se narra un juicio por intento de asesinato: la mujer que recibió el disparo se salvó gracias a la intervención de una reja de arado que llevaba bajo el chal y que acababa de robar, ni más ni menos, unos minutos antes de que la bala tocase el hierro.

Si comparamos mi coincidencia con esa, ¿en qué quedaba el hecho de que, leyendo una historia que leía mucho el joven muerto, tal como se me había señalado, desvelase el misterio que me tenía desconcertada?

La historia contaba que, en el norte de Inglaterra, un mercachifle dejó un paquete en una casa y un niño vio que la parte superior del paquete subía y bajaba; llegaron a la conclusión de que debía de haber un hombre dentro que albergaba el propósito de desvalijar la casa; y el niño acababa por disparar al paquete, matando a un hombre<sup>[2]</sup>.

Como les digo, antes de que regresase la señora Lamb con su «pobre criatura», ya me sabía yo la solución del misterio de memoria.

Al joven le atrajo la historia, la recordó y la puso en práctica con algún propósito. ¿Cuál?

De repente me vino a la mente la manía del magistrado por la plata y, recordando lo tacaño que era con el muchacho, se me ocurrió que el joven, con toda probabilidad, había concebido un plan para robarle a su padre algo de plata.

Según tenía entendido, la plata se iba con la familia a la ciudad. Pero ¿era aquello cierto?

Veamos hasta qué punto las probabilidades del caso encajarían con una teoría así.

El joven era aventurero y temerario, como probaban sus reyertas con los cazadores furtivos.

Estaba sumido en la pobreza.

Sabía que su padre poseía plata.

No le permitían quedarse en la residencia Petleigh cuando su padre se ausentaba.

Había leído una historia que coincidía con mi teoría.

Unos desconocidos habían dejado un arcón grande en la residencia.

El cuerpo del hijo del magistrado se había hallado en unas circunstancias que dejaban suponer que la explicación más plausible a su presencia donde lo encontraron era que lo hubieran trasladado allí desde la propia residencia.

Esa secuencia de hechos explicaba la presencia del antifaz.

Y para terminar estaba la llave, una llave que sin lugar a dudas abría un receptáculo importante, suposición que quedaba muy clara a la vista del tipo de llave.

De hecho, aquella llave era el origen del convencimiento de que había un tesoro en la casa.

¿Existiría dicho tesoro de verdad?

Antes de que la señora Lamb dijera «Buenas noches, querida» a una clienta que había venido buscando una pinta de cerveza ligera y un galón de cotilleos más fermentados, había llegado yo a la conclusión de que quizá la plata estuviese en la casa.

Pues los hombres miserables son famosos por su suspicacia y su avaricia. ¿Y si algo de la plata familiar cuya presencia no era necesaria en la casa de la ciudad se hallaba en aquel momento en la casa de los Petleigh y el magistrado, confiando en la seguridad que le ofrecía la afirmación habitual de que se llevaba toda la plata a la ciudad, no la había dejado en el banco del condado, debido a la suspicacia natural que podría llevarlo a confiar más en su caja fuerte que en la de un banquero?

Si aceptábamos dicha suposición, el móvil del joven era evidente.

Si aceptábamos la presencia del joven Petleigh en la casa en tales circunstancias, solo nos quedaba explicar la muerte.

En ese punto, por supuesto, aún no lo tenía todo solucionado.

Si en la casa solo estaban la señora Quinion y la muchacha, y la muchacha era inocente, entonces únicamente el ama de llaves podía ser culpable.

Culpable... ¿De qué? ¿De asesinato o de homicidio?

¿Se había cumplido hasta el final la historia que solía leer el joven Petleigh?

¿Lo habían matado sin tener noticia alguna de quién era?

Albergo escasas dudas de que hubiese descubierto el estado real del caso sin la ayuda de la señora Lamb, pues de hecho aquella misma noche, tras marcharme con la promesa de que tendría en cuenta la petición de que regresase, «queridísima criatura», mi cómplice me proporcionó una información que me habría puesto sobre la pista.

Al parecer, aquella mañana la señora Quinion recibió una carta que la alteró bastante. Salió justo después de desayunar, bajó al pueblo y volvió aproximadamente una hora después. Mi cómplice metió la mano en el bolsillo del ama de llaves (pues,

por desgracia, a veces los agentes de policía tenemos que convertirnos en ladrones, por el bien de la sociedad, por supuesto) cuando esta dormía por la tarde y, mientras se suponía que la nueva doncella ponía en orden las medias de la señora Quinion, había efectuado una copia mental de la comunicación. La enviaba un tal Joseph Spencer y decía lo siguiente:

Querida Margaret:

Por Dios, busca por todos sitios la llave 13. Hay tantas que no la había echado en falta, y si el jefe se entera, me buscaré la ruina. Debe de estar en algún sitio. No tengo idea de cómo pudo salir del llavero. Nada más de momento. Es hora de que pase el correo. Tuyo siempre,

JOSEPH SPENCER

¡La llave 13!

¡Pero si aquel era el número de la llave que encontraron en el cadáver!

Aquella misma noche se envió una carta a la ciudad, dirigida a la policía, con objeto de averiguar quién era Joseph Spencer, proporcionando la dirección impresa que figuraba en la carta.

Entonces entró en acción la señora Green.

No, no podía decirme quién vivía en la dirección que le mencioné. Gracias al cielo, ella no sabía nada de Lunnon. ¿Que adónde había ido la señora Quinion aquella mañana? Pues a casa de Joe Higgins. ¿A qué? Pues a mirar la ropa del hijo del magistrado y las cosas. ¿Que qué pretendía? Pues en realidad quería llevárselas a la residencia. No, Joe Higgins no la dejó.

Por supuesto, en ese momento deduje que Joseph Spencer era el mayordomo.

Y la información que obtuve de la ciudad me demostró que estaba en lo cierto.

Entonces, ya segura de los preliminares, supe que lo que me quedaba de trabajo debía desarrollarse en el interior de la residencia.

Pero ¿cómo iba a entrar?

Por desgracia, los trucos de los detectives son infinitos. Mucho me temo que muchos anuncios supuestamente bienintencionados esconden la huella detectivesca. En cualquier caso, así ocurrió con el mío.

Apareció en la segunda columna del *Times*, y lo reproduzco aquí exactamente. A propósito, yo había recibido el *Times* diariamente, como hacen la mayoría de detectives, durante el tiempo que había estado en Tram.

«Se buscan noticias de Margaret Quinion o de sus herederos legales. Se sabe que abandonó el sur de Inglaterra alrededor del año 1830 [sabía por su acento que era del sur] para ejercer como ama de llaves junto a una hermanastra casada, que se instaló en un condado del interior [esta información, especialmente la fecha, se la debía a la señora Green]. Dirección...». Aquí aparecía la de mis abogados, que habían recibido

instrucciones para entretener a la señora en la oficina varios días, hasta que tuviesen noticias mías.

Mucho me temo que mi intención era que, si el caso pintaba tan desfavorable para ella como yo sospechaba, la arrestasen en las mismas oficinas de los caballeros a los que acudiría pensando recibir alguna noticia ventajosa. Y además estoy segura de que más de un desgraciado ha salido arrestado después de que lo llamaran a una oficina con la promesa de que sacaría algún provecho especial.

Pues este mundo deplorable está lleno de tales falsedades.

Hasta el lector menos agudo se habrá dado cuenta ya del uso que le di al anuncio cuando se publicó.

Se lo enseñé a la señora Green y no me cabe la menor duda de que le señaló la información a toda alma viviente que se encontró, o más bien avasalló, a lo largo de aquel día. De hecho, antes del anochecer (momento en que la propia señora Quinion me honró con una visita) empezó a rumorearse con absoluta certeza que la señora Quinion había heredado veintidós mil libras y una casa en Dyot Street, Bloomsbury Square, en Lunnon.

Resultaba extraño, y natural al mismo tiempo, que la señora Quinion viniese a buscarme. Posiblemente yo fuese la única extraña a la que conocía en la zona y, desde su punto de vista, ya había sacado provecho de mi cualidad de forastera en el barrio. Así pues (considerando la naturaleza humana), no me extrañaba que intentase sacar provecho otra vez de mí. Se me está agotando el espacio, pero como la que sigue fue la última conversación que mantuve con la señora Quinion, quizá me excusen el hecho de que la transcriba aquí. Por supuesto, la abreviaré en lo posible. Tras los saludos de rigor, y con una seguridad que Martha le había atribuido con toda justicia, dijo:

—Tengo que pedirle un favor.

—¿De veras? Dígame.

—He recibido una noticia que me obliga a ausentarme de la casa.

—Creo —dije con una sonrisa— que sé de qué noticia se trata.

Y le conté que yo misma había visto el anuncio por la mañana.

Me temo que el único motivo por el que llevé la conversación por esos derroteros fue para ganarme su confianza.

Y lo conseguí.

—¿De veras? —respondió—. Entonces, si ya le es a usted familiar tal noticia, puedo con mayor libertad pedirle el favor que...

—¿De qué se trata?

—Desearía ir a la ciudad, a Londres, unas cuantas horas para ver qué significa este asunto del anuncio, pero me resisto a dejar sola a Martha. Se ha quedado sorprendida usted, y quizá le ofenda que le pida a una desconocida un favor así, pero el hecho es que no me gustaría que nadie de la zona supiese que me he marchado de la residencia: solo serán unas veinticuatro horas. La noticia podría llegar a oídos del

señor Petleigh, y mi deseo es que no sepa nada del asunto. Ya ve en qué posición me encuentro. Si pudiese usted, mi querida señora, ayudarme, le estaría tremendamente agradecida; y, como se encuentra usted aquí, me pareció...

En ese momento quedó reducida al silencio.

¡Criatura artera! ¡Con qué habilidad escondía su verdadero móvil, el deseo de mantener lejos de la residencia a quien supiese de la catástrofe, pues tenía miedo de su curiosidad!

¿Sorprendida? Sí, sí que me había sorprendido. Yo había esperado, en el mejor de los casos, verme en la obligación de revelar mi identidad a la persona que dejase a cargo lo que durase el asunto del anuncio, y sin embargo, a causa de lo que ella consideraba prevención, se ponía a mi merced, mientras que yo seguía quedando camuflada en todas las acciones relacionadas con ella. Pues no es necesario que explique que si hubiese tenido que desvelar quién era yo, y hubiese fracasado, cualquier trampa posterior habría quedado descartada, ya que la «presa» se habría alarmado; y así habría acabado todo el asunto.

Para abreviar aquí particulares innecesarios, la misma noche, a las nueve, ya me hallaba instalada en el gabinete del ama de llaves, que se dirigía a la primera estación después de Tram, adonde llegaría caminando por el campo para evitar toda sospecha.

No se habría alejado ni cien yardas de la casa cuando Martha y yo, un par de detectives, ya estábamos remangadas, dedicadas de lleno a la faena de intentar encontrar el arcón.

Pronto dimos con las llaves de la señora Quinion en un costurero, ligeramente cubiertas con un pañuelo.

Desde luego, tal ocultamiento debería haberme dado una pista.

Pero no fue así.

Nos pasamos tres horas, desde las nueve hasta la medianoche, buscando el arcón en vano.

Buscamos en todas las habitaciones que, a juzgar por la ausencia de polvo, habían sido abiertas recientemente; en todos los corredores, sótanos, pasillos y vestíbulos.

Ni rastro.

Me temo que buscamos incluso en lugares en los que no podía hallarse, como debajo de las camas.

Pero por fin lo encontramos, y para entonces el reloj de la torre hacía un cuarto de hora más o menos que había dado las doce.

Estaba en su dormitorio; y lo que es más, constituía su tocador.

No me cabe duda de que se me habría escapado si no hubiese un defecto en el escondite.

Al parecer ella comprendía el valor de lo que podríamos dar en llamar «escondite audaz», es decir, un escondite en el que a una persona corriente ni se le pasaría por la cabeza buscar el objeto.

Por ejemplo, el mejor escondrijo para un billete de banco en un salón sería el



fondo de una cesta tarjetera a medio llenar. A nadie se le ocurriría siquiera buscarlo en ese sitio.

El gran novelista de enigmas, Edgar Poe, ilustra este estilo de escondrijos: hace que el dueño de una carta la coloque en un tarjetero sobre la repisa de la chimenea cuando sabe que van a registrar la casa y peinarla pulgada a pulgada para encontrar dicho documento.

Estaba claro que a la señora Quinion le resultaban familiares este tipo de escondites.

De veras creo que no habría encontrado el arcón si no hubiese sido porque se había excedido al ocultarlo a la vista. Tras poner de pie el arcón, apoyándolo sobre un lado, había dejado sobre él una combinación de color rosa vivo con volantes blancos para completar la apariencia de tocador.

Así pues, el tocador atraía mi mirada cada vez que pasaba y lo veía. Entonces Martha, al pasar entre el arcón y yo, arrastró la prenda con las enaguas, dejando a la vista una esquina negra.

En ese momento descubrimos el arcón.

No me cabe duda de que, siendo una mujer de carácter, no soportaba perderlo de vista mientras esperaba una oportunidad para librarse de él.

Resultaba ya evidente que mi explicación del caso, a saber, que el joven Petleigh había estado imitando lo que sucedía en la historia, era correcta.

El arcón era lo bastante grande como para contener a un hombre tumbado con las piernas algo encogidas; había sitio para girarse dentro de él; y, para terminar, contaba con alrededor de dos docenas de agujeros, que quedaban escondidos por el rudo lienzo negro que lo cubría.

Además, podía cerrarse desde dentro con un cerrojo, y por tanto el mismo mecanismo permitía que se abriera desde dentro.

Y por si faltara alguna otra prueba, había una almohada al fondo del arcón (para descansar la cabeza, resultaba obvio) cuyas plumas habían escapado por un agujero y llenado el fondo, que estaba forrado con una funda de rayas blancas y negras cortada a la altura de los agujeros.

Ahora ya no me costaba comprender el origen de la pelusa que había en el abrigo del desgraciado joven.

Y, para terminar, estaba la prueba más acusatoria de todas.

En el lienzo negro, por encima de uno de los agujeros, había un corte dentado.

—Túmbate en la caja, Martha —dije—, con la cabeza por este lado.

—¿Por qué? ¿Qué...?

—Chis, chis, muchacha; haz lo que te digo.

Lo hizo; y, usando el mango de un parasol que había sobre el tocador, observé que, al pasarlo por el agujero, su extremo tocaba a la agente exactamente en la misma zona en la que había recibido la herida causante de su muerte el joven Petleigh.

Por supuesto, el caso quedaba ya claro.

Después de que la joven muchacha, Dinah, se hubiese ido a dormir, el ama de llaves debió de albergar sus dudas sobre el baúl y lo inspeccionó.

Es evidente que el joven sabía la hora a la que se retiraba el ama de llaves, y quizá estuviese esperando a que el viejo reloj de la torre diera las once antes de aventurarse a salir... ¿Para cometer qué acto?

Pues robar el baúl de plata número 13, que deduje que se había quedado en la residencia, hecho del que el joven estaría al corriente; teniendo en cuenta la carta del mayordomo, eso era lo que parecía más evidente.

El plan, innegablemente, era apropiarse de la plata sin alarmar a nadie, salir de la residencia de algún modo conocido por él desde hacía tiempo, y encontrarse después con sus compinches, con los que compartiría el botín, dejando el arcón como indicador del robo, para exculpar al ama de llaves.

Me sorprendió la buena ejecución del plan, que tanto se alejaba de los proyectos de robo corrientes.

¿Qué había provocado su fracaso?

Podía deducir fácilmente que una mujer determinada como Quinion prefiriese confiar en sí misma antes que pedir ayuda.

Podía suponer cómo se había producido el descubrimiento; quizá una blasfemia murmurada por la boca del joven, o quizá hubiese oído su respiración.

Entonces, repasando sus actos, podía presumir que, una vez consciente del peligro que la acechaba, se prepararía para afrontarlo.

Podía seguirla, silenciosa y segura, por el pasillo, preguntándose qué hacer a continuación.

Podía imaginarla llegando a la conclusión de que debía haber agujeros en el arcón a través de los cuales respiraba el maleante, y concluí rápidamente que no tuvo que pensar mucho para decidir que tenía derecho a matar a alguien que quizá estuviese allí para matarla a ella.

Después, mi ojo mental podía seguirla mientras buscaba el arma y tanteaba la caja para dar con un agujero.

Lo encuentra.

Marca el punto donde apuñalará.

Un movimiento... y se comete el homicidio.

Es seguro que el infeliz tuvo tiempo de abrir el arcón, y sin duda fue entonces cuando la fiera mujer, que aún tenía aferrado el astil de la flecha o de la punta — llámenlo como quieran— retrocedió, desprendiendo así el astil del hierro que causó la herida.

¿La reconoció el joven? ¿Lo había intentado?

Por lo pacífico de su expresión, según se describía en la vista, me imaginé que, tras quitar el cerrojo de la tapa, cayó hacia atrás y murió a los pocos instantes.

Luego debió de producirse el terrible descubrimiento de la señora Quinion, tras el que llegó la igualmente horrible determinación de esconder la culpa de su joven amo,

y quizá también del hijo de su propia hermana.

Y así arrastró el cadáver del joven a la fría atmósfera de la mañana, mientras la débil luz del alba llenaba el aire y los pájaros se despertaban inquietos.

Sin duda, si se hubiese contratado a un detective sagaz, no se habría librado de que la desenmascarasen.

De momento, había conseguido que no la descubrieran.

Y tampoco me costaba comprender que una mujer de inteligencia viva como ella sintiera pocos remordimientos y escasa pena por lo que había hecho: pocos remordimientos porque el acontecimiento fue un accidente, escasa pena porque debió de sentir que había salvado al joven de una vida miserable —pues un hijo que a los veinte años roba a su padre, por mal que este se comporte, pocas veces será a los cuarenta un hombre honesto, si es que sigue vivo para entonces—.

Pero a pesar de mi descubrimiento, no podía hacer nada de momento contra el ama de llaves, a quien por supuesto tenía el deber de arrestar, si es que lograba convencerme a mí misma de que había cometido homicidio. No me dejaría llevar por ningún impulso de proteger a la familia —motivo que, aunque indirectamente, había dictado las acciones de Quinion, pues, decidida como era, me parecía que no habría vacilado en admitir la acción que había cometido si el ladrón, si se me permite que llame así al joven, hubiese sido un malhechor corriente, desconocido—.

No, el arcón no podía relacionarse con la muerte porque no mostraba signos irrefutables de su conexión con la catástrofe.

Entonces, ¿cómo podía relacionarse (más allá de las pruebas circunstanciales, que solo yo conocía) con el asesinato?

El único indicio de prueba fue el que dio la muchacha, que podía jurar o no que habían llevado el arcón a la residencia el día anterior y que el ama de llaves había dicho que se lo habían vuelto a llevar —circunstancia sospechosa, es cierto, pero que, sin pruebas que lo corroborasen, carecía de mucho valor, si es que tenía alguno—.

En cuanto al corte dentado en el agujero de ventilación, no podía mencionarse, debido a la total ausencia de manchas de sangre.

Necesitaba pruebas que corroborasen la historia, y lo mejor sería que se materializasen en forma del astil del arma que causó la muerte, o en un arma de características similares.

Una vez descubierto el arcón, ese era entonces mi cometido.

—¿Hay algún arsenal en la casa, Martha?

—No, pero hay gran cantidad de armas en la biblioteca.

No habíamos buscado el arcón en la biblioteca, pues Martha me había asegurado que no había arcones allí.

—¡Qué lugar tan húmedo! —señalé cuando llegamos.

Y al decirlo observé que había ventanas a cada lado de la habitación y que el fondo de la sala era circular.

—Bien puede serlo —dijo Martha—, pues está rodeado de agua, una especie de

fuente-estanque, con peces de colores. La biblioteca —añadió Martha, que contaba con más agudeza que educación— es el culo de la casa.

Entre cada par de estanterías había un hermoso expositor con armas muy pintorescas y atractivas a la vista.

Había armas modernas, una armadura antigua y armas extranjeras de muchos tipos; pero no vi flechas, a pesar de que, en la avidez de mi búsqueda, había encendido el candelabro, que aún contaba con algunas viejas velas amarillas.

Nada de flechas.

Pero mi ángel de la guarda, si es que existen dichas criaturas, se aferró con fuerza a mi hombro aquella noche y, por un extraño azar, aunque no tan extraordinario como el accidente por el que la mujer se salvó de una bala gracias a un trozo de hierro que acababa de robar, salió a la luz el origen del arma que había usado la señora Quinion.

Llevábamos unos minutos buscando en los expositores de armas, cuando de repente me vi en la tesitura de gritar:

—¡Eh, eh! ¿Qué estás haciendo?

Pues sin querer mi compañera había desprendido de su gancho un gran tambor que, según había visto, contaba con unos remates muy coquetos, unos banderines, unos platillos y unas picas.

—Lo siento mucho —dijo, mientras yo corría a coger el tambor, que aún resonaba, con la precaución de la que suele hacer gala el detective aun cuando es inútil, cuando...

Allí, clavada en el tambor, enganchada por las púas, estaba la punta de un arma idéntica a la que se había usado para matar al joven Petleigh.

Si hubiese aparecido un fantasma, no me habría quedado tan asombrada.

Al momento abrimos el tambor y salió a la luz una flecha de hierro con un mango de madera de unas dieciocho pulgadas, cubierto con alegres cintas de colores.

[Aquí tengo que declarar que acabé por descubrir —pues a pesar del peligro me aferré a mi trofeo y lo conservé hasta el final de la batalla— que se trataba de una punta de las que usan los picadores españoles en las corridas de toros para molestar al animal. Las lengüetas hacen que las puyas se queden en la carne y la piel. Así es fácil de comprender el motivo de la decoración del mango. Sin duda, la flecha que usó Quinion y la otra que yo encontré eran una pareja colocada como curiosidad entre las demás armas. La que quedaba la usó la decidida ama de llaves porque le pareció que era lo que más se ajustaba a su propósito, la otra (que yo encontré) la había usado sin duda alguna en el pasado un picador aficionado, quizá el pobre muchacho fallecido, empleando el tambor como toro imaginario, y en él había permanecido la punta hasta que dio en reaparecer como testigo contra la culpable y a la vez inocente ama de llaves].

No bien había cogido mi trofeo cuando Martha dijo:

—¡Qué olor a quemado!

—¡Dios santo! —grité—, ¡le hemos prendido fuego a la casa!

La casa estaba en llamas, pero no era culpa nuestra.

Corrimos hacia la puerta.

¡Estábamos encerradas!

Ignoro qué fue lo que la hizo regresar, pues nunca volví a verla o a saber de ella. Supongo que el movimiento del tren le aguzó el pensamiento (al menos eso hace con el mío), que comenzó a sospechar, que se bajó en una estación a cierta distancia de Tram y cogió una silla de posta para regresar a la casa de los Petleigh.

Aunque todo esto no dejan de ser conjeturas.

Pero si no fue ella, ¿quién nos encerró? No pudimos hacerlo nosotras mismas.

Nos habían encerrado y le atribuyo a ella dicho acto —aunque nunca me enteré de cómo entró en la casa—.

La casa estaba ardiendo y estábamos rodeadas de agua.

Esta historia lleva el título de «El arma desconocida» y, por tanto, la lógica dicta que no puedo extenderme en la explicación detallada de nuestra huida. Baste decir, por nuestro honor de detectives, que no perdimos la presencia de ánimo y que con la ayuda de las mesas de la biblioteca, las sillas, los libros grandes y demás, construimos un punto de apoyo para colocar sobre él la escalera de la biblioteca, mientras que el otro extremo llegaba hasta el agua poco profunda.

Una vez divulgada la historia de «El arma desconocida», mi narración toca a su fin; pero quizá al lector se le antoje que mi trabajo queda inconcluso si no añado algunas palabras.

No me cabe la menor duda de que, tras su regreso, la mente de la señora Quinion llegó con rapidez a la conclusión de que la única manera de salvar el honor de su joven amo era quemar el arcón, incendiando para ello la residencia.

Los Petleigh eran un linaje antiguo, según me dijeron, con unas ideas casi españolas sobre el honor familiar.

Y, en efecto, cumplió con su objetivo.

Reconozco que me venció. Y para colmo casi me reduce a cenizas; tengo la impresión de que no le habría apenado demasiado el hecho, si se hubiese producido.

Por mi parte, no llevé más lejos el asunto.

En la investigación aparecí como la mujer que se había hecho cargo de la casa mientras la señora Quinion fue a buscar su buena fortuna; y no albergo duda alguna de que su desaparición se relacionó indefectiblemente con mi anuncio en el *Times*.

No hace falta que diga que si me hubiese encontrado con la señora Quinion habría hecho lo posible para hacerla temblar.

Solo me queda un hecho por relatar, uno importante. Es este:

El magistrado hizo que se examinaran las ruinas con cuidado, y de los escombros se extrajeron dos mil onzas de vajilla de oro y plata reducidas a un amasijo informe, por supuesto.

De este hecho se desprende de modo bastante evidente que la llave número 13 que se encontró en el bolsillo del pobre muchacho, víctima del descuido y el

abandono, era el «ábrete, sésamo» para acceder al tesoro que después se sacó de las ruinas: unas cuatro mil libras entre oro y plata.

Está clarísimo que le había robado la llave al mayordomo, había urdido una conspiración con sus compinches y que todo aquello había concluido con su muerte y la conflagración de la residencia Petleigh, una de las mansiones más antiguas y pintorescas (y, hay que admitir, más húmedas) de los condados del interior.

Puedo añadir que descubrí quién era el «caballero alto con barba rojiza que torcía la cara»; que averigüé quién era el caballero bajo sin barba alguna; y, para terminar, que vi a la joven e inocente dama (era hermosísima) que respondía al nombre de Frederica, y por la que, no me cabe duda, el desafortunado muchacho actuó así.

En cuanto a mí, no llevé más lejos el asunto.

No sentía deseo alguno de hacerlo; si lo hubiese sentido, de todos modos, dudo que poseyese alguna prueba que me hubiese permitido escapar al ridículo.

Dejé el caso tal como estaba.

## C. L. PIRKIS (1841-1910)

Parece que la primera mujer detective creada por una escritora es la astuta y valerosa Loveday Brooke. Por esta y otras razones, el personaje ideado por Catherine Louisa Pirkis destaca entre los personajes de esta antología. «Las historias de Pirkis, que surgen en un momento histórico en el que los conceptos de mujer, criminalidad y aplicación de la ley estaban cambiando a toda velocidad en Gran Bretaña», escribe la estudiosa Elizabeth Carolyn Miller, «interpretan la interrelación de estas transformaciones culturales de modo sorprendentemente distinto al de sus contemporáneos».

Entrega tras entrega, Brooke se muestra como una respetada investigadora profesional. A diferencia de la señora Paschal, no se somete a su superior para congraciarse con él; con frecuencia Brooke protagoniza discusiones verbales con su jefe, Ebenezer Dyer. Es versátil en lo social y se halla en una continua oscilación entre tren y cabriolé, princesa y doncella, pueblo y ciudad. En ocasiones debe caminar sola por la noche, sin compañía de hombre alguno, lo cual la coloca de inmediato en la sospechosa categoría de posible prostituta. A diferencia de lo que hace, por ejemplo, Hugh Weir con Madelyn Mack, Pirkis no afirma que su heroína esté dotada de intuición y encantos ultrafemeninos para compensar lo presuntamente masculino de su oficio. De hecho, se la describe, de forma intencional, como «ni guapa ni fea». Y quizá lo más significativo de todo sea que no acaba casándose en el último relato.

Pirkis escribe en la era del criminalista Cesare Lombroso, que defendía que las inclinaciones criminales procedían de un atavismo hereditario que era literalmente visible en rasgos tales como las mejillas anchas y los labios carnosos; y del sexólogo Havelock Ellis, que insistía en que las féminas criminales exhibían una abundancia perversa de vello corporal y otros rasgos masculinos, además de unos órganos sexuales «patológicos». (Elizabeth Carolyn Miller explora con todo detalle dichas cuestiones de fondo en el artículo citado en la sección «Bibliografía adicional»). Pirkis se resiste a las ideas de apariencia tanto moderna como tradicional; sus personajes desafían categorías victorianas como la hermosa damisela y el inmigrante zafio.

También demuestra una visión más comprensiva y lúcida de las relaciones de clase que muchos de sus contemporáneos. Pirkis no se limita a disfrazar a Brooke de criada: sabe que al hacerlo prácticamente le otorga a Brooke una capa de invisibilidad

que le permite buscar pistas entre bastidores. Pirkis era perfectamente consciente de la ironía que suponía que una sociedad en la que no se permitía que trabajasen las mujeres bien relacionadas se basase en el trabajo invisible y oculto de mujeres menos privilegiadas. Una y otra vez, cuando el robo o la violencia perturban el hogar victoriano, la sospecha recae en los criados, en especial si al mismo tiempo forman parte de otra categoría sospechosa: los forasteros. Cada año el sistema legal victoriano llevaba a juicio a gran cantidad de acusados en la categoría especial de «robo perpetrado por criados».

C. L. Pirkis publicó varios melodramas románticos, incluyendo un importante relato en *All the Year Round*, el semanario que lanzó Charles Dickens tras abandonar *Household Words* debido al conflicto con su editor. Cuando Pirkis apareció en sus páginas, era el primogénito de Dickens, Charles Dickens hijo, quien lo editaba. Pirkis publicó su primer libro en 1877 y escribió trece más, incluidos *In a World of His Own* y *Disappeared from Her Home*. Su último libro fue la compilación de las historias de Loveday Brooke. Se retiró de la escritura de ficción en 1894. Tres años antes había fundado junto con su esposo (el oficial de marina retirado Fred E. Pirkis) una organización a la que dedicaría gran parte de su tiempo hasta su muerte en 1910: la National Canine Defense League. Se trata de una organización de defensa de los perros con gran influencia que sigue activa hoy: en 2003 cambió su nombre por el de Dogs Trust. La NCDL luchó contra la vivisección, el maltrato, los bozales y más tarde incluso contra el uso de perros, como Laika, en las primeras exploraciones espaciales. No resulta sorprendente que en las historias de Loveday Brooke el maltrato a los animales sea un indicio de otros tipos de brutalidad.

Cabe destacar que las aventuras sigilosamente subversivas de Brooke aparecían en el *Ludgate Monthly*, publicación mensual fundada solo dos años antes que se autodenominaba «revista familiar», lo cual quería decir que las jovencitas decentes podían leerla sin ruborizarse. Los editores de revistas estaban empezando a considerar a las lectoras como mercado específico. Pirkis publicó seis historias de Brooke entre febrero y julio de 1893 en números consecutivos del *Ludgate Monthly*. Un par de meses después de sacar la sexta historia de Brooke, la revista se sumó a la nueva moda de enfatizar el aspecto visual y se cambió el nombre por *The Ludgate Illustrated Magazine*. Bajo este título publicó una séptima historia de Brooke, que salió en mayo de 1894. Al mismo tiempo, Hutchinson & Company publicaba las siete historias en una antología titulada *The Experiences of Loveday Brooke, Lady Detective* con dibujos a tinta china de Bernard Higham, ilustrador de inexplicable popularidad. La primera historia era «El bolso negro que apareció en el umbral de una puerta», de la que procede la descripción de Brooke que abre nuestro relato. «Dagas dibujadas» fue la quinta aventura en publicarse y ocupaba el quinto puesto en la antología. A diferencia de muchas entregas detectivescas victorianas, las historias de Brooke no constituían un ciclo novelístico que convergía en un único desenlace. Cada una de ellas era independiente, como los casos de Sherlock Holmes.





# Dagas dibujadas

(1893)

Loveday Brooke en aquel momento de su carrera apenas rebasaba los treinta años de edad, y la manera más fácil de describirla era con una serie de negaciones.

No era alta, tampoco baja; no era morena, tampoco rubia; no era guapa ni fea. Tenía unos rasgos totalmente insulsos; la única característica que llamaba la atención en ella era la costumbre que tenía de, cuando se quedaba absorta en sus pensamientos, entornar los párpados hasta que solo se veía una línea del globo ocular: parecía mirar el mundo a través de una rendija, en lugar de por una ventana.

Siempre iba vestida de negro, con un decoro y pulcritud casi cuáqueros.

Unos cinco o seis años antes, una mudanza de la fortuna había arrojado a Loveday al mundo sin un centavo y prácticamente sola. Descubrió que carecía de habilidades comercializables, así que de inmediato desafió las convenciones y eligió una carrera que la separó de golpe de sus antiguas compañías y su posición social. Durante cinco o seis años bregó pacientemente con lo más bajo de su profesión; después la suerte o, para ser más precisos, un complicado caso criminal la puso en el camino del jefe de una floreciente agencia de detectives en Lynch Court. Muy pronto descubriría este de qué pasta estaba hecha Loveday Brooke, y la destinó a un trabajo de más categoría —trabajo que, en efecto, les reportó a ambos un incremento tanto de retribuciones como de reputación—.

A pesar de que Ebenezer Dyer no era, por regla general, de naturaleza entusiasta, en ocasiones se deshacía en elogios hacia las cualidades de la señorita Brooke para la profesión que había elegido.

—¿Demasiado femenina, dice? —le contestaba a quienquiera que cuestionase dichos atributos—. No me importa un comino si es femenina o no. Lo único que sé es que es la mujer más sensata y práctica que he conocido. En primer lugar, posee la facultad (tan poco frecuente entre las mujeres) de ejecutar las órdenes al pie de la letra; en segundo lugar, cuenta con un cerebro lúcido y penetrante, que no se somete a la rigidez de las teorías; y, en tercer lugar, lo más importante: tiene tanto sentido común que la convierte en un genio, en un absoluto genio, señor.

—Admito que el asunto de las dagas me tiene un poco confuso, pero por lo que se refiere al collar robado, bueno, diría que hasta un niño puede darse cuenta —dijo el señor Dyer irritado—. Cuando una joven dama pierde una joya de valor y desea

acallar el asunto, la explicación es obvia.

—En ocasiones —respondió la señorita Brooke con calma— la explicación obvia es la que debe rechazarse, no aceptarse.

Los dos llevaban toda la mañana a la gresca, por decirlo de alguna manera. Quizá hubiese que atribuir parte de dicha circunstancia al cortante viento del este que con sus motas de polvo había arrasado de lágrimas los ojos de Loveday mientras avanzaba hacia Lynch Court, y que en ese preciso momento enviaba exasperantes vaharadas de humo chimenea abajo, hacia el rostro del señor Dyer. Así era, en cualquier caso. El señor Dyer y su colega habían adoptado posturas diametralmente opuestas sobre los diferentes temas que habían surgido en su conversación durante aquella mañana, como si lo hiciesen adrede.

El señor Dyer se abandonaba en aquel momento al malhumor.

—Si establece como principio que hay que rechazar lo obvio en favor de lo incomprensible —dijo, golpeando el escritorio con la palma de la mano para enfatizar sus palabras—, pronto se verá en la tesitura de tener que probar que dos manzanas y otras dos no suman cuatro. Por otro lado, si no desea ver las cosas desde mi punto de vista, ¡eso no le da razones para perder los estribos!

—El señor Hawke desea verlo, señor —anunció un empleado, entrando en aquel momento en la sala.

Era una distracción afortunada. Fuesen cuales fuesen las divergencias de opinión que pudieran permitirse en privado, siempre tenían cuidado de ocultarlas ante los clientes.

La irritación del señor Dyer se esfumó en un instante.

—Haga pasar al caballero —le dijo al empleado. Después se volvió hacia Loveday—. Se trata del reverendo Anthony Hawke, el caballero en cuya casa le conté que se aloja de momento la señorita Monroe. Es pastor de la Iglesia de Inglaterra, pero abandonó su oficio hace unos veinte años, cuando se casó con una dama adinerada. El padre de la señorita Monroe, el señor George Monroe, ha enviado a la señorita Monroe desde Pekín para apartarla del camino de un pretendiente problemático e indeseable.

La última frase fue añadida en tono quedo y apresurado, pues el señor Hawke entraba en aquel mismo instante en la habitación.

Se trataba de un hombre que rondaba los sesenta años, con pelo cano, afeitado apurado y una cara regordeta y redonda a la que la pequeña nariz otorgaba una expresión algo infantil. Saludó con refinamiento, si bien con algo de confusión y nerviosismo. A Loveday le dio la impresión de ser un hombre relajado y jovial que en aquel momento se hallaba inusualmente alterado y perplejo.

Miró inquieto a Loveday. El señor Dyer se apresuró a explicar que aquella era la dama con cuya ayuda esperaba llegar al fondo de la cuestión que los ocupaba.

—En ese caso, no tendrá objeción en que les enseñe esto —dijo el señor Hawke—; llegó en el correo de esta mañana. Como ven, mi enemigo sigue persiguiéndome.

Mientras hablaba sacó del bolsillo un gran sobre cuadrado, del que extrajo una hoja de papel de gran tamaño.

En la hoja había dibujadas toscamente a tinta dos dagas de unas seis pulgadas de longitud, con filos de lo más puntiagudo.

El señor Dyer observó el bosquejo con interés.

—Comparemos el dibujo y el sobre con los que ya ha recibido antes —dijo, abriendo un cajón del escritorio y sacando, precisamente, un sobre similar. En la hoja de papel que contenía dicho sobre, sin embargo, había solo una daga dibujada.

Colocó ambos sobres y su contenido uno junto a otro, y los comparó en silencio. Después, sin decir palabra, se los tendió a la señorita Brooke, que, tras sacarse una lupa del bolsillo, los sometió a un escrutinio igual de detallado y minucioso.

Ambos sobres contaban exactamente con la misma factura y ambos iban dirigidos a las señas londinenses del señor Hawke, escritas con una letra redonda, como de cuaderno escolar —esa letra tan fácil de escribir y tan difícil de identificar con ningún escritor, por su falta de individualidad—. Cada uno de los sobres lucía un matasellos de Cork y otro de Londres.

Sin embargo, en la hoja de papel que contenía el primer sobre solo había dibujada una daga.

Loveday dejó la lupa sobre la mesa.

—La dirección de los sobres —dijo— la ha escrito sin duda la misma persona, pero las últimas dos dagas no las ha dibujado la misma mano que dibujó la primera. Resulta evidente que la daga número uno la ha dibujado una mano tímida, vacilante y poco artística: miren cómo oscilan las líneas y cómo las han corregido en ciertos puntos. Diría que la persona que ha dibujado las otras dos dagas es más experta; el contorno, aunque irregular, es atrevido y libre. Me gustaría llevarme los dibujos a casa y compararlos de nuevo sin prisas.

—¡Estaba seguro de cuál sería su opinión! —dijo el señor Dyer con satisfacción.

El señor Hawke parecía muy inquieto.

—¡Por todos los santos! —exclamó—. ¡No querrá decir que son dos los enemigos que me persiguen de este modo! ¿Qué quiere decir? ¿Podría ser...? ¿Creen ustedes posible que me las hayan enviado los miembros de alguna sociedad secreta irlandesa, por error, claro, confundién dome con otra persona? No pueden ir dirigidas contra mí; ¡si yo nunca en mi vida me he visto mezclado en agitación política alguna!

El señor Dyer negó con la cabeza.

—Los miembros de sociedades secretas, por lo general, se aseguran bien antes de enviar misivas de este tipo —dijo—. Nunca he oído hablar de que se cometiese un error parecido. Y además no creo que debamos cimentar teorías en el matasellos irlandés; quizá las cartas se echasen al correo en Cork con el único propósito de desviar la atención de otros lugares.

—¿Le importaría contarme lo de la desaparición del collar? —preguntó en aquel momento Loveday, llevando de repente la conversación del tema de las dagas al de

los diamantes.

—Opino —interrumpió el señor Dyer, girándose hacia ella— que el episodio de las dagas dibujadas debería tratarse enteramente aparte y considerarse un asunto independiente de la pérdida del collar. Me inclino a creer que cuando avancemos un poco más en el asunto descubriremos que cada circunstancia pertenece a un grupo de hechos diferentes. Después de todo, es posible que algún insensato con ganas de causar sensación haya enviado las dagas para gastar una broma (más bien tonta, lo admito).

La cara del señor Hawke se iluminó.

—¡Ah! ¿Eso cree? ¿De veras? —exclamó—. ¡Me quitaría un gran peso de encima si, al aclararse, el asunto se redujera a un bromista de mal gusto! Hay mucha gente así vagando por el mundo. Sí, ahora que lo pienso, debe de haber unos cuantos granujas de ese calibre incluso entre los conocidos de mi sobrino Jack, que lleva una buena temporada con nosotros y no es un muchacho tan moderado como yo desearía.

—Unos cuantos granujas de ese calibre entre sus conocidos —repitió Loveday—; eso, ciertamente, presta plausibilidad a la suposición del señor Dyer. Al mismo tiempo, creo que nos vemos obligados a contemplar el otro lado del caso y a admitir la posibilidad de que las dagas las haya enviado con toda intención alguna persona involucrada en el robo, con el propósito de intimidarlo e impedir que se investigue el caso a fondo. Si es así, no importará qué pista sigamos. Si encontramos a quien envía las dagas, daremos con el ladrón con toda seguridad; si nos centramos en descubrir quién es el ladrón, quien haya mandado las dagas no estará muy lejos.

El señor Hawke puso cara larga de nuevo.

—Me hallo en una situación difícil —dijo lentamente—. Supongo que quienquiera que sea hará lo que se puede esperar que haga, a saber, mandar tres dagas en el próximo envío, en cuyo caso podré darme por condenado. No se me había ocurrido antes, pero ahora recuerdo que no recibí la primera daga hasta después de haberle comunicado con gran decisión a la señora Hawke, delante de los criados, mi voluntad de hablar con la policía para que se ocupase del caso. Le dije que me sentía obligado a hacerlo, por consideración a sir George, ya que el collar había desaparecido bajo mi techo.

—¿Se opuso la señora Hawke a que pidiese usted ayuda a la policía? —preguntó Loveday.

—Sí, con la mayor determinación. Apoyaba por completo a la señorita Monroe en su deseo de no emprender acción alguna respecto al asunto. Y, de hecho, no habría acudido al señor Dyer como hice ayer por la noche si mi mujer no hubiese tenido que marcharse repentinamente de casa debido a una seria enfermedad de su hermana. O quizá —se corrigió, esforzándose por darse un poco de autoridad—, habría acudido al señor Dyer con un poco más de retraso. Espero que me entienda bien, señor, no quiero decir que yo sea un cero a la izquierda en mi propia casa.

—Ah, por supuesto, por supuesto —respondió el señor Dyer—. ¿Le explicaron la

señora Hawke o la señorita Monroe la razón por la cual no deseaban que tomase usted cartas en el asunto?

—Si le digo la verdad, diría que me enumeraron un centenar de razones... No las recuerdo todas. Para empezar, la señorita Monroe dijo que aquello quizá implicase tener que comparecer en el juzgado, cosa que no consentiría en hacer; y que ciertamente no consideraba que el collar mereciese el alboroto que yo estaba montando. Ese collar, señor, ha sido valorado en más de novecientas libras y la joven dama lo heredó de su madre.

—¿Y la señora Hawke?

—La señora Hawke apoyó el punto de vista de la señorita Monroe en su presencia. Pero después, en privado, me dio otras razones por las que no deseaba la implicación de la policía. Las muchachas, dijo, siempre cometían descuidos con sus joyas, podía haber perdido el collar en Pekín y no haberlo traído a Inglaterra.

—Ajá —dijo el señor Dyer—. Tengo entendido que ha dicho usted que nadie ha visto el collar desde la llegada de la señorita Monroe a Inglaterra. También me han dicho que fue ella quien descubrió su ausencia, ¿no es así?

—Sí. Cuando sir George me escribió para informarme de la visita de su hija añadió una posdata, diciendo que su hija llevaría el collar consigo y que me estaría muy agradecido si lo depositaba sin dilación en mi banco, de donde podría recogerse si era necesario. Hablé con la señorita Monroe sobre eso dos o tres veces, pero no parecía para nada dispuesta a cumplir los deseos de su padre. Entonces mi mujer dejó el asunto en sus manos (debo decirle que la señora Hawke es una mujer de gran resolución): le dijo sin más a la señorita Monroe que no quería asumir la responsabilidad de tener los diamantes en su casa e insistió para que fuesen trasladados al banco en ese mismo momento. La señorita Monroe subió a su habitación y volvió de inmediato diciendo que su collar había desaparecido. Ella misma, según dijo, lo había colocado en el joyero, y el joyero en el armario, cuando se deshizo su equipaje. El joyero estaba efectivamente en el armario y no daba la impresión de que se hubiese tocado ninguna otra joya, pero el hueco acolchado en el que se había dispuesto el collar estaba vacío. Mi mujer y su doncella subieron de inmediato y registraron hasta el último rincón de la habitación, pero siento decir que todo fue en vano.

—¿He de suponer que la señorita Monroe cuenta con su propia doncella?

—No. La doncella (una anciana nativa) que salió con ella de Pekín había sufrido tantos mareos en la travesía que, cuando llegaron a Malta, la señorita Monroe le permitió bajar a tierra y permanecer allí a cargo de un agente de la compañía Peninsular and Oriental Steam Navigation hasta que un paquebote pudiese llevarla de vuelta a China. Parece que la pobre señora creía que iba a morir y estaba de lo más afligida por no llevar consigo el ataúd. Supongo que sabe el terror que tienen los chinos a ser enterrados en suelo extranjero. Tras su partida, la señorita Monroe contrató a una de las pasajeras de tercera clase para que ocupase el cargo de doncella

durante el resto del viaje.

—¿La señorita Monroe iba a realizar tan largo viaje, desde Pekín, en compañía solo de la anciana nativa?

—No; unos amigos la acompañaron hasta Hong Kong, que era con mucho la parte más dura del viaje. En esta ciudad embarcó en el *Colombo*, acompañada solo por su doncella. Escribí a su padre para decirle que iría a buscarla al muelle de Londres; sin embargo, la joven prefirió desembarcar en Plymouth, desde donde me mandó un telegrama para decirme que llegaría en tren a la estación de Waterloo; podíamos encontrarnos allí, si me parecía bien.

—Da la impresión de ser una dama de carácter independiente. ¿Ha crecido y ha recibido su educación en China?

—Sí; estuvo a cargo de una serie de institutrices francesas y norteamericanas. Tras la muerte de su madre, cuando era poco más que un bebé, sir George fue incapaz de separarse de ella, pues era su única hija.

—Doy por supuesto que usted y el señor George Monroe son viejos amigos.

—Sí, éramos grandes camaradas antes de que se marchase a China (de eso hace ya unos veinte años) y fue de lo más natural que, cuando deseó apartar a su hija del camino del joven Danvers y sus impertinentes atenciones, me la encomendase a mí hasta que él pudiese pedir la pensión de jubilación y establecerse de nuevo en Inglaterra.

—¿Cuál era la principal objeción a las atenciones del señor Danvers?

—Bueno, no es más que un muchacho de veintiún años y además no tiene dinero. Su padre lo mandó a Pekín a estudiar la lengua con objeto de obtener un empleo en la aduana, y bien podrían transcurrir una docena de años antes de que estuviese en situación de mantener a una esposa. Sin embargo, la señorita Monroe es heredera (la gran fortuna de su madre pasará a sus manos cuando sea mayor de edad) y sir George, como es natural, desearía para ella una buena boda.

—Supongo que la señorita Monroe vino a Inglaterra a regañadientes.

—Eso imagino. No cabe duda de que debió de ser un duro golpe para ella abandonar su hogar y sus amigos de forma tan repentina para venir con nosotros, unos completos extraños. Es muy callada, muy tímida y reservada. No va a ningún sitio, no ve a nadie. Cuando unos viejos amigos de su padre, conocidos de China, llamaron para verla el otro día, pretextó de inmediato que le dolía la cabeza y se fue a la cama. Creo que, en conjunto, se lleva mejor con mi sobrino que con ninguna otra persona.

—¿Me haría el favor de decirme de cuántas personas se compone su hogar?

—En este momento somos uno más de lo normal, porque mi sobrino Jack, que forma parte del regimiento de la India, está aquí y se hospeda en nuestra casa. Por regla general, en el hogar vivimos mi mujer y yo, el mayordomo, la cocinera, la criada y la doncella de mi mujer, que en este momento hace doblete como doncella de la señorita Monroe.

El señor Dyer miró el reloj.

—Tengo un compromiso importante dentro de diez minutos —dijo—, así que dejaré que usted y la señorita Brooke arreglen los detalles de cómo y cuándo empieza a trabajar en su casa, pues, por supuesto, en un caso así lo primero que debemos hacer es concentrar la atención dentro de sus cuatro paredes.

—Cuanto menos tardemos mejor —dijo Loveday—. Me encantaría hincarle el diente al misterio cuanto antes, esta misma tarde.

El señor Hawke se quedó un momento pensativo.

—De acuerdo con la situación actual —explicó, tras una breve vacilación—, la señora Hawke regresará el viernes, es decir, pasado mañana, así que solo puedo pedirle que se quede en casa hasta la mañana de ese día. Como comprenderán, quizá fuese... esto, un poco violento...

—Oh, por supuesto —interrumpió Loveday—. En realidad no veo razón alguna para que yo pase la noche en la casa. ¿Qué tal si asumo el papel de una decoradora empleada en una empresa del West End, que me envía para echarle un vistazo a la casa y dar consejos sobre su redecoración? Lo único que tendría que hacer sería ir por las habitaciones con la cabeza inclinada y un lápiz y una libreta en la mano. No sería una molestia para nadie, su vida familiar seguiría su curso ordinario y podría trabajar tanto o tan poco como la necesidad dictase.

El señor Hawke no opuso ninguna objeción. Sin embargo, hizo una petición al levantarse para marcharse, y la hizo con cierto nerviosismo.

—Si por casualidad llegase un telegrama de la señora Hawke anunciando su regreso en un tren anterior, supongo... en fin, espero, quiero decir, que presentará usted alguna excusa y no... no me pondrá en apuros, quiero decir.

Loveday respondió con una evasiva, diciendo que confiaba en que no llegaría tal telegrama, pero que, en cualquier caso, el señor Hawke podía confiar en su discreción.

El reloj de una iglesia vecina daba las cuatro cuando Loveday levantó el anticuado llamador de latón de la casa del señor Hawke, en Tavistock Square. Un viejo mayordomo la hizo pasar al salón de la primera planta. Una simple mirada alrededor bastó para convencer a Loveday de que si su papel fuera real en lugar de fingido, tendría campo de sobra para desplegar sus talentos. A pesar de que la casa estaba en todos los aspectos cómodamente amueblada, llevaba la inequívoca impronta de los primeros días de la época victoriana, en los que la estética del espacio no se consideraba una necesidad para la existencia; la gente que rebasaba la mediana edad mostraba cada vez más indiferencia hacia lo accesorio de la vida y a menudo se despreocupaba de borrar dicha impronta.

«Es evidente que aquí la vida juvenil es una excrescencia, no parte del hogar; si apareciera una tropa de hijas en este salón, las cosas cambiarían en un santiamén», pensó Loveday, palpando el desvaído papel pintado color blanco y dorado, las sillas cubiertas de lirios y rosas hechos de punto de cruz, y las baratijas pasadas de moda



que infestaban las mesas y la repisa de la chimenea.

Una cortina amarilla de damasco separaba con festones el fondo del salón de la parte frontal, donde ella estaba sentada. Desde el otro lado de la cortina le llegaron las voces de un hombre y de una muchacha.

—Corte de nuevo la baraja, por favor —dijo la voz masculina—. Gracias. Aquí está: la reina de corazones, rodeada de diamantes, dándole la espalda al *valet*. Señorita Monroe, lo mejor que le puede pasar es que la predicción se haga realidad. Dele la espalda al hombre que la dejó marchar sin decir una palabra y...

—¡Chis! —interrumpió la muchacha con una risita—: He oído que se abría la puerta de la habitación contigua. Estoy segura de que ha entrado alguien.

La risa de la muchacha le pareció a Loveday completamente desprovista del eco de dolor que podría esperarse que tuviera, dadas las circunstancias.

En aquel momento entró el señor Hawke en la habitación, y casi al mismo tiempo los dos jóvenes llegaron del otro lado de la cortina amarilla y cruzaron la habitación en dirección a la puerta.

Loveday les echó una mirada conforme pasaban.

El joven —evidentemente «mi sobrino, Jack»— era un muchacho apuesto, con ojos y pelo oscuro. La muchacha era menuda, frágil y bonita. Resultaba obvio que se sentía menos cómoda con el tío de Jack que con él, pues sus modales cambiaron para llenarse de formalidad y reserva conforme se iba acercando al señor Hawke.

—Vamos abajo a jugar una partida de billar —informó Jack dirigiéndose a su tío, mientras echaba una mirada de curiosidad a Loveday.

—Jack —dijo el viejo caballero—, ¿qué dirías si supieses que vamos a redecorar la casa de cabo a rabo y que esta dama ha venido a aconsejarnos al respecto?

Aquello era lo más parecido a un embuste que podía escapar de la boca del señor Hawke.

—Bueno —respondió Jack con premura—, diría que ya es hora. Y poco más.

Después los dos jóvenes se alejaron juntos.

Loveday se puso manos a la obra.

—Comenzaré mi supervisión por la parte superior de la casa, y de inmediato, si le parece bien —dijo—. ¿Sería tan amable de pedirle a una de las doncellas que me enseñase los dormitorios? Si es posible, que sea la doncella que atiende a la señorita Monroe y a la señora Hawke.

La doncella que apareció tras la llamada del señor Hawke se hallaba en perfecta armonía con el aspecto general de la casa. Además de ser una anciana marchita, lucía una expresión considerablemente avinagrada y se comportaba como si pensase que el señor Hawke se había tomado una gran libertad al solicitar de ese modo su presencia.

En medio de un digno silencio le enseñó a Loveday la planta superior, donde se hallaban los aposentos de los criados, y observó con una mueca algo altanera que Loveday realizaba varias anotaciones en su libreta.

También en medio de un digno silencio la condujo a la segunda planta, donde se

encontraban los dormitorios principales de la casa.

—Este es el aposento de la señorita Monroe —dijo, abriendo la puerta de una de las alcobas al tiempo que cerraba las mandíbulas con un chasquido, como si no fuera a abrirlas nunca jamás de nuevo.

El dormitorio en el que entró Loveday contaba, como el resto de la casa, con un mobiliario típico del primer periodo victoriano. El dosel tenía unas colgaduras de tapizado rosa de rayas, el tocador estaba tan cubierto de muselina y tarlatana que era casi imposible reconocerlo como tal. Sin embargo, lo que llamó la atención de Loveday fue la tremenda pulcritud que reinaba en el aposento, una pulcritud tan austera y estricta respecto a la comodidad y la conveniencia que parecía desvelar la mano de una doncella de primera clase. Todo lo que había en la habitación estaba colocado al milímetro, por así decir, y sin embargo todo lo que una dama podía requerir para vestirse quedaba a mano. El peinador que yacía sobre el respaldo de una silla tenía el escabel y las chinelas al lado. Frente al tocador estaba la silla y a su derecha, sobre una mesita japonesa, se hallaban la caja de las horquillas, el peine, el cepillo y el espejo de mano.

—Será preciso invertir dinero en esta habitación —dijo Loveday, dejando que sus ojos críticos se paseasen en todas direcciones—. Solo unas celosías podrán rebajar la rigidez de esas esquinas. Pero ¡menuda doncella debe de tener la señorita Monroe! Nunca antes he visto una habitación tan ordenada y, al mismo tiempo, tan cómoda.

Se trataba de una incitación tan directa a la conversación que la doncella de rostro desabrido se vio obligada a despegar los labios.

—De momento soy yo quien atiende a la señorita Monroe —dijo en tono cortante—; pero la verdad es que apenas necesita a una doncella. Nunca antes en mi vida había servido a una dama tan joven.

—¿Quiere usted decir que realiza por sí misma la mayor parte de las tareas, que declina su ayuda?

—Quiero decir que no se parece a nadie con quien yo haya tratado antes. —Esta réplica fue pronunciada en un tono aún más cortante que la anterior—. No solo no admite ayuda al vestirse, sino que arregla todos los días su habitación antes de abandonarla, hasta el punto de colocar la silla frente al espejo.

—Y de dejar la tapa de la caja de las horquillas abierta, para tenerlas siempre a mano —añadió Loveday, inclinándose un instante sobre la mesita japonesa con los accesorios de aseo.

Loveday concedió cinco minutos más a la inspección de la alcoba. Después, para sorpresa de la digna doncella, anunció su intención de completar la inspección de las alcobas en otro momento; dicho esto, se despidió de la doncella en la puerta del salón y le pidió que avisase al señor Hawke de que deseaba verlo antes de marcharse.

El señor Hawke hizo su aparición de inmediato, con un aspecto muy alterado y un telegrama en la mano.

—Es de mi esposa: dice que regresa esta noche. Llegará a la estación de Waterloo

dentro de una hora y media aproximadamente —informó enarbolando el sobre marrón—. ¿Qué vamos a hacer, señorita Brooke? Ya le conté lo mucho que se oponía la señora Hawke a que se investigase este asunto, y con lo, ejem, firme que se pone cuando dice algo... y... y...

—No tenga el menor cuidado —interrumpió Loveday—; ya he indagado cuanto quería entre estas cuatro paredes, y el resto de mi investigación puede desarrollarse perfectamente desde Lynch Court o desde mis propias habitaciones.

—¿Que ya ha indagado cuanto quería? —repitió el señor Hawke asombrado—. ¡Pero si no ha pasado ni una hora en la casa! ¿Pretende decirme que ha averiguado algo sobre el collar o las dagas?

—No me haga preguntas todavía; en lugar de eso, quiero que responda usted a una o dos mías. ¿Puede decirme algo sobre la correspondencia que la señorita Monroe ha escrito o recibido desde que llegó a su casa?

—Sí, por supuesto; sir George me dio instrucciones de lo más severas al respecto y me suplicó que la tuviese bajo estricta vigilancia, para cortar de raíz cualquier intento de comunicarse con Danvers. No obstante, hasta el momento no parece haber realizado dicho intento. Por lo que se refiere a su correspondencia, es la franqueza en persona. Nos ha enseñado a mí o a mi esposa todas y cada una de las cartas que han llegado dirigidas a ella, y todas las enviaban viejos amigos de su padre que deseaban conocerla ahora que se halla en Inglaterra. En cuanto a escribir cartas, lamento decir que presenta una marcada y particular aversión al respecto. Ninguna de las cartas que ha recibido, según me ha dicho mi esposa, ha tenido respuesta. Desde que llegó a la casa no se la ha visto ni una vez con una pluma en la mano. Y si escribiese a hurtadillas, no veo cómo echaría las cartas al correo: nunca traspasa la puerta ella sola y no tiene oportunidad de dárselas a ninguno de los criados para que las lleve, a excepción de la doncella de la señora Hawke, que está fuera de toda sospecha en un asunto así. Se la ha advertido debidamente y, además, no es el tipo de persona que ayudaría a una joven a mantener correspondencia clandestina.

—¡Ya me imagino que no! Supongo que la señorita Monroe estaba presente en la mesa del desayuno cada vez que ha recibido usted las dagas por correo. Si no me equivoco, me dijo usted que llegaban con el primer correo de la mañana.

—Sí; la señorita Monroe es muy puntual con la hora de las comidas y siempre ha estado presente. Naturalmente, al recibir tan desagradables misivas, dejé escapar alguna exclamación y después tendí el papel para que lo inspeccionaran en la mesa. La señorita Monroe mostró la más viva preocupación por saber quién podría ser mi enemigo secreto.

—Sin duda. Bien, señor Hawke, tengo que hacerle una petición muy especial, y espero que la lleve a cabo al pie de la letra.

—Puede estar segura de que así lo haré.

—Gracias. Si mañana mismo, en el correo, recibiese usted uno de esos grandes sobres que ya le resultan familiares y comprobase usted que contiene tres, no dos,

dagas dibujadas...

—¡Por todos los santos! ¿Qué le hace pensar tal cosa? —exclamó el señor Hawke, con gran turbación—. ¿Por qué he de ser perseguido de este modo? ¿Es que debo dar por hecho que soy un hombre condenado?

Comenzó a pasear de un extremo a otro de la sala con gran desasosiego.

—Yo en su lugar no me preocuparía tanto —respondió Loveday con calma—. Por favor, déjeme terminar. Quiero que abra el sobre grande que quizá reciba en el correo de la mañana, al igual que ha abierto usted los demás, a la vista de su familia, en la mesa del desayuno, y que haga circular el dibujo que contenga para que lo inspeccionen su esposa, su sobrino y la señorita Monroe. ¿Me promete que lo hará?

—¡Por supuesto! Lo más probable es que lo hubiese hecho sin necesidad de prometer nada. Pero... Pero estoy seguro de que comprenderá que me hallo en una situación muy difícil, y le estaría de lo más agradecido si me dijese... En fin, si me hiciese el favor de darme una explicación detallada.

Loveday miró su reloj.

—Yo diría que la señora Hawke está llegando en este preciso momento a la estación de Waterloo; estoy segura de que usted se alegrará de que yo desaparezca de su vista. Por favor, acuda a mi residencia, en Gower Street, mañana a las doce. Tenga mi tarjeta. Espero poder ofrecerle para entonces una explicación más detallada. Adiós.

El anciano caballero la acompañó escaleras abajo y, tras estrecharle la mano con cortesía en la puerta, volvió a preguntarle, con el mayor énfasis, si ella no consideraba la situación «de lo más desagradable».

Esas últimas palabras al despedirse serían las primeras con las que la saludaría a la mañana siguiente, cuando hizo su aparición en su residencia de Gower Street. Sin embargo, las repitió con una agitación notable.

—¿Se habrá hallado alguna vez hombre alguno en posición más desgraciada? —exclamó, tomando asiento en la silla que Loveday le indicó—. No solo he recibido las tres dagas de las que me avisó usted, sino que tengo una preocupación adicional para la cual no me hallaba en absoluto preparado. Esta mañana, justo después del desayuno, la señorita Monroe salió de casa completamente sola y nadie sabe su paradero. Y la joven nunca ha pisado la calle sola. Parece que los criados la vieron marcharse, pero no creyeron necesario avisarnos ni a mí ni a la señora Hawke, pensando que tendríamos conocimiento del hecho.

—Así que la señora Hawke ha vuelto —dijo Loveday—. Bueno, supongo que le sorprenderá saber que la joven que ha abandonado su hogar con tan poca ceremonia se halla en el preciso instante en que hablamos en el hotel Charing Cross, donde habrá alquilado una habitación con su verdadero nombre, señorita Mary O'Grady.

—¿Eh? ¿Cómo? ¿Una habitación? ¿Verdadero nombre, O'Grady? ¡No quepo en mí de asombro!

—Es sin duda asombroso; permítame que se lo explique. La joven a la que recibí

usted en su hogar como hija de su viejo amigo era en realidad la persona a la que contrató la señorita Monroe para desempeñar el cargo de doncella a bordo del barco después de que su acompañante nativa desembarcase en Malta. Su verdadero nombre, como ya le he dicho, es Mary O'Grady, y ha demostrado ser una valiosa colaboradora para la señorita Monroe, pues la ha ayudado a llevar a cabo un plan que debió de pergeñar con su enamorado, el señor Danvers, antes de abandonar Pekín.

—¿Eh? ¿Cómo? —exclamó de nuevo el señor Hawke—. ¿Cómo sabe usted todo eso? Cuénteme toda la historia.

—Primero le contaré toda la historia y después aclararé cómo llegó a mi conocimiento. A la vista de los acontecimientos, me parece que la señorita Monroe debió de acordar con el señor Danvers que él se marcharía de Pekín a los diez días de la partida de la señorita, viajaría siguiendo la misma ruta y desembarcaría en Plymouth, donde recibiría una nota en la que la señorita Monroe le desvelaría su paradero. En cuanto subió al barco, la señorita Monroe se puso manos a la obra con gran energía; da la impresión de que se enfrentó a todos los escollos que se alzaban en su camino y salió victoriosa. El paso número uno era librarse de la doncella nativa, que podía ocasionar problemas si se mostraba fiel a los intereses de su señor. No me cabe ninguna duda de que la pobre mujer fue víctima de un terrible mal de mar, pues era su primer viaje, como tampoco me cabe duda alguna de que la señorita Monroe alimentó sus miedos y la convenció de desembarcar en Malta para volver a China con el siguiente paquebote. El paso número dos era encontrar a la persona adecuada, dispuesta, a cambio de una recompensa, a hacerse pasar por la heredera pequinesa en el hogar de los amigos ingleses, mientras la dama propiamente dicha arreglaba sus asuntos personales a su gusto. Pronto halló a la persona idónea entre los pasajeros de tercera del *Colombo*: la señorita Mary O'Grady, que había embarcado con su madre en Ceilán y quien, a juzgar por el vistazo que le eché, debía de llevar muchos años ausente de su tierra natal. Ya sabe usted con qué astucia ha desempeñado su papel en su hogar; cómo, sin llamar la atención al respecto, les ha dado la espalda a las viejas amistades de su padre en China, que podrían arrastrarla a conversaciones incómodas; cómo ha evitado el uso de la pluma y aún más de la tinta...

—Sí, sí —interrumpió el señor Hawke—; pero, mi querida señorita Brooke, ¿no sería mejor que fuésemos de inmediato al hotel Charing Cross a recabar de ella toda la información que nos pueda dar sobre la señorita Monroe y sus movimientos? Podría huir, ¿comprende?

—No creo que lo haga. Está esperando pacientemente la respuesta a un telegrama que mandó hace más de dos horas a su madre, la señora O'Grady, al 14 de Woburn Place, en Cork.

—¡Cáspita! ¡Cáspita! ¿Cómo es posible que sepa usted todo eso?

—Bueno, este último detalle es simplemente resultado de la astucia del hombre a quien he asignado la tarea de vigilar hoy los movimientos de la dama. Le aseguro que ha habido otros detalles infinitamente más difíciles de averiguar. Creo que tengo que

darles las gracias a las «dagas dibujadas» que le causan a usted tanto trastorno por haberme llevado por el buen camino desde el primer momento.

—Ajá —dijo el señor Hawke, exhalando un largo suspiro—; y a propósito de las dagas, estoy seguro de que podrá usted tranquilizarme al respecto.

—Espero que sí. ¿Le sorprendería demasiado saber que fui yo quien le envió las tres dagas esta mañana?

—¡Usted! ¿Será posible?

—Sí, fui yo quien las envió, y por una razón que le explicaré de inmediato. Pero déjeme empezar por el principio. Esos dibujos tan toscos que a usted le sugerían terribles imágenes de violencia y sangre ofrecían a mi mente una explicación más pacífica y común. A mí me hacían pensar más en la heráldica que en las armas, en la cruz fijada del escudo del caballero más que en la daga con la que los miembros de las sociedades secretas deben someter a los hermanos díscolos. Si vuelve a mirar los dibujos, quizá advierta a qué me refiero.

En ese momento Loveday sacó del escritorio las misivas que tanto habían perturbado la paz del señor Hawke.

—Para empezar, la longitud del filo de una daga en la vida normal ocupa, por lo general, dos tercios del arma, como mínimo; en el dibujo, lo que recibiría el nombre de filo no es mayor que la empuñadura. En segundo lugar, observe que falta la guarnición de la mano. En tercer lugar, permítame que llame su atención sobre la forma cuadrada de lo que usted tomó por empuñadura y que, a mis ojos, sugería ser la parte superior de una cruz de Jerusalén. Ninguna mano podría ceñirse a la empuñadura que vemos en el dibujo. Cuando se marchó usted ayer me dirigí al Museo Británico y allí consulté varios valiosos volúmenes de heráldica, cosa que me ha hecho buen servicio en más de una ocasión. Di con la confirmación a mis suposiciones de la manera más sorprendente. Entre las ilustraciones de las diversas cruces de los escudos de armas, encontré una que Henri D'Anvers sacó de su escudo heráldico para colocarla en su casco cuando se unió a los cruzados bajo el mando de Eduardo I y que desde entonces luce como escudo la familia Danvers. Esta información revestía para mí gran importancia. Alguien le había enviado desde Cork, en dos ocasiones, el escudo de la familia Danvers; resultaba difícil averiguar con qué propósito, a no ser que fuese algún tipo de comunicación con alguien de su hogar. Dicha idea me convenció por completo, así que me marché del museo y acudí a las oficinas de la compañía Peninsular and Oriental Steam Navigation para pedir que me entregasen la lista de pasajeros que habían llegado en el *Colombo*. Me encontré con que la lista era inusualmente pequeña; supongo que la gente evita en la medida de lo posible cruzar el golfo de Vizcaya durante los equinoccios. Los únicos pasajeros que desembarcaron en Plymouth, además de la señorita Monroe, eran la señora y la señorita O'Grady, pasajeras de tercera clase que habían embarcado en Ceilán para volver a casa desde Australia. Su nombre, junto con su desembarco en Plymouth, sugerían la posibilidad de que Cork pudiese ser su destino final. A continuación pedí

que me mostrasen la lista de los pasajeros que llegaron en el paquebote siguiente al *Colombo*; al empleado que me atendió le dije que estaba esperando la llegada de un amigo. Lo encontré rápidamente en esa segunda lista de llegadas: William Wentworth Danvers.

—¡No! ¡Qué descaro! ¡Qué atrevimiento! ¡Con su nombre verdadero!

—Bueno, como comprenderá, para él era fácil inventar un pretexto plausible para abandonar Pekín: la muerte de un pariente, la enfermedad de un padre o una madre. Y por mucho que a sir George le disgustase la idea de que el joven viajase a Inglaterra transcurrido tan poco tiempo de la partida de su hija, y aunque podría haberlo avisado a usted en el siguiente correo, no podía evitar de ningún modo que lo hiciera. El joven, al igual que la señorita Monroe y las O'Grady, también desembarcó en Plymouth. Hasta ahí había llegado mi investigación cuando acudí a su casa ayer por la tarde. Por suerte, mientras esperaba unos minutos en el salón, me llegó otra información importante. Llegó a mis oídos un fragmento de conversación entre su sobrino y la supuesta señorita Monroe, y una de las palabras que pronunció la joven me convenció de su nacionalidad. Dicha palabra fue el monosílabo «¡Chis!».

—¿De veras? ¡Me sorprende!

—¿Nunca ha notado la diferencia entre el «chis» de un inglés y el de un irlandés? El inglés lo terminará con una «s» que tiende a la aspiración, el irlandés con una clarísima liquidez. Esa «s» es una marca de nacionalidad que un irlandés nunca pierde. Hay otros rasgos de su acento que puede disimular, pero nunca la liquidez de sus «s». Y la pronunciación de la señorita O'Grady poseía una «s» que solo una hibernesa podría articular.

—¿Y eso la llevó a la conclusión de que Mary O'Grady estaba haciéndose pasar por la señorita Monroe en mi hogar?

—No de inmediato. Levantó mis sospechas, eso sí; y cuando subí a sus aposentos, en compañía de la doncella de la señora Hawke, dichas sospechas se confirmaron. La pulcritud de la alcoba llamaba la atención. Está la pulcritud de una dama al arreglar su alcoba y la pulcritud de una doncella, y ambas, créame, son completamente diferentes. Una dama que no tiene doncella y posee el don de la pulcritud apartará las cosas cuando termine de usarlas, para que reine una impresión de cuidado en el aposento. Pero no creo ni por un momento que se le ocurra colocar las cosas de modo que estén listas para usarlas la próxima vez que se vista en la habitación. Eso es lo que una doncella haría de modo mecánico, acostumbrada a colocar la habitación para uso de su señora. El cuidado de la alcoba de la señorita Monroe era el de una doncella, no el de una dama, y la doncella de la señora Hawke me aseguró que era una pulcritud que provenía de sus propias manos. Allí de pie, mirando aquella habitación, el conjunto de la conspiración (si es que puede llamarse así) comenzó a encajar y se me desveló. Las posibilidades se convirtieron en probabilidades, y dichas probabilidades, una vez admitidas, trajeron consigo otras conjeturas. Suponiendo que la señorita Monroe y Mary O'Grady se hubiesen puesto de acuerdo en intercambiar

papeles, la heredera de Pekín ocuparía el lugar de Mary O'Grady en el humilde hogar de Cork, pero ¿qué sistema de comunicación habían acordado entre ellas? ¿Cómo iba a saber Mary O'Grady cuándo podría abandonar su papel y regresar a casa de su madre? No cabía duda de que dicha comunicación era necesaria; las dificultades de llevarla a cabo debían de resultar obvias para las dos muchachas. Creo que debemos admitir que estas jóvenes dieron con un modo muy inteligente de enfrentarse a las dificultades. Si recibía usted una misiva anónima y sorprendente, se mencionaría en la casa sin lugar a dudas, y de ese modo podía establecerse un código de señales entre ellas que las dejaría libres de sospecha. Para dicha comunicación, el escudo de Danvers fue una sugerencia de lo más natural, pues seguramente aparecía varias veces en las cartas del enamorado de la señorita Monroe. Al reconsiderar todo aquello, se me ocurrió que posiblemente la primera daga (o cruz) se envió para notificar que la señorita Monroe y la señora O'Grady habían llegado sanas y salvas a Cork. Las dos dagas o cruces que recibió a continuación se enviaron el día de la llegada a Plymouth del señor Danvers, y diría que fueron trazadas por su mano. Así pues, entraba dentro de lo posible que el matrimonio de la señorita Monroe con el joven, y la subsiguiente liberación de Mary O'Grady de la carga que suponía el papel desempeñado, pudiesen notificarse enviándole a usted tres cruces o dagas. En cuanto se me ocurrió dicha idea, decidí actuar, adelantando el envío de la última comunicación para observar las consecuencias. Así pues, tras abandonar ayer su casa, hice un dibujo de tres dagas o cruces lo más similares posible a las que ya había recibido y se las envié, de modo que le llegasen con el primer correo. Ordené a uno de nuestros empleados de Lynch Court que vigilase su casa y le di instrucciones precisas de seguir y consignar cada uno de los movimientos de la señorita O'Grady durante el día. Pronto se fue cumpliendo lo que yo había anticipado. Alrededor de las nueve y media de esta mañana el empleado mandó un telegrama para mí desde su casa al hotel Charing Cross; además, supe que la señorita O'Grady había enviado entretanto un telegrama dirigido a la señora O'Grady, de Woburn Place, en Cork, según oyó nuestro agente (posiblemente siguiendo al criado que desde el hotel lo llevó a la oficina de correos). Desde que recibí dicha información, por los hilos de Cork corre un impresionante trasiego de telegramas de un lado a otro.

—¡Un trasiego de telegramas! No la comprendo.

—Le explico. En cuanto tuve en mi conocimiento la dirección de la señora O'Grady le envié un telegrama, en nombre de su hija, pidiéndole que mandase la respuesta al 1154 de Gower Street, no al hotel Charing Cross. Alrededor de tres cuartos de hora más tarde recibí a modo de respuesta este telegrama, que estoy segura de que leerá usted con interés.

Loveday le tendió un telegrama (uno de los muchos que había sobre su escritorio) al señor Hawke, quien lo abrió y leyó en voz alta lo siguiente:

—«Asombrada. ¿Por qué tanta prisa? La boda se celebró esta mañana. Recibirás la señal pasado mañana, como convenimos. Mejor vuelve a pasar la noche a



Tavistock Square».

—La boda se celebró esta mañana —repitió el señor Hawke mecánicamente—. ¡Pobre amigo mío! ¡Se le romperá el corazón!

—Ahora que está hecho, esperemos que ponga al mal tiempo buena cara —dijo Loveday, y continuó—: En respuesta a dicho telegrama, envié otro preguntando por los movimientos de la novia y del novio, y esta fue la respuesta.

Leyó lo siguiente:

—«Estarán en Plymouth mañana por la noche, en el hotel Charing Cross, y el día siguiente, como convinimos». Así pues, señor Hawke —añadió—, si desea usted ver a la hija de su amigo y decirle lo que piensa del papel que ha representado, lo único que tendrá que hacer será vigilar las llegadas de los trenes de Plymouth.

—La señorita O'Grady desea ver a una dama y un caballero —dijo una doncella que entró en ese preciso momento.

—¡La señorita O'Grady! —repitió el señor Hawke atónito.

—Ajá, le mandé un telegrama justo antes de que llegase usted para que viniera aquí a encontrarse con una dama y un caballero; y ella, sin duda con la idea de que se encontraría aquí con los recién casados, no ha tardado nada en responder a mi petición. Haga entrar a la dama.

—Qué complicado es todo, qué confuso —dijo el señor Hawke, apoyándose en el respaldo de la silla—. Apenas me cabe en la cabeza.

Su confusión, no obstante, no era nada comparada con la de la señorita O'Grady al entrar en la habitación y darse de bruces con su antiguo guardián, en lugar de con los radiantes recién casados con los que esperaba encontrarse.

Se quedó en silencio en mitad de la sala; era la viva imagen del asombro y la turbación.

El señor Hawke también parecía haber perdido el habla, así que Loveday tomó la iniciativa.

—Por favor, siéntese —dijo, alcanzándole una silla a la muchacha—. El señor Hawke y yo la hemos mandado buscar con el fin de hacerle unas cuantas preguntas. Sin embargo, antes de formularlas, permítame decirle que toda la conspiración que urdió con la señorita Monroe ha salido a la luz y que lo mejor que puede hacer, si quiere que su participación en ella sea tratada con clemencia, es responder a nuestras preguntas del modo más completo y sincero posible.

La muchacha prorrumpió en llanto.

—Todo es culpa de la señorita Monroe, de principio a fin —sollozó—. Madre no quería que lo hiciésemos, y yo tampoco... Eso de meterse en casa de un caballero y fingir ser quien no soy. Y no queríamos sus cien libras...

Llegada a este punto, los sollozos le cortaron el habla.

—Ajá —dijo Loveday con desdén—. Conque iba a recibir cien libras por participar en el fraude, ¿eh?

—No queríamos aceptarlas —dijo la muchacha, en medio de histéricos estallidos

de llanto—; pero la señorita Monroe dijo que si no la ayudábamos nosotros, lo haría otra persona, y por eso al final...

—Creo —la interrumpió Loveday— que puede decirnos muy poco que no sepamos ya sobre lo que accedió a hacer. Lo que queremos que nos cuente es qué ha sido del collar de diamantes de la señorita Monroe. ¿Quién lo tiene ahora?

La muchacha redobló los sollozos y las lágrimas.

—Yo no he tenido nada que ver con el collar; nunca ha estado en mi poder —sollozó—. La señorita Monroe se lo dio al señor Danvers dos o tres meses antes de abandonar Pekín, y él se lo envió a un conocido suyo de Hong Kong, vendedor de diamantes, que le dio dinero por él. Decastro, así se llamaba; eso dijo la señorita Monroe.

—Decastro, vendedor de diamantes en Hong Kong. Yo diría que son datos suficientes —dijo Loveday, registrándolo en una libreta—. Y supongo que el señor Danvers se quedó parte de ese dinero para su propio uso y los gastos del viaje, y le entregó lo restante a la señorita Monroe para que pudiese sobornar a criaturas como usted y su madre, con objeto de llevar a cabo un fraude que dará con los huesos de ambas en la cárcel.

La cara de la muchacha adquirió una lividez mortal.

—¡No, por favor, no lo hagan! ¡No nos manden a prisión! —imploró, juntando las manos—. Aún no hemos tocado ni un penique del dinero de la señorita Monroe, y no lo haremos, pero ¡déjenos libres! ¡Se lo ruego, se lo ruego, muestren piedad!

Loveday miró al señor Hawke, quien se levantó de la silla.

—Creo que lo mejor que puede hacer —dijo— es volver a casa con su madre, en Cork, lo más rápido posible, y aconsejarle que no vuelva a participar en ningún jueguito tan arriesgado nunca más. ¿Lleva algo de dinero en la cartera? ¿No? Bueno, aquí tiene, y no pierda tiempo en volver a casa. Lo mejor será que la señorita Monroe, la señora Danvers, quiero decir, acuda a mi casa a reclamar sus efectos personales. En cualquier caso, allí estarán hasta que lo haga.

Cuando la muchacha, entre expresiones incoherentes de gratitud, se marchó de la sala, el señor Hawke se giró hacia Loveday.

—Me gustaría haber consultado a la señora Hawke antes de arreglar las cosas de este modo —dijo, algo vacilante—; pero no veo qué podría haber hecho de otra manera.

—Estoy segura de que la señora Hawke aprobará lo que ha hecho cuando conozca todas las circunstancias del caso —alegó Loveday.

—Y —añadió el antiguo clérigo—, cuando escriba a sir George, como, por supuesto, debo hacer de inmediato, le aconsejaré que, ahora que la cosa está hecha, ponga al mal tiempo buena cara. Si no hay remedio, ¿para qué preocuparse? ¿No es así, señorita Brooke? Y además, ¡mire! ¡De buena se ha librado mi sobrino!

## MARY E. WILKINS

### (1852–1930)

Mary E. Wilkins fue una autora popular y respetada en su tiempo, que también publicó con su nombre de casada, Mary Wilkins Freeman. Un libro de 1903, *Women Authors of Our Day in Their Homes*, la describe como «la creadora más delicada y perceptiva de personajes rurales de Nueva Inglaterra que ha escrito en esta generación». Si bien dicho elogio puede pecar de relamido, Mark Twain también proclamaba su admiración por Wilkins y fue la primera en recibir la medalla William Dean Howells, distintivo que concede la American Academy of Arts and Letters a novelistas. Naturalmente, los críticos masculinos la ningunearon por escribir sobre el hogar y la familia y no sobre hazañas masculinas como la guerra y la política.

Wilkins empezó a escribir desde temprana edad. Cuando era aún adolescente, comenzó a publicar poemas e historias para niños; algunos de sus libros posteriores fueron *Pembroke* y *Jerome, a Poor Man*. Escribía al tiempo que trabajaba como secretaria personal del escritor y reformista médico Oliver Wendell Holmes padre. Los aficionados a las historias de fantasmas recordarán a Wilkins por su antología de 1903, *The Wind in the Rosebush and Other Stories of the Supernatural*, que incluía clásicos del gótico norteamericano como «The Lost Ghost» y «Luella Miller», este último un magnífico cuento de vampiros psíquicos. Cabe destacar que nació en Halloween y manifestó durante toda su vida gran interés por los espíritus y los fantasmas. Perdió a sus padres y a una hermana cuando era muy joven, y por sus escritos rondan muchos niños abandonados y maltratados. Sobrevivió al rígido código de una infancia congregacionista; sin embargo, a pesar de ingresar en el Mount Holyoke College, acabaría recluida en el West Brattleboro Seminary, más conservador.

«El brazo largo» hizo su primera aparición en el número de agosto de 1895 de la revista *Chapman's Magazine of Fiction* y dio título a una antología que publicaría ese mismo año la editorial británica Chapman and Hall, esta vez en la colección Chapman's Story Series: *The Long Arm and Other Detective Stories*, que incluía también uno de los escasos cuentos del educador y estudioso estadounidense Brander Matthews. Sarah Fairbanks, la protagonista de «El brazo largo», no es detective profesional y no aparece en ninguna otra historia, a pesar de que cuenta con los recursos necesarios como para hacer carrera en el oficio. Un detective masculino se une a Fairbanks, pero no disminuye sus contribuciones a la investigación, que conducen a una confesión bien detallada del asesino.



# El brazo largo

(1895)

## I

### La tragedia

*(A partir de las notas escritas por la señorita Sarah Fairbanks inmediatamente después del veredicto del gran jurado.)*

En el momento de sacar la pluma para escribir, me da la sensación de estar en el estrado. ¿Testificando a mi favor o en mi contra? No tomaré de forma voluntaria el lugar del criminal en el banquillo. No me declararé inocente ni culpable. Presentaré los hechos del caso con la misma imparcialidad y sangre fría que si no tuviesen nada que ver conmigo. Dejaré que quienes lean esto me juzguen como deseen.

Me veo obligada a hacerlo, pues estoy condenada a algo infinitamente peor que la prisión de por vida o el patíbulo. Seré yo quien me juzgue a mí misma en lugar del juez y del jurado; les probaré a todos ustedes mi culpa o mi inocencia, si eso está en manos de un mortal. Es tal mi desesperación que me veo tentada a decir que no me importa cuál de las dos sea, con tal de que se pruebe algo. Una condena abierta no me resultaría tan abrumadora como la sospecha universal.

En primer lugar, como he oído que es costumbre hacer en los tribunales, presentaré el caso. Soy Sarah Fairbanks, maestra de escuela rural de veintinueve años de edad. Mi madre murió cuando yo tenía veintitrés años. Desde entonces, mientras que yo he estado dando clase en Digby, un primo de mi padre, Rufus Bennett, y su mujer han vivido con mi padre. Durante las largas vacaciones de verano regresaban a su pequeña granja de Vermont y yo me ocupaba de la casa y de mi padre.

Desde hace cinco años estoy comprometida para casarme con Henry Ellis, un joven al que conocí en Digby. Mi padre se oponía rotundamente al enlace y me dijo en repetidas ocasiones que si insistía en casarme con Henry mientras él viviera, me desheredaría. Por esta causa Henry nunca me ha visitado en mi casa; por otro lado, yo tampoco me veía capaz de romper el compromiso. Además, no deseaba un distanciamiento total de mi padre. Era un hombre bastante mayor y yo era el único familiar que le quedaba.

Creo que los padres deben honrar a los hijos, al igual que los hijos deben honrar a sus padres, pero había llegado a la siguiente conclusión: en nueve de cada diez ocasiones en las que los hijos se casan contra la voluntad de sus padres, aun cuando

los padres no tienen fundamentos para oponerse, no resultan matrimonios felices.

A veces sentía que era injusta con Henry, y decidí que, si alguna vez sospechaba que su amor se desviaba hacia otra muchacha, no me interpondría, especialmente dado que me iba haciendo mayor y, por tanto, me parecía, iba perdiendo mi belleza.

No hacía mucho había llegado a Digby una bonita joven para enseñar en la escuela del distrito sur. Se alojaba en la misma pensión que Henry. Oí que tenía ciertas atenciones con ella y decidí no interferir. Al mismo tiempo me parecía que el corazón se me iba a romper. También oí que su familia tenía dinero y que era hija única. Siempre había tenido la impresión de que Henry tendría que casarse con una mujer adinerada, porque él mismo no contaba con ninguna posesión y no era demasiado fuerte.

La escuela había cerrado hacía cinco semanas y yo volvía a casa para las vacaciones de verano. La noche antes de marcharme, Henry vino a verme y me exhortó a casarme con él. Yo me negué de nuevo; pero nunca antes había sentido la dureza y crueldad de mi padre como esa noche. Henry dijo que me visitaría durante las vacaciones, y cuando le respondí que no debía venir, se enfadó y dijo... En fin, unas cosas tan estúpidas que no merece la pena repetir las. Henry tiene un carácter de lo más dulce en realidad y no le haría daño ni a una mosca.

La misma noche de mi regreso a casa Rufus Bennett y mi padre tuvieron una discusión sobre el azúcar de arce que Rufus producía en la granja de Vermont; se la vendía a padre, que a su vez le sacaba buen provecho con una gente de Boston. Ese era el negocio de padre. Antes tenía una tienda, pero la había cerrado, y se dedicaba a vender unos cuantos artículos sueltos de los que sacaba cuantiosas ganancias comerciando al por mayor. Solía mandar a buscar mantequilla, huevos y queso a Nueva Hampshire y Vermont. El primo Rufus pensaba que padre no le daba bastantes beneficios del azúcar de arce y en la discusión padre montó en cólera y dijo que Rufus le había sisado en el peso. Al oír aquello Rufus dejó escapar una maldición y agarró a padre por la garganta. La mujer de Rufus gritó:

—¡No lo hagas! ¡No! ¡Ay, que lo mata!

Me acerqué a Rufus y le sujeté el brazo.

—¡Rufus Bennett, suelta a mi padre! —exclamé.

Pero los ojos de Rufus me devolvieron una mirada de perturbado, y no lo soltó. Entonces me dirigí al cajón del escritorio en el que padre guardaba una pistola desde que desvalijaron algunas casas del pueblo; saqué la pistola, cogí de nuevo a Rufus y le apoyé el cañón contra la frente.

—¡O sueltas a mi padre o disparo! —exclamé.

Entonces Rufus soltó a su presa y mi padre cayó como un leño. Tenía el rostro amoratado. La esposa de Rufus y yo estuvimos largo rato atendiéndolo para conseguir que volviese en sí.

—Rufus Bennett —dije—, ve al pozo y trae una jarra de agua.

Fue a buscarla, pero cuando padre revivió y se levantó, Rufus le echó una mirada

que seguía dejando sentir su furia.

—¡Todavía no he acabado contigo, Martin Fairbanks, por muy viejo que seas! —gritó, y se fue a la habitación exterior.

Acostamos pronto a mi padre. Dormía en la alcoba que había en la planta baja, al salir de la sala de estar. Rufus y su mujer ocupaban la que daba al norte y yo la que daba al sur. Aquella noche dejé la puerta abierta y no pegué ojo. Me quedé escuchando; no se movió nadie en toda la noche. Rufus y su mujer se levantaron muy pronto por la mañana, y antes de las nueve pusieron rumbo a Vermont. Tenían un día de viaje por delante: llegarían a casa sobre las nueve de la noche. La mujer de Rufus se despidió de padre entre lágrimas, mientras Rufus bajaba el baúl; pero Rufus no se acercó ni a padre ni a mí. No desayunó; incluso su espalda me dio mala espina al verlo salir por el patio.

Ese mismo día, sobre las siete de la tarde, después del té, lavé los platos y los coloqué; luego salí a la puerta norte, donde estaba sentado padre, y me acomodé en el escalón más bajo. Corría una brisa fresca; había sido un día muy caluroso.

—Quiero saber si ese tal Ellis ha ido a verte últimamente —dijo padre de inmediato.

—No mucho —respondí.

—¿Fue a verte la última noche que estuviste allí? —preguntó padre.

—Sí, señor —dije—, vino.

—Si vuelves a cruzar aunque solo sea una palabra con ese individuo mientras yo viva, te echaré de la casa como a un perro, por muy hija mía que seas —amenazó. Luego soltó una maldición y puso a Dios por testigo—. ¡No te atrevas a hablar con ese hombre mientras yo viva!

No dije ni una palabra; me limité a quedarme allí sentada, mirándolo. Padre se puso lívido y se echó hacia atrás, llevándose las manos a la garganta, por donde Rufus lo había agarrado. Le habían quedado unas huellas púrpuras.

—Supongo que habrías estado encantada de que me matase —exclamó padre.

—Te salvé la vida —repliqué.

—¿Qué hiciste con la pistola? —preguntó.

—Volver a colocarla en el cajón del escritorio.

Me levanté para dar la vuelta y sentarme en la entrada que da al oeste, que es la principal. Mientras estaba allí sentada, sonó la campana que anunciaba la reunión del anochecer en la iglesia y nuestras vecinas de la casa contigua, Phoebe Dole y Maria Woods, dos viejas modistas solteronas, pasaron de camino. Phoebe se detuvo a preguntar si Rufus y su esposa se habían marchado. Maria rodeó la casa. Muy pronto siguieron su camino y pasaron otras personas. Cuando todos se marcharon, se hizo un silencio sepulcral.

Me quedé largo rato sentada, sola, hasta que las sombras me indicaron que había salido la luna llena. Entonces me fui a mi habitación y me acosté.

Permanecí largo rato tumbada, llorando. Me parecía que se había esfumado

cualquier esperanza de matrimonio entre Henry y yo. No podía pedirle que me esperase. Pensé en la otra muchacha; mirase donde mirase contemplaba su hermoso rostro. Pero al final me quedé dormida de tanto llorar.

Alrededor de las cinco me desperté y me levanté. Padre siempre quería su desayuno a las seis, así que tenía que prepararlo.

Cuando padre y yo estábamos solos, siempre encendía él el fuego en el hornillo de la cocina, pero aquella mañana no lo oí remover como de costumbre; me imaginé que estaba tan enfadado conmigo que ni siquiera había encendido el fuego.

Me dirigí al armario para buscar el vestido de percal azul oscuro con el que hacía las faenas domésticas. Llevaba allí colgado todo el curso escolar.

Al descolgarlo del perchero, me llamó la atención algo extraño en el vestido que había llevado puesto la noche anterior; era de fina seda veraniega, verde con un estampado de círculos blancos. Había sido mi mejor vestido durante dos veranos, pero ahora me lo ponía las tardes calurosas en casa, porque era el vestido más fresco con el que contaba. También porque la noche anterior había contemplado la posibilidad de que Henry condujese desde Digby y pasase por la casa. Lo había hecho algunas veces durante las anteriores vacaciones de verano y deseaba tener el mejor aspecto posible por si acaso.

Al sacar el vestido de percal vi lo que parecía una mancha en la seda verde. Dejé caer a toda prisa el vestido de percal y me llevé el de seda verde a la luz de la ventana. Estaba cubierto de lamparones: grandes salpicaduras horribles y churretes en la parte delantera. También la manga derecha estaba manchada, y todas eran manchas húmedas.

—¿Qué le ha pasado a mi vestido? —pregunté en voz alta.

Parecía sangre. Entonces lo olí, y me resultó nauseabundo, pero no estaba segura de cómo olía la sangre. Pensé que debía de haberme manchado por accidente la noche anterior.

«Si lo que hay en el vestido es sangre», me dije, «debo hacer algo para quitarla enseguida, o se me estropeará el vestido».

Recordé un comentario de que las manchas de sangre se quitaban de los tejidos si aplicabas engrudo de harina por el lado contrario. Cogí el vestido de seda verde y bajé a toda prisa las escaleras de atrás, que llevaban directamente a la cocina, separada por una puerta.

No había fuego alguno en el hornillo, como me había parecido. Todo estaba solitario, solo el tictac del reloj de la estantería rompía el silencio. Al cruzar la cocina en dirección a la alacena, sin embargo, la gata maulló para que la dejase entrar; venía del cobertizo. Había una puertecita solo para ella por la que entraba y salía a voluntad, una abertura del tamaño justo para que su cuerpo maltés la atravesase cómodamente, junto a la puerta del cobertizo. La abertura tenía una tapa también, con bisagras de cuero. Dejé pasar a la gata; después entré en la alacena y cogí un tazón de harina. Luego la mezclé con agua hasta formar un engrudo espeso y lo apliqué en el



revés de las manchas del vestido. A continuación dejé el vestido colgado en el fondo de un armario que contenía ropa vieja de padre.

Después encendí fuego en el hornillo. Preparé café, puse galletas a hornear y escalfé unos huevos para el desayuno.

Abrí la puerta de la sala de estar y grité:

—¡Padre, el desayuno está listo!

De repente sentí un sobresalto. Había una mancha roja en el interior de la puerta. El corazón empezó a latirme en los oídos.

—¡Padre! —grité—. ¡Padre!

No hubo respuesta.

—¡Padre! —llamé de nuevo, todo lo fuerte que pude gritar—. ¿Por qué no hablas? ¿Qué es lo que ocurre?

La puerta del dormitorio estaba abierta. Me dio la sensación de ver un reflejo rojo en ella. Hice acopio de valor y atravesé la sala de estar, en dirección a la alcoba de padre. La cama se reflejaba en el espejo que colgaba sobre su escritorio, enfrente.

Aquello fue lo primero que vi al llegar a la puerta. Vi a padre en el espejo y la cama. Padre estaba allí, muerto; lo habían asesinado durante la noche.

## II

### La cinta de la fusta

Creo que debí de desmayarme, pues de repente me encontré en el suelo, y durante un minuto no podía recordar lo que había ocurrido. Luego todo me vino a la memoria y un terror horrendo e irracional se apoderó de mí.

«Debo cerrar las puertas de inmediato», pensé; «rápido, o el asesino volverá».

Intenté levantarme, pero no podía mantenerme en pie. Volví a derrumbarme. Tuve que salir arrastrándome de la habitación, a gatas.

En primer lugar me dirigí a la puerta principal; estaba cerrada con llave y tenía el cerrojo echado. Después fui a la puerta norte, que igualmente estaba cerrada. Luego miré la puerta norte del cobertizo, que también tenía el cerrojo echado. A continuación me dirigí a la puerta este del cobertizo, junto a la se hallaba el pasadizo de la gata; aquella puerta se usaba poquísimo, y estaba asegurada por un gancho de hierro. No tenía pestillo.

Toda la casa estaba cerrada desde el interior. Me sobresaltó un pensamiento, como si me hubiese rozado una mano helada: «¡El asesino está dentro!». Entonces me puse en pie, quité el gancho y salí corriendo de la casa, y luego del patio, como si fuese cuestión de vida o muerte.

Tomé la carretera que llevaba al pueblo. La primera casa, donde viven Phoebe Dole y Maria Woods, está al otro lado de un amplio campo. No tenía intención de detenerme allí, pues solo había mujeres, y por tanto no podrían hacer nada; pero al

ver que Phoebe miraba por la ventana, atravesé el patio a todo correr.

Abrió la ventana.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Qué pasa, Sarah Fairbanks?

Maria Woods se acercó y se apoyó en su hombro. Tenía la cara casi tan blanca como el pelo y los ojos azules dilatados. Mi expresión debía de haberlas asustado.

—Padre... ¡Han asesinado a padre en su cama! —dije.

Se oyó un grito y la cara de Maria Woods desapareció del hombro de Phoebe Dole: se había desmayado. No sé si Phoebe parecía más pálida (siempre está pálida), pero distinguí una mirada en sus ojos negros que nunca olvidaré. Creo que empezó a sospechar de mí en ese preciso momento.

Phoebe volvió la cabeza en dirección a Maria, pero me hizo otra pregunta.

—¿Ha discutido con alguien?

—Solo con Rufus —contesté—; pero Rufus se ha marchado.

Phoebe se apartó de la ventana para atender a Maria y yo seguí corriendo en dirección al pueblo.

Un centenar de personas pueden dar fe de lo que hice a continuación: podrán decirles que llamé al médico y al ayudante del *sheriff*; que volví a casa con una multitud espantada; que entraron en tropel a contemplar al pobre padre; que solo el médico lo tocó, con mucho cuidado, para comprobar que estaba muerto; que llegó el juez de instrucción y todo lo demás.

La pistola estaba en la cama, junto a padre, pero no la habían disparado; la carga seguía en la recámara. Estaba manchada de sangre y padre tenía un cardenal en la cabeza que podía ser resultado de un golpe con la pistola. Pero la herida que le causó la muerte se hallaba en su pecho; estaba claro que la habían infligido con algún instrumento cortante, aunque no se trataba de una incisión limpia: el arma debía de ser roma.

Registraron la casa, por si acaso el asesino seguía allí escondido. Oí que murmuraban el nombre de Rufus Bennett. Todo el mundo parecía estar al corriente de que habían discutido la noche anterior; no entendía cómo, si yo solo se lo había contado a Phoebe Dole, que no había tenido tiempo de difundir la noticia, y estaba segura de que nadie más lo había mencionado.

Miraron en el armario en el que colgaba mi vestido de seda verde y lo apartaron para asegurarse de que nadie se ocultaba detrás, pero no advirtieron nada raro en él. En el armario reinaba la oscuridad y, además, no buscaban todavía nada por el estilo.

Todas aquellas personas (el ayudante del *sheriff* y después el *sheriff* y dos oficiales forasteros, a los que habían telegrafiado, y los vecinos) habían elegido al sospechoso: se trataba de Rufus Bennett. Todos creían que había regresado para matar a mi padre. Acomodaban todos los hechos a dicha creencia. Lo imaginaron cometiendo el crimen con un destornillador largo y fino que había tomado prestado de un vecino y no había devuelto. Imaginaron que las huellas que seguían en la garganta de mi padre correspondían a las huellas rojas de la puerta de la sala de estar.

Se imaginaron que seguramente había vuelto a la casa y entrado por la puerta este del cobertizo, mientras padre y yo estábamos sentados en las escaleras la noche anterior; que se había escondido, quizá en el mismo armario en el que colgaba mi vestido, para salir más tarde a matar a mi padre y escapar después.

No les extrañó que les dijese que todas las puertas estaban cerradas con cerrojo aquella mañana. Ellos mismos encontraron todas las ventanas cerradas, excepto unas cuantas que estaban abiertas por el calor; incluso estas últimas estaban levantadas solo hasta la altura del bastidor, y aseguradas con varillas, de modo que no pudiesen levantarse más. Padre tomaba muchas precauciones a la hora de cerrar la casa, pues a veces guardaba considerables sumas de dinero. Los oficiales observaron todas aquellas dificultades, pero de algún modo las acomodaron a su teoría, y de inmediato enviaron a dos ayudantes del *sheriff* a detener a Rufus.

Todavía no habían comenzado a sospechar de mí y mis movimientos no estaban sujetos a la más mínima vigilancia. Los vecinos eran de lo más amable y hacían todo lo posible para ayudarme y desembarazarme de los últimos preparativos, que en este caso eran mucho más tristes de lo habitual.

Se llevó a cabo una investigación para determinar las causas de la muerte, durante la cual conté todo lo que sabía, a excepción de las manchas de sangre en mi vestido. Ni siquiera sabía por qué lo había ocultado. Entonces no tenía la impresión de poder haber cometido el crimen y no soportaba la idea de acusarme a mí misma si era inocente.

Dos de las vecinas, la señora Holmes y la señora Adams, permanecieron conmigo todo el día. Hacia la noche, cuando ya no había mucha gente en casa, entraron en la sala de las visitas y la arreglaron para el funeral, mientras yo me quedaba en la cocina, sola. Allí, sentada junto a la ventana, pensé en mi vestido de seda verde y me pregunté si habrían salido las manchas. Me dirigí al armario y saqué el vestido. Los puntos y los churretes casi habían desaparecido. Llevé el vestido al cobertizo y rasqué el engrudo de harina, que estaba casi seco; lo limpié con un cepillo, eché el engrudo al hornillo, subí el vestido a mi armario y lo colgué en su sitio. Las vecinas se quedaron toda la noche conmigo.

A las tres en punto de la tarde del día siguiente, que era jueves, me acerqué a la casa de Phoebe Dole a llevarle el vestido negro que me pondría en el funeral. Las vecinas me habían convencido para que hiciese arreglar mi vestido de seda negro y lo adornase con crespón.

Encontré solo a Maria Woods en casa. Cuando me vio soltó un gritito y se echó a llorar. Tenía aspecto de haber estado horas llorando. Sus ojos azules parecían inyectados en sangre.

—Phoebe ha ido a... a casa de la señora Whitney a... probarle su vestido —dijo entre sollozos.

—Quiero arreglar un poco mi vestido negro —expliqué.

—Volverá... pronto —respondió Maria.

Coloqué el vestido en el sofá y me senté. Nadie consultaba nunca a Maria sobre un vestido. Cosía bien, pero quien lo planificaba todo era Phoebe.

Maria Woods siguió sollozando como una criatura, con su pañuelo empapado sobre la cara, sacudiendo los hombros. En cuanto a mí, me sentía como una piedra; no podía llorar.

—¡Lo sabía! —murmuró tragando saliva—. ¡Lo sabía! Se lo dije a Phoebe. Ya sabía yo lo que iba a pasar. ¡Lo sabía!

Al oír aquello me puse en pie.

—¿A qué se refiere? —inquirí.

—Cuando llegó Phoebe el martes por la noche y dijo que había oído la discusión entre tu padre y Rufus Bennett, ya sabía lo que iba a pasar —dijo boqueando—. Yo sabía que tenía un temperamento terrible.

—¿Phoebe Dole sabía el martes por la noche que padre y Rufus Bennett habían discutido? —pregunté.

—Sí —respondió Maria Woods.

—¿Cómo lo sabía?

—Atajó por vuestro patio para ir a casa de la señora Ormsby a llevarle el vestido marrón de alpaca. Luego volvió a casa y me lo contó; los había oído.

—¿Se lo ha mencionado usted a alguien aparte de a mí?

Maria dijo que no sabía, a lo mejor sí lo había hecho. Entonces recordó haber oído a la propia Phoebe hablando del tema con Harriet Sargent cuando vino a probarse un vestido. Quedaba claro por qué todo el mundo lo sabía.

No dije nada más, pero me pareció extraño que Phoebe Dole me hubiese preguntado si padre había discutido con alguien cuando lo sabía desde el principio.

Phoebe llegó poco más tarde. Me probé el vestido y ella se puso a planificar las modificaciones y los adornos. No hice sugerencia alguna. Me daba igual lo que hiciese, pero aunque no fuese así no habría importado. Phoebe siempre hace las cosas a su manera. Todas las mujeres del pueblo se hallan de algún modo a merced de Phoebe Dole. Las prendas son pruebas visibles de la fuerza de su voluntad.

Mientras acortaba el vestido negro de seda por las costuras de los hombros, Phoebe Dole dijo:

—A ver... Te hiciste un vestido de seda verde en Digby hace tres veranos, ¿no?

—Sí —respondí.

—Bueno, ¿y por qué no lo tiñes de negro? —sugirió—. La seda fina se tiñe bastante bien. Así tendrías un buen vestido.

Apenas respondí, y entonces se ofreció a teñirlo por mí. Tenía una receta que usaba con gran éxito. Le agradecí un gesto tan considerado, pero no me pronuncié sobre si aceptaba o no la oferta. No podía pensar en nada que no fuese el terrible aprieto en el que me encontraba.

—Yo me acerco a cogerlo mañana por la mañana —dijo Phoebe.

Le di las gracias. Pensé en las manchas y después mi mente pareció centrarse de

nuevo en otro asunto.

Durante todo ese tiempo, Maria Woods no había cesado de sollozar. Finalmente Phoebe se giró hacia ella con impaciencia.

—Si no eres capaz de tranquilizarte, será mejor que vayas arriba, Maria —le recriminó—. Vas a poner enferma a Sarah. ¡Mírala! No se deja llevar, por muchos motivos que tenga.

—Yo también tengo motivos —exclamó entonces Maria; y después, con un patético chillido, añadió—: ¡Vaya que si tengo!

—Maria Woods, ¡sal de la habitación! —dijo Phoebe. Su brusquedad me hizo dar un bote, a pesar de estar medio mareada.

Maria se levantó sin decir palabra y salió de la habitación, casi doblada en dos por los compulsivos sollozos.

—Le ha afectado muchísimo la muerte de tu padre —explicó Phoebe con calma, mientras seguía con los arreglos—. Está nerviosísima. A veces tengo que ser brusca con ella, por su propio bien.

Asentí. Maria Woods siempre ha tenido la reputación de ser una mujer dulce, débil y dependiente, y sin duda Phoebe Dole le tiene mucho afecto. De algún modo la ha amparado y cuidado durante casi toda su vida. Viven juntas desde que eran unas muchachas.

Phoebe es alta, muy pálida y delgada; pero nunca se ha puesto enferma, ni un día. Tiene una fisonomía corriente, pero hay una especie de bondad severa, una rectitud, en su cara descolorida, con esas suaves bandas de pelo blanco sobre las orejas.

Regresé a casa en cuanto me arreglaron el vestido. Aquella noche vino a visitarme Henry Ellis. No necesito entrar en detalles respecto de la visita. Basta decir que me ofreció toda la comprensión y la protección posibles, y que yo las acepté. Lloré un poco, por primera vez, y él me consoló y me apaciguó.

Henry había venido en coche desde Digby y ató el caballo en el patio. A las diez se despidió de mí en la escalera, y estaba dando la vuelta al *buggy* cuando la señora Adams llegó corriendo a la puerta.

—¿Esto es suyo? —preguntó, enarbolando una cinta amarilla anudada.

—Anda, pero si es la cinta de tu fusta, Henry —contesté.

La miró.

—Pues sí —dijo—. Debe de haberseme caído.

Se la metió en el bolsillo y se puso en marcha.

—¡La cinta no se le ha caído esta noche! —replicó la señora Adams—. La encontré el miércoles por la mañana en el patio. Entonces me pareció recordar que él llevaba una cinta amarilla en la fusta.

### III

## Las sospechas no son pruebas

Cuando la señora Adams me contó que había recogido la cinta de la fusta de Henry el miércoles por la mañana, no dije nada, pero pensé que Henry debía de haberse pasado el martes por la noche al final, y que quizá incluso había entrado en el patio a pesar de que la casa estuviese cerrada y yo en la cama, para estar un poco más cerca de mí. Me remordía la conciencia porque no podía evitar sentir un estremecimiento de felicidad, a pesar de que mi padre yacía muerto en la casa.

Enterramos a mi padre con toda la intimidad y la calma que pudimos conseguir. Pero fue una experiencia terrible. Mientras tanto llegaron noticias de Vermont: habían arrestado a Rufus Bennett en su granja. Se mostró perfectamente dispuesto a volver con los agentes, y de hecho no tuvo ningún problema para demostrar que estaba en su casa, en Vermont, cuando se cometió el asesinato. Varios testigos dieron fe de que había salido del estado mucho antes de que mi padre y yo nos sentásemos juntos en las escaleras aquella noche, y de que fue directo a su casa, con toda la velocidad con que el tren y la diligencia pudieron llevarlo.

El destornillador con el que se suponía que se había cometido el crimen lo encontró el vecino a quien se lo había pedido prestado en un cajón de la cómoda de su mujer. Rufus lo había devuelto y ella lo había usado para colocar un cuelgacuadros en su habitación. Bennett fue absuelto y regresó a Vermont.

Luego la señora Adams comunicó que había hallado la cinta amarilla de la fusta de Henry Ellis, que fue arrestado, ya que contaba con un móvil para borrar a mi padre de la faz de la tierra. Todo el mundo sabía que mi padre se oponía a nuestro matrimonio, y se sospechó que Henry tenía el ojo puesto también en su dinero. De hecho, se descubrió que mi padre tenía más dinero de lo que yo misma pensaba.

Henry reconoció que había pasado por el patio aquella noche, y que al regresar echó de menos la cinta de su fusta; pero uno de los mozos de cuadra de las caballerizas de Digby, donde dejó el caballo y el *buggy*, declaró que había encontrado la cinta amarilla entre los vehículos aquel martes por la noche antes de que Henry volviese de su paseo. Resultaba evidente que había dos cintas amarillas, por tanto, y la del mozo de cuadra parecía encajar mejor con el mango de la fusta de Henry.

Además, el examen *post mortem* desveló casi el minuto exacto de la muerte; y el testimonio del mozo de cuadra respecto a la hora de regreso de Henry y la velocidad de su caballo despejaron las sospechas que recaían sobre él; pues, si la opinión de los expertos médicos era correcta, Henry había regresado a las caballerizas demasiado pronto como para haber cometido el asesinato.

En cualquier caso, fue absuelto, aunque las sospechas seguían acompañándolo. Ahora mucha gente cree que es el culpable; quien no cree que sea él, cree que soy yo; y algunos piensan que éramos cómplices.

Tras absolver a Henry me arrestaron a mí. No quedaba nadie más a quien acusar. Siempre hay que tener un móvil para el crimen y yo era la única que quedaba con uno. A diferencia de los demás, que fueron absueltos tras la investigación preliminar, a mí me llevaron a Dedham para comparecer ante el jurado que determinaría si había

pruebas para mi imputación. Allí pasé cuatro semanas en la cárcel, hasta el día de la comparecencia.

No se me permitió hacer una declaración completa y franca como la que estoy haciendo ahora ni en la investigación preliminar ni ante el gran jurado. Simplemente se me pidió que respondiese a las preguntas que se me formulaban sin añadir nada de mi cosecha, y obedecí.

Yo no sé nada de leyes. Deseaba actuar del mejor modo posible, con la mayor prudencia, por Henry y por mí. No dije nada sobre el vestido de seda verde. Registraron la casa hasta el último rincón en el momento de mi arresto, pero el vestido no se hallaba allí: estaba en la caldera de Phoebe Dole, tiñéndose. Había ido a buscarlo un día, mientras yo recogía las judías del jardín, y lo había sacado del armario. Ella misma me contó todo esto al devolverlo, cuando regresé de Dedham.

—Se me ocurrió llevármelo para darte una sorpresa —dijo—. Ha cogido un negro muy bonito.

Me echó una extraña mirada mientras hablaba: un poco como si viese en el interior de mi alma, a mi pesar, y un poco como si le aterrorizase pensar lo que encontraría allí. No sé a ciencia cierta qué significaba la mirada de Phoebe Dole. Quizá, después de todo, quedase una mancha en el vestido y la hubiese visto.

Supongo que si no hubiese sabido hacer ese engrudo de harina me habrían colgado por la muerte de mi padre. Tal y como estaban las cosas, el jurado no pudo acusarme de ningún cargo porque no había prueba alguna que me implicase; volví a casa libre. Si bastase con los móviles para condenar a la gente, ¿habría bastantes verdugos en el mundo?

No encontraron arma alguna con la que pudiese haber cometido el crimen. No encontraron manchas de sangre en la ropa. Lo único que apuntaba en mi dirección, aparte de mi sempiterno móvil, era el hecho de que la mañana después del crimen las puertas y ventanas estuviesen cerradas. Pero el que yo misma hubiese proporcionado dicha información, por supuesto, le restaba fuerza en mi contra.

Luego algunos afirmaron que quizá me hubiese confundido a causa del terror y el nerviosismo, y se propagó la teoría, que contaba con varios defensores, de que el asesino planeaba matarme a mí también, y que había cerrado las puertas para asegurarse el logro de su objetivo, pero que en el último momento no había tenido valor y me había dejado escapar antes de huir él mismo. Algunos afirmaban que su intención era obligarme a revelar el escondite del dinero de padre, pero que el coraje lo había abandonado.

Padre guardaba una gran suma escondida en un lugar que solo nosotros conocíamos. Pero no se había buscado dinero, por lo que se veía: no habían tocado ni un cajón de la cómoda, y el reloj de oro de padre proseguía impertérrito su tictac bajo la almohada; ni siquiera habían abierto su cartera, que estaba en el bolsillo del chaleco. Había un pequeño fajo de billetes enrollado y algo de cambio; padre nunca llevaba consigo mucho dinero. Supongo que si se hubiesen llevado la cartera de padre

y el reloj no habrían sospechado de mí en absoluto.

Como ya he dicho, me absolvieron por falta de pruebas y regresé a casa: libre, es cierto, pero con el horrible peso de la sospecha sobre los hombros. Y eso me lleva al momento presente. Volví ayer por la noche. Esta noche ha venido a verme Henry Ellis; no volverá, porque le he prohibido que lo haga. Esto es lo que le dije:

—Sé que eres inocente y tú sabes que yo soy inocente. Para el resto del mundo, estamos bajo sospecha (yo más que tú, pero ambos estamos bajo sospecha). Si se sabe que estamos juntos, esa sospecha no hará más que aumentar. No me importa en mi caso, pero me importa en el tuyo. Separado de mí, el estigma que acarreas se disipará pronto, sobre todo si te casas con otra.

Entonces Henry me interrumpió.

—Nunca me casaré con otra —dijo.

No pude evitar alegrarme de que lo dijese, pero me mantuve firme.

—Si conocieses a alguna mujer buena a la que pudieses amar, sería mejor que te casases con ella.

—¡Nunca haré algo semejante! —repitió. Me rodeó con sus brazos, pero tuve fuerza para apartarlo.

—No será necesario si triunfo en la empresa que pienso acometer antes de que conozcas a otra —dije. Estaba empezando a pensar que no le importaba aquella bonita muchacha que se alojaba en la misma pensión que él.

—¿De qué se trata? —preguntó—. ¿Qué empresa vas a acometer?

—Pienso encontrar al asesino de mi padre —dije.

Henry me echó una extraña mirada; luego, antes de que pudiese detenerlo, me tomó rápidamente en sus brazos y me besó en la frente.

—Pongo a Dios por testigo, Sarah, de que creo en tu inocencia —murmuró; y desde ese momento me siento apoyada y plenamente segura de que poseo el poder de triunfar en mi empresa.

Encontraré al asesino de mi padre. Mañana comenzaré la investigación. Registraré la casa de modo exhaustivo, como no ha hecho todavía agente alguno, con la esperanza de dar con alguna prueba. Me propongo dividir cada habitación en yardas cuadradas, con líneas y con metro, y estudiar cada una de ellas como si fuese un problema de álgebra.

Tengo la teoría de que es imposible que ningún ser humano entre en una casa y cometa un acto de tal naturaleza sin dejar tras de sí algún resto que, para quien sepa sacarle partido, equivaldría a los valores conocidos en una ecuación algebraica.

Cabe la posibilidad de que cuente con algo de ayuda. Henry ha prometido no venir hasta que yo se lo pida, pero va a mandarme a un detective de Boston, uno que conoce. De hecho, es su primo; si no, habría poca esperanza de que pudiésemos garantizar su presencia, aunque le ofreciese un buen precio.

Ha tenido gran éxito en varios casos, pero no goza de buena salud; el trabajo pesa mucho sobre sus nervios y no se ve abocado a él por falta de dinero. Los médicos le



han prohibido que coja ningún caso nuevo durante un año al menos, pero Henry confía en que podamos contar con él para esto.

Ahora apartaré estos asuntos de mi mente y me iré a la cama. Mañana es miércoles; mi padre llevará siete semanas muerto. Mañana por la mañana me pongo manos a la obra; si está al alcance del poder humano y me ayuda un poder superior, triunfaré.

## IV La caja de pistas

*(Las páginas que siguen son extractos del diario que la señorita Fairbanks comenzó tras concluir las notas que ya hemos proporcionado al lector.)*

*Miércoles por la noche.* He decidido registrar cuidadosamente los progresos que hago cada día al investigar la casa. Hoy he empezado por la planta baja, es decir, con la habitación menos susceptible de contener alguna prueba, la sala de las visitas. Cogí una tiza y una cinta de medir, y dividí el suelo en yardas cuadradas; luego analicé cada uno de los cuadrados de rodillas. De este modo, no he encontrado literalmente nada en la alfombra aparte de polvo, pelusa, dos alfileres blancos de lo más común y tres pulgadas de seda azul para coser.

Para terminar, cogí la escoba y el recogedor y barrí el suelo yarda por yarda. Puse lo recogido en una caja de cartón blanca y lo saqué al patio para examinarlo a la intensa luz del sol. No había más que polvo, pelusa y cinco pulgadas de hilo de lana marrón, que a todas luces se habrán soltado de un vestido. La seda azul y el hilo de lana son las únicas posibles pruebas que he encontrado hoy, y apenas se merecen ese nombre. Lo más seguro es que la mujer de Rufus pueda explicar su presencia. Le he escrito hoy para preguntarle.

No ha venido nadie a la casa en todo el día. Esta tarde he bajado a la tienda para comprar algunas provisiones necesarias y la gente dejó de hablar cuando yo entré. El dependiente me cogió el dinero como si estuviese envenenado.

*Jueves por la noche.* Hoy he registrado la sala de estar que da paso a la alcoba de mi padre. He encontrado dos huellas sanguinolentas en la alfombra que nadie había visto antes, quizá porque la alfombra es roja y blanca. He usado un microscopio que tenía para el colegio. Las huellas, que quedan cerca de la puerta del dormitorio y señalan en dirección al salón, son las dos del pie derecho; una es más intensa que la otra, pero ambas están desvaídas. Es evidente que el pie iba desnudo o enfundado solo en una media, porque se extienden a lo ancho. Son más anchas que los zapatos de mi padre. Comparé uno con la huella más acentuada.

No he encontrado nada más en la sala de estar. Las marcas de sangre en la puerta que ya se habían observado siguen allí. No se han limpiado, primero por orden del *sheriff*, y luego por orden mía. Las manchas son de dos tipos: una parece producto del roce de una prenda ensangrentada, la otra me da la impresión de que se produjo por el contacto de una mano manchada de sangre y que luego la limpiaron con un paño. En la puerta que lleva al dormitorio no hay ninguna marca; sí las hay en las que llevan al vestíbulo y al aparador de la porcelana. Este es en realidad un armario de cocina, aunque solo lo uso para los mejores platos y conservas.

*Viernes por la noche.* Hoy he registrado el aparador. Una de las estanterías, que llega a la altura de los hombros, estaba manchada de sangre. Me dio la impresión de que quizá el asesino se aferrase a ella para no caerse. ¿Se desmayó tras cometer tan terrible acto? Había unos tarros de gelatina colocados en el estante y nadie los había tocado. Solo estaba la marca de sangre en el borde del estante.

En el suelo del aparador, bajo los estantes, encontré un botón perteneciente a una prenda masculina; parecía que un pie descuidado lo hubiese enviado allí. Es un botón corriente de metal esmaltado negro, de esos para pantalones: es evidente que se había desprendido y lo habían cosido con torpeza, pues tenía una buena cantidad de basto hilo blanco colgando. El botón debía de pertenecer a un hombre soltero o a uno casado con una holgazana.

Si se había cosido con hilo blanco un botón negro, es probable que se hubiese cosido otro. Quizá me equivoque, pero considero que el botón es una prueba.

El aparador estaba como los chorros del oro: de hecho, lo había limpiado la mujer de Rufus el día antes de irse. No podía haberseles caído allí ni a mi padre ni a Rufus, y no habían tenido ocasión de acudir a aquel armario. El botón se le había caído al asesino.

Tengo una caja de cartón blanco en la que he escrito «pruebas». He puesto el botón en ella.

Esta tarde ha venido Phoebe Dole. Es muy amable. Le ha cambiado el corte al vestido de seda teñido y me lo ha arreglado. Los chasquidos de esas grandes tijeras en los oídos me ponen nerviosa. No me apetecía detenerme a pensar en ropa. Espero no haber parecido desagradecida, pues es la única persona, aparte de Henry, que me ha tratado como antes de que esto ocurriese.

Phoebe me preguntó qué me tenía tan ocupada, y le respondí: «Estoy buscando al asesino de mi padre». Me preguntó si había encontrado alguna prueba, y le respondí: «Eso creo». Para entonces ya había encontrado el botón, pero no lo mencioné. Dijo que Maria no se encontraba muy bien.

Me fijé en que miraba las manchas de las puertas y le expliqué que no las había limpiado porque pensaba que podían ayudar a encontrar al asesino. Miró con atención las de la puerta de la entrada, las que más se ven, y dijo que no entendía cómo

podrían ayudar, pues no eran huellas digitales; además, pensaba, seguro que me ponían nerviosa.

—No estoy para nada nerviosa —respondí.

*Sábado.* Hoy he dado con algo que no entiendo. Me he dedicado al dormitorio en el que mi padre encontró su espantoso fin. Por supuesto, se han eliminado algunas de las pruebas más flagrantes. La cama está limpia y la alfombra se ha lavado, pero el horror sigue presente en la habitación. Parece embrujada por el espíritu del asesinato. Al principio pensé que no podría entrar, pero hice en ella un extraño descubrimiento.

Mi padre, a pesar de no llevar encima mucho dinero, tenía la costumbre de guardar sumas considerables en casa; el banco más cercano se halla a diez millas. Sin embargo, era precavido; tenía un escondrijo que no le había revelado a nadie más que a mí. Tenía una mesita en el dormitorio, cerca del extremo de la cama. Por debajo, pegada a su superficie, había asegurado una gran cartera de cuero, en la que guardaba todo el dinero sobrante. Recuerdo cómo le centellearon los ojos cuando me la enseñó.

—La mente común piensa que las cosas están dentro de algo o encima de algo —dijo mi padre—. No contemplan la posibilidad de superar la gravedad y lo predecible.

Al registrar el dormitorio de mi padre me vino a la mente esa frase suya y su peculiar sistema de esconder cosas; entonces realicé mi descubrimiento. He argumentado que en este tipo de investigaciones no hay que buscar solo huellas escondidas del criminal, sino todo lo que por alguna razón se ha ocultado. Alguien podría tener un móvil que guardara relación con algún objeto que mi propio padre hubiese escondido, algo de su historia pasada.

El dinero de la cartera que había bajo la mesa, unos quinientos dólares, ya no estaba allí: lo habíamos ingresado en el banco. Allí no había nada más. Examiné el fondo de la cómoda y la parte inferior de los asientos de las sillas. En la habitación había dos sillas, además de la mecedora con cojines: sillas de madera pintadas de verde que tenían los asientos tapizados con la bandera. No encontré nada bajo los asientos.

Entonces di la vuelta completa a las sillas y observé la parte inferior de las patas. Me dio un vuelco el corazón al ver un trozo de cuero clavado en una. Cogí el martillo de tapicero y quité las tachuelas. Habían vaciado la pata de la silla y el hueco estaba lleno de algodón. Lo saqué y pronto sentí algo duro. Resultó ser una anticuada alianza de oro, ancha y pesada, como un anillo de boda.

Me lo llevé a la ventana y encontré esta inscripción en su interior: «Que el amor sea para siempre». Había dos fechas: una de agosto de hace cuarenta años y la otra de agosto de ese mismo año.

Creo que nadie se había puesto nunca ese anillo; a pesar de que la primera parte de la inscripción resultaba perfectamente clara, parecía vieja y, a todas luces, la última había sido grabada hacía poco.

No puede ser el anillo de mi madre. Solo tenía su anillo de boda y se la enterró con él. Me parece que mi padre lleva años atesorando este anillo; pero ¿por qué? ¿Qué significa? No puede ser una pista y tampoco veo cómo puede ayudar a descubrir un móvil, pero de todos modos lo pondré en la caja, con el resto.

*Domingo por la noche.* Hoy, por supuesto, no he proseguido mi búsqueda. Tampoco he ido a la iglesia. No me sentía capaz de mirar a la cara a los viejos amigos que no son capaces de mirarme a mí. A veces pienso que en el pueblo donde nací todo el mundo cree en mi culpabilidad. ¿Cómo han sido mi apariencia general y mi comportamiento a lo largo de mi vida? Me he estudiado a mí misma en el espejo, he intentado descubrir la maldad potencial que deben de ver en mi cara.

Esta tarde, sobre las tres, a la hora en la que la gente acaba de terminar su comida de domingo, llamaron a la puerta norte. Cuando acudí a abrir, había un extraño joven allí de pie con un gran libro bajo el brazo. Era delgado y estaba bien rasurado; tenía aire clerical.

—Tengo aquí una obra sobre la que querría llamarle la atención —comenzó; y lo miré asombrada, pues ¿por qué iba a venir un vendedor ambulante de libros en pleno domingo?

Torció un poco la boca.

—Es una enciclopedia bíblica —dijo.

—No creo que me interese comprarla —respondí.

—Tengo entendido que es usted Sarah Fairbanks, ¿no?

—Ese es mi nombre —contesté con sequedad.

—Me envía el señor Henry Ellis, de Digby —explicó a continuación—. Me llamo Dix, Francis Dix.

Entonces supe que se trataba del primo de Henry, el detective de Boston que había venido a ayudarme. Sentí que se me arrasaban los ojos de lágrimas.

—Es muy amable por su parte haber venido —conseguí decir.

—Soy egoísta, no amable —replicó—, pero será mejor que me deje entrar, o me arruinará cualquier posibilidad de éxito como vendedor de libros si los vecinos me ven intentando vender en domingo. Y esta es una empresa respetable, señora Fairbanks. Voy a buscar clientes por la ciudad.

Entró. Le enseñé todo lo que había escrito y lo leyó con cuidado. Cuando hubo terminado se sentó inmóvil durante un rato, con una mueca peculiar y meditativa en el rostro.

—Vamos a desentrañar este asunto en tres días como máximo —acabó por decir, con el rostro súbitamente despejado y los ojos relampagueantes.

—Yo había planeado unos tres años, quizá —dije yo.

—Le digo yo que lo solucionaremos en tres días —repitió—. ¿Dónde puedo alojarme mientras busco clientes para este libro tan notable e interesante que llevo

bajo el brazo? No puedo quedarme aquí, por supuesto, y no hay hotel. ¿Cree que las dos modistas de al lado, Phoebe Dole y la otra, me acogerían?

Contesté que nunca habían tenido inquilinos.

—Bueno, me acercaré a preguntar —dijo el señor Dix; y se marchó, con su libro debajo del brazo, antes de que me diese cuenta.

Nunca en mi vida he visto a nadie actuar con la extraña y sigilosa velocidad con la que actúa este hombre. ¿Puede demostrar mi inocencia en tres días? Debió de conseguir alojamiento en casa de Phoebe Dole, pues lo vi pasar con ella camino de la iglesia aquella noche. Estoy segura de que se acercará por aquí mañana por la mañana temprano.

## V

### Las pruebas apuntan a alguien

*Lunes por la noche.* Ha venido el detective, como yo esperaba. Me levanté en cuanto despuntó el sol y lo vi atravesando los campos salpicados de rocío, con su enciclopedia debajo del brazo. Se había escabullido por la puerta trasera de Phoebe Dole.

Me pidió que sacara la pistola de mi padre; entonces me conminó a que saliese con él al patio trasero.

—Ahora, dispárela —dijo, lanzándome la pistola a las manos. Como ya he dicho antes, la carga seguía en la recámara.

—Voy a alarmar a todo el vecindario —objeté.

—Dispárela —ordenó.

Lo intenté; apreté el gatillo con todas mis fuerzas.

—No soy capaz —dije.

—Y es usted una mujer razonablemente fuerte, ¿no?

Respondí que eso tenía entendido. ¡Con la cantidad de comentarios que había oído sobre la fuerza de mis pobres brazos de mujer y su habilidad para asestar el golpe con el arma del crimen!

El señor Dix tomó en sus manos la pistola y apretó un poco el gatillo.

—Podría disparar —dijo—, pero no lo haré. Alarmaría a todo el vecindario.

—Pero esto son más pruebas en mi contra —expliqué desesperada—. El asesino intentó disparar la pistola y fracasó.

—Son más pruebas en contra del asesino —dijo el señor Dix.

Entramos en la casa, donde examinó mi caja de pistas lenta y cuidadosamente. Tras observar el anillo preguntó si había algún joyero en el pueblo, y dije que no. Le conté que mi padre muy a menudo viajaba por negocios a Acton, a diez millas de distancia.

Examinó con cuidado el botón que había encontrado en el armario y luego me

pidió que le mostrase el guardarropa de mi padre. No tardamos mucho en hacerlo. Aparte del traje con que enterramos a mi padre, había otro completo en el armario de su alcoba. También había dos abrigos, una vieja levita, un par de pantalones de paño y dos chalecos negros. El señor Dix examinó todos los botones: no faltaba ninguno. Aún quedaba otro traje viejo en el armario junto a la cocina. Lo examinamos también y no faltaba ningún botón.

—¿En qué trabajó su padre el día antes de morir? —preguntó entonces.

Reflexioné y dije que descargó algunas cajas que habían llegado de Vermont, y se ocupó un poco del jardín.

—¿Qué llevaba puesto?

—Me parece que llevaba los pantalones de paño y el chaleco negro. No llevaba abrigo mientras trabajaba.

El señor Dix regresó en silencio a la alcoba de padre y a su armario, y yo lo seguí. Sacó los pantalones grises y el chaleco negro y los observó con detenimiento.

—¿Qué se ponía para proteger esto? —preguntó.

—¡Pues el mono! —contesté de inmediato. Mientras hablaba recordé ver a padre dando la vuelta por el camino en dirección al patio, con el mono azul doblado bajo el brazo.

—¿Dónde está?

—¿No estaba en el armario de la cocina?

—No.

No obstante, volvimos a mirar en el armario de la cocina; registramos minuciosamente el cobertizo. Mientras estábamos allí, la gata entró por la gatera y se frotó contra nuestras piernas. El señor Dix se inclinó a acariciarla. Después se dirigió a toda prisa a la puerta junto a la que se hallaba la gatera, quitó el gancho y salió. Fui tras él, pero me hizo retroceder.

—Ninguna de las ventanas de mi anfitriona mira hacia acá —dijo—, pero podría venir hasta la puerta trasera.

Lo observé. Pasó con lentitud junto al serpenteante caminito que surcaba la parte trasera de nuestra casa y se extendía débilmente por los campos de pasto hasta la parte trasera de la casa de Phoebe Dole. Se detuvo, registró un arbusto de mosqueta, siguió hasta un antiguo pozo y se detuvo allí. El pozo llevaba muchos años seco y estaba atascado a causa de las piedras y de la basura. Estaba cubierto por unas tablas y una o dos piedras grandes que las mantenían en su sitio.

El señor Dix, dirigiendo la mirada hacia la puerta trasera de Phoebe Dole, se arrodilló, retiró las piedras y las tablas y miró dentro del pozo. Se estiró sobre el bocal y metió la mano. Hizo muchos esfuerzos; luego se incorporó y se acercó a mí para pedirme que le llevase un paraguas de mango ganchudo o algún objeto susceptible de engancharse en una prenda de ropa.

Llevé mi paraguas, cuyo mango de plata formaba un gancho perfecto. Se dirigió de nuevo al pozo, se arrodilló, metió el paraguas y sacó con bastante facilidad lo que

había pescado. Luego lo llevó hacia mí.

—No se desmaye —dijo, cogiéndome el brazo. Tragué saliva cuando vi lo que tenía en la mano: ¡el mono azul de mi padre, todo manchado y salpicado de sangre!

Miré el mono y luego a él.

—No se desmaye —repitió—. Estamos en el buen camino. De aquí es de donde salió el botón. ¡Mire, mire!

Apuntó a uno de los tirantes del mono, al que le faltaba el botón. Había un poco de hilo blanco colgando. Había otro botón toscamente cosido con el mismo hilo blanco que encontré en el botón de la caja de pistas.

—¿Qué significa esto? —exclamé con voz entrecortada. La cabeza me daba vueltas.

—Pronto lo sabrá —dijo. Miró el reloj. Luego dejó en el suelo el macabro bulto que sostenía—. La ha dejado asombrada saber que el asesino entró y salió pese a que las puertas estaban cerradas, ¿no es así?

—Sí.

—Bueno, ahora mismo salgo yo. Ponga el gancho en esa puerta.

Salió, con mi paraguas aún en la mano. Puse el gancho de la puerta. Y al momento vi que la tapa de la gatera se levantaba y su mano y su brazo asomaban por ella. Dobló el brazo hacia arriba, en dirección al gancho, pero le faltaba medio pie. Entonces retiró el brazo y metió el paraguas de mango plateado. Con él llegaba cómodamente al gancho de la puerta.

Luego volvió a engancharlo. Eso ya no fue tan fácil. Tuvo que maniobrar un buen rato. Al final lo logró, volvió a quitar el gancho y entró.

—¡Así lo hizo! —dije.

—No, no fue así —replicó—. Ningún ser humano que acabase de cometer un crimen tendría la paciencia suficiente para asegurar la puerta tras él. Por favor, deje el brazo colgando en su costado.

Obedecí. Miró mi brazo, luego el suyo.

—¿No tendrá una cinta de medir? —preguntó.

Cogí una de la cesta de labores. Se midió el brazo, luego midió el mío y después la distancia desde la gatera al gancho.

—Le encomiendo dos tareas a usted para hoy y mañana —dijo—. Voy a venir muy poco por aquí. Busque todas las cartas antiguas de su padre y léalas. Busque a un hombre o una mujer de esta ciudad cuyo brazo mide seis pulgadas más que el suyo. Ahora debo irme a casa, o a mi anfitriona le entrará curiosidad.

Atravesó la casa en dirección a la puerta principal, miró en todos los sentidos para asegurarse de que nadie lo observaba, cruzó el patio en tres zancadas, y de repente estaba caminando por la calle, muy circunspecto, con su enciclopedia bajo el brazo.

Me hice una taza de café y luego seguí sus instrucciones. Me he pasado toda la mañana leyendo cartas antiguas; encontré paquetes en los baúles del desván y había ingentes cantidades en el escritorio de padre. He seleccionado varias para

entregárselas al señor Dix. Una de ellas trata de un antiguo episodio en la juventud de padre que debió de perder cualquier interés para él hace tiempo. Estaba escondida del modo que a él le gustaba: sujeta bajo su escritorio. La escribió hace cuarenta años Maria Woods, dos años antes de que mi padre se casara, para rechazar una propuesta de matrimonio. Estaba escrita siguiendo las encorsetadas fórmulas de la época; podrían haberla copiado con exactitud de un manual de correspondencia.

Mi padre debió de querer a Maria Woods con la misma devoción con la que yo amo a Henry para haber guardado la carta con tanto cuidado todos estos años. Yo pensaba que estaba enamorado de mi madre. Parecía tenerle el mismo cariño que otros hombres experimentan por sus esposas, aunque yo solía preguntarme si Henry y yo llegaríamos algún día a estar tan acostumbrados el uno al otro.

Maria Woods debía de ser hermosa como un ángel cuando era joven. Madre no era hermosa; además era robusta y desgarbada, y supongo que la gente habría dicho que era más bien lenta y torpe. Pero era una buena mujer e intentaba cumplir con sus obligaciones.

*Martes por la noche.* Esta tarde se me ha brindado la oportunidad de cumplir la segunda de las órdenes del señor Dix. Me parecía que la mejor manera de comparar la longitud media de los brazos era acudir a la iglesia. No podía ir por la ciudad con la cinta de medir, pidiéndole a la gente que me extendiese los brazos. Nadie sabe el temor que me inspiraba ir a la iglesia, pero fui e intenté no mirar las caras alteradas y gélidas de mis vecinos, sino sus brazos.

He descubierto lo que deseaba el señor Dix, pero dicho descubrimiento no sirve de nada y lo podría haber hecho él mismo. El brazo de Phoebe Dole mide siete pulgadas más que el mío. Nunca antes me había dado cuenta, pero tiene un brazo casi anormalmente largo. Pero ¿por qué iba a quitar el gancho de la puerta Phoebe Dole?

Phoebe recitó una oración, una oración muy bonita. Incluso me reconfortó un poco. Habló de la ternura de Dios durante todos los problemas de la vida y de que nunca nos abandonaba.

Cuando íbamos saliendo oí a varias personas hablando del señor Dix y de su enciclopedia bíblica. Concluyeron que debía de ser un estudiante de teología que vendía libros para sufragarse los gastos de su educación.

Maria Woods no estaba en la iglesia. Algunas personas le preguntaron a Phoebe por ella, y respondió: «No se encuentra muy bien».

Es muy tarde. Pensé que quizá el señor Dix pasase por aquí, pero no ha venido.

*Miércoles.* Apenas puedo creerme lo que estoy a punto de escribir. Toda nuestra investigación parece apuntar a una persona, y esa persona... ¡Es increíble! No doy crédito.



El señor Dix vino al alba, como la otra vez. Me dio el parte y yo le di el mío. Le enseñé la carta de Maria Woods. Me contó que había ido a Acton y que el joyero de allí había grabado la última fecha en el anillo hacía unas seis semanas.

—No quiero parecer brusco, pero su padre iba a casarse de nuevo —dijo el señor Dix.

—No sabía que se hubiese acercado siquiera a otra mujer desde que madre murió —protesté.

—Pues había hecho preparativos para casarse —insistió el señor Dix.

—¿Con quién?

Señaló la carta que yo sujetaba en la mano.

—¡Maria Woods!

Asintió.

Me quedé allí plantada, mirándolo, aturdida. No se me había pasado por la cabeza tal posibilidad.

Extrajo un sobre del bolsillo y sacó una tarjetita con unos hilos azules y marrones atados cuidadosamente en ella.

—Permítame ver los hilos que encontró —dijo.

Cogí la caja y los comparamos. Él tenía unas hebras de hilo de seda azul y de lana marrón que coincidían punto por punto con las mías.

—¿Dónde los ha encontrado? —pregunté.

—En la caja de retales de mi anfitriona.

Me quedé mirándolo.

—¿Qué quiere decir? —pronuncié con voz entrecortada.

—¿Usted qué cree?

—¡Es imposible!

## VI La revelación

*Miércoles, continuación.* Cuando el señor Dix me sugirió la absurda posibilidad de que Phoebe Dole hubiese cometido el asesinato, él y yo estábamos sentados en la cocina. Él se hallaba cerca de la mesa; colocó una hoja de papel sobre ella y comenzó a escribir. Tengo el papel delante.

—En primer lugar —dijo el señor Dix, escribiendo con celeridad según hablaba —, ¿quién cuenta con una longitud de brazo adecuada para abrir cierta puerta de esta casa desde fuera? Phoebe Dole.

»En segundo lugar, ¿quién tenía en su caja de retales hebras de los mismos hilos que había en el suelo del salón de las visitas, sitio en el que no había puesto los pies, que usted supiera? Phoebe Dole.

»En tercer lugar, ¿quién mostró un interés de lo más extraño en su vestido de seda

verde, manchado de sangre, hasta el punto de teñirlo? Phoebe Dole.

»En cuarto lugar, ¿quién se pilló los dedos con una mentira, en su intento de echar la culpa del asesinato a un hombre inocente? Phoebe Dole.

El señor Dix me miró. Yo recuperé la compostura.

—Eso no prueba nada. No tiene móvil.

—Sí que tiene un móvil.

—¿Cuál?

—Maria Woods se lo contará esta tarde.

Entonces siguió...

—En quinto lugar, ¿quién fue vista tirando un bulto por el viejo pozo en la parte trasera de la casa del señor Martin Fairbanks a la una de la noche? Phoebe Dole.

—¿Fue... vista? —farfullé.

El señor Dix asintió. Luego siguió escribiendo.

—En sexto lugar, ¿quién contaba con un móvil sólido, que existía desde hacía años? Phoebe Dole.

El señor Dix soltó la pluma y me miró de nuevo.

—Bueno, ¿qué me dice usted? —preguntó.

—¡Es imposible!

—¿Por qué?

—Porque es una mujer.

—Un hombre podría haber disparado la pistola, como ella intentó hacer.

—Sería necesaria la fuerza de un hombre para matar con el tipo de arma que usó —aduje.

—No, no es cierto. No hace falta mucha fuerza para ese tipo de golpes.

—Pero ¡si es una mujer!

—El crimen no tiene sexo.

—Pero si es una buena mujer, forma parte de la iglesia. La oí recitar ayer por la tarde. No es propio de ella.

—No le corresponde a usted, ni a mí, ni a ninguna inteligencia mortal decidir lo que es propio de alguien o no —afirmó el señor Dix.

Se levantó y se marchó. Yo me limité a quedarme mirando, medio aturdida.

Maria Woods ha venido esta misma tarde, aprovechando la ausencia de Phoebe, que había salido a hacer un recado. Maria ha envejecido diez años en las últimas semanas. Tiene el pelo blanco, las mejillas hundidas y ha perdido todo el color.

—¿Puedes darme el anillo que me regaló hace cuarenta años? —dijo con voz temblorosa.

Se lo entregué; lo besó y sollozó como una niña.

—Phoebe me lo quitó una vez —dijo—, pero no volverá a hacerlo.

Maria me contó entre lastimeros sollozos la historia de su larga subordinación a Phoebe Dole. Aquella mujer dulce e infantil siempre se había hallado bajo la influencia de la fuerte naturaleza de su compañera. La subordinación se remontaba a

antes incluso de la primera pedida de mi padre; antes de que él la cortejase, ella le había prometido a Phoebe que no se casaría; y fue Phoebe quien, tras recordarle que estaba atada por su solemne promesa, la empujó a escribirle una carta a mi padre rechazando su oferta y devolviéndole el anillo.

—Y después de tanto tiempo, nos habríamos casado, si no hubiese muerto —dijo—. Iba a regalarme otra vez el anillo y había hecho grabar la nueva fecha. ¡Habría sido tan feliz!

Se detuvo y me miró, mientras me preguntaba horrorizada:

—¿Qué hacía Phoebe Dole en el patio de vuestra casa a la una aquella noche?

—¿Qué quiere decir? —pregunté a mi vez.

—Vi que Phoebe salía por la puerta trasera del cobertizo a la una, aquella misma noche. Llevaba un bulto en la mano. Siguió el camino hasta la altura del viejo pozo; después se inclinó, parecía estar manipulando algo. Cuando se incorporó no llevaba el bulto. Yo observaba por la puerta trasera. Me había parecido oírle salir un rato antes, así que bajé y me encontré la puerta abierta. Entré rápidamente y subí a mi dormitorio cuando puso rumbo a casa por el campo. Poco después la oí entrar y luego oí el ruido de la bomba de agua. Durmió abajo; luego se fue a su dormitorio. ¿Qué estaba haciendo en vuestro patio aquella noche?

—Tendrá usted que preguntárselo —respondí. Sentí que se me helaba la sangre.

—Me da miedo —gimió Maria Woods—. Se comporta de un modo extrañísimo últimamente. Ojalá ese vendedor de libros se quedase más tiempo en casa.

Maria Woods se marchó a su casa una hora más tarde. Le di una cinta y ahora lleva el anillo de mi pobre padre oculto en su pecho marchito. De veras que no puedo creerme lo que está ocurriendo.

*Jueves.* ¡Todo ha terminado, Phoebe Dole ha confesado! No sé con exactitud cómo lo ha conseguido el señor Dix, cómo la ha acusado del crimen. Después de desayunar los vi atravesando los campos. Phoebe iba primero; avanzaba a zancadas rápidas, como un hombre. La seguían el señor Dix y la pobre enamorada de mi padre, que iba trastabillando detrás, con un pañuelo en los ojos. Nada más verlos, sonó la campana de la puerta principal; allí me encontré a varias personas, a la cabeza de las cuales se hallaba el *sheriff*. Se amontonaron en el salón mientras Phoebe Dole entraba a toda prisa con el señor Dix y Maria Woods.

—¡Yo lo hice! —exclamó Phoebe Dole dirigiéndose a mí—. Me han descubierto y he decidido confesar. Me enteré de que se iba a casar con tu padre. Ya los detuve una vez. Esta vez sabía que no podría hacerlo si no lo mataba. Lleva más de cuarenta años viviendo conmigo en esa casa. Hay otros lazos tan fuertes como el del matrimonio e igual de sagrados. ¿Qué derecho tenía él a arrebatármela y a destrozar mi hogar?

»Oí a tu padre y a Rufus Bennett discutiendo. Pensé que la gente le echaría la

culpa a él. Lo planeé todo. Había visto al gato meterse por la gatera, sabía que la puerta del cobertizo tenía un gancho, sabía lo largo que tengo el brazo; pensé que podría quitarlo. Me colé poco después de medianoche. Rodeé toda la casa para asegurarme de que no había nadie despierto. En el patio delantero me acordé de que llevaba las tijeras atadas al cinturón con una cinta, y las desaté. Pensé que me había metido la cinta en el bolsillo (era una cinta amarilla), pero supongo que no fue así, porque después la encontraron y pensaron que era de la fusta de tu joven muchacho.

»Llegué hasta la puerta del cobertizo, le quité el gancho y entré. La luna daba luz suficiente. Saqué el mono de tu padre del armario de la cocina; sabía que lo guardaba allí. Atravesé la sala de estar hasta llegar a la sala de las visitas. Allí me quité el vestido y los faldones para ponerme el mono. Me coloqué un pañuelo sobre la cara, dejando solo los ojos al descubierto. Luego entré de puntillas en la sala de estar y me quité los zapatos para entrar en su dormitorio.

»Tu padre estaba profundamente dormido; era una noche tan calurosa que se había quitado la sábana y tenía el pecho desnudo. Lo primero que vi fue la pistola en la mesilla de noche junto a su cama. Supongo que sí que temía que Rufus Bennett volviese, después de todo. De repente pensé que sería mejor dispararle. Sería más seguro y más rápido; y si te despertabas, sabía que podía escaparme y que todo el mundo pensaría que él mismo se había pegado un tiro.

»Cogí la pistola y se la puse contra la cabeza. Nunca había disparado, pero sabía cómo se hacía. Apreté el gatillo, pero no funcionaba. Tu padre se movió un poco, yo me volví loca de horror y le golpeé en la cabeza con la pistola. Abrió los ojos y gritó; entonces solté la pistola y cogí esto —explicó Phoebe Dole señalando a las grandes tijeras que colgaban de su cintura—, porque tengo bastante fuerza en las muñecas. Solo le asesté dos golpes, en el corazón.

»Luego regresé a la sala de estar. Me pareció oír un ruido en la cocina (para entonces estaba aterrorizada) y me metí en la alacena. Noté que me desmayaba y me aferré al estante para no caerme.

»Sentí el impulso de subir a ver si estabas dormida y asegurarme de que no te habías despertado con el grito de tu padre. Subí las escaleras con sigilo hasta tu alcoba. Parecías profundamente dormida, pero, mientras te observaba, te moviste un poco; en lugar de astarte a ti también un golpe, me metí en tu armario. No volví a oírte. Notaba la humedad de la sangre. Cogí algo que colgaba de tu armario y me limpié. Por el tacto supe que era el vestido de seda verde. Estabas en silencio; como vi que seguías dormida, salí del armario y me escabullí escaleras abajo; cogí la ropa y los zapatos. Fuera, en el cobertizo, me quité el mono y me vestí. Enrollé el mono, quité una tabla del pozo y lo tiré allí antes de irme a casa. Pensé que si lo encontraban no constituiría una prueba en mi contra. El pañuelo, que no estaba demasiado manchado, lo puse en remojo esa misma noche y lo lavé por la mañana, antes de que se levantase Maria. Aquella noche me lavé las manos y los brazos con cuidado, y también limpié las tijeras.

»Esperaba que acusaran a Rufus Bennett de asesinato, y quizá que lo colgasen. Estaba preparada para eso, pero no me gustaba la idea de arrojar sospechas sobre ti al haberte manchado el vestido. No tenía nada en tu contra. Decidí hacerme con ese vestido antes de que nadie sospechase de ti y teñirlo de negro. Entré y lo cogí, eso ya lo sabes. Me quedé boquiabierta al ver que apenas tenía manchas. Solo encontré dos o tres puntitos que apenas se distinguían. No sabía qué pensar. Sospeché, por supuesto, que habías encontrado las manchas y las habías lavado, pensando que podrían atraer sospechas sobre ti.

»No veía cómo podrías sospechar de mí. Me alegré mucho cuando soltaron a tu enamorado. No tenía nada en su contra. Esto es todo lo que tengo que decir.

Creo que entonces debí de desmayarme. No puedo describir la pavorosa calma con la que la mujer contó todo esto, aquella mujer de rostro amable a quien había oído rezando en la iglesia como una santa. Desde entonces creo en la posesión demoniaca.

Cuando volví en mí, los vecinos se hallaban a mi alrededor, me ponían alcanfor en la cabeza mientras me tranquilizaban entre susurros, y la cordialidad había vuelto a su rostro. ¡Ojalá pudiese yo olvidar!

Se han llevado a Phoebe Dole, es lo único que sé. No soporto hablar más del tema cuando pienso que habrá un juicio y que tendré que comparecer.

Henry ha venido esta tarde. Supongo que seremos felices después de todo, cuando tenga algo de tiempo para reponerme de todo esto. Dice que ya no tengo nada de qué preocuparme. El señor Dix se ha marchado. Espero que Henry y yo podamos recompensarle por su amabilidad algún día.

*Un mes más tarde.* Acabo de oír que Phoebe Dole ha muerto en prisión. Esta es mi última entrada. ¡Que Dios ayude a todas las demás mujeres inocentes que se hallen en aprietos como me ha ayudado a mí!

## ANNA KATHARINE GREEN (1846–1935)

Anna Katharine Green es una de las figuras más destacadas de la historia del relato de detectives. Su personaje más celebre, el incansable y sardónico Ebenezer Gryce del Departamento de Policía de Nueva York, es una de las grandes creaciones de la primera época del género y merece más atención de la que suele recibir en nuestros días. Green también creó a dos mujeres detectives: la divertidísima Amelia Butterworth, que aparece en este capítulo sacado de su primera aventura, y una temperamental joven de mundo llamada Violet Strange, que aparecerá más tarde en esta misma antología.

Algunos críticos citan una *dime novel* titulada *The Dead Letter*, de Seeley Regester, cuyo nombre real era Metta Victoria Fuller Victor, como la primera historia de detectives escrita por una mujer. Pero el detective de Regester, el señor Burton, confía a menudo en las visiones sobrenaturales de su sufrida hija —cuyo don explota él con insensibilidad a pesar de la factura que le pasan los trances a la ya maltrecha salud de la muchacha—; este elemento paranormal basta para que no consideremos el libro una novela de detectives legítima. Además, Regester tiene un concepto demasiado deshilvanado de la trama, que depende en demasía de la coincidencia. Green se vio influida por la novela de Regester, según puede determinarse a partir de cierta similitud en elementos clave, como el interés romántico del narrador en una de las hermosas hijas de la víctima.

No obstante, cuando Green publicó su primer libro, *El caso Leavenworth*, en 1878, superó en gran medida a Regester en trama, caracterización, ingenio y elegancia en el estilo. Llevaba seis años trabajando en secreto en la novela antes de enseñársela a su padre, abogado cuyas experiencias ayudaron a inspirar el libro, y se quedó de piedra cuando se convirtió en un gran éxito de ventas. El primer caso de Ebenezer Gryce se convirtió incluso en lectura obligada en la Facultad de Derecho de Yale, como ejemplo de los peligros de las pruebas circunstanciales. Green creció en Brooklyn y en Buffalo, y ambientó la mayor parte de sus tres docenas de libros en la ciudad de Nueva York o en algún otro lugar del estado.

No sería hasta 1897, momento en que su carrera contaba ya con dos décadas, cuando Green introdujo a la segunda detective, la señorita Amelia Butterworth, que narra con su propia voz los tres casos que comparte con Ebenezer Gryce. El valor y la inteligencia de Butterworth desbrozó el camino para las detectives, desde la señorita Marple hasta Veronica Mars. A pesar de que a su debut le siguieron otras dos novelas,

la más sólida tanto en términos de trama como de personajes es la primera, *El asunto de la puerta de al lado* (que también se publicó con el título de *El misterio de Gramercy Park*). Más tarde, en ese mismo libro, cuando se produce el primer encuentro entre Butterworth y el famoso detective de la policía Ebenezer Gryce, él concluye erróneamente que se trata de una entrometida, sin más. Su error estriba en el «sin más». Con el tiempo desarrollará un gran respeto por ella, y en aventuras posteriores evolucionarán hasta acabar siendo algo así como un equipo no oficial.

(Si desean más información sobre Anna Katharine Green, pueden leer la introducción de «La segunda bala»).

# El asunto de la puerta de al lado

(1897)

## I

### Un descubrimiento

No soy una mujer indiscreta, pero cuando, en mitad de una cálida noche de septiembre, oí que un carruaje se acercaba a la casa vecina y se detenía, no pude resistir la tentación de levantarme de la cama y echar un vistazo por entre las cortinas de mi dormitorio.

En primer lugar, porque la casa estaba vacía, o eso se suponía, pues la familia seguía en Europa, según tenía yo razón para creer; y en segundo lugar porque, como no soy indiscreta, a menudo me pierdo en mi solitaria vida de soltera mucho de lo que sería tanto interesante como provechoso que supiera.

Por suerte, aquella noche no cometí ese error. Me levanté y miré hacia fuera y, a pesar de que entonces estaba lejos de sospecharlo, al hacerlo di el primer paso hacia una investigación que ha acabado...

Pero es demasiado pronto para hablar del final. Mejor déjenme contarles lo que vi al separar las cortinas de mi ventana de Gramercy Park la noche del 17 de septiembre de 1895.

A primera vista, no mucho, solo un coche de punto normal y corriente parado ante el bordillo de la casa vecina. La farola que se supone que debe alumbrar nuestra parte de la manzana se halla al menos a una decena de yardas, al otro lado de la calle, de modo que tuve que contentarme con vislumbrar veladamente a un joven y a una mujer allí debajo, en la acera. No obstante, pude observar que la mujer —y no el hombre— depositaba dinero en la mano del cochero. Al momento siguiente se hallaban en las escaleras de la casa que tanto tiempo llevaba cerrada, y el coche siguió su camino.

Estaba oscuro, como ya he dicho, y no reconocí a los jóvenes; al menos sus figuras no me resultaban familiares; pero cuando, un momento más tarde, oí el chasquido de una llave y los vi desaparecer de las escaleras, tras hurgar largamente en la cerradura, di por sentado que se trataba del hijo mayor del señor Van Burnam, Franklin, y que la dama sería alguna pariente de la familia; aunque por qué el miembro más puntilloso del clan traía a una invitada a una casa desprovista de lo necesario para acomodar al visitante menos exigente constituía un misterio que decidí consultar con la almohada.



Sin embargo, no conseguía resolverlo, y cuando transcurrieron unos diez minutos y me disponía a seguir durmiendo, volvieron a despertarme ruidos procedentes de la residencia de marras. La puerta que acababa de oír cerrarse se abrió de nuevo, y aunque tuve que darme prisa, conseguí llegar a mi ventana a tiempo para entrever la figura del joven, que se marchaba a toda prisa en dirección a Broadway. La joven no estaba con él, y al darme cuenta de que la había dejado en el gran caserón vacío, sin luz visible y ciertamente sin compañía alguna, comencé a preguntarme si aquello era propio de Franklin van Burnam. ¿No era algo más acorde con el carácter imprudente de su hermano Howard, más laxo y menos de fiar, que hacía dos o tres años se había casado con una joven de antecedentes no muy satisfactorios y que, a resultas de aquello, según me habían dicho, había sido condenado al ostracismo por su familia?

Fuese quien fuese de los dos, lo cierto es que había mostrado escasísima consideración por su acompañante, y mientras pensaba en todo ello, me quedé dormida en el momento en que el reloj daba la media después de las doce.

A la mañana siguiente, en cuanto la decencia me permitió acercarme a la ventana, sometí la casa vecina a una estrecha vigilancia. No se abrió ni una persiana, ni una contraventana cambió de posición. En aquel momento no me extrañó, pues soy madrugadora, pero cuando después del desayuno volví a mirar y seguí sin detectar señales de vida en la gran fachada contigua, comencé a inquietarme. Con todo y con eso, no hice nada hasta mediodía, momento en el que me dirigí a mi jardín trasero y, al observar que las ventanas traseras de los Van Burnam estaban tan cerradas como las delanteras, me entró tal nerviosismo que detuve al primer policía que vi pasar y, tras contarle todas mis sospechas, le conminé a que llamase al timbre.

No hubo respuesta a su llamada.

—No hay nadie —dijo.

—¡Llame de nuevo! —supliqué.

Y él volvió a llamar, pero sin obtener mejor resultado.

—¿Es que no ve que la casa está cerrada? —rezongó—. Por mucho que me ordene vigilar este sitio, no hay nadie a quien vigilar.

—Hay una joven dentro —insistí—. Cuanto más pienso en el incidente de anoche, más convencida estoy de que habría que investigar el asunto.

Se encogió de hombros y se disponía a marcharse cuando observamos que había una mujer de apariencia corriente allí plantada, mirándonos. Llevaba un bulto en la mano y su rostro lucía, además de una rojez excesiva, una mirada asustada que resultaba aún más llamativa por el hecho de pertenecer a una de esas caras imperturbables que en circunstancias normales son capaces de escasa expresión. Su rostro no me era desconocido; es decir, la había visto dentro o alrededor de la casa que en aquel momento suscitaba nuestro mayor interés; y sin detenerme a poner freno alguno a mi agitación, bajé a la acera a toda prisa y la abordé.

—¿Quién es usted? —pregunté—. ¿Trabaja para los Van Burnam? ¿Sabe usted quién era la dama que vino ayer por la noche?

La pobre mujer, sobresaltada por mi súbita aproximación o por mis maneras, que quizá resultasen algo bruscas, dio un rápido bote hacia atrás, y solo la presencia cercana del policía la disuadió de intentar huir. Tal y como estaban las cosas, se mantuvo en su posición, aunque el extremo sonrojo que llamaba la atención sobre su rostro se hizo más profundo, hasta que sus mejillas y sus cejas se pusieron de color escarlata.

—Soy la limpiadora —protestó—. He venido a abrir las ventanas y a airear la casa —dijo, ignorando mi última pregunta.

—¿Vuelve la familia?

—No lo sé; eso creo. —Fue su débil contestación.

—¿Tiene usted las llaves? —inquirí en ese momento, al verla hurgar en los bolsillos.

No respondió; una mirada astuta substituyó a la expresión más bien inquieta que había mostrado hasta entonces, y se dio la vuelta.

—No veo que eso sea asunto de los vecinos —murmuró, mostrando el ceño fruncido al girar la cabeza por encima del hombro.

—Si tiene usted las llaves, entraremos a comprobar que todo va bien —dijo el policía, deteniéndola con un ligero toque.

Tembló; la vi temblar y, naturalmente, me inquieté. Algo pasaba en la mansión Van Burnam y yo iba a estar presente en el descubrimiento. Pero sus siguientes palabras cortaron las alas de mi esperanza.

—No tengo objeción alguna a que entre usted —le dijo al policía—, pero no le entregaré mis llaves a la señora. ¿Qué derecho tiene ella a entrar en la casa?

Y me pareció oírla murmurar algo sobre una solterona metomentodo.

La mirada que recibí por parte del policía me convenció de que mis oídos estaban en lo cierto.

—La señora tiene razón —declaró. Y, tras apartarme de un empujón de lo más irrespetuoso, se dirigió a la puerta del sótano, en el que él y la supuesta limpiadora desaparecieron de inmediato.

Esperé en la parte delantera. Sentía que era mi deber hacerlo. Los transeúntes se detenían un instante a mirarme antes de seguir su camino, pero permanecí en mi puesto sin inmutarme. No sentiría que estaba justificado volver a mi hogar y mis asuntos hasta que me dijeran que la joven a la que había visto entrar a medianoche se encontraba bien y que su retraso en abrir las ventanas se debía únicamente a una caprichosa pereza. Pero me hizo falta paciencia y bastante valor para permanecer allí. Transcurrieron varios minutos hasta que advertí que habían abierto las contraventanas del tercer piso, y un buen rato más hasta que levantaron una ventana de la segunda planta y el policía miró hacia fuera solo para encontrarse con mi mirada inquisitiva y desaparecer rápidamente de nuevo.

Mientras tanto, tres o cuatro personas se habían detenido en la acera, junto a mí; se trataba del núcleo de una multitud que no tardaría mucho en congregarse, y yo

empezaba a sentir que estaba pagando demasiado cara mi virtuosa resolución cuando la puerta principal se abrió de golpe y vimos el contorno tembloroso y la cara desencajada de la limpiadora.

—¡Está muerta! —gritó—. ¡Está muerta! ¡Asesinato!

Y habría dicho más si el policía no la hubiese apartado con un gruñido que sonaba bastante a maldición reprimida.

Me habría cerrado la puerta en las narices si no hubiese actuado con la rapidez del rayo. Pero entré antes de que se cerrase de un portazo, por fortuna; pues justo en ese momento la limpiadora, que no había cesado de palidecer, cayó redonda en la entrada, y el policía, que no era el tipo de persona que querría tener cerca en un momento difícil, dio la impresión de sentirse incómodo por aquella nueva urgencia, y me dejó levantar a la pobre mujer y llevarla un poco más adentro, al vestíbulo.

Se había desmayado y había que hacer algo por ella; pero, a pesar de mi disposición natural a echar una mano donde hace falta, no bien me aproximé a la puerta del salón de recibir visitas divisé una imagen tan aterradora que sin querer la mujer se me escurrió de los brazos y dio con sus huesos en el suelo.

En la penumbra de un sombrío rincón (pues la habitación carecía de luz a excepción de la que entraba por la puerta en la que yo me encontraba) yacía la figura de una mujer bajo un mueble desplomado. Solo resultaban visibles su falda y los brazos extendidos; pero nadie que contemplase el rígido contorno de sus miembros podía dudar ni por un momento de que estaba muerta.

Ante una imagen tan dantesca y, a pesar de todos mis temores, tan inesperada, sentí un malestar que en otro momento habría acabado también en desmayo, si no me hubiese dado cuenta de que no era de recibo perder el sentido en presencia de un hombre que de por sí tenía tan poco. De modo que me sacudí mi debilidad temporal y, girándome hacia el policía, que vacilaba entre la silueta inconsciente de la mujer fuera de la puerta y la figura muerta de la otra dentro, exclamé bruscamente:

—¡Vamos, hombre, en marcha! La mujer de dentro está muerta, pero esta está viva. Tráigame una jarra de agua de abajo si puede, y busque luego la ayuda que necesite. Yo le esperaré aquí y reanimaré a la mujer. Es fuerte, no tardaré mucho.

—¿Que se va a quedar aquí sola con...? —comenzó.

Pero lo detuve con una mirada desdeñosa.

—Por supuesto que me quedaré, ¿por qué no? ¿Qué se puede temer de los muertos? Sálveme usted de los vivos, que ya me encargaré yo de salvarme de los muertos.

Pero la sospecha había ensombrecido su rostro.

—Vaya usted a buscar el agua —ordenó—. ¡Y óigame bien! Limítese a pedirle a alguien que llame a la comisaría y avise al juez de instrucción y a un oficial de policía. No abandonaré esta sala hasta que venga uno u otro.

Lo inoportuno de la precaución me hizo sonreír, pero, siguiendo mi regla invariable de no discutir nunca con un hombre a no ser que vea un modo de sacarle

ventaja, hice lo que me ordenaba, a pesar de que me resultaba odioso abandonar el lugar y su doloroso misterio, aun por tan poco tiempo.

—Suba a la segunda planta —exclamó, mientras yo dejaba atrás la prostrada figura de la limpiadora—. Dígales lo que quiera, pero por la ventana; si no se nos meterá media calle aquí dentro.

Así que corrí escaleras arriba (siempre había deseado visitar esta casa, pero la señora Van Burnam nunca me había dado pie), y tras atravesar el cuarto de estar, cuya puerta se hallaba abierta de par en par, acudí presurosa a la ventana para dirigirme a la multitud, que para entonces se extendía mucho más allá del bordillo.

—¡Un policía! —exclamé—. ¡Un policía! ¡Ha habido un accidente y el hombre que se encarga del asunto necesita que vengan el juez de instrucción y un oficial de policía de la comisaría!

«¿Quién está herido? ¿Es un hombre? ¿Una mujer?», gritaron unos cuantos; otros chillaban «¡Déjennos pasar!»; pero la imagen de un muchacho corriendo al encuentro de un policía me tranquilizó con el pensamiento de que pronto vendrían en nuestra ayuda, así que metí la cabeza y miré a mi alrededor buscando solución para la siguiente necesidad: agua.

Me hallaba en la alcoba de una dama, probablemente en la de la mayor de las señoritas Van Burnam; pero se trataba de una alcoba que llevaba meses desocupada y, como es natural, carecía de los objetos básicos que me habrían sido de ayuda en ese momento. No había agua de colonia en la cómoda, ni alcanfor en la repisa de la chimenea. Pero había agua en las tuberías (algo en lo que había cifrado todas mis esperanzas) y una taza en el aguamanil; así pues, llené la taza y corrí con ella en dirección a la puerta, tropezando al hacerlo con un pequeño objeto; observé que se trataba de un pequeño acerico redondo. Lo recogí, pues el desorden me resulta odioso, lo coloqué en una mesa cercana y seguí mi camino.

La mujer estaba aún inconsciente al pie de las escaleras. Le eché el agua en la cara e inmediatamente volvió en sí.

Se incorporó y estuvo a punto de despegar los labios, pero se contuvo. Aquel hecho me pareció extraño, no obstante no dejé traslucir mi sorpresa.

Mientras tanto, eché un vistazo furtivo al salón de las visitas. El agente de policía seguía donde yo lo había dejado, con la mirada puesta en la figura postrada ante él.

No había signo alguno de sensibilidad en su pesado semblante y no había abierto ni una contraventana ni había, según podía observar, desordenado objeto alguno en la sala.

El carácter misterioso de todo el asunto me fascinaba a mi pesar; dejé a la mujer, ahora completamente despierta, en el vestíbulo, y me encontraba ya en medio del salón de las visitas cuando me detuvo un chillido de ella.

—¡No me deje aquí sola! Nunca he visto nada tan horrible. ¡Pobrecilla! ¡Pobrecilla! ¿Por qué no le quita el policía esas cosas horribles de encima?

Se refería no solo al mueble que había caído sobre la mujer, y que podría encajar

en la descripción de un aparador con puertas en la parte inferior y baldas en la superior, sino a la variedad de adornos que se habían desplomado de los estantes y que ahora yacían hechos trizas a su alrededor.

—Lo hará; lo harán muy pronto —respondí—. Está esperando a que llegue alguien con más autoridad que él; el juez de instrucción, no sé si sabe usted lo que es.

—Pero ¿y si está viva? Esas cosas la van a aplastar. Quitémoslas. No estoy demasiado débil para ayudar.

—¿Sabe usted quién es esta persona? —pregunté, pues su voz desvelaba más emoción de lo que me parecía natural dadas las circunstancias, por horribles que fueran.

—¿Yo? —repitió, y sus débiles párpados temblaron por un momento mientras se esforzaba por resistir a mi escrutinio—. ¿Cómo iba a saberlo? Yo entré con el policía y no he llegado más cerca de lo que estoy ahora. ¿Qué le hace pensar que sé algo de ella? Si yo no soy más que la limpiadora y ni siquiera conozco los nombres de la familia.

—Me daba la impresión de que estaba usted muy nerviosa —expliqué, suspicaz ante su suspicacia, de una naturaleza tan taimada y enfática que tornaba su comportamiento de miedoso en artero.

—¡Y quién no lo estaría ante la imagen de una pobre criatura aplastada bajo una montaña de loza rota!

¡Loza! ¡Loza esos jarrones japoneses que valían centenares de dólares! ¡Ese reloj de similor y esas figuritas de porcelana de Dresde que debían de contar con más de dos siglos de antigüedad!

—Pues qué lamentable sentido del deber el que deja que un hombre se quede ahí plantado, sin hacer ni decir nada, cuando con un gesto de la mano podría mostrarnos su linda cara, esté viva o muerta.

Como tal arrebato de indignación era bastante natural y no carecía completamente de motivos desde el punto de vista humano, asentí en señal de aprobación, deseando yo misma ser un hombre para poder levantar el pesado aparador o lo que fuese aquello que yacía sobre la pobre criatura. Pero como no era un hombre, y no consideraba prudente irritar al único representante de dicho sexo allí presente, no hice comentario alguno; me limité a adentrarme unos cuantos pasos en la habitación, seguida, como luego percibí, por la limpiadora.

Los salones de recibir visitas de los Van Burnam estaban separados por un arco abierto. La mujer yacía a la derecha del arco, en la esquina, frente a la entrada. A simple vista, ya que me había acostumbrado a la semipenumbra que nos envolvía, advertí dos o tres hechos que hasta entonces se me habían escapado. El primero era que la mujer yacía de espaldas, con los pies apuntando hacia la puerta del vestíbulo; y el segundo, que en ninguna parte de la habitación, salvo en su inmediata cercanía, se veían señales de lucha o desorden. Todo estaba tan bien dispuesto como en mi propio salón cuando lleva tiempo sin que lo altere ninguna visita; y a pesar de que no veía

demasiado de las habitaciones contiguas, parecían exhibir un orden semejante.

Entretanto la limpiadora estaba intentando encontrar una explicación para el aparador volcado.

—¡Pobrecilla! ¡Pobrecilla! ¡Debe de habérselo tirado encima ella misma! Pero ¿cómo entró en la casa? ¿Y qué hacía en este caserón vacío?

El policía, a quien evidentemente iban dirigidas estas observaciones, refunfuñó una respuesta ininteligible y, en su perplejidad, la mujer se volvió hacia mí.

Pero ¿qué podía decirle yo? Tenía mi propio conocimiento del asunto, pero no era ella persona en quien yo pudiese confiar, así que sacudí con estoicismo la cabeza. Doblemente decepcionada, la pobre se amilanó, tras mirar primero al policía y luego a mí de un modo extraño, suplicante, difícil de comprender. Luego sus ojos volvieron a posarse en la muchacha muerta a sus pies y, al estar más cerca que antes, es evidente que vio algo que la sobresaltó, pues se puso de rodillas con un gritito y comenzó a observar las faldas de la muchacha.

—¿Qué mira usted por ahí? —gruñó el policía—. ¡Haga el favor de levantarse! Nadie que no sea el juez de instrucción tiene derecho a tocar nada aquí.

—No hago nada malo —protestó la mujer, con voz extraña, temblorosa—. Solo quería ver lo que la pobre llevaba puesto. Una tela azul, ¿no?

—Sarga azul —respondí—; industrial, pero de muy buena calidad; debe de ser de los almacenes Altman's o Stern's.

—No... no estoy acostumbrada a este tipo de imágenes —tartamudeó la limpiadora, levantándose a trompicones; daba la impresión de que el poco juicio que le quedaba se había marchado de vacaciones por tiempo indefinido—. Cre... creo que debería marcharme a casa.

Pero no se movió.

—La pobrecilla es joven, ¿no? —insinuó a continuación, con un extraño tono en la voz que otorgaba a la pregunta un aire de vacilación y duda.

—Creo que es más joven que usted y que yo —me digné responder—. Sus zapatos estrechos y puntiagudos dan fe de que no ha alcanzado la edad de la discreción.

—¡Sí, sí, eso es! —exclamó la limpiadora, con ansia; demasiada ansia para que la ingenuidad fuese perfecta—. ¡Por eso he dicho yo «pobrecilla» y he hablado de su cara bonita! Me da pena que la gente joven se meta en problemas, ¿a usted no? Usted y yo podríamos estar aquí tiradas y nadie saldría perjudicado, pero una dulce dama como ella...

Aquello no era muy halagador para mí, pero un grito prolongado procedente de fuera, de la entrada, me impidió soltarle una reprimenda; al mismo tiempo se oyó un tumulto en la puerta principal y el agudo tintineo de la campana.

—Los de comisaría —anunció el policía, impasible—. Abra la puerta, señora; o retroceda al vestíbulo interior si quiere que lo haga yo.

Tal descortesía era improcedente; pero considerándome una testigo demasiado

importante como para mostrar mis sentimientos, me tragué la indignación y avancé con toda mi dignidad innata hacia la puerta principal.

## GEORGE R. SIMS (1847–1922)

En 1922, cuando George Robert Sims murió en Londres, dos días después de su septuagésimo quinto cumpleaños, el *Times* afirmó que «ningún otro periodista ha ocupado nunca un lugar tan destacado en el cariño no solo del gran público, sino también de las personas con gustos más exigentes». Si bien puede pecar de exagerada, esta observación no deja de dar fe de la relevancia de este escritor versátil y prolífico. Nació en 1847 en Londres, casi el mismo día en que lo hacía el futuro forajido Jesse James en Misuri (lo cual nos recuerda la enorme panoplia de personajes que se agrupan sin ton ni son bajo la etiqueta mental de «era victoriana»). Al crecer se convirtió en un *bon vivant* paradigmático, un escritor de grandes éxitos y un dramaturgo popular, además de en un cruzado contra las miserias sociales.

Sims era un hombre vivaz y memorable, como uno podría esperar de tan noble apellido. Algunas fotografías de su mediana edad muestran a un hedonista con chaleco, barba a lo Alberto de Sajonia y un ramillete de flores en la solapa. En tanto que autor de numerosos libros de éxito, Sims cobró muchos derechos en su vida y no los guardaba en el banco. Cuando no estaba boxeando o jugando al bádminton, se dedicaba a dilapidar su dinero en carreras de caballos.

Sin embargo, Sims también donaba sumas considerables a la beneficencia. Era el mayor de seis hijos y recibió el apellido de su padre, próspero hombre de negocios socialmente progresista; pero heredó muchos de sus intereses vitales de su madre, Louisa Amelia Ann Stevenson, que, siendo presidenta de la organización que se convertiría en el sindicato femenino Women's Trade Union League, presentaba al joven George a sufragistas, actores y músicos. Sus escritos dejan traslucir su conciencia del feminismo y otras cuestiones sociales. Al igual que Arthur Conan Doyle, que intervenía de vez en cuando en casos criminales reales (siendo el más famoso de ellos el caso de George Edalji, a quien defendió de una acusación injusta), Sims llegó incluso a dejar su huella en la historia legal. Luchó para asegurar el indulto de Adolph Beck, un inmigrante noruego encarcelado por error. Juntos, Sims y Conan Doyle influyeron notablemente en el movimiento que culminó en la fundación del Tribunal de Apelación de lo Penal en 1907.

Sims comenzó su carrera como escritor satírico para el semanal victoriano *Fun*, un rival más barato del omnipresente *Punch*. Estaba en buena compañía. Las contribuciones del *Fun* a la historia van desde servirle de cuna a los versos absurdos de William S. Gilbert —antepasados de sus óperas cómicas— hasta publicar la hoy



famosa viñeta cómica que representa a Darwin como un mono de larga cola que examina con detalle el polisón de una mujer buscando pistas sobre sus antepasados evolutivos. A Sims le encantaba el teatro. La mayor parte de sus treinta y tantas obras fueron adaptaciones de farsas francesas y de otros países europeos. Su autobiografía se detiene en su obra teatral y periodística más que en sus novelas y demás obras narrativas; los relatos policíacos conformaban un porcentaje tan pequeño de su producción literaria que apenas los menciona.

Sin embargo, realizó una contribución notable al género. En 1897 publicó *Dorcas Dene, detective: Her Life and Adventures*. Su popularidad permitió que Sims escribiese una segunda antología al año siguiente, y aparecieron varias adaptaciones cinematográficas mudas a lo largo de su vida. «El hombre de ojos feroces» ocupaba los capítulos tercero y cuarto del primer tomo. El primer relato, «The Council of Four», no es el más logrado de la serie, pero comienza con una vivaz explicación de cómo Dorcas Dene se convirtió en detective. En la presente versión de «El hombre de ojos feroces», la historia (que en realidad comienza tras el primer aparte) se abre con ese material adicional.

Puede que Dorcas Dene les recuerde a Sherlock Holmes. Al igual que Conan Doyle, Sims solía comenzar la historia con una situación improbable cuya causa es desvelada solo a base de razonamiento y trabajo de campo. Dene recuerda al maestro también por su talento para la suplantación, su incansable persecución del adversario y la atención que presta a las huellas y las incoherencias; incluso le da permiso a su abnegado Watson para que escriba sus aventuras. Y, de nuevo al igual que Conan Doyle, Sims no dudaba en marcar la baraja a favor de su protagonista, permitiéndole escuchar susurros y vislumbrar detalles reveladores.

Dene apareció por primera vez tres años después de que un aburrido Arthur Conan Doyle enviase a su famosa creación a forcejear con Moriarty por encima de las cataratas de Reichenbach, donde moriría despeñado. (Acosado por seguidores y periodistas, Conan Doyle acabó por rendirse al destino en 1903 y revelar que Holmes no había muerto en la caída). Dene comienza su carrera de suplantación como actriz, lo cual no resulta sorprendente; su Watson es un dramaturgo llamado Saxon, que conocía a la señorita Lester, actriz, antes de que se convirtiese en la señora Dene, detective. Igual que Holmes, Dene es detective profesional y también una apasionada guardiana de las causas justas. Su mundo está lleno de tragedias y desgracias, violencias alcoholizadas y traiciones familiares. En un relato, rescata a la primera esposa de un millonario, enjaulada y drogada, del escondite en el que muere lentamente envenenada. Aparte de ignorar la ley en ocasiones, Dene comete un solo crimen: llamar a su bulldog Toddlekins.

# El hombre de los ojos feroces

(1897)

Cuando conocí a Dorcas Dene se llamaba Dorcas Lester. Acudió a mí con la carta de un agente teatral; quería un papel pequeño en la obra que entonces estábamos ensayando en un teatro del West End.

Era por completo desconocida en la profesión. Me dijo que quería actuar. ¿Le daría yo una oportunidad? Le ofrecí un papel de criada que contaba con un par de líneas. Las recitó de maravilla, y se quedó en el teatro casi doce meses, sin pasar de los «papeles pequeños», pero actuando siempre excepcionalmente bien.

El último papel que representó fue el de una vieja arpía. Nos quedamos todos boquiabiertos cuando pidió que la dejásemos representarlo, pues era una mujer joven y atractiva, y las mujeres jóvenes y atractivas por lo general desean sacarle partido a su apariencia en el escenario.

Dorcas Lester tuvo un éxito rotundo en el papel de anciana. A pesar de que solo estuvo en escena unos diez minutos en un acto y cinco minutos en otro, todo el mundo comentó lo realista y bien estudiada que resultó su interpretación.

Abandonó la obra a mitad de las representaciones, y pensé que se había casado y había dejado la profesión.

Transcurrieron ocho años antes de que volviésemos a encontrarnos. Yo tenía que tratar un asunto con un conocido abogado del West End. El pasante, creyendo que su jefe estaba solo, me hizo entrar de inmediato a su despacho. El señor... estaba enfrascado en la conversación que mantenía con una dama. Me disculpé.

—No pasa nada —dijo el señor...—, la señora estaba a punto de marcharse.

Ella, dándose por enterada, se levantó y salió.

Vi sus rasgos al pasar delante de mí, pues no se había bajado el velo, y me resultaron familiares.

—¿Quién cree usted que era? —dijo el abogado en tono misterioso cuando se cerró la puerta.

—No lo sé —repuse—, pero me parece haberla visto antes en algún sitio. ¿Quién es?

—Se trata, querido amigo, de Dorcas Dene, la famosa detective. Quizá usted no haya oído hablar de ella, pero cuenta con una gran reputación entre los de mi oficio y la policía.

—¿Ah, sí? ¿Es investigadora privada o miembro del Departamento de Investigación Criminal?

—No tiene un cargo oficial —respondió mi amigo—; trabaja por su cuenta. Ha estado involucrada en algunos de los casos más notables de nuestros días, casos que a veces llegan a los tribunales, pero que con mayor frecuencia se arreglan en el despacho de un abogado.

—Y, si no es indiscreción, ¿qué está haciendo aquí? Usted no se ocupa de casos penales.

—No, yo no soy más que un abogado de familia, anticuado y aburrido, pero un cliente me ha puesto entre manos un caso muy peculiar. No le revelo un secreto profesional si le digo que el joven lord Helsham, que acaba de alcanzar la mayoría de edad, ha desaparecido misteriosamente. El asunto ya ha trascendido a la columna de cotilleos de las páginas de sociedad. Su madre, lady Helsham, que es cliente mía, ha acudido a mí sumida en la más profunda aflicción. Está convencida de que su hijo está vivo y se encuentra bien. La pobre cree con firmeza que se trata de un caso de *cherchez la femme*, y se teme que su hijo, quizá en las garras de alguna mujer sin principios, se vea abocado a contraer una desastrosa *mésalliance*. Esa es la única pista que puede ofrecerme para tan extraordinaria conducta.

—¿Y la famosa detective que acaba de abandonar su oficina habrá de desentrañar el misterio? ¿Es eso?

—Sí. Dado que todas nuestras investigaciones han fracasado, decidí ayer poner el caso en sus manos, pues lady Helsham desea de todo corazón que no se ponga en conocimiento de la policía. Le angustia sobremanera que el escándalo se haga público. Hoy le he transmitido toda la información a Dorcas Dene y acaba de ir a ver a lady Helsham. Y ahora, querido amigo, dígame, ¿qué puedo hacer por usted?

El asunto que me llevaba allí era de la menor importancia. Pronto estuvo discutido y arreglado, y después el señor... me invitó a almorzar con él en un restaurante cercano. Tras el almuerzo lo acompañé de nuevo hasta su oficina, paseando. Al acercarnos, un taxi llegó a la puerta y una dama se apeó.

—¡Por Júpiter! Es su detective de nuevo —exclamé.

La detective nos vio y se acercó a nosotros.

—Perdone —le dijo al señor...—, solo quiero comentarle un par de cosas.

Algo en su voz me sobresaltó, y de repente recordé dónde la había visto antes.

—Le ruego que me perdone —intervine—, pero ¿no somos viejos amigos?

—Desde luego —respondió la detective con una sonrisa—; lo reconocí de inmediato, pero pensé que se habría olvidado de mí. He cambiado bastante desde que dejé el teatro.

—Habrá cambiado de nombre y de profesión, pero no de apariencia. Debería haberla reconocido de inmediato. ¿Me permite que la espere aquí mientras habla con el señor...? Me gustaría charlar un rato con usted sobre los viejos tiempos.

Dorcas Lester (o más bien Dorcas Dene, como se llama ahora) asintió ligeramente, y me pasé un cuarto de hora largo paseando arriba y abajo por la acera, fumándome un puro, hasta que volvió a aparecer.

—Me temo que lo he hecho esperar un buen rato —dijo en tono jovial—. Ahora, si quiere hablar conmigo, tendrá que acompañarme a casa. Le presentaré a mi marido. No se le ocurra pensar que será un estorbo, pues, de hecho, nada más verlo se me ocurrió que podía serme usted tremendamente útil.

Levantó el paraguas, detuvo un taxi y antes de que pudiese darme cuenta íbamos de camino a Saint John's Wood.

Por el camino Dorcas Dene me hizo algunas confidencias. Me contó que había recurrido a los escenarios porque su padre, que era pintor, había muerto de repente, sin dejarles a ella y a su madre más que unos cuantos cuadros invendibles.

—¡Pobre papá! —exclamó—. Era muy listo y nos quería con locura, pero no fue más que un niño grande hasta el final. Cuando las cosas iban bien se gastaba todo lo que ganaba y disfrutaba de la vida; cuando las cosas iban mal dejaba deudas y empeñaba objetos, y le parecía que aquello tenía su gracia. Un día nos invitaba a cenar al Café Royal y después nos llevaba al teatro, y al día siguiente nos enseñaba cómo vivir con tan poco dinero como él en su juventud en París, en el Barrio Latino, y nos cocinaba en el hornillo del taller.

»Bueno, cuando murió me dediqué al teatro, y al menos, seguro que lo recuerda, ganaba un par de guineas a la semana. Con eso mi madre y yo ocupábamos dos habitaciones en Saint Paul's Road, en Camden Town.

»Luego un joven artista, el señor Paul Dene, que había sido amigo de la familia y nos visitaba constantemente mientras mi padre vivía, se enamoró de mí. Había prosperado con rapidez en su profesión y ganaba un buen dinero. No tenía familia, sus ingresos eran de setecientas u ochocientas libras al año, y al parecer iban en aumento. Paul me pidió la mano y yo acepté. Insistió en que dejase los escenarios; alquilaría una bonita casa, mi madre se vendría a vivir con nosotros y así seríamos todos felices.

»Alquilamos la casa a la que ahora nos dirigimos (un hogar de lo más agradable, con un bonito jardín, en Elm Tree Road, en Saint John's Wood) y durante dos años fuimos muy felices. Luego nos sucedió una terrible desgracia. Paul contrajo una enfermedad y se quedó ciego. Nunca podría volver a pintar.

»Cuando mis cuidados lo ayudaron a recuperarse, supe que el interés de nuestros ahorros apenas llegaba para el alquiler de la casa. No quería desbaratar nuestro hogar. ¿Qué hacer? Pensé de nuevo en los escenarios, y acababa de decidir que iría a ver si podía conseguir un contrato, cuando el azar decidió mi futuro y me proporcionó la oportunidad de empezar una profesión muy diferente.

»En la casa vecina vivía un caballero, el señor Johnson, que era un comisario retirado. Desde su jubilación regentaba una selecta agencia de investigación privada y colaboraba en muchos asuntos familiares delicados con un conocido bufete de abogados que al parecer tiene los secretos de media aristocracia metidos en su caja fuerte.

»El señor Johnson nos visitaba con frecuencia, y no había nada que entretuviese

más a Paul en la calma de nuestras veladas que fumarse una pipa mientras charlaba con el genial y bondadoso comisario retirado. En muchas ocasiones nos quedábamos mi marido y yo hasta la madrugada junto al fuego escuchando extraños relatos sobre crímenes y desentrañando misterios que nuestro amable vecino nos contaba. Nos fascinaba seguir los lentos y prudentes pasos con los que nuestro amigo, que parecía más un alegre marinero que un detective, se abría paso por los laberintos, dignos del palacio de Hampton Court, en cuyo centro se hallaba la verdad de los misterios que debía descifrar.

»Debió de formarse buena opinión del criterio de Paul, pues al poco comenzó a venir para comentar casos que tenía entre manos (sin mencionar nombres cuando se trataba de asuntos confidenciales) y el punto de vista de Paul sobre el misterio más de una vez resultó ser el correcto. A base de frecuentar al señor Johnson, comenzamos a interesarnos por su trabajo, y cuando aparecía un gran caso en los periódicos que daba la impresión de desafiar los esfuerzos de Scotland Yard, Paul y yo lo comentábamos juntos, lo discutíamos y formábamos nuestras propias teorías al respecto.

»Cuando mi pobre Paul perdió la vista, el señor Johnson, que era viudo, venía cada vez que estaba en casa (muchos de sus casos lo apartaban de Londres durante semanas) e intentaba animar a mi pobre muchacho contándole el último romance o escándalo en que se hubiese visto involucrado.

»En estas ocasiones mi querida madre, que es una mujer anticuada y sencilla, no tardaba en excusarse y marcharse. Afirmaba que escuchar las historias del señor Johnson la ponía nerviosa. Que acabaría por pensar que cualquier persona que conocía poseía un oscuro secreto y que el mundo era una gran cámara de los horrores con figuras vivas en lugar de estatuas de cera, como las que hay en el museo de Madame Tussaud.

»Le había explicado al señor Johnson nuestra situación cuando supe que sería necesario buscarme una ocupación para complementar las cien libras anuales, lo único que nos aportaba el dinero de Paul, y él estuvo de acuerdo en que los escenarios eran la mejor opción.

»Una mañana me decidí a acudir al agente. Me arreglé lo mejor posible y consulté el espejo. Me preocupaba que las tribulaciones y la larga tensión por la enfermedad de mi marido hubiesen dejado huella en mis rasgos y arruinado mi “valor en el mercado” a los ojos de los empresarios.

»Me había esforzado tanto, y estaba tan concentrada en el objetivo, que cuando me sentí satisfecha con mi apariencia entré corriendo en nuestra salita y, sin pensar, le dije a mi marido:

»—¡Me voy! ¿Cómo me ves, querido?

»Mi pobre Paul posó su mirada invidente sobre mí y le tembló el labio. Al instante me arrepentí de mi atolondramiento. Le eché los brazos al cuello y lo besé; después, con lágrimas en los ojos, salí corriendo y bajé al jardín de la entrada.

Cuando abrí la puerta, el señor Johnson estaba fuera, con la mano en la campana.

«—¿Adónde va? —me preguntó.

»—A ver al agente, a buscar algún contrato.

»—Espere, quiero hablar con usted.

»Lo conduje al interior, al comedor, que estaba vacío.

»—¿Cuánto cree que puede ganar en los escenarios? —preguntó.

»—Bueno, si tengo suerte quizá consiga lo de antes: dos guineas a la semana.

»—En ese caso deje el teatro de momento, porque puedo ofrecerle algo mucho más provechoso. Acabo de recibir un caso en el que voy a necesitar ayuda de una dama; la que trabajaba para mí desde hace dos años ha sido lo suficientemente idiota como para casarse, con las habituales consecuencias, y estoy en un aprieto.

»—¿Quiere... quiere usted que yo sea detective? ¿Que vigile a la gente? —Tragué saliva—. ¡No creo que pueda!

»—Mi querida señora Dene —replicó con suavidad el señor Johnson—, siento demasiado respeto por usted y por su marido como para ofrecerle algo que deba inspirarle recelo. Quiero que me ayude a salvar a un pobre desgraciado que está siendo objeto de tan brutal chantaje que ha tenido que huir de su desolada esposa y sus inconsolables hijos. Se trata, sin duda, de una transacción comercial que un ángel puede acometer sin mancharse las alas.

»—Pero ¡yo no sirvo para... para esas cosas!

»—Sirve más de lo que cree. Me he formado una gran opinión de sus cualidades para nuestro oficio. Posee usted una gran sagacidad y sentido común, es una gran observadora y ha sido actriz. Mire, la familia de la esposa es rica, y obtendré una buena suma si salvo al pobre desgraciado y lo llevo de nuevo a casa. Puedo darle una guinea al día más sus gastos, y solo tendrá usted que hacer lo que yo le diga.

»Reflexioné y acabé por aceptar, con una condición. Quería ver cómo se me daba la cosa antes de decirle nada a Paul al respecto. Si resultaba que ser detective me repugnaba, si resultaba que me obligaba a sacrificar mis instintos femeninos, me despediría y mi marido no sabría nunca que había hecho algo así.

»El señor Johnson aceptó, y nos fuimos juntos a su oficina.

»Así es como me convertí en detective. Resultó que el trabajo me interesaba y que no era tan torpe como yo temía. Tuve éxito en mi primera empresa, y el señor Johnson insistió en que me quedase con él y con el tiempo nos hicimos socios. Hace un año se retiró, recomendándome encarecidamente a sus clientes, y así es como he llegado a ser hoy en día una detective profesional.

—Y una de las mejores de Inglaterra —dije, con una reverencia—. Mi amigo el señor... me ha hablado de su reputación.

Dorcas Dene sonrió.

—Olvídese de mi reputación —dijo—. Hemos llegado a mi casa; ahora tiene que entrar y conocer a mi marido, a mi madre y a Toddlekens.

—¿Toddlekens? Perdóneme... Supongo que se referirá a un bebé, ¿no?

Una sombra cruzó el hermoso rostro femenino de Dorcas Dene, y me dio la impresión de que sus suaves ojos grises se humedecían.

—No, no tenemos familia. Toddlekins es un perro.

Me convertí en visitante asiduo de Elm Tree Road. Había desarrollado una gran admiración por la valiente y sin embargo femenina mujer que, cuando su marido artista se quedó ciego y el futuro pintaba más negro que nunca para ambos, había decidido con arrojo sacarle partido a sus dones y a las oportunidades para emprender con nobleza una profesión que no solo resultaba agobiante y agotadora para una mujer, sino que de ninguna manera se podía decir que estuviera libre de graves riesgos para su persona.

Dorcas Dene siempre estaba encantada de darme la bienvenida en nombre de su marido.

—Paul le ha cogido muchísimo aprecio —me dijo una tarde—; espero que venga a visitarlo y pasar una hora o dos con él cuando tenga oportunidad. Mis casos me apartan mucho de casa; él no puede leer y mi madre, por muy buena intención que tenga, no puede conversar con él más de cinco minutos sin irritarlo. Tiene una visión terriblemente pragmática de la vida que, en palabras de Paul, «provoca úlceras» en su temperamento soñador y artístico.

Yo tenía mucho tiempo libre y de ese modo tomé por costumbre pasarme dos o tres veces por semana a fumar una pipa charlando con Paul. Su conversación siempre resultaba interesante, y la mansa resignación con la que sobrellevaba su terrible calamidad se ganó mi corazón. Pero no me avergüenzo de confesar que mis frecuentes visitas a Elm Tree Road se debían también a mi deseo de ver a Dorcas Dene y de escuchar sus extrañas aventuras y experiencias.

Desde el momento en que supo que su marido valoraba mi compañía me trató como si fuese de la familia, y cuando tenía la suerte de encontrarla en casa comentaba abiertamente sus asuntos profesionales ante mí. Yo le agradecía su confianza, y a veces podía ayudarla acompañándola en los casos en los que la presencia de un compañero masculino era una ventaja material para ella. Una vez me referí a mí mismo como su «ayudante», y después acabé siendo conocido así por todos. Solo había un inconveniente en la alegría que me causaba ayudar a Dorcas Dene en su trabajo de detective. Me daba cuenta de que me resultaría imposible evitar reproducir mis experiencias de una forma u otra. Un día abordé con cautela el asunto.

—¿No le da miedo que su ayudante revele un día los secretos profesionales de su jefa? —pregunté.

—En absoluto —respondió Dorcas; todo el mundo la llamaba Dorcas, y yo también adopté la costumbre cuando supe que ella y su marido lo preferían al formal «señora Dene»—; estoy segura de que no será capaz de resistir la tentación.

—¿Y no tiene objeción?

—No, pero con la condición de que use el material de modo que los casos no puedan identificarse con las partes implicadas.

Aquello me quitaba un gran peso de encima y me dio aún más ganas de resultar útil en tanto que «ayudante» de la encantadora dama que me honraba con tanta confianza.

Una noche, estábamos sentados en el salón después de cenar. La señora Lester hojeaba con desprecio el último número de la revista *Tatler* mientras se preguntaba en voz alta adónde iban a llegar las jóvenes. Paul fumaba la pipa de brezo que había sido su fiel compañera en el taller, cuando el pobre aún podía pintar, y Dorcas estaba tumbada en el sofá. Toddlekings, acurrucado junto a ella, roncaba suavemente, como suelen hacer los de su especie.

Dorcas había tenido una semana dura y llena de emociones, y no le avergonzaba confesar que se sentía un poco exhausta. Acababa de rescatar con éxito a una joven dama de fortuna de las garras de un aventurero ruso sin escrúpulos; había impedido el matrimonio casi en el mismo altar sacando a la luz los trapos sucios del futuro novio, de los que supo, gracias a la ayuda del jefe de la policía francesa, que le debía un favor. No hacía mucho que Dorcas había llevado a cabo una delicada investigación para el *chef de la Sûreté* en la que estaba implicado el hijo de uno de los linajes más nobles de Francia, y había cortado de raíz un escándalo que habría proporcionado material a las habladurías de los bulevares durante al menos un mes.

Paul y yo estábamos conversando en voz baja, pues la acompasada respiración de Dorcas hacía suponer que se había quedado dormida.

De pronto, Toddlekings abrió los ojos y murmuró un iracundo gruñido. Había oído la campana de la puerta delantera.

Un minuto después la criada entró y le tendió una tarjeta a la señora, quien, con los ojos aún entrecerrados, se incorporó en el sofá.

—El caballero dice que debe verla al instante, señora, por un asunto de la mayor importancia.

Dorcas miró la tarjeta.

—Haga pasar al caballero al comedor —le dijo a la criada— y dígame que estaré con él enseguida.

Después se dirigió al espejo que había sobre la repisa de la chimenea y eliminó las huellas de su reciente cabezada.

—¿Lo conoce? —preguntó tendiéndome la tarjeta.

—Coronel Hargreaves, Orley Park, cerca de Godalming. —Negué con la cabeza y Dorcas, con un suspiro cansado, fue a ver a su visitante.

Unos minutos más tarde sonó la campana del comedor, y al momento la criada entró en el salón.

—Por favor, señor —dijo dirigiéndose a mí—, la señora le pregunta si tendría la



amabilidad de reunirse con ella.

Cuando entré en el comedor me quedé asombrado al ver a un hombre anciano de aspecto militar inconsciente en un sillón, y a Dorcas Dene inclinada sobre él.

—Creo que es solo un desmayo —dijo—. Está muy nervioso y agitado, pero si se queda usted aquí un momento iré a buscar un poco de brandi. Por favor, aflójele el cuello de la camisa. ¿O mandamos buscar a un médico?

—No, no creo que sea nada grave —dije, tras una rápida mirada al desvanecido.

En cuanto Dorcas se marchó comencé a desabotonarle el cuello de la camisa al coronel, pero apenas había comenzado cuando, con un profundo suspiro, abrió los ojos y volvió en sí.

—Ya está mejor —le dije—. No se preocupe.

El coronel miró a su alrededor durante un momento y luego dijo:

—Yo... Yo... ¿Dónde está la dama?

—Volverá dentro de un momento. Ha ido a buscar algo de brandi.

—Ya me encuentro mejor, gracias. Supongo que ha sido el nerviosismo; he estado viajando, sin comer, y además tengo un disgusto terrible. No me suelen ocurrir estas cosas, se lo aseguro.

Dorcas volvió con el brandi. El rostro del coronel se iluminó en cuanto ella entró en la sala. Cogió el vaso que le ofrecía y lo vació de todo contenido.

—Ya estoy bien —dijo—. Por favor, déjeme continuar con mi historia. Espero que pueda ocuparse del caso de inmediato. Déjeme ver... ¿Qué estaba diciendo?

Echó una breve e intranquila mirada en mi dirección.

—Puede hablar sin reservas ante el caballero —dijo Dorcas—. Es posible que pueda ayudarnos si desea que lo acompañe a Orley Park. Hasta ahora me ha contado que ayer encontraron a su única hija, que tiene veinticinco años y vive con usted, al borde del lago que tienen en su propiedad, con medio cuerpo metido en el agua. Estaba inconsciente; la llevaron a la casa y la metieron en la cama. Se hallaba usted en Londres en ese momento y ha vuelto a Orley Park esta mañana, en cuanto lo avisaron por telegrama. Hasta ahí había llegado cuando se ha sentido indispuerto.

—¡Sí! —exclamó el coronel—. Pero ahora ya me encuentro bien de nuevo. Cuando llegué a casa esta mañana, poco antes del mediodía, me alivió saber que Maud (así se llama mi pobre hija) estaba consciente y que el médico había dejado recado de que no me alarmase: volvería temprano por la tarde para hablar conmigo.

»Me dirigí de inmediato a la alcoba de mi hija y me la encontré, como es natural, débil y abatida. Le pregunté qué había ocurrido, porque no entendía nada, y me contó que había salido a dar un paseo después de cenar y que debió de marearse cerca del borde del lago y caerse.

—¿Es un lago profundo? —preguntó Dorcas.

—Sí, en el centro sí, pero la orilla carece de profundidad. Es un lago más bien ancho, con una pequeña isla llena de aves en el centro, y tenemos un bote.

—Probablemente se tratase de un desmayo repentino, como el que usted acaba de

sufrir ahora mismo. A lo mejor su hija es propensa a ellos.

—No, es una muchacha fuerte y sana.

—Siento haberlo interrumpido —dijo Dorcas—; siga, por favor, pues supongo que hay algo más que un desmayo tras el accidente, o no habría venido usted a contratar mis servicios.

—Hay mucho más en el asunto —respondió el coronel Hargreaves, dando nerviosos tironcitos a su bigote gris—. Dejé la cabecera de mi hija agradecido a la Providencia por haberla protegido de una muerte tan horrible, pero cuando llegó el médico me confió una información que me causó la mayor incomodidad y alarma.

—¿Él no se creía lo del desmayo? —dijo Dorcas, que observaba con detalle los rasgos del coronel.

El coronel miró a Dorcas Dene, atónito.

—No sé cómo lo ha adivinado —dijo—, pero su suposición es correcta. El médico me contó que él también había interrogado a Maud y le había contado lo mismo: que había sentido un súbito mareo y se había caído al agua. Pero el médico observó que tenía marcas en la garganta y las muñecas amoratadas.

»Al principio, cuando me lo dijo, no entendí a qué se refería. “Habrá sido por la violencia del golpe”, dije.

»El médico negó con la cabeza y me aseguró que ningún accidente podría explicar las marcas que su ojo experto había encontrado. Las del cuello eran producto de un estrangulamiento. Los cardenales de las muñecas solo podían explicarse si alguien las hubiese apretado de modo violento y brutal.

Dorcas Dene, que en apariencia había estado escuchando con escaso interés, se inclinó cuando el coronel hizo esta afirmación extraordinaria.

—Ya veo —dijo—. Su hija le dijo que se había caído al lago, y el doctor le asegura que debe de haberle mentado. La había empujado otra persona tras una fuerte lucha.

—¡Sí!

—¿Y qué dijo la joven cuando volvió usted a preguntarle, poseyendo ya dicha información?

—Se alteró mucho y rompió a llorar. Cuando mencioné las marcas de su garganta, que habían cambiado de color y se distinguían con más facilidad, declaró que se había inventado la historia del mareo para no alarmarme: la había atacado un vagabundo que debía de haberse colado en la propiedad y había intentado robarla, y en el forcejeo, que tuvo lugar cerca del borde del lago, la tiró a la orilla y después escapó.

—¿Y acepta usted esa explicación? —dijo Dorcas, con los ojos clavados en el coronel.

—¿Cómo iba a hacerlo? ¿Por qué iba a proteger mi hija a un vagabundo? ¿Por qué iba a mentarle al médico? El primer impulso de una mujer aterrorizada a la que acaban de rescatar de una muerte terrible habría sido describir a su asaltante para que

podieran buscarlo y llevarlo ante la justicia.

—¿Y la policía ha realizado alguna investigación? ¿Ha averiguado si se vio a alguna persona sospechosa por los alrededores aquella noche?

—No he acudido a la policía. Discutí el asunto con el médico. Dice que la investigación policial lo convertiría todo en una cuestión pública, y que todo el mundo sabría que la versión de mi hija, que ya ha circulado por todo el vecindario, era falsa. Pero el asunto parece tan misterioso, y a mí me resulta tan alarmante, que no podía dejarlo como estaba. Fue el médico quien me aconsejó que acudiese a usted para que llevase a cabo una investigación privada.

—No necesita usted contratar a nadie si convence a su hija de que diga la verdad. ¿Lo ha intentado?

—Sí. Pero insiste en que fue un vagabundo, y declara que hasta que la delataron los cardenales se aferró a la historia del desmayo para alarmarme lo menos posible.

Dorcas Dene se levantó.

—¿A qué hora sale el último tren para Godalming?

—Dentro de una hora —dijo el coronel tras consultar su reloj—. Mi carruaje nos esperará en la estación para llevarnos a Orley Court. Mi deseo es que se instale usted en la mansión hasta que dé con la clave del misterio.

—No —dijo Dorcas tras pensarlo un minuto—. Esta noche no serviré de gran cosa, y mi llegada dará que hablar a los criados. Regrese solo. Mande llamar al médico. Dígale que difunda que su paciente necesita cuidados constantes durante los próximos días y que ha hecho venir a una enfermera titulada de Londres. La enfermera llegará mañana, alrededor del mediodía.

—¿Y usted? —preguntó el coronel—. ¿No vendrá?

Dorcas sonrió.

—Claro: yo seré la enfermera.

El coronel se puso en pie.

—Si consigue usted descubrir la verdad y me desvela qué es lo que me oculta mi hija, le estaré eternamente agradecido —dijo—. La espero mañana a mediodía.

—Mañana a mediodía espera usted a la enfermera titulada a la que ha telegrafiado el doctor. Buenas noches.

Acompañé al coronel Hargreaves hasta la verja.

Cuando regresé a la casa, Dorcas Dene me esperaba en el vestíbulo.

—¿Está usted ocupado en los próximos días? —preguntó.

—No, no tengo prácticamente nada que hacer.

—Entonces venga conmigo a Godalming mañana. Es usted un artista y debo conseguir que le permitan dibujar ese lago mientras yo cuido de la paciente en el interior de la casa.

Eran las doce del mediodía pasadas cuando la calesa que habíamos alquilado en la

estación se detuvo ante las verjas de Orley Park, y la mujer del guardés las abrió para dejarnos pasar.

—Supongo que es usted la enfermera de la señorita Maud, ¿no es así, señorita? —preguntó con la vista puesta en el pulcro uniforme de enfermera que lucía Dorcas.

—Así es.

—El coronel y el médico la esperan en casa, señorita. Espero que lo de la pobre dama no sea nada serio.

—Yo también lo espero —dijo Dorcas con una agradable sonrisa.

Uno o dos minutos más tarde la calesa se detenía en la puerta de una pintoresca mansión de estilo isabelino. El coronel, que había visto el carruaje por la ventana, nos esperaba en la escalera, y nos condujo de inmediato a la biblioteca. Dorcas explicó mi presencia con pocas palabras. Era su ayudante, y por tanto me autorizaba a realizar las pesquisas necesarias en el vecindario.

—Para sus empleados, el señor Saxon será un artista al que ha dado usted permiso para dibujar la casa y la propiedad; creo que eso será lo mejor.

El coronel me prometió plena libertad de movimientos en la propiedad, y se acordó que me alojaría en una bonita posada que se hallaba a media milla de la finca. Tras recibir instrucciones precisas de Dorcas por el camino, quedé enterado de lo que tenía que hacer, y me despedí hasta la noche, momento en que debía ir a reunirme con ella en la casa.

El médico entró en la sala para conducir a la nueva enfermera a la cabecera de la paciente y yo me marché con el fin de cumplir con mis instrucciones.

En The Chequers, que era el nombre de la posada, no bien se supo que era artista y tenía permiso para dibujar en la propiedad de Orley Park, la casera comenzó a obsequiarme con explicaciones del accidente que casi le había costado la vida a la señorita Hargreaves.

Habían creído a pies juntillas la historia del desmayo, que era la única que había trascendido.

—Ese lago es un lugar solitario y por la noche no pasa nadie por allí, señor; es un milagro que encontraran a la pobre señorita tan pronto.

—¿Quién la encontró? —pregunté.

—Uno de los jardineros, que vive en una casa en la finca. Había ido a Godalming por la tarde y volvía a casa por el lago.

—¿Qué hora sería?

—Pues casi las diez. Menuda suerte que la viese, pues ya hacía una hora que había oscurecido y no había luna.

—¿Qué pensó él al encontrarla?

—Bueno, señor, para ser sinceros, él al principio creyó que se trataba de un suicidio, que la joven no se había adentrado lo suficiente y había perdido el conocimiento.

—Por supuesto, no podía pensar que fuera un asesinato ni nada parecido —dije

—, porque nadie podría entrar de noche sin pasar por la verja de acceso.

—Ah, sí que podría, pero tendría que ser alguien que conociera a los perros o que estuviese con alguien que los conociese. Hay un buen par de mastines que corren como diablos, y a ningún forastero se le ocurriría trepar por allí (es una puerta lateral que usa la familia, señor) una vez que se pusieran a ladrar.

—¿Sabe si ladraron aquella noche?

—Pues sí —dijo la patrona—. Ahora que lo menciona, el señor Peters, el guardés, los oyó, pero no le dio importancia, pues se callaron al minuto.

Decidí que el primer lugar que dibujaría aquella tarde sería la casa de los guardeses. Encontré en casa al señor Peters, y la autorización del coronel me aseguró de inmediato su favor. Su mujer le había hablado del extraño caballero que había llegado con la enfermera, y le expliqué que, como solo había una calesa en la estación y nuestro destino era el mismo, la enfermera había sido tan amable de permitirme compartir su vehículo.

Me puse a trazar detalladas marcas y a tomar notas en mi nuevo bloc, explicándole al señor Peters que se trataba de bocetos preliminares, con el fin de ocultar la naturaleza poco profesional de mis esfuerzos y seguir cotorreando sobre el «accidente» de la joven señorita.

Mencioné que la dueña de la posada me había comentado lo de los ladridos de los perros aquella noche.

—Pues sí, pero se callaron enseguida.

—Seguramente algún forastero que pasase cerca de la puerta, ¿no?

—Lo más probable, señor. Al principio me quedé un poco intranquilo, pero como luego se callaron, pensé que todo iba bien.

—¿Por qué se quedó intranquilo?

—Bueno, es que aquella tarde había estado un hombre rondando por allí. Mi mujer lo vio mirando por la puerta principal alrededor de las siete.

—¿Un vagabundo?

—No, más bien un caballero, pero menudo susto le dio a mi mujer, con aquellos ojos feroces. Y eso que fue amable. Mi mujer le preguntó qué quería y él le preguntó a ella cómo se llamaba aquella mansión y quién vivía en ella. Mi mujer le contó que era Orley Park y que allí vivía el coronel Hargreaves; él le dio las gracias y se marchó. Quizá un turista, señor, o un caballero artista, como usted.

—Que se alojase por aquí y estuviese estudiando la belleza de la zona, quizá.

—No. Cuando al día siguiente lo comenté en la ciudad me dijeron que había llegado aquella misma tarde en tren; los mozos de cuerda se habían fijado en él, tenía un aspecto muy extraño.

Concluí mi basto boceto y luego le pedí al señor Peters que me llevase a la escena del accidente. Era un gran lago y respondía a la descripción que había dado el coronel.

—Allí es donde se encontró a la señorita Maud —dijo el señor Peters—. Ya ve

que no tiene profundidad; la cabeza de la señorita se hallaba justo fuera del agua.

—Gracias. Qué isleta tan encantadora la que tienen en medio. Voy a dibujar allí mientras fumo una pipa. No le entretengo más.

El guardés se retiró y, siguiendo las instrucciones que me había dado Dorcas Dene, examiné el lugar con todo cuidado.

Se distinguían claras huellas de botas con clavos en el fango, al lado, cerca del lugar en que se había producido el forcejeo que admitía la señorita Hargreaves. Quizá fuesen del vagabundo, o podrían ser del jardinero; no poseía suficientes conocimientos del arte de las huellas como para llegar a una conclusión. Pero había obtenido cierta cantidad de información y con ella me dirigí a la casa, a las siete en punto, y pregunté por el coronel.

Por supuesto, no tenía nada que decirle, solo quería que avisase a Dorcas Dene de mi presencia. En unos minutos llegó Dorcas, con el sombrero y la capa puestos.

—Voy a dar un paseo mientras queda luz —dijo—; venga conmigo.

En cuanto estuvimos fuera le transmití toda la información, y decidió visitar el lago en ese mismo momento.

Examinó con cuidado el escenario del accidente, y yo señalé las huellas de botas con clavos.

—Sí —dijo—, esas posiblemente sean del jardinero. Estoy buscando las de otra persona.

—¿De quién?

—Estas —respondió, agachándose de repente y señalando una serie de marcas en la orilla—. Mire, aquí hay huellas de mujer, y aquí, junto a ellas, hay otras más anchas, que se acercan, se alejan y se cruzan. ¿Ve algo particular en dichas huellas?

—No, aparte de que no tienen clavos.

—Exacto. Las huellas son pequeñas, pero más grandes que las de la señorita Hargreaves, y tienen una forma elegante: ya ve que la parte de los dedos acaba en punta y que la suela es estrecha. Ningún vagabundo tendría unas botas así. ¿Dónde dice usted que vio la señora Peters a ese caballero de aspecto extraño?

—Mirando por la verja.

—Vayamos allí.

La señora Peters salió a abrirnos las puertas.

—¡Qué bonita noche! —exclamó Dorcas—. ¿Queda muy lejos la ciudad?

—A dos millas, señorita.

—Ah, eso es demasiado para mí esta noche.

Sacó el monedero y cogió unas cuantas monedas de plata.

—Por favor, ¿mandará a alguien a primera hora de la mañana a comprarme una botella de perfume de violeta en la farmacia? Es el que uso siempre, pero no me lo he traído.

Cuando iba a tenderle las monedas a la señora Peters, se le cayó el monedero al suelo y el dinero salió rodando en todas direcciones.

Recogimos la mayor parte, pero Dorcas declaró que faltaba otro medio soberano. Se pasó un cuarto de hora largo mirando en todas direcciones por fuera de la verja principal, buscando el medio soberano, y yo ayudándola. En un lugar en particular estuvo buscando al menos diez minutos: un tramo de carretera empapado y poco firme cerca de la parte derecha de la verja de acceso.

De repente, exclamó que lo había encontrado y, tras deslizarse la mano en el bolsillo, se incorporó, le tendió a la señora Peters una moneda de cinco chelines para el perfume, me pidió que la siguiera y continuó paseando por la carretera.

—¿Cómo es que se le ha caído el monedero? ¿Está nerviosa esta noche? — pregunté.

—En absoluto —respondió Dorcas, con una sonrisa—. He dejado caer el monedero para que el dinero saliese rodando y me brindase la oportunidad de examinar con detalle el terreno fuera de la verja.

—¿Ha encontrado de veras el medio soberano?

—Nunca llegué a perderlo; pero sí que he encontrado lo que andaba buscando.

—¿Que era...?

—Las huellas del hombre que anduvo fuera de la verja aquella tarde. Tienen exactamente la misma forma que las del lago. La persona con la que forcejeó Maud Hargreaves aquella noche, la persona que la tiró al lago y cuya culpa intentó ocultar declarando que había tenido un accidente era el hombre que quería saber cómo se llamaba la casa y preguntó quién vivía allí: el hombre de los ojos feroces.

—¿Está usted absolutamente segura de que las huellas del hombre de los ojos feroces que asustó a la señora Peters en la verja y las que se mezclan con las de la señorita Hargreaves junto al lago son las mismas? —le pregunté a Dorcas Dene.

—Absolutamente segura.

—Entonces, si usted lo describe, quizá el coronel pueda reconocerlo.

—No —contestó Dorcas Dene—. Ya le he preguntado si sabía de alguien que pudiese guardar rencor a su hija, y afirma que él no sabe de nadie. La señorita Hargreaves no frecuenta a mucha gente.

—¿Y no ha tenido ningún enamorado? —inquirí.

—Ninguno, según su padre; pero claro, solo puede responder por los tres últimos años. Antes él estaba en la India y Maud (a quien mandaron a casa a los catorce años, cuando murió su madre) vivía con una tía en Norwood.

—¿Quién cree que era ese hombre que consiguió meterse en la finca y encontrarse o sorprender a la señorita Hargreaves junto al lago? ¿Un desconocido?

—No; si fuese un desconocido, no habría intentado protegerlo inventándose la historia del desmayo.

Estábamos a cierta distancia de la casa cuando pasó junto a nosotros una calesa de la estación vacía. Nos subimos y Dorcas le dijo al cochero que nos llevase a la

estación.

Cuando llegamos, me pidió que fuese a hablar con el mozo de cuerda para intentar averiguar si un hombre que correspondiese a la descripción de nuestro sospechoso se había marchado en la noche del «accidente».

Encontré al hombre que había reconocido ante el señor Peters haber visto a una persona así y haberse fijado en la peculiar expresión de sus ojos. El hombre aseguraba que nadie de esas características se había marchado desde la estación. Les había hablado a sus compañeros de él y alguno lo habría visto. El desconocido no había traído equipaje y venía con billete simple desde la estación de Waterloo.

Dorcas me esperaba fuera; le conté las novedades.

—No tenía equipaje —repitió—, luego no tenía pensado ir a un hotel ni alojarse en una casa particular.

—Pero podría vivir por los alrededores.

—No; el mozo de cuerda lo habría reconocido si tuviese la costumbre de venir por aquí.

—Pues se marcharía tras arrojar a la señorita Hargreaves al agua. Quizá saliese de la finca y caminase hasta otra estación para coger el tren de vuelta a Londres.

—Sí, podría ser así —dijo Dorcas—, pero me parece que no lo fue. Venga, cogeremos el coche para regresar a Orley Park.

Justo antes de llegar a la finca, Dorcas detuvo al cochero, que se marchó cuando bajamos.

—¿Dónde están esos perros? Cerca de la puerta de madera que hay en el muro y que es de uso privado para la familia, ¿no?

—Sí, Peters me ha señalado esta tarde el sitio.

—Muy bien, voy a entrar. Reúnase conmigo en el lago mañana por la mañana alrededor de las nueve. Pero ahora quédese vigilando hasta que yo llegue a la verja. Esperaré cinco minutos fuera antes de llamar. Cuando vea que he llegado, acuda al tramo de muro que hay junto a la puerta privada. Trepé y mire. Si los perros comienzan a ladrar y se acercan a usted, observe si podría saltar y escapar de ellos sin que alguien conocido los llamase. Luego baje y vuelva a la posada.

Obedecí las instrucciones de Dorcas; cuando conseguí trepar hasta lo alto del muro, los perros salieron de la caseta a toda velocidad y comenzaron a ladrar furiosamente. Si hubiera saltado, habría caído directamente en sus fauces. De repente oí un grito y reconocí la voz: era el guardés. Bajé de nuevo a la carretera y me pegué a la oscuridad del muro. Pude oír a Peters a distancia, hablando con alguien, y supe lo que había ocurrido. Al dejar entrar a Dorcas, había oído a los perros y había acudido a ver qué sucedía. Dorcas lo había seguido.

A las nueve en punto de la mañana siguiente encontré a Dorcas esperándome.

—Realizó un trabajo admirable ayer por la noche —me felicitó—. Peters se llevó



un buen susto. Estuvo encantado de que lo acompañase. Tranquilizó a los perros y buscamos por todos los arbustos, a ver si había alguien escondido. No fue la señorita Hargreaves quien lo dejó entrar; ese hombre saltó el muro. He encontrado dos huellas profundas, contiguas, exactamente las que resultarían de caer o saltar desde cierta altura.

—¿Salió de la misma manera? ¿Había huellas al otro lado?

Creía haber hecho un apunte ingenioso, pero Dorcas sonrió y negó con la cabeza.

—No he mirado. ¿Cómo iba a pasar junto a los perros mientras la señorita Hargreaves yacía en el lago? Lo habrían hecho pedazos.

—Entonces, ¡sigue creyendo que el hombre de los ojos feroces es culpable! ¿Quién será?

—Se llama Victor.

—¡Conque lo ha descubierto! —exclamé—. ¿Le ha contado cosas la señorita Hargreaves?

—Ayer por la noche intenté un pequeño experimento. Cuando estaba dormida, y a todas luces soñando, me acerqué sigilosamente en medio de la oscuridad y me coloqué detrás de la cama, para susurrar con la voz más ronca que pude poner, inclinándome hacia su oído: «¡Maud!».

»—¡Victor! —gritó sobresaltada.

»Al momento me coloqué junto a ella y la encontré temblando violentamente.

»—¿Qué ocurre, querida? —le pregunté—. ¿Estaba soñando?

»—Sí... sí —dijo—. Es... estaba soñando.

»La tranquilicé, hablé con ella durante un rato, y al final se tumbó de nuevo y se durmió.

—No es poco —dije— conocer su nombre de pila.

—Bueno, tampoco es mucho. Pero creo que hoy sabremos el apellido. Ahora debe ir a la ciudad a hacer un pequeño recado para mí. Antes de marcharse, traiga el bote y lléveme a la isla de las aves. Quiero registrarla.

—No se imaginará que el hombre está allí escondido —repliqué—. Es demasiado pequeña.

—Lléveme —dijo Dorcas, metiéndose en el bote.

Obedecí y al rato estábamos en la islita.

Dorcas observó atentamente el lago en todas direcciones. A continuación caminó por allí, examinando el follaje y los juncos de la orilla, que se inclinaban hacia el agua.

De repente, apartando una mata de maleza crecida, metió la mano por debajo, en el agua, y sacó un sombrero negro de fieltro blando empapado.

—Pensé que si había caído algo al agua aquella noche, acabaría enganchado aquí —dijo Dorcas.

—Si es el sombrero de ese hombre, debió de marcharse con la cabeza desnuda.

—Eso parece —respondió Dorcas—, pero averigüemos primero si es suyo. Reme

de inmediato hacia la orilla.

Escurió el sombrero, lo hizo una bola y lo envolvió con su pañuelo antes de meterlo bajo su capa.

Cuando llegamos a la orilla, yo me dirigí a casa de los guardeses y empecé a sonsacar a la señora Peters sobre el asunto del hombre de los ojos feroces. Luego pregunté qué tipo de sombrero llevaba; la señora Peters contestó que uno de fieltro blando con el centro hundido, y supe que habíamos dado en el clavo.

Se lo conté a Dorcas, que esbozó una pequeña sonrisa de satisfacción.

—Tenemos su nombre de pila y su sombrero —dijo—; ahora queremos el resto. Le da tiempo a usted de coger el tren de las 11:20 con facilidad.

—Sí.

Sacó un sobre del bolsillo y de él una pequeña fotografía.

—Es el retrato de un apuesto joven —dijo—. Por el estilo y el tamaño diría que se lo hicieron hace cuatro o cinco años. El estudio se llama London Stereoscopic Company; el número de negativo es el 111 492. Si va a verlos, buscarán en los libros y le darán el nombre y la dirección del original. Consígalos y vuelva después.

—¿Es él? —pregunté.

—Eso creo.

—¿Cómo diablos la ha conseguido?

—Me entretuve mirando el álbum que guarda en el tocador la señorita Hargreaves mientras ella dormía. Era un álbum antiguo, lleno de retratos de familiares y amigos. Diría que había más de cincuenta, y seguro que algunos de ellos eran compañeros de colegio. Pensé que quizá encontrase algo, nunca se sabe. A la gente le dan retratos, los coloca en un álbum y prácticamente se olvida de que están allí. Me imaginé que la señorita Hargreaves quizá se hubiese olvidado.

—Pero ¿cómo seleccionó este entre los cincuenta? Supongo que había más retratos de hombres...

—Sí, claro, pero los fui sacando uno por uno y mirando el dorso y el margen.

Cogí la foto de las manos de Dorcas y la miré. Advertí que tenía un trozo del dorso desgastado y áspero al tacto.

—Eso lo han hecho con un borrador de tinta —dijo Dorcas—, así que me concentré en esta foto en particular. Había un nombre o alguna otra palabra que el destinatario no quería que vieses otros ojos.

—Eso es solo una suposición.

—Así es; pero hay una certeza en la propia foto. Mire atentamente ese alfiler de corbata con diamantes. ¿Qué forma tiene?

—Parece una uve pequeña.

—Exacto. Hace unos cuantos años estaba de moda que los caballeros llevasen un alfiler con su inicial. La uve de Victor; entre eso y el borrón, creo que merece la pena un billete de ida y vuelta a la ciudad para enterarse de qué nombre y dirección aparecen junto al número del negativo en los libros de la London Stereoscopic

Company.

Antes de las dos de la tarde estaba interrogando al encargado de la Stereoscopic Company, que consultó los libros con mucho gusto. La fotografía se había hecho hacía seis años, y el nombre y la dirección del modelo eran: Victor Dubois, Anerley Road, en Norwood.

Siguiendo las instrucciones de Dorcas Dene, me dirigí de inmediato a la dirección para preguntar por un tal Victor Dubois. Allí no residía nadie con ese nombre. Los actuales inquilinos llevaban tres años en la casa.

Mientras regresaba por la carretera me encontré a un viejo cartero. Pensé en preguntarle si le sonaba que hubiese alguien con ese nombre en el barrio. Se quedó pensando un minuto y luego dijo:

—Sí, ahora que lo pienso, había un Dubois aquí, en el número..., pero eso fue hace cinco años o más. Era un caballero más bien mayor, de pelo blanco.

—¡Victor Dubois un anciano caballero!

—Ah, no. El anciano caballero se llamaba *mesié* Dubois, pero sí que había un Victor. Supongo que debía de ser su hijo, ya que vivía con él. Me suena el nombre. Llegaban cartas para el señor Victor casi cada día, algunas veces hasta dos veces al día, todas con la misma letra, de una dama; por eso me fijé.

—¿Y no sabe dónde fueron a parar el señor Dubois y su hijo?

—No, oí que el caballero perdió la cabeza y lo encerraron en un manicomio; sea como fuere, quedaron fuera de mi ronda.

—Supongo que no sabe a qué se dedicaba.

—Bueno, había una placa de latón que ponía «Profesor de idiomas».

Volví a la ciudad y tomé el primer tren para Godalming; me apresuré en llegar a Orley Court para informar a Dorcas del resultado de mis pesquisas.

Era evidente que le satisfizo, pues me felicitó. Luego tocó la campana (estábamos en el comedor) y entró la criada.

—¿Podría decirle al coronel que quiero verlo? —preguntó Dorcas, y la criada fue a transmitir el mensaje.

—¿Va a contárselo todo? —pregunté.

—De momento no voy a decir nada —respondió Dorcas—. Quiero que me cuente algo él a mí.

El coronel entró. Tenía el rostro demacrado y resultaba evidente que lo atormentaba la preocupación.

—¿Tiene alguna novedad? —preguntó con ansia—. ¿Ha descubierto lo que me oculta mi pobre niña?

—Me temo que no puedo revelar nada todavía. Pero quiero hacerle unas cuantas preguntas.

—Ya le he dado toda la información que poseo —respondió el coronel con un

deje amargo.

—Todo lo que recuerda, pero ahora quiero que piense. Su hija, antes de que volviese usted de la India, estaba con su tía en Norwood. ¿Dónde estudió desde que abandonó la India?

—Fue a Brighton al principio, pero desde que cumplió los dieciséis recibió educación privada en casa.

—Supongo que tenía profesores de música, de francés, etcétera.

—Sí, eso creo. Yo pagaba cuentas por cosas así. Me las mandaba mi hermana a la India.

—¿Recuerda el nombre de Dubois?

El coronel pensó un momento.

—¿Dubois? ¿Dubois? ¿Dubois? —repitió—. Tengo la idea de que había un nombre así entre los recibos que me mandaba mi hermana, pero la verdad es que no podría decirle si se trata de una modista o de un profesor de francés.

—Entonces creo que supondremos que su hija tomaba lecciones en Norwood de un profesor francés llamado Dubois. Y ahora dígame, ¿mencionó su difunta hermana, en alguna de las cartas que le escribió a la India, algo que la hubiese inquietado en Maud?

—Solo una vez —respondió el coronel—, y luego todo quedó satisfactoriamente explicado. Se marchó de casa un día a las nueve de la mañana y no regresó hasta las cuatro de la tarde. Su tía estaba enfadadísima y Maud le explicó que se había encontrado con unos amigos en el barrio de Crystal Palace (acudía allí a las clases de dibujo), había ido a despedirse de una de sus compañeras a la estación y, mientras estaba sentada en el vagón, el tren se puso en marcha antes de que pudiese salir y tuvo que continuar hasta Londres. Supongo que mi hermana me lo contó para demostrarme que podía confiar plenamente en ella en tanto que tutora de mi hija.

—¿Que tuvo que continuar hasta Londres? —me dijo Dorcas por lo bajo—. ¡Si podía haberse apeado tres minutos más tarde, en la siguiente estación después de Norwood! —Luego, girándose hacia el coronel, dijo—: Cuénteme, coronel, cuando murió su esposa, ¿qué hizo usted con la alianza de matrimonio?

—¡Por todos los cielos, señora! —exclamó el coronel, poniéndose en pie y recorriendo a zancadas la habitación—. ¿Qué tendrá que ver la alianza de matrimonio de mi pobre esposa con que arrojen a mi hija al lago?

—Siento que mi pregunta parezca absurda —respondió Dorcas con voz queda—, pero ¿sería tan amable de responderla?

—¡La alianza de matrimonio de mi esposa está en el dedo de mi difunta esposa, en el cementerio de Simla! —exclamó el coronel—. Y ahora quizá tenga la bondad de decirme qué significa todo esto.

—Mañana —dijo Dorcas—. Ahora, si me dispensa, voy a dar un paseo con el señor Saxon. La doncella de la señorita Hargreaves está con ella y creo que no me necesitará hasta que regrese.

—¡Muy bien, muy bien! —exclamó el coronel—. Pero le suplico, le ruego que me cuente lo que sepa en cuanto pueda. Le he puesto espías a mi propia hija, cosa que para mí es monstruosa. Y sin embargo... sin embargo, ¿qué puedo hacer? No me lo cuenta y por su bien... debo saber. Debo saberlo.

El viejo coronel cogió la mano que Dorcas Dene le tendía.

—Gracias —dijo con labios temblorosos.

No bien estuvimos en el exterior, Dorcas Dene se giró con ansia hacia mí.

—Lo estoy tratando a usted muy mal —dijo—, pero casi hemos terminado nuestra tarea. Debe volver esta noche a la ciudad. Lo primero que hará mañana por la mañana será ir a Somerset House. Encontrará allí a un viejo amigo llamado Daddy Green, que trabaja en el registro civil. Dígale que va de mi parte y entréguele este papel. Cuando lo encuentre, envíeme por telegrama el resultado y vuelva con el siguiente tren.

Miré el papel y vi escrito con la letra de Dorcas:

Información requerida:

Matrimonio entre Victor Dubois y Maud Eleanor Hargreaves; probablemente entre 1905 y 1908. Londres.

Levanté la mirada del papel hacia Dorcas Dene.

—¿Qué le hace pensar que es una mujer casada? —pregunté.

—Esto —exclamó Dorcas, sacando de su monedero una alianza de matrimonio sin usar—. Lo encontré entre un montón de fruslerías en el fondo de la caja que su doncella me señaló como joyero. Me tomé la libertad de probar todas las llaves hasta abrirlo. Un joyero cuenta muchos secretos a quienes saben leerlos.

—Y llegó a la conclusión de que...

—De que no guardaría una alianza si no hubiese pertenecido a algún ser querido o la hubiese llevado en su propio dedo. Está bastante nueva, ya ve, lo cual quiere decir que se la quitó inmediatamente después de la ceremonia. Solo le pregunté al coronel dónde estaba la de su esposa para estar completamente segura.

Me dirigí a Somerset House, siguiendo instrucciones, y poco después del mediodía el empleado del registro me trajo un papel y me lo tendió. Era una copia del certificado de matrimonio entre Victor Dubois, soltero, de veintiseis años, y Maud Eleanor Hargreaves, de veintiún años, en 1906 en Londres. Mandé las noticias por telegrama con una única palabra: «Sí», y seguí a mi mensaje en el primer tren.

Cuando llegué a Orley Park llamé varias veces antes de que acudiesen a abrirme. Al poco la señora Peters, muy pálida y nerviosa, vino desde los jardines y se disculpó

por haberme hecho esperar.

—¡Oh, señor! ¡Qué cosa tan horrible! —exclamó—. ¡Un cadáver en el lago!

—¡Un cadáver!

—Sí, señor, un hombre. ¿Se acuerda de la enfermera que vino con usted aquel día? Pues iba remando por el lago y debió de golpearlo con el remo y moverlo, porque salió a la superficie, todo envuelto en algas. Es un hombre, señor, y tengo la impresión de que es el hombre que vi en la verja aquella tarde.

—¡El hombre de los ojos feroces!

—¡Sí, señor! ¡Oh, es horrible! Primero la señorita Maud y luego este cadáver. ¿Qué significará todo esto?

Me encontré a Dorcas de pie junto al algo, y a Peters y a dos de los jardineros metiendo el cuerpo ahogado de un hombre en el bote que se hallaba junto a ellos.

Dorcas estaba dando instrucciones.

—Déjenlo en el bote y cúbralo con una lona —dijo—. Cuidado, no toquen nada hasta que llegue la policía. Voy a buscar al coronel.

Mientras se alejaba fui a su encuentro.

—¡Qué terrible! ¿Es Dubois?

—Sí —respondió Dorcas—. Sospechaba que estaba aquí ayer, pero prefería encontrarlo yo en lugar de hacer drenar el lago.

—¿Por qué?

—Bueno, porque no quería que le registrasen los bolsillos. Podría haber papeles o cartas, ya se imagina, que se leerían en la investigación de las causas de la muerte, y podrían comprometer a la señorita Hargreaves. Pero no había nada...

—¿Qué? ¡¡Lo ha registrado!!

—Sí, tras subir al pobre desgraciado a la superficie con el remo.

—Pero ¿cómo cree que acabó ahí?

—Suicidio; locura. Al padre lo metieron en un manicomio, ya se enteró usted ayer en Norwood. Seguramente el hijo heredó la propensión. Parece un caso de manía homicida: atacó a la señorita Hargreaves, a la que seguramente localizó tras años de separación, y, creyendo que la había matado, se ahogó. En cualquier caso, la señorita Hargreaves es ahora una mujer libre. Es evidente que su marido la aterrorizaba cuando vivía, y...

Supuse lo que Dorcas estaba pensando mientras entrábamos juntos en la casa. En la puerta me tendió la mano.

—Mejor que se vaya a la posada y vuelva esta misma noche a la ciudad —dijo—. Ya no puede ayudarme, y es mejor que se mantenga al margen. Mañana estaré en casa. Venga a Elm Tree Road por la tarde.

La tarde siguiente Dorcas me contó todo lo que había ocurrido después de que me marchase. Paul ya lo había escuchado, y cuando llegué se deshizo en agradecimientos

por la ayuda que le había prestado a su esposa. La señora Lester, sin embargo, se vio impelida a señalar que nunca pensó que una hija suya se ganaría la vida pescando cadáveres a lo largo y a lo ancho del país.

Dorcas se lo había contado todo al coronel, quien quedó en un estado lastimoso; pero Dorcas le dijo que la única manera de averiguar la verdad era ir a ver juntos a la desgraciada muchacha, con los hechos que conocían, para convencerla de que divulgase el resto.

Cuando el coronel le dijo a su hija que quien la había arrojado al río aquella noche era el hombre con el que se había casado, se quedó atónita, y luego sufrió un ataque de histeria; pero cuando se enteró de que habían encontrado a Dubois en el lago se alarmó y contó al instante todo lo que sabía.

Tenía la costumbre de reunirse a menudo con Victor mientras estaba en Norwood, primero con su padre (su profesor de francés) y luego a solas. Era apuesto, joven, romántico y se enamoraron locamente. A él lo habían destinado durante un tiempo al extranjero, y la apremiaba para que se casasen en secreto. Ella acabó por dar su consentimiento a tal imprudencia, y se separaron en la iglesia: ella volvió a su casa y él se marchó al extranjero aquella misma tarde.

De vez en cuando recibía clandestinamente cartas suyas; en una de ellas le contó que su padre se había vuelto loco y que había que internarlo en un manicomio: tenía que regresar. Solo le daría tiempo a ocuparse del internamiento de su padre y a volver a su destino. Pasó largo tiempo sin saber de él, y después hizo algunas averiguaciones a través de un amigo común de Norwood que conocía a los Dubois y a su familia. Victor había regresado a Inglaterra y había sufrido un accidente que le había ocasionado graves lesiones en la cabeza. Se había vuelto loco y lo habían ingresado en un manicomio.

Así pues, la pobre muchacha decidió mantener el matrimonio en secreto para siempre, sobre todo cuando su padre volviese de la India, pues sabía la amarga pena que le causaría enterarse de que su hija era la esposa de un lunático.

La noche del incidente Maud estaba sola en los jardines. Estaba dando un paseo junto al lago después de cenar cuando oyó un ruido y los perros comenzaron a ladrar. Al levantar la vista, vio a Victor Dubois escalando el muro. Temerosa de que los perros atrajeran a Peters o a otra persona a la escena, corrió a tranquilizarlos; su esposo saltó el muro y se plantó junto a ella.

—¡Ven, alejémonos! —dijo, por miedo a que los perros lo atacasen o comenzasen a ladrar de nuevo, y lo llevó al otro lado del lago, parte que resultaba invisible desde la residencia y desde la casa del guarda.

Al principio, la señorita Hargreaves, en su nerviosismo, olvidó que se había vuelto loco. Él se mostró dulce y amable. Le contó que había estado enfermo, en un asilo, pero que hacía poco que le habían dado el alta. No bien recuperó la libertad se dedicó a buscar a su esposa, y gracias a un viejo conocido de Norwood se enteró de que la señorita Hargreaves vivía con su padre en Orley Park, cerca de Godalming.

Maud le rogó que se marchase sin armar jaleo y prometió escribirle. Él intentó tomarla entre sus brazos y besarla, pero ella, por instinto, se apartó de él, que se puso furioso. Poseído por una repentina manía, la agarró de la garganta. Ella forcejeó y logró liberarse.

Se hallaban al borde del lago. De repente el maniaco volvió a cogerla por la garganta y la lanzó al agua. Ella se sumergió hasta la cintura, pero se las apañó para arrastrarse hasta la orilla; justo antes de salir se desvaneció: por fortuna, su cabeza cayó en la orilla, justo fuera del agua.

El asesino, probablemente pensando que estaba muerta, debió de adentrarse hasta las profundidades para ahogarse.

Antes de abandonar Orley Park Dorcas le recomendó al coronel que dejase que la investigación de la causa de la muerte siguiese su curso y no arrojase ninguna luz sobre ella. Solo tenía que cuidar de que llegase a oídos de la policía que un hombre que respondía a la descripción del suicida había salido recientemente de un manicomio.

Más tarde supimos que un funcionario del manicomio compareció en la vista, y el jurado local dictaminó que Victor Dubois, un lunático, se coló de algún modo en los jardines y se ahogó en el lago en un ataque de locura transitoria. El coronel sugirió que quizá la señorita Hargreaves, que se encontraba demasiado indispuesta para asistir, no hubiese visto al hombre, pero que quizá el sonido de sus pasos la alarmase, lo cual explicaría su desmayo al borde del agua. En cualquier caso, la vista concluyó con un veredicto satisfactorio, y poco después el coronel se llevó a su hija de viaje por Europa, para beneficio de su salud.

Pero de todo esto, por supuesto, no sabíamos nada la noche que siguió al accidentado descubrimiento, cuando volví a reunirme con Dorcas bajo su propio techo.

Paul estaba encantado de volver a tener allí a su esposa, y ella se dedicó a él por entero; aquella noche no tenía ojos ni oídos para nadie más, ni siquiera para su fiel «ayudante».



## GRANT ALLEN

### (1848–1899)

«La aventura de la anciana quisquillosa» no es la historia con más misterio de esta antología, ni su joven heroína precisa de grandes dotes detectivescas. Sin embargo, es difícil imaginar un retrato más preciso y entretenido de la nueva mujer de finales del siglo XIX que el de esta historia, que luego se convertiría en el relato inaugural del libro de Grant Allen *Miss Cayley's Adventures*. Apareció por primera vez en *The Strand* en marzo de 1898.

Lois Cayley, recién graduada por Girton, que había abierto sus puertas como primer internado femenino en la Universidad de Cambridge apenas cuatro décadas atrás, tiene veintiún años; pese a ser brillante y leída se encuentra de repente, como muchas de sus compañeras de esta antología, sumida en la pobreza. Sus amigas la llaman Brownie, en alusión a los traviesos duendes del hogar que pueblan el folclore del norte de Inglaterra y Escocia. Al igual que ellos, Cayley destaca por su carácter impredecible y su talento para las diabluras.

Grant Allen era amigo de todo el mundo, desde Charles Darwin hasta Arthur Conan Doyle, quien concluyó *Hilda Wade* después de que Allen dictase un borrador del último capítulo en su lecho de muerte. El móvil de Wade como detective es aclarar y vengar la muerte de su padre; Lois Cayley solo busca aventuras y un trabajo. Allen era un escritor versátil; escribió libros científicos y filosóficos como *Evolutionist at Large*, *Story of the Plants*, *The Evolution of the Idea of God* y *Physiological Aesthetics*, pero también muchas novelas populares y antologías de relatos, entre las que se encuentran *The White Man's foot* y *The Desire of the Eyes*. Dos de sus novelas aparecieron bajo seudónimos femeninos. Su novela sobre un viaje en el tiempo, *The British Barbarians*, se publicó en 1895, el mismo año que *La máquina del tiempo* de H. G. Wells. En su época, Allen y sus ideas progresistas alcanzaron la fama con otra novela de ese mismo año: *The Woman Who Did*, que trataba sobre una joven que decide abiertamente tener un hijo fuera del matrimonio. No obstante, hoy se le recuerda sobre todo por uno de los grandes personajes de la ficción policial victoriana, el coronel Clay, un ingenioso estafador que roba doce veces al mismo millonario en el ocurrente y elegante ciclo de relatos de 1897 *An African Millionaire*.

Los diversos intereses de Allen reflejaban su vida cosmopolita. Nació en Ontario, de padre irlandés y madre de ascendencia escocesa, francesa y canadiense; pasó una parte de su infancia en los Estados Unidos, fue a la universidad en Inglaterra y en

Francia, y después impartió clases en Jamaica, antes de establecerse en Londres para escribir. Allen era amigo de Herbert Spencer, el polímata británico que acuñó el término «supervivencia del más apto» cinco años después de *El origen de las especies* de Darwin; Allen escribió una perspicaz crítica de Spencer. Su mente siempre parece estar dándole vueltas a algún tema, tanto en su breve biografía de Charles Darwin en la colección English Worthies como en este relato sobre una joven vivaz que sale al mundo para ponerse a prueba.

# La aventura de la anciana quisquillosa

(1899)

El día en que me vi con solo dos peniques en el bolsillo decidí, como es natural, dar la vuelta al mundo.

Fue la muerte de mi padrastro la que me condujo a esa situación. Nunca lo había visto en persona. De hecho, para mí nunca había sido más que un nombre: el coronel Watts-Morgan. No le debía nada, excepto mi pobreza. Se casó con mi querida madre cuando yo era una niña y asistía a la escuela en Suiza; y malgastó la pequeña fortuna que mi padre había legado en exclusiva a mi madre pagando sus deudas de juego. Después arrastró a mi madre a Birmania; y cuando entre él y el clima consiguieron matarla, compensó sus escamoteos como más barato le resultaba: dejándome lo justo para enviarme a Girton. Así pues, cuando el coronel falleció, el año en que yo terminaba mis estudios, no me pareció necesario guardar luto por él. Máxime porque eligió el preciso instante en el que debían entregarme mi asignación, y en consecuencia no me legaba nada más que sus deudas.

—Por supuesto, te dedicarás a la enseñanza, ¿verdad? —dijo Elsie Petheridge cuando le expliqué mi situación—. Ahora hay mucha demanda de profesoras de secundaria.

La miré, horrorizada.

—¡Enseñanza! ¡Elsie! —exclamé. (Había ido a la ciudad para ayudarla a instalarse en sus habitaciones, que estaban sin amueblar)—. ¿Has dicho enseñanza? ¡Qué propio de vosotras, las buenas maestras! Vais a Cambridge, donde os exprimen el corazón y la vida a base de exámenes, y al final os decís: «Veamos; ¿para qué sirvo yo ahora? ¡Pues para ir a examinar a otras personas!». Eso es lo que nuestra directora llamaría «círculo vicioso», si es que se pudiese admitir que hay algo vicioso en ti, querida. No, Elsie, no tengo ninguna intención de enseñar. La naturaleza no me hizo para ser profesora de secundaria. No podría tragarme una escoba aunque lo intentase durante semanas. Las escobas no van conmigo. Entre nosotras, soy un poco rebelde.

—Sí que lo eres, Brownie —respondió mientras se remangaba y dejaba de empapelar por un momento; me llamaban Brownie en parte por mi rostro oscuro, y en parte porque nunca me entendían—. Eso ya lo sabemos todas desde hace tiempo.

Solté la brocha y reflexioné.

—¿Te acuerdas, Elsie? —pregunté con la mirada clavada en el papel pintado—. Cuando llegué a Girton, todas llevabais el pelo lacio, con unos pulcros y suaves tirabuzones por delante y un moño trenzado del tamaño de una tortita por detrás; de

repente irrumpí yo como un huracán tropical y os torcí; a los tres días algunas de vosotras, muchachas inocentes, comenzasteis llenas de temor a cortaros simples flequillos, mientras que otras salíais a escondidas, aterradas y temblorosas, a comprar un par de tenacillas. Al principio caí como una bomba entre vosotras; si ni siquiera tú te atrevías a hablar conmigo.

—Es que tenías bicicleta —interrumpió Elsie, alisando la pared a medio empapelar—; y en aquella época, por supuesto, las damas no iban en bicicleta. Debes admitir, Brownie querida, que era una innovación alarmante. Nos aterrorizabas. Pero, después de todo, no hay nada malo en ti.

—Espero que no —respondí con franqueza—. Iba por delante de mi época, eso era todo; hoy en día hasta la mujer de un reverendo puede ir en bicicleta sin sentirse avergonzada.

—Pero si no te dedicas a enseñar —continuó Elsie, mirándome con aquellos grandes ojos azules llenos de incertidumbre—, ¿qué es lo que harás, Brownie?

Su horizonte se limitaba al círculo académico.

—No tengo la menor idea —respondí, prosiguiendo el encolado—. Pero como no quiero abusar de tu exquisita hospitalidad durante el resto de mi vida, haga lo que haga debo empezar a hacerlo esta misma mañana, cuando terminemos de empapelar. No puedo dar clases. —La enseñanza, como el color malva, es el refugio de los incompetentes—. Y, si puedo evitarlo, no quiero vender sombreros.

—¿Sombrerera tú? —preguntó Elsie, con el rostro rojo de horror.

—Sombrerera, ¿por qué no? Es una profesión honesta, que ahora desempeñan hasta las hijas de los condes. Pero no hace falta que te sofoques. Te digo que de momento no contemplo esa posibilidad.

—Entonces, ¿qué es lo que contemplas?

Me detuve y reflexioné.

—Estoy en Londres —respondí, mirando abstraída al techo—; Londres, cuyas calles están asfaltadas de oro, aunque a primera vista parezcan adoquines llenos de fango; Londres, la ciudad más grande y rica del mundo, donde un alma en busca de aventuras debería poder encontrarlas en algún resquicio. (Ese pliego de papel está torcido, querida; tendremos que quitarlo). Ya he trazado un plan. Me dejaré llevar por el destino; o, si así lo prefieres, dejaré mi futuro en manos de la Providencia. Saldré a pasear esta mañana, en cuanto me haya aseado, y me echaré a los brazos de la primera empresa que pase por allí. Nuestro Bagdad bulle de alfombras. En cuanto vea una flotando ante mí, ¡ajá!, la asiré con fuerza. Iré donde me esperen la gloria o unos modestos ingresos. Pescaré la primera oferta, la primera señal de apertura.

Elsie me miró, más horrorizada y perpleja que nunca.

—Pero ¿cómo? —preguntó—. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¡Qué extraña eres! ¿Qué harás para encontrarla?

—Ponerme el sombrero y caminar por la calle —respondí—. No podría ser más simple. Esta ciudad es un hervidero de empresas y sorpresas. Forasteros de oriente y

occidente la surcan en todas direcciones. Los ómnibus la atraviesan de cabo a rabo (¡si hasta me han dicho que llevan a Islington y Putney!); dentro, uno se sienta frente a personas que no ha visto nunca en su vida y que quizá no vuelva a ver, o que, por el contrario, le acompañarán durante el resto de sus días.

Tenía un discurso precioso en mente, más o menos en ese tono, sobre las infinitas posibilidades de entretenimiento para ángeles distraídos en taxis, en el metropolitano, en tiendas de esponjoso pan; pero los ojos de Elsie, que se abrían desmesuradamente, horrorizados, me frenaron en seco cual cabriolé en Piccadilly detenido por la inexorable mano del guardia de tráfico.

—¡Oh, Brownie! —exclamó, retrocediendo—. ¿No querrás decir que vas a pedirle al primer joven que te encuentres en un ómnibus que se case contigo?

Solté un gritito a modo de carcajada.

—¡Elsie —exclamé, besando su querida cabecita rubia—, eres impagable, de veras! Nunca sabrás qué quiero decir. No entiendes mi lenguaje. No, no; voy a limitarme a salir en busca de aventuras. Qué aventura será la que venga, no tengo en este momento ni la más ligera idea. La diversión está en la búsqueda, en la incertidumbre, en echar la moneda al aire. ¿De qué sirve estar arruinado (con la insignificante excepción de dos peniques) si no estás preparado para aceptar tu posición con el mismo espíritu con que acudirías a un baile de máscaras en Covent Garden?

—Nunca he ido a ninguno —señaló Elsie.

—¡Por todos los santos, ni yo tampoco! ¿Por quién me tomas? Pero tengo la intención de ver dónde me lleva el destino.

—¿Puedo ir contigo? —rogó Elsie.

—Por supuesto que no, niña —respondí; era tres años menor que yo, así que podía permitirme ser condescendiente con ella—. Eso lo estropearía todo. Tu encantadora carita bastaría para ahuyentar hasta la más tímida aventura.

Ella sabía a qué me refería. Tenía un rostro amable y reflexivo, pero carente de iniciativa.

Así pues, cuando terminamos con la pared, me planté mi mejor sombrero y me adentré sola en los jardines de Kensington.

Según me decían, me encontraba en un aprieto alarmante: una muchacha de veintiún años, sola en el mundo, a la que únicamente dos peniques libraban de la ruina, sin ninguna amistad para protegerla ni ningún pariente para aconsejarla. (No cuento a la tía Susan, que paseaba por Blackheath una elegante indigencia, y que regalaba su consejo, al igual que sus panfletos, con demasiada prodigalidad como para que alguien pudiese tenerlos en buen concepto). Pero lo cierto es que tengo que admitir que no estaba alarmada en absoluto. La naturaleza me ha dotado con una buena mata de pelo negro y rizado, y gran cantidad de buen ánimo. Si tuviese los ojos como los de Elsie, de ese azul líquido que se enfrenta a la vida con una mezcla de piedad y asombro, quizá me hubiese sentido como debía de sentirse una muchacha en

esas condiciones; pero como tengo unos ojos grandes y negros, con un poco de chispa, y además soy tan capaz de manejar una bici como cualquiera de mis conocidas, he heredado o adquirido un punto de vista sobre el mundo que se inclina claramente hacia la jovialidad y no hacia el abatimiento. Refunfuño con dificultad. Así que acepté mi trance como una experiencia divertida que me permitía poner en práctica las agradables facultades del valor y el ingenio.

¡Cuántas posibilidades brindan los jardines de Kensington! El estanque redondo, el sinuoso Serpentine, el misterioso aislamiento del palacio holandés de ladrillo... Se siente el hormigueo de los geniecillos. Uno se da de bruces con las posibilidades. Es un lugar propicio para el romance, que limita al norte con el Abyss de Bayswater y al sur con el anfiteatro del Albert Hall. Pero como centro para aventuras elijo el largo sendero; de algún modo me atraía, como la travesía desde el norte hacia el oeste atraía a mis antepasados marineros, los bucaneros del Devon isabelino. Me senté en una silla, al pie de un viejo olmo dotado de una poética cavidad prosaicamente tapada con una pragmática plancha de hierro galvanizado. Dos damas entradas en años estaban sentadas al otro lado, damas de aire fastuoso con la fealdad arrogante y exclusiva de la aristocracia inglesa en el otoño de la vida. Si desea uno ilustrar la monstruosidad total, no hay nada como una viuda noble. Estaban hablando en tono confidencial cuando me senté; el insignificante acontecimiento de mi aparición no bastó para contener el flujo de su diálogo. Los grandes ignoran la intrusión de sus inferiores.

—Sí, es un terrible inconveniente —observó la más vieja y fea de las dos.

Era una dama de alta cuna y sus rasgos dibujaban con claridad una expresión quisquillosa. Poseía una nariz romana y tenía la piel arrugada como una manzana pasada; llevaba unos encajes color café en el sombrero a juego con el color de su tez.

—Pero ¿qué iba a hacer, querida? Tanta insolencia resultaba simplemente intolerable. Así que la miré a la cara y se acobardó, por supuesto; luego le dije con mi voz más gélida, y ya sabes lo gélida que puedo ser si se da la ocasión... —En este punto la segunda dama asintió sin rencor, como si estuviese perfectamente preparada para reconocerle a su amiga el don poco frecuente de la gelidez—. Le dije: «Célestine, puedes recoger tu salario mensual; dispones de media hora para salir de esta casa». Me hizo una profunda reverencia y respondió: «*Oui, madame; merci beaucoup, madame; je ne désire pas mieux, madame*». Se marchó, y fin de la historia.

—Aun así, ¿irás a Schlangenbad el lunes?

—Pues ese es el problema. El lunes. Si no fuese por el viaje, habría disfrutado de librarme de esa fresca. De hecho, estoy encantada, Amelia, pues no he visto nunca joven más insolente, orgullosa, independiente y respondona. Y la sonrisita que ponía... Pero tengo que ir a Schlangenbad. Y aquí reside la dificultad. Por una parte, si contrato a una doncella en Londres, tendré que elegir entre dos males. O me hago con una muchacha inglesa de esas que arrastran los pies, y sé por experiencia que tener una muchacha inglesa en el continente es mucho peor que no tener doncella

alguna: tienes que atenderla tú, en vez de que ella te atienda; se marea en la travesía, y cuando llega a Francia o a Alemania odia la comida, detesta a los criados del hotel y no sabe hablar la lengua, con lo cual siempre te está llamando para que le sirvas de intérprete en sus diferencias personales con la *fille-de-chambre* y con el encargado; o contrato a una doncella francesa en Londres, y también sé por experiencia que las doncellas francesas que una contrata en Londres son invariablemente deshonestas, más incluso que el resto; han venido aquí porque nadie puede hablar bien de ellas en ningún sitio, y creen que es poco probable que una se ponga a escribir a su última señora a Toulouse o a San Petersburgo. Luego, por otro lado, no puedo esperar a contratar a una Gretchen, a una sencilla Gretchen del Taunus, en Schlangenbad; supongo que sigue habiendo muchachas sencillas en Alemania, hechas en Alemania, porque en Inglaterra ya no se fabrican, de eso estoy segura: la inocencia rústica se ha extinguido en este país. No puedo esperar a contratar a una Gretchen, como me gustaría hacer, por supuesto, simplemente porque no me atrevo a cruzar sola el canal y hacer ese larguísimo viaje por Ostende o Calais, Bruselas y Colonia, hasta Schlangenbad.

—Podrías contratar a una doncella temporal —sugirió su amiga, en un receso del tornado.

La anciana quisquillosa levantó la vista.

—¡Sí, y que me roben mi joyero! O averiguar que la muchacha inglesa no habla ni una palabra de alemán. O tener que ocuparme de ella en el barco cuando lo que quiero es entregar mi atención sin distracciones a mis propias desgracias. No, Amelia, me parece de lo más desconsiderado por tu parte que sugieras algo así. ¡Qué poco comprensiva eres! En este asunto me planto. Me niego a contratar a alguien de forma temporal.

Vi mi oportunidad. Era una idea encantadora. ¿Por qué no zarpar hacia Schlangenbad con la anciana quisquillosa?

Por supuesto, no tenía ni la más mínima intención de ocupar de modo permanente el cargo de doncella. Ni siquiera como recurso temporal, si se planteaba. Pero si quería dar la vuelta al mundo, ¿qué mejor manera de empezar que en el país del Rin? El Rin te lleva al Danubio, el Danubio al mar Negro, el mar Negro a Asia; y así, pasando por la India, China y Japón, se llega al Pacífico y a San Francisco; desde donde uno regresa con bastante facilidad a través de Nueva York y la compañía naval White Star Liners. Ya empezaba a sentirme como una trotamundos; la anciana quisquillosa era la parte fina de la cuña, el primer escalón. Me dispuse a poner el pie en él.

Me incliné al otro lado del árbol y hablé.

—Perdone —dije con la voz más dulce que pude—, pero creo que veo una salida a sus problemas.

Mi primera impresión fue que la anciana quisquillosa iba a sufrir un ataque de apoplejía. Se le puso la cara púrpura de indignación y asombro ante el hecho de que

una transeúnte cualquiera se atreviese a dirigirle la palabra; hasta el punto de que por un segundo casi lamenté mi bienintencionada observación. Después me clavó la mirada, como si fuese la dependiente de una tienda de capas y no supiese bien si comprar la capa o comprarme a mí. Al final, tras mirarme a los ojos, se lo pensó dos veces y estalló en carcajadas.

—¿Qué haces escuchando a escondidas? —preguntó.

Fue mi turno de sonrojarme.

—Estamos en un lugar público —respondí, con dignidad—; y hablan ustedes en un tono que a duras penas puede considerarse íntimo. Si no quieren que las oigan, no deberían gritar. Además, yo quería hacerle un favor.

La anciana quisquillosa me miró una vez más de la cabeza a los pies. No me arredré. Entonces se volvió hacia su amiga.

—La muchacha tiene carácter —observó con tono animado, como si estuviesen hablando de alguien ausente—. Me parece que me gusta su aspecto, Amelia, te doy mi palabra. A ver, buena mujer, ¿qué es lo que quieres proponerme?

—Solo esto —respondí indignada, imponiéndome—. Soy licenciada en Girton, hija de un oficial, no más buena mujer que muchas otras de mi clase; y no tengo ninguna ocupación particular por el momento. No me opongo a ir a Schlangenbad. Podría ir con usted en calidad de acompañante, o asistente, o como quiera llamarlo; permanecería allí con usted una semana, hasta que se arreglase usted con su presuntamente sencilla Gretchen; y entonces me marcharía. El salario carece de importancia; mi pasaje bastará. Considero que es una oportunidad barata para llegar a Schlangenbad.

La mujer de rostro amarillento levantó sus gafas de montura de carey y patillas largas para inspeccionarme de nuevo.

—Vaya —murmuró—. ¿Adónde van a llegar estas muchachas? ¿Has dicho Girton? ¡Girton! ¡Eso está en Cambridge! Luego hablas griego, por supuesto; pero ¿y alemán?

—Como una nativa —respondí con jovial prontitud—. Fui a la escuela en el cantón de Berna; es una lengua materna para mí.

—No, no —prosiguió la anciana, clavando sus astutos ojillos en mi boca—. Esos labios nunca podrían articular *schlecht* o *wunderschön*. No están formados para ello.

—Perdone —respondí en alemán—. Si digo algo, es cierto. La inolvidable música de la lengua de mi patria en mi tierno oído desde el primer momento marca ha dejado.

La dama soltó una carcajada.

—A mí no me farfulles, muchacha —exclamó—. Odio esa jerga. Es la única lengua de la tierra que no consiguen hacer atractiva ni los labios de una joven bonita. Hasta tú haces muecas al hablarla. ¿Cómo te llamas, joven?

—Lois Cayley.

—¡Lois! ¡Vaya un nombre! Nunca he oído hablar de ninguna Lois en mi vida,



excepto la abuela de Timothy. No serás la abuela de nadie, ¿verdad?

—No que yo sepa —respondí con gravedad.

Estalló de nuevo en una carcajada.

—Bueno, me parece que me sirves —dijo cogiéndome del brazo—. El gran engranaje de Girton no te ha desprovisto de originalidad. Adoro la originalidad. Ha sido muy inteligente por tu parte aprovechar la oportunidad de sugerir este acuerdo. Lois Cayley, dices; ¿algún parentesco con el impetuoso capitán Cayley, al que conocí en su día, del Regimiento 42 de la Infantería Escocesa?

—Soy su hija —respondí sonrojándome. Estaba orgullosa de mi padre.

—¡Ah! Ahora lo recuerdo; murió, el pobre; era un buen soldado. Y la... — Comprendí que quería decir «la descerebrada de su viuda», pero la detuve con una mirada—; su viuda fue y se casó con aquel apuesto canalla, Jack Watts-Morgan. Querida, no te cases nunca con un hombre con apellido compuesto y ningún medio de subsistencia visible; sobre todo si por lo general se le conoce por algún apodo. Así que eres la hija del pobre Tom Cayley, ¿eh? Bien, bien, creo que podremos arreglar este asunto. Mira, soy una persona acostumbrada a salirse con la suya. Si vienes conmigo a Schlangenbad, deberás hacer lo que te diga.

—Creo que podré apañármelas... una semana —respondí con reserva.

Sonrió ante mi audacia. Pasamos a revisar las condiciones. Eran bastante satisfactorias. No precisaba referencias.

—¿Tengo aspecto de ser una mujer a la que le importan las referencias? Normalmente se llama así a disertaciones que no dicen nada. Me has caído en gracia, ¡eso es lo que importa! Y además, ¡la hija del pobre Tom Cayley! Pero cuidado, no toleraré que me contradigas.

—No contradiré ni su mayor desatino —respondí con una sonrisa; y, una vez que arreglamos los preliminares, pregunté—: ¿Cuál es su nombre y su dirección?

Contra todo pronóstico, una desvaída mancha roja se extendió por la cetrina mejilla de la anciana quisquillosa.

—Querida —dijo—, mi nombre es lo único en el mundo que me hace avergonzarme. Mis padres eligieron castigarme con el apelativo más odioso que la inventiva humana destinó nunca a alma cristiana; y no he tenido valor para ir a cambiármelo.

Un destello de intuición me iluminó.

—¿No querrá decirme que se llama usted Georgina? —exclamé.

La anciana quisquillosa se aferró con fuerza a mi brazo.

—¡Qué inteligencia fuera de lo común! —profirió—. ¿Cómo es posible que lo hayas adivinado? Georgina, en efecto.

—Solidaridad —respondí—. Es el mío también, Georgina Lois. Pero como estoy de acuerdo con que dicha conducta es atroz, he suprimido el Georgina. Debería constituir delito penal traer al mundo a muchachas inocentes con tan pesada carga.

—¡Comparto plenamente tu opinión! Eres una joven de una sensatez

extraordinaria. Aquí están mi nombre y mi dirección; salimos el lunes.

Observé la tarjeta. Hasta la caligrafía era chillona. «Lady Georgina Fawley, 49, Fortescue Crescent, W».

Nos había llevado veinte minutos arreglar los detalles. Según me marchaba, muy satisfecha, la amiga de lady Georgina corrió tras de mí con rapidez.

—Ten cuidado —dijo en tono de advertencia—. Has dado con una fiera.

—Eso parece. Pero al menos una semana en la selva será una experiencia.

—Tiene un carácter terrible.

—Eso no es nada. Yo también. Horroroso, se lo aseguro. Y si llegamos a las manos, soy más grande, más joven y más fuerte que ella.

—Bien, te deseo que salgas bien parada.

—Gracias. Es muy amable por su parte venir a advertirme. Pero creo que puedo cuidarme por mí misma. Vengo de una familia de militares.

Incliné la cabeza en señal de agradecimiento y fui paseando hasta la casa de Elsie. La querida Elsie se quedó alucinada cuando le relaté mi aventura.

—¿De veras vas a ir? ¿Y qué harás cuando llegues, querida?

—No tengo la menor idea —respondí—; ahí es donde entra la diversión. Pero en cualquier caso, habré llegado hasta allí.

—¡Oh, Brownie! ¿Y si te mueres de hambre?

—También podría morirme de hambre aquí. En cualquiera de los dos lugares contaré solo con dos manos y una cabeza para ayudarme.

—Pero aquí estás entre amigos. Podrías quedarte conmigo para siempre.

La besé en su suave frente.

—Mi buena y generosa Elsie... —exclamé—. No me quedaré ni un momento después de que hayamos terminado la pintura y el empapelado. He venido aquí a ayudarte. No podría seguir comiéndome el pan que ganas con tanto esfuerzo sin hacer nada. Eres un sol; pero lo último que quiero es echarte otro peso encima. Ahora remanguémonos y démonos prisa con los rodapiés.

—Pero, Brownie, querrás preparar tu equipaje. Recuerda que el lunes te vas a Alemania.

Me encogí de hombros.

—Es un truco que aprendí en Suiza. ¿Qué tengo que arreglar? —pregunté—. Con dos peniques no puedo salir a comprarme un traje de verano completo en Bond Street. Vamos, no me mires así: sé práctica, Elsie, y deja que te ayude a pintar los rodapiés.

Si no la ayudaba, la pobre Elsie no acabaría nunca. La mitad de la ropa se la cortaba yo; sus propias ideas se limitaban casi por completo al cálculo diferencial. Y cortarse una blusa siguiendo el cálculo diferencial es una tarea agotadora y laboriosa para una maestra de secundaria.

Para el lunes había empapelado y amueblado las habitaciones, y estaba lista para emprender mi propio viaje de exploración. Me reuní con la anciana quisquillosa en la

estación de Charing Cross, donde nos habíamos dado cita, y procedí a hacerme cargo de su equipaje y sus billetes.

¡Dios mío, qué gruñona era!

—¡Vas a tirar la cesta! Espero que hayas comprado billetes vía Malinas, y no por Bruselas. Me niego a ir a Bruselas. Allí hay que hacer transbordo. Por favor, fíjate bien en lo que pesa el equipaje en libras inglesas, y que el hombre de la oficina te lo apunte en una nota para comprobar lo que te digan esos horrendos mozos belgas. Si no, te cobrarán el doble de peso, a no ser que lo transformes de inmediato en kilos. Ya me los conozco. Los extranjeros no tienen conciencia. Van a ver al cura, se confiesan y ¡hala! Borrón y cuenta nueva; a la mañana siguiente pueden empezar de cero en la senda criminal. Todavía no sé por qué voy al extranjero. El único país en el mundo apto para la vida es Inglaterra. Sin mosquitos, ni pasaportes, ni... ¡Por todos los cielos, criatura, no dejes que ese hombre odioso vaya balanceando mi sombrerera! ¿No tienes alma inmortal, mozo, que te impida ir aplastando la propiedad ajena como si fuesen cucarachas? No, no permitiré que lleves eso, Lois; se trata de mi joyero: dentro están las joyas que quedan de la familia Fawley. Me niego en redondo a aparecer en Schlangenbad sin ni siquiera un diamante. El joyero no abandona nunca mis manos. Ya es bastante difícil hoy en día guardar el corpiño y la falda juntos. Habrás reservado el cupé de Ostende, ¿no?

Nos metimos en nuestro vagón de primera clase. Estaba limpio y era cómodo; pero la anciana quisquillosa obligó al mozo a fregar el suelo, y no paró de moverse, preocupada, hasta que salimos de la estación. Por suerte, el único ocupante del compartimento era un caballero europeo de lo más civilizado y servicial (digo europeo porque no era capaz de distinguir si era francés, alemán o austriaco), que trataba por todos los medios de complacer los deseos de lady Georgina. ¿Deseaba *madame* que abriésemos la ventana? Ah, por supuesto, con mucho gusto; era un día tan cálido... ¿Y si cerrábamos un poquito más? *Parfaitement*, había corriente, *il faut l'admettre*. ¿Quizá *madame* prefería la esquina? ¿No? Entonces a lo mejor deseaba usar su maleta para apoyar los pies. *Permettez*: así. Con frecuencia corre aire frío por el suelo en los vagones de ferrocarril. Estamos atravesando Kent, ¡el jardín de Inglaterra! En tanto que diplomático, conocía todos los rincones de Europa, y repitió *le mot* que por casualidad había oído de labios de *madame* en el andén: ¡no había país en el mundo tan encantador como Inglaterra!

—¿No será *monsieur* agregado de la embajada de Londres? —inquirió lady Georgina, con mayor afabilidad.

Se retorció el bigote gris, un bigote encerado de gran distinción.

—No, *madame*; he abandonado el servicio diplomático. Ahora resido en Londres *pour mon agrément*. Algunos de mis compatriotas lo consideran triste; yo por mi parte encuentro que es la capital más fascinante de Europa. ¡Qué vivacidad! ¡Qué movimiento! ¡Qué poesía! ¡Qué misterio!

—Si por misterio se refiere a la niebla, podría desafiar al mundo entero —repuse.

Me observó fijamente.

—Sí, *mademoiselle* —respondió, con una voz muy diferente, marcada por la frialdad—. Intente lo que intente su gran país, aunque solo sea una niebla, lo consigue a las mil maravillas.

Soy de intuiciones rápidas. Sentí que el caballero extranjero me profesaba una instintiva antipatía. Por contra, hablaba mucho, y en tono animado, con lady Georgina. Habían hallado amigos en común y estaban sorprendidísimos de ello, como siempre lo está la gente al pasar por tan inevitable experiencia.

—Ah, sí, *madame*, lo recuerdo bien en Viena. Yo estaba allí en aquella época, como agregado en nuestra delegación. Era un hombre encantador; ¿leyó usted su magistral artículo sobre el problema central del Imperio austrohúngaro?

—¡Que estaba usted en Viena entonces! —se extasió a su vez la anciana quisquillosa—. Lois, niña, no mires de esa manera. —Se había empeñado desde el principio en llamarme Lois, por ser hija de mi padre, y debo confesar que lo prefería a que me llamasen señorita Cayley—. Seguro que nos conocimos. ¿Puedo preguntarle su nombre, *monsieur*? —Me di cuenta de que el caballero extranjero estaba encantado. Había jugado y había ganado un punto. Tenía la intención de que ella le preguntase. Llevaba una tarjeta en el bolsillo, convenientemente a mano; se la tendió. La leyó y la devolvió. «Monsieur le Comte de Laroche-sur-Loiret».

—Ah, recuerdo bien su nombre —interrumpió la anciana quisquillosa—. Creo que conocía usted a mi marido, sir Evelyn Fawley, y a mi padre, lord Kynaston.

El conde pareció profundamente sorprendido y satisfecho.

—¿Qué? ¡Entonces es usted lady Georgina Fawley! —gritó con afectación—. Por supuesto, señora, su admirable esposo fue el primero en ejercer su influencia a mi favor en Viena. ¿Que si me acuerdo de *ce cher* sir Evelyn? ¡Pues claro que me acuerdo! ¡Qué encuentro tan afortunado! Debí de verla hace unos años en Viena, señora, aunque no tuviese el placer de conocerla. ¡Pero su rostro ha quedado impreso en mi yo subconsciente! —Más tarde sabría que la doctrina esotérica del yo subconsciente era el *hobby* preferido de lady Georgina—. En el momento en que el azar me trajo a este vagón esta mañana me dije: «Esa cara, esos rasgos tan vivos, tan notables, ya los he visto antes. ¿Con qué los asocio en las profundidades de mi memoria? Con una familia de alta cuna; genio; rango; el servicio diplomático; un encanto indefinido; un ligero toque de excentricidad. ¡Ajá! Ya lo tengo. Viena, un coche con lacayos de librea roja, una presencia noble, una multitud de genios (poetas, artistas, políticos) arremolinada con ansia alrededor del landó. Esta fue mi imagen mental al sentarme frente a usted, y ahora lo entiendo: ¡es usted Georgina Fawley!

Pensé que la anciana quisquillosa, que era una persona despierta a su manera, debía de estar viendo más allá de palabrería tan hueca; pero había subestimado la capacidad del humano medio para tragarse los halagos. En lugar de rechazar tanta untuosa sandez con una sonrisa desdeñosa, lady Georgina había recuperado la frescura y un aire consciente de coquetería, y le seguía el juego.

—Sí, los de Viena fueron días maravillosos —dijo con una sonrisita—; entonces yo era joven, conde; disfrutaba al máximo de la vida.

—Las personas de su temperamento, señora, siempre son jóvenes —replicó el conde sin pensárselo dos veces, al tiempo que se inclinaba hacia delante y la miraba—. Hacerse mayor es una ridícula costumbre de los estúpidos y los vacuos. Los hombres y mujeres de *esprit* nunca envejecen. Uno aprende a lo largo de su vida a admirar no la belleza obvia de la juventud y la salud —dijo dirigiéndome una mirada desdeñosa—, sino la honda belleza del carácter profundo de un rostro, esa belleza tranquila y serena que queda impresa en el ceño gracias a las emociones.

—Tuve mis momentos —murmuró lady Georgina, ladeando la cabeza.

—Lo creo, señora —respondió el conde con una mirada galante.

De allí a Dover fueron hablando con incesante animación. La anciana quisquillosa era una compañía excelente. Tenía una lengua viperina, y en el transcurso de noventa minutos había despellejado viva a la mayor parte de la sociedad londinense, demostrando un ingenio corrosivo y gran vivacidad. Me reí contra mi voluntad ante sus salidas de tono; eran demasiado divertidas como para no hacer gracia, a pesar de su vitriolo. En cuanto al conde, estaba encantado. Él tampoco era parco en palabras, y entre ambos casi perdí la noción del tiempo hasta que llegamos a Dover.

Fue una travesía muy difícil. El conde nos ayudó a llevar las diecinueve bolsas de mano y las cuatro mantas de viaje a bordo; pero me di cuenta de que, a pesar de la fascinación que el conde le inspiraba, lady Georgina se resistía a sus inventivos esfuerzos por tomar posesión del preciado joyero mientras bajaba por la pasarela del barco. Se aferraba a él como si le fuese la vida en ello, aun en medio de los bandazos del barco en el canal. Por suerte soy buena marinera y cuando las mejillas de lady Georgina empezaron a palidecer, estaba lo bastante despejada como para alcanzarle el chal y el frasco de sales. Se pasó todo el viaje sin parar de moverse, preocupada. Quería que la trataran por fin como a un animal vertebrado. Aquellos horribles belgas no tenían ningún derecho a plantar las sillas delante de ella en cubierta. Qué impertinencia por parte de aquellas frescas pelirrojas —hijas de verduleros, no cabía duda— venir a sentarse al mismo banco que ella, el banco «solo para damas» resguardado de la chimenea.

«Solo para damas», por supuesto. ¿Es que acaso las maletas se consideraban damas? Ah, seguro que el anciano caballero con polainas episcopales era su padre, ¿verdad? Un obispo debería educar mejor a sus hijas, enseñarlas a comportarse con seriedad. Y no... «¡Lois, mis sales!». Aquel barco era inhumano; qué olor a maquinaria; ya no quedaban barcos decentes; por mucho que presumiésemos de avances, ella recordaba que antes el servicio para atravesar el canal funcionaba mucho mejor que ahora. Pero claro, aquello fue antes de la educación obligatoria. Las clases trabajadoras estaban sacando la industria del país, y la consecuencia era que no éramos capaces de construir un barco que no apestase a gasolinera. Incluso los

marineros de a bordo eran franceses, y farfullaban como idiotas; no había ni un honesto marinero británico entre ellos. Aunque los camareros eran ingleses, eso sí, pero ingleses *cockney*, de la clase popular, con sus modales descorteses y sus aires de colegio público. Ella sí que les daría colegio público si fueran sus criados; les enseñaría a respetar a la gente de cuna y educación. Pero los niños de las clases bajas ya nunca iban a catequesis; claro, estaban demasiado ocupados con la *lingua*, la *jografía* y el dibujo. Afortunadamente para mis nervios, un buen meneo a sotavento puso fin durante un rato al flujo de sus pensamientos respecto a las plagas de la época.

En Ostende, el conde realizó una segunda intentona galante de hacerse con el joyero, pero lady Georgina lo despachó automáticamente. Tenía la arraigada costumbre, me parece, de aferrarse con rapidez al joyero; pues estoy segura de que se hallaba demasiado abrumada por la cortesía del conde como para poner en duda ni por un momento la honestidad de sus intenciones. Pero cada vez que viajaba, me imagino, se aferraba a la cajita como si de ello dependiese su vida; dentro iban todos sus diamantes de valor.

Hicimos una parada de veinte minutos en Ostende para tomar un tentempié, intervalo durante el cual mi anciana señora me pidió con fervor que fuese a echar un vistazo a su equipaje registrado, a pesar de que, como estaba consignado hasta Colonia, no podría verlo siquiera hasta que cruzásemos la frontera alemana, pues los *douaniers* belgas sellaban el furgón en cuanto se descargaba el equipaje que debía ir directo a Alemania. No obstante, para contentarla, cumplí con la formalidad de fingir que iba a inspeccionarlo, solo para hacerme odiosa a los ojos del responsable de aduanas gracias a las preguntas estúpidas e inútiles que lady Georgina insistió en que hiciese. Cuando hube terminado tarea tan tonta y desagradable (pues yo no soy de naturaleza melindrosa, y es difícil asumir los melindres de otro por poderes), regresé al cupé que había reservado desde Londres. Para mi gran asombro, me encontré a la anciana quisquillosa y al egregio conde cómodamente sentados allí.

—*Monsieur* ha tenido la bondad de aceptar un sitio en nuestro coche —observó lady Georgina cuando yo entré.

El conde hizo una reverencia y sonrió.

—Digamos más bien que *madame* ha sido tan amable de ofrecérmelo —corrigió.

—¿Le apetece almorzar, lady Georgina? —pregunté con mi voz más glacial—. Quedan diez minutos libres y el bufé es excelente.

—Una idea admirable —murmuró el conde—. Permítame que la acompañe, señora.

—¿Vienes, Lois? —preguntó lady Georgina.

—No, gracias —respondí, pues había tenido una idea—. Soy una marinera excelente, pero el mar me quita el apetito.

—Entonces nos guardarás los sitios —dijo, volviéndose hacia mí—. Espero que no permitas que se cuele ningún horrible extranjero. Intentarán entrar por la fuerza a

no ser que insistas. Ya me conozco sus trucos. Tienes los billetes, supongo. ¿Y el *bulletin* para el cupé? Bueno, ten cuidado de no perder la documentación del equipaje consignado. No dejes que esos terribles mozos toquen mi capa. Y si alguien intenta entrar, asegúrate de ponerte en la puerta cuando suban para impedirselo.

El conde le tendió la mano; se deshacía en atenciones. Mientras lady Georgina descendía, no obstante, realizó otro hábil intento para aliviarla del peso del joyero. No creo que ella se diese cuenta, pero automáticamente lo apartó de un manotazo. Luego se volvió hacia mí.

—Toma, querida —dijo, entregándomelo—, mejor que me lo cuides. Si lo suelto en el bufé mientras estoy comiendo, algún canalla podría llevárselo. Pero no le quites las manos de encima bajo ningún concepto. Póntelo sobre las rodillas; y, por todos los santos, no te separes de él.

Para entonces mis recelos sobre el conde habían tomado cuerpo. Desde el principio me habían parecido sospechosas sus maneras lenitivas y engatusadoras. Pero cuando atracamos en Ostende le oí por casualidad mantener una conversación en susurros con un hombre de aspecto andrajoso que ocupaba un vagón de segunda clase procedente de Londres.

—¿Hay algún avance? —había murmurado el hombre desaliñado entre dientes en francés, mientras el noble soberbio de bigote encerado lo adelantaba.

—Avanza de maravilla —había respondido el conde en el mismo tono de voz—. *Ça réussit à merveille!*

Entendí que se refería a que sus esfuerzos por vencer la resistencia de lady Georgina habían dado fruto.

Habían pasado cinco minutos en el bufé cuando el conde regresó a toda prisa hasta la puerta del cupé con aire despreocupado.

—*Mademoiselle* —dijo en tono distraído—, lady Georgina me ha mandado a coger su joyero.

Me aferré a él con ambas manos.

—*Pardon, monsieur le comte* —respondí—; lady Georgina me lo ha confiado a mí y no puedo entregárselo a nadie sin su permiso.

—¿No me dirá que desconfía de mí? —exclamó iracundo—. ¿No estará poniendo en duda mi honor? ¿Duda usted de mi palabra cuando le digo que me envía lady Georgina?

—*Du tout* —contesté con serenidad—. Pero he recibido órdenes de no separarme del joyero; y eso haré hasta que vuelva lady Georgina.

Masculló entre dientes una réplica indignada y se alejó. El hombre de aspecto andrajoso paseaba arriba y abajo por el andén, con un guardapolvos de dudosa factura. Al encontrarse movieron los labios. Los del conde parecieron murmurar:

—*C'est un coup manqué!*

Pero ni siquiera entonces desistió. Vi que se disponía a continuar con aquel peligroso jueguito. Regresó al bufé con lady Georgina. No me cabía duda de que

sería inútil ponerla sobre aviso, pues el conde había conseguido embaucarla por completo; así pues, tomé la iniciativa. Examiné con detenimiento el joyero. Lo envolvía un estuche de cuero; por dentro era una caja fuerte de acero atada con sólidas bandas de metal. Tomé una decisión de inmediato, y actué como mejor me pareció bajo mi responsabilidad.

Cuando regresaron lady Georgina y el conde, parecían viejos amigos. Era evidente que la gelatina de codorniz y el vino espumoso del Rin les habían abierto el corazón. Fueron riendo y charlando sin cesar hasta Malinas. La inspiración de lady Georgina se hallaba en su mejor momento: su ingenio corrosivo se volvía cada vez más agudo y cáustico. Para cuando entramos bajo el enorme tejado de hierro de la estación central no quedaba ni una sola reputación en Europa con cabeza. Desde Ostende me había fijado en que al conde le angustiaba la posibilidad de que tuviésemos que abandonar el cupé en Malinas. Le aseguré en más de una ocasión que sus miedos eran infundados, pues había dejado estipulado en Charing Cross que el cupé nos llevaría directas a la frontera alemana. Pero me apartó con su noble brazo. Yo no le había contado a lady Georgina su vano intento de apoderarse del joyero; y el mero hecho de que guardase silencio incrementaba las sospechas que yo le inspiraba.

—Perdone, *mademoiselle* —dijo con frialdad—; no conoce usted estas líneas tan bien como yo. Nada es más común para esos canallas de empleados de ferrocarril que vender una plaza de cupé o de coche-cama y luego no llegar a reservarla nunca, o desalojarlo a uno a mitad de camino. Es muy posible que tengan que apearse en Malinas.

Lady Georgina corroboró aquella opinión con una amplia variedad de anécdotas seleccionadas que ilustraban las atrocidades de las empresas rivales que le habían robado el equipaje camino a Italia. Por no hablar de los *trains de luxe*, que eran nidos de ladrones.

Así pues, cuando llegamos a Malinas, saqué la cabeza y pregunté a un mozo, solo para satisfacer a lady Georgina. Como ya había anticipado yo, nos respondió que no había transbordo; íbamos directos hasta Verviers.

Sin embargo, el conde no se dio por satisfecho. Se apeó e intercambió algunas observaciones con un empleado que lucía la gorra con banda dorada de *chef-de-gare*, o algún cargo parecido, un poco más lejos en el andén. Luego regresó echando humo.

—Se lo dije —exclamó, abriendo de un portazo—. Estos canallas nos han engañado. El cupé no va más allá. Debe usted apearse de inmediato, señora, y tomar el tren de enfrente.

Estaba segura de que se equivocaba, y me atreví a decirlo. Pero lady Georgina gritó:

—¡Qué disparate, criatura! El *chef-de-gare* debe saber lo que se hace. ¡Sal de inmediato! ¡Trae las bolsas y las mantas! ¡Cuidado con esa capa! ¡No olvides la caja de los bocadillos! Gracias, conde; ¿sería tan amable de ocuparse de mis paraguas? Date prisa, Lois, ¡date prisa! ¡El tren se pone en marcha!



Entré tras ella dando tumbos con mis catorce bultos, y al mismo tiempo vigilando el joyero con discreción.

Tomamos nuestros asientos en el tren de enfrente, que, según advertí, llevaba el cartel «Ámsterdam, Bruselas, París». Pero no dije nada. El conde entró de un salto, dio unos brincos a nuestro alrededor, acomodó los bultos y volvió a salir de un salto. Habló con un mozo; luego volvió a toda prisa, alteradísimo.

—*Mille pardons*, señora —exclamó—. Parece que el *chef-de-gare* me ha engañado cruelmente. Después de todo, tenía usted razón, *mademoiselle*. ¡Debemos regresar al cupé!

Con singular magnanimidad, me contuve para no replicar: «Ya se lo había dicho».

Lady Georgina, muy nerviosa y acalorada para entonces, salió a trompicones una vez más y se metió en el cupé. Ambos trenes iban a ponerse en marcha de un momento a otro. En medio de tantas prisas, dejó por fin que el conde se apoderase del joyero. Supongo que al pasar junto a una ventana este se lo entregó al pasajero de aspecto andrajoso; pero no estoy segura. En cualquier caso, cuando ya nos hallábamos cómodamente sentadas en nuestro compartimento una vez más, y él estaba de pie en el estribo, a punto de entrar, de repente dio un inesperado brinco hacia atrás y se metió del modo más brusco en un vagón destino a París. En ese mismo momento, los trenes se pusieron en marcha con un chillido penetrante.

Lady Georgina levantó las manos en un frenesí de horror.

—¡Mis diamantes! —gritó—. ¡Ay, Lois, mis diamantes!

—No se aflija —respondí, sujetándola, pues de veras tuve la impresión de que iba a saltar del tren—. Solo se ha llevado el estuche, con la caja de los bocadillos dentro. ¡Aquí está la caja de acero!

Y la saqué, triunfante.

La agarró llena de euforia.

—¿Cómo es esto? —exclamó abrazando la caja, pues les tenía verdadero amor a esos diamantes.

—Es muy simple —respondí—. Me di cuenta de que ese hombre era un canalla y de que tenía un cómplice en otro vagón. Así que mientras iba usted al bufé en Ostende saqué la caja del estuche y puse allí la caja de los bocadillos, para que se la llevase y pudiésemos tener pruebas contra él. Lo único que tiene que hacer usted ahora es informar al revisor, que mandará un telegrama para que detengan el tren de París. Ya hablé con él en Ostende, así que está todo listo.

Me dio un fuerte abrazo.

—¡Querida —exclamó—, eres la mujer más lista que he conocido nunca! ¿Quién habría podido sospechar de un caballero tan impecable? ¡Vaya, vaya! ¡Pero si vales tu peso en oro! ¿Qué voy a hacer yo sin ti en Schlangenbad?

## M. McDONNELL BODKIN (1850–1933)

Cuando Matthias McDonnell Bodkin murió en 1933, debía de estar cansado. Nació a mediados del siglo XIX de padres irlandeses bien relacionados y se convirtió en un notable periodista, editor y escritor, al tiempo que se forjaba una respetada carrera como abogado, juez, miembro de la Curia Regis y acerbo oponente nacionalista del Partido Parlamentario Irlandés de Charles Stewart Parnell. En tanto que abogado, defendía a los nacionalistas; en tanto que editor de periódico, atacaba a Parnell. Consiguió un escaño en el Parlamento con un margen muy estrecho, pero lo abandonó tras un solo mandato, con el pretexto de que no podía permitirse prescindir de sus ingresos como abogado.

Los numerosos libros que escribió abarcan temas diversos: historia, política, novela histórica, autobiografía, un tomo llamado *Famous Irish Trials* y una antología con el abominable título *Pat o' Nine Tales*. Sin embargo, aparece en esta antología porque en 1900 Chatto & Windus, una editorial londinense, publicó su antología de relatos *Dora Myrl: The Lady Detective*. Myrl, una elegante joven que ejerce como detective profesional remunerada, es infatigable a la hora de buscar pruebas o perseguir malhechores. «Un Sherlock Holmes con enaguas», la elogió el *Morning Leader* cuando Myrl apareció en escena, calificándola de «bonita, refinada y seductora», además de «adorable». El periódico insistía en que era «un nuevo tipo de detective, una clara mejoría respecto a sus predecesoras». El *Daily News* declaró que las historias eran «ingeniosas y entretenidas». Por supuesto, gran parte de este revuelo tiene que ver con que Myrl era más abiertamente femenina que algunas de sus predecesoras. Su inteligencia, eficiencia y valor pueden recordar a la Lois Cayley de Grant Allen, que en una de sus aventuras (que no aparece en este volumen) persigue a un enemigo en bicicleta. Dora Myrl es también una artista de los disfraces. Tan versátil como el propio Holmes, lo mismo aparece como un muchacho entregando un telegrama que como una quiromante oracular; en un momento dado hasta se disfraza doblemente de hombre y de francés.

Dos años antes, en 1898, Bodkin había publicado *Paul Beck, the Rule of Thumb Detective*. Colocando a su detective en la categoría de no-genio, casi como un anti-Holmes, Bodkin hace que Beck declare con modestia: «Yo solo me guío por el sentido común, descifro y soluciono los casos lo mejor que puedo». Beck apareció en un par de novelas más en los siguientes años. Luego, en una novela de 1909 con el mojigato título de *The Capture of Paul Beck*, Bodkin hace que los dos detectives se

enfrenten y finalmente los casa, tras una tediosa historia de amor que está más que terminada antes siquiera de que aparezcan Beck y Myrl. Como es inevitable, ambos crían a un hijo que se convierte en detective en la novela siguiente: *Young Beck, a Chip off the Old Block*. Parece que Bodkin fue la primera figura conocida del género en escribir acerca de una pareja casada que se dedica a solucionar delitos en equipo. Después lo seguirían muchos, como los encantadores Nick y Nora Charles, creados por Dashiell Hammett en *El hombre delgado*; los Tommy y Tuppence Beresford de Agatha Christie; y más tarde las entregas inexplicablemente populares del señor y la señora North, de Frances y Richard Lockridge.

Hoy en día el título original de nuestra historia, «How He Cut his Stick», requiere explicación; Bodkin agrupó en él dos o tres significados. En 1899, un columnista del *New York Times* explicaba:

Hace tiempo que es de uso común la expresión *to cut his stick*<sup>[3]</sup> con el sentido de «darse a la fuga», aunque ni por asomo se oye con tanta frecuencia como hace cuarenta o cincuenta años. *He's cut his stick* significa «se ha dado a la fuga». *Cut your stick!* significa «márchate». Por otro lado, cuando yo era niño al jugar al críquet se registraban las carreras de cada jugador haciendo muescas en un bastón largo (*stick*), es decir, «cortando el bastón», y las carreras se conocían entonces con el nombre de muescas. He visto que los registros de partidos de más importancia se hacían también en bastones, marcando muescas, hace unos cuarenta y cinco años.

Un diccionario de argot de la época sugiere una procedencia alternativa, aún más antigua: «Parece que se refiere a una costumbre de hace siglos de cortar una robusta vara como bastón —y que podía hacer doblete como arma— antes de emprender un largo viaje a pie».

Y a lo largo del relato descubrirán ustedes otro uso más de la expresión.

# Las muescas del bastón

(1900)

Respiró hondo por fin mientras levantaba la pequeña cartera negra tipo Gladstone, de sólida piel de ternera, para colocarla con cuidado en el asiento contiguo del vagón vacío, muy cerca de sí.

Levantó la cartera con manifiesto esfuerzo. Sin embargo, era un joven grande y de complexión robusta; también guapo, en cierto modo; tenía el pelo color paja, bigote y una cara redonda, plácida y de expresión honesta, aunque no demasiado inteligente. Sus ojos de color azul claro tenían una mirada llena de angustia y preocupación. ¡No era para menos! El pobre muchacho cargaba con una pesada responsabilidad. Aquella discreta cartera negra contenía cinco mil libras en oro y billetes que él —subalterno del famoso banco de Gower and Grant— tenía que trasladar desde la oficina principal de Londres a una sucursal a doscientas millas en tren.

El empleado en el que recaía normalmente dicha tarea, con más antigüedad y experiencia, había contraído una extraña y repentina enfermedad en el último momento.

—Está Jim Pollock —dijo el gerente del banco, mirando en derredor en busca de un sustituto—. Él mismo servirá. Es lo bastante grande para arrancarle la cabeza de un golpe a cualquiera que se meta con él.

Así que Jim Pollock tuvo que apechugar con tan abrumadora responsabilidad. Aquel hombretón, que podría hacerle un placaje a cualquier jugador de fútbol de Inglaterra sin sentir el menor asomo de miedo, estaba tan nervioso como un niño de dos años. Hasta entonces no había separado ni por un segundo la mirada vigilante y la fuerte mano derecha de la cartera. Pero allí, en el cruce de Eddiscombe, se había encerrado él solo en un vagón individual de primera clase, y quedaban cuarenta y siete millas sin paradas hasta la siguiente estación.

Así pues, con un suspiro de alivio y encogiéndose de hombros, envió a paseo su ansiedad, se repanchigó en el cómodo asiento, encendió una pipa, sacó un periódico deportivo del bolsillo y se enfrascó rápidamente en la crónica del partido del Campeonato Internacional de Rugby, pues el propio Jim albergaba ciertas esperanzas de formar parte de la selección en un futuro cercano.

El tren salió traqueteando de la estación y adoptó una marcha suave, a una velocidad de cincuenta millas por hora en mitad del campo.

Jim, aún absorto en el periódico, no advirtió el destello de dos ojillos penetrantes

que lo vigilaban a escondidas desde la oscura sombra bajo el asiento de enfrente. No vio cómo la larga y ágil silueta se desenroscaba para cruzar a rastras, sigilosa como una serpiente, el suelo del vagón.

No vio nada ni sintió nada hasta que dos manos asesinas aprisionaron su garganta y una rodilla le aplastó el pecho.

Jim era fuerte, pero antes de que a su fuerza dormida le diese tiempo a despertar, estaba tumbado de espaldas en el suelo del vagón, con un pañuelo impregnado de cloroformo pegado a la boca y la nariz.

Luchó con encarnizamiento durante un instante, se incorporó a medias y casi consiguió desasirse de su tenaz asaltante. Pero, mientras se debatía, el sopor de la droga lo despojó de fuerza y consciencia; se desplomó con pesadez para caer como un leño en el suelo del vagón.

El último pensamiento del cumplidor muchacho mientras perdía el sentido fue: «He perdido el oro». También fue su primer pensamiento al despertar, dolorido e indispuerto, con el cerebro atormentado por aquel desvanecimiento similar a la muerte. El tren aún iba a toda velocidad; las puertas del vagón seguían cerradas; pero el compartimento estaba vacío y la cartera no estaba allí.

Buscó desesperadamente en el portaequipajes, bajo los asientos... nada. Todo estaba vacío. Jim bajó la ventana de un golpe y soltó un bramido.

El tren comenzó a aminorar la velocidad para entrar en la estación. Seis mozos acudieron corriendo a la vez, seguidos por el jefe de estación, que avanzaba con más parsimonia, según exigía su dignidad. Una multitud se congregó a toda velocidad alrededor de la puerta.

—¡Me han robado! —gritó Jim—. ¡Una cartera negra con cinco mil libras dentro! Entonces el jefe de estación se abrió paso a empujones entre la multitud.

—¿Le han robado, señor? —preguntó con una mirada suspicaz hacia un Jim despeinado y nervioso.

—Entre este punto y el cruce de Eddiscombe.

—Eso es imposible, señor: no hay parada entre este punto y Eddiscombe, y el vagón está vacío.

—Pensé que estaba vacío en Eddiscombe, pero debía de haber alguien bajo el asiento.

—Pues ahora no hay nadie bajo el asiento —replicó el jefe de estación con sequedad—; será mejor que le cuente su historia a la policía. Hay un agente en el andén.

Jim le contó su historia al agente, que lo escuchó con gravedad y le dijo que debía considerarse detenido durante la investigación.

Enviaron un telegrama a Eddiscombe y pronto se dieron cuenta de que no había comunicación. Aquello debía de haber ocurrido recientemente, pues se había mandado un telegrama hacía menos de una hora. Dieron pronto con la avería, a unas nueve millas fuera de Eddiscombe. Algunos cables estaban medio caídos y los

aislantes de uno de los postes estaban hechos trizas. El suelo estaba plagado de pesadas huellas que atravesaban un par de campos hasta la carretera principal y luego se perdían. No se encontró ningún otro tipo de prueba.

Dos días más tarde, Dora Myrl, enfrascada en su trabajo en la sala a la que llamaba su estudio, recibió una tarjeta con el nombre de sir Gregory Grant. Un benévolo caballero de mediana edad y buena presencia siguió a la tarjeta.

—¿Señorita Myrl? —dijo, tendiendo la mano—. He oído hablar de usted por boca de mi amigo lord Millicent. He venido a pedirle ayuda. Soy el socio principal de la compañía bancaria Gower and Grant. Habrá oído usted hablar del robo en el tren, ¿no?

—He oído todo lo que el periódico tenía que contarme.

—No hay mucho más que contar. He venido a verla en persona, señorita Myrl, porque el caso me atañe personalmente. No se trata tanto del dinero, aunque es una cantidad importante, por supuesto. Pero el honor del banco está en juego. Siempre nos hemos enorgullecido de tratar bien a nuestros empleados y hasta ahora hemos cosechado recompensas por ello. Durante casi un siglo no ha habido ningún caso de fraude o deshonor entre ellos. Es un récord del que estamos orgullosos en el banco, y deseáramos mantenerlo intacto si es posible. Pesan fuertes sospechas sobre el joven James Pollock. Por supuesto, deseo que se le castigue si es culpable, pero quiero que se le absuelva si es inocente. Por eso he acudido a usted.

—Y la policía ¿qué dice?

—Bueno, ellos consideran que no cabe duda de su culpabilidad. Tienen su teoría lista. No había nadie en el vagón y nadie podía salir de él. Pollock le tiró la cartera a un cómplice en algún momento del recorrido. Hasta dicen haber encontrado la marca que hizo la cartera al caer al suelo; unos cuantos cientos de yardas después del lugar donde habían caído los cables, en dirección a Eddiscombe.

—¿Qué han hecho?

—Han arrestado al muchacho y han dado orden de busca y captura para un hombre con una cartera muy pesada de piel de ternera... eso es todo. De todos modos, están bastante seguros de haber cogido al principal culpable.

—¿Y usted?

—Le seré franco, señorita Myrl. Tengo mis dudas. Desde luego, el caso parece concluyente. Es imposible que nadie se bajase del tren a toda velocidad. Pero he visto al muchacho, y tengo mis dudas.

—¿Puedo verlo?

—Estaré encantado de que lo haga.

Tras cinco minutos de conversación con Jim Pollock, Dora hizo un aparte con sir Gregory.

—Creo que puedo solucionarlo —dijo—. Acepto el caso con una condición.

—Los honorarios que...

—No son los honorarios. Nunca discuto los honorarios hasta que el caso ha

terminado. Acepto el caso si me deja usted al señor Pollock para que me ayude. Su instinto estaba en lo correcto, sir Gregory: el muchacho es inocente.

La policía puso el grito en el cielo cuando el banco declaró *nolle prosequi*. Dejaron a James Pollock en libertad, pero insinuando más o menos a las claras que intervendría la Corona.

Entretanto, Pollock iba a bordo de un tren con la señorita Dora Myrl, de Londres a Eddiscombe. El joven rebosaba de gratitud y devoción. Por supuesto, pasaron todo el trayecto hablando del robo.

—¿Era pesada la bolsa, señor Pollock? —preguntó Dora.

—Preferiría llevarla una milla y no diez, señorita Myrl.

—Y sin embargo es usted bastante fuerte, diría yo.

Dora Myrl tocó el prominente bíceps con los dedos, y el muchacho se sonrojó hasta la raíz del cabello.

—¿Reconocería al hombre que le robó si lo viese de nuevo? —preguntó Dora.

—En absoluto. Me cogió la garganta con las manos y me puso el pañuelo con cloroformo en la boca en un abrir y cerrar de ojos. Estábamos como a nueve o diez millas de distancia de Eddiscombe. Porque usted sí cree que hubo un hombre, ¿verdad, señorita Myrl? Debe de ser usted la única persona que me cree. No los culpo, porque, claro, ¿cómo bajó ese individuo del tren a una velocidad de sesenta millas por hora? Eso es lo que me deja boquiabierto, le doy mi palabra —concluyó de modo inconexo—; si yo fuese otra persona, creería en mi culpabilidad. ¿Puede decirme usted cómo hicieron ese truco, señorita Myrl?

—De momento ese será mi secreto, señor Pollock, pero lo que sí puedo decirle es que cuando llegemos a la bonita ciudad de Eddiscombe yo iré buscando a un forastero con un bastón de empuñadura curva en lugar de una cartera negra.

Había tres hoteles en Eddiscombe, pero el señor Mark Brown y su hermana no eran fáciles de contentar. Fueron a ver los tres uno tras otro, mientras buscaban a su alrededor a un forastero con bastón de empuñadura curva, y pasaban el rato explorando la ciudad y el campo subidos a un par de excelentes bicicletas que habían alquilado para la semana.

Siete días después de su llegada, la señorita Brown (alias Dora Myrl) iba bajando las escaleras del tercer hotel una tarde radiante cuando a mitad de camino se encontró cara a cara con un hombre alto de mediana edad que sufría una leve, levísima cojera, y se apoyaba en un sólido bastón de roble barnizado en tono oscuro y con empuñadura curva. Siguió su camino sin mirarlo una segunda vez. Pero aquella misma noche estuvo de charla con la camarera y se enteró de que el forastero era un viajante, el señor McCrowder, que llevaba varias semanas en el hotel; de que realizaba alguna escapada ocasional a Londres en tren, y de que recorría el campo en bici; «un caballero amable, nada exigente, y de modales agradables», añadió la camarera de su cosecha.

Al día siguiente Dora Myrl volvió a encontrarse al forastero en el mismo lugar de

las escaleras. ¿Torpeza por parte de ella o de él? Cuando se hizo a un lado para dejarlo pasar, se le enganchó el piececillo en el bastón, arrancándolo de la mano de su propietario y enviándolo con estruendo escaleras abajo.

Dora lo persiguió ágilmente por las escaleras y se lo devolvió a su dueño con una simpática disculpa. Pero no sin antes ver en el interior de la empuñadura una profunda muesca que atravesaba el barniz y penetraba en la madera.

Aquella noche, durante la cena, ocuparon la mesa contigua a la del señor McCrowder. A mitad de la comida le preguntó a Jim qué hora era, pues se le había parado el reloj. Era una pregunta extraña, ya que ella estaba sentada de cara al reloj, y él tuvo que girarse para verlo. Jim se volvió, obediente, para encontrarse cara a cara con el señor McCrowder, que dio un respingo y lo miró como si hubiese visto un fantasma. Jim le devolvió una mirada impasible, sin rastro de reconocimiento en el rostro, y el señor McCrowder, tras un momento, siguió cenando. Entonces Dora le dio cuerda, o fingió dársela, a su reloj, y así concluyó aquel curioso incidente.

Aquella noche Dora tocó una pequeña melodía al piano de su salón privado. Tocaba las teclas abstraída, aparentemente sumida en sus pensamientos. De repente cerró la tapa del piano de un golpe.

—¿Señor Pollock?

—Diga, señorita Myrl —contestó Jim, que había estado observándola con la admiración paciente, honesta y estúpida de un gran perro de Terranova.

—Mañana daremos un paseo juntos en bicicleta. No puedo decirle a qué hora, pero prepárelas para cuando las pida.

—Sí, señorita Myrl.

—Y traiga un ovillo de bramante fuerte en el bolsillo.

—Sí, señorita Myrl.

—Por cierto, ¿no tendrá usted revólver?

—Nunca he poseído semejante cosa.

—¿Podría usted usar uno si lo tuviese?

—Apenas distingo la culata del cañón, pero, con toda modestia, puedo luchar con los puños si es de alguna utilidad.

—En absoluto, en este caso. Una onza de plomo detiene hasta a un campeón que ronde las doscientas libras. Además, con un tirador basta y yo no tengo mala puntería.

—No querrá decir, señorita Myrl, que usted...

—No quiero decir ni una palabra más en este momento, señor Pollock, solo tenga usted las bicicletas y el bramante listos cuando se lo pida.

A la mañana siguiente, tras un desayuno excepcionalmente temprano, Dora, con un libro en la mano, se arrellanó en un sofá junto al mirador del salón vacío que daba a la calle. Tenía un ojo puesto en el libro y el otro en la ventana, desde la cual era visible la escalera de acceso al hotel.

Alrededor de las nueve y media vio al señor McCrowder bajando los escalones; no cojeaba en absoluto y llevaba una bicicleta con una gran bolsa de lona colgada del



manillar.

Dora bajó de inmediato al vestíbulo, donde la esperaban las bicicletas, listas; un instante después, Pollock y ella ocupaban cada uno su sillín y se deslizaban veloz y suavemente por la calle en el preciso momento en que la alta figura del señor McCrowder doblaba la esquina y desaparecía.

—No debemos perderlo de vista —susurró Dora a su compañero, acelerando—, o mejor dicho, yo no debo perderlo a él y usted no debe perderme a mí. Ahora deje que me adelante; manténgase a la mayor distancia posible sin perderme, y en el momento en que haga ondear un pañuelo blanco, ¡apriete el paso!

Pollock asintió y se quedó atrás, y en este orden —con una distancia de media milla entre ellos— los tres ciclistas abandonaron la ciudad para salir a campo abierto.

El hombre que llevaba la delantera pedaleaba a buen ritmo, como a unas doce millas por hora, pero las carreteras eran buenas y Dora mantenía la distancia sin esfuerzo, mientras que Pollock se veía obligado a contenerse. El jueguito de seguir al que iba delante se prolongó una hora entera, sin cambios. El señor McCrowder había salido de la ciudad en dirección contraria a las vías del ferrocarril, pero ahora comenzó a avanzar en dirección a los raíles. En una ocasión echó la vista atrás y vio solo a una muchacha pedaleando a lo lejos, en la carretera desierta. La vez siguiente no vio a nadie, pues Dora circulaba por la parte interna de la curva.

Ahora estaban a alrededor de una milla de distancia del punto en que se habían roto los hilos del telégrafo, y Dora, que conocía el terreno, tuvo la seguridad de que aquel trayecto en bicicleta tocaba a su fin.

La carretera ascendía por una larga pendiente suave, llena de curvas y espeso follaje a ambos lados. El hombre dio un acelerón, Dora respondió con otro y Pollock, a la zaga, esprintó con fuerza, reduciendo distancia con respecto a Dora. El cabeza de fila pasó la cima de la colina, tomó una curva cerrada y emprendió un suave descenso a la sombra de las ramas entrelazadas de los grandes árboles.

Una milla y media más abajo, al final del descenso, saltó de repente de la bici tras echar un rápido vistazo atrás, por donde había venido. No había nadie a la vista, pues Dora esperaba en la curva. Apoyó la bicicleta contra el muro, a mano izquierda, en un punto en que una profunda zanja la ocultaba de los eventuales transeúntes; desató la bolsa de lienzo del manillar y trepó por encima del muro con una agilidad que resultaba sorprendente en alguien de su (aparente) edad.

Dora salió de la curva justo a tiempo de verlo saltar por encima del muro para adentrarse en la espesura del bosque, así que sacó el pañuelo blanco inmediatamente; después se acomodó en el sillín y voló colina abajo atravesando una repentina ráfaga de viento.

Pollock vio la señal; se inclinó sobre el manillar y pedaleó colina arriba como los pistones de una máquina de vapor.

La bicicleta del hombre, junto a la carretera, fue lo que guio a Dora, que se encaramó a su vez al muro con la ligereza de un pájaro. Recogiéndola contra su cuerpo

la falda hecha a medida, observó y tendió la oreja. No veía nada, pero a sus atentos oídos no se les escapó un ligero crujido de hojas, algo más adelante. A través de las hojas divisó un traje de *tweed* gris oscuro que se movía en la maleza con el sigilo de un conejo, a unas veinte yardas de distancia. Unos pasos más y obtuvo una visión clara. El hombre estaba de rodillas; había sacado una cartera negra de cuero de un espeso matorral de helechos, al pie de una gran haya, y estaba ocupado rellenando con pequeños sacos de lienzo la bolsa de la bicicleta.

Dora avanzó con cautela hasta que llegó a un pequeño claro, libre de maleza, donde podía usar el brazo derecho.

—¡Buenos días, señor McCrowder! —gritó secamente.

El hombre dio un respingo; se giró y vio a una muchacha a unas doce yardas, de pie bajo el sol, con una sonrisa burlona pintada en el rostro.

Sus labios dejaron escapar una maldición; su mano derecha soltó las bolsas y se deslizó al bolsillo lateral.

—¡Deténgase! —La orden llegó con absoluta claridad—. ¡Levante las manos!

Volvió a mirar. Los rayos del sol centelleaban en el cañón de un revólver que una mano firme sujetaba apuntando directamente a su cabeza.

—¡Arriba las manos o disparo! —El hombre elevó las manos por encima de su cabeza. Al momento siguiente llegó Jim Pollock, aplastando la maleza como un elefante en plena jungla.

Se detuvo en seco, con un grito de asombro.

—¡Calma! —dijo la voz serena de Dora—; no atraviese la línea de fuego. Dé un rodeo y venga aquí, a la izquierda... Eso es. Quítele el revólver. Está en el bolsillo derecho de la chaqueta. ¡Ahora átele las manos!

Jim Pollock hizo impasible lo que se le pedía. Pero mientras pasaba la fuerte cuerda alrededor de las muñecas y brazos del señor McCrowder, recordó el vagón de tren y el estrangulamiento, y el cloroformo, y las desgracias que siguieron, así que no podemos reprenderle porque atase los nudos con un extra de fuerza.

—Y ahora —dijo Dora—, termine lo que estaba haciendo él.

Y Jim metió el resto de bolsas de lienzo en la talega de la bici.

—¿Podrá con el peso?

Esbozó una sonrisa encantada por toda respuesta, y balanceó las bolsas en las manos.

—¡En pie! —le dijo Dora al ladrón, que se puso de pie trastabillando y malhumorado—. Camine hacia delante. Voy a llevarlo de vuelta a Eddiscombe conmigo.

Cuando llegaron a la carretera, Pollock ató la talega a su manillar.

—¿Puedo pedirle, señor Pollock, que le quite un pedal a la bicicleta de este caballero? —preguntó Dora.

Jim lo hizo en un abrir y cerrar de ojos.

—Ahora ayúdele a subir —le pidió—; va a regresar en bici, con un pedal.

El abyecto ladrón levantó las muñecas atadas, suplicante.

—Venga, vamos. Observé que a la ida sujetaba el manillar por el centro por voluntad propia. Pues a la vuelta lo hará por necesidad. Nosotros cuidaremos de usted. No lloriquee; ha apostado y ha perdido, así que tiene que pagar. Eso es todo.

En Eddiscombe se armó un revuelo tremendo cuando, en pleno mediodía, llevaron al ladrón del banco en una bicicleta con solo un pedal hasta la comisaría de policía y lo pusieron bajo custodia. Entre vítores, Dora atravesó la multitud en bici hasta el hotel.

Un telegrama trajo con el tren de la tarde a sir Gregory Grant, a cuyas expensas cenaron los tres juntos aquella noche; la mejor cena y el mejor vino que el hotel pudo proporcionar. Sir Gregory rebosaba de alegría, como la copa de champán burbujeante que tenía en la mano.

—A su salud, señor Pollock —dijo el banquero a su empleado—. El banco le compensará por las molestias que ha sufrido. Y usted, señorita Myrl, fijará su tarifa; mejor dicho, seré yo quien la fije, si me lo permite. ¿Digamos la mitad del dinero recuperado? Pero me muero de curiosidad por saber cómo se las apañó para encontrar al ladrón y el dinero.

—Si lo piensa bien, era bastante fácil, sir Gregory. Habría sido una tontería por parte del ladrón ir recorriendo el país con una cartera negra llena de oro una vez dada la voz de alarma. Apostó por esconderla y pasar desapercibido, y eso hizo. Ver al señor Pollock en el hotel lo hizo precipitarse, como yo esperaba; y esa es la historia.

—Ah, pero eso no es todo. ¿Cómo encontró al ladrón? ¿Cómo saltó del tren a una velocidad de sesenta millas por hora? Aunque supongo que será mejor que le pregunte al señor Pollock, que estaba allí.

—A mí no me pregunte nada, señor —dijo Jim, dirigiéndole a Dora una mirada de profunda admiración—. Ha jugado el partido sola, con su propio bate. Lo único que yo sé es que el tipo se largó después de terminar conmigo. Pero no tengo la más mínima idea de cómo.

—¿Se apiadará usted de mi curiosidad, señorita Myrl?

—Con mucho gusto, sir Gregory. Debe de haber advertido, como yo, que donde se habían roto los hilos del telégrafo había un talud y los hilos corrían bastante cerca de los vagones. Es fácil para un hombre en forma deslizar un bastón curvado como este sobre dos o tres hilos y balancearse en el aire sin tocar el tren. —Mientras hablaba, blandió el bastón del señor McCrowder—. El impulso lo conduciría por los hilos hasta el poste, dándole la oportunidad de romper los aislantes.

—¡Por Júpiter! Tiene usted razón, señorita Myrl, es bastante sencillo si uno lo piensa. Pero aun así no comprendo cómo...

—Con el peso de un hombre —prosiguió Dora en el tono impasible de un conferenciante—, la fricción del cable dejaría una profunda muesca en la madera del bastón, ¡como esta! —Cogió de nuevo la empuñadura del grueso bastón de roble oscuro, tendiéndosela a sir Gregory para que la examinase, y él la observó a través de

sus anteojos dorados.

—En cuanto vi la muesca —añadió Dora con voz tenue— supe cómo se había dado a la fuga el señor McCrowder.

## RICHARD MARSH

(1857–1915)

Richard Bernard Heldmann comenzó a escribir historias para niños cuando tenía solo doce años, y publicó varios relatos de aventuras con su segundo nombre de pila y su apellido. Pero sobre todo se le recuerda por las obras de ficción publicadas tras adoptar el seudónimo de Richard Marsh en 1893. Escribió alrededor de setenta libros a lo largo de su vida y fue lo suficientemente prolífico como para que algunos de ellos se publicasen tras su repentina muerte a la edad de cincuenta y siete años, en 1915. Su multitud de novelas y antologías oscilan desde *The Mahatma's Pupil* hasta *The Romance of a Maid*, pasando por *The Confessions of a Young Lady: Her Doings and Misdoings*.

Pero la más conocida es *The Beetle*, una novela de atmósfera sobrenatural impregnada de misterio que publicó Skeffington en 1897. Por el temor al antiguo y misterioso (y, aparentemente, irresistible) «Oriente», la saga de Marsh recuerda al malvado Fu Manchú de Sax Rohmer y a las posteriores encarnaciones de la paranoia del «peligro amarillo», como Ming el Despiadado de las entregas de Flash Gordon. *The Beetle*, que se publicó unas semanas antes que el *Drácula* de Bram Stoker, ensombreció a su contemporáneo durante décadas, hasta que se sumergió en una relativa oscuridad cuando el cine convirtió en una celebridad al malvado conde. Otros libros de Marsh incluyen la antología *Curious: Some Strange Adventures of Two Bachelors*, siete historias que mezclaban el terror con el humor en las aventuras de dos coleccionistas de antigüedades rivales. Marsh dedicaba todo el tiempo que podía a los deportes y era *vox populi* que dictaba sus obras a toda prisa a su secretaria, a menudo sin revisar ni una palabra. Quizá esta despreocupación explique la increíble desigualdad en la calidad de sus escritos.

La siguiente historia, pese a estar situada en un territorio psicológico exótico, se ambienta con firmeza en la campiña inglesa. En 1911 Marsh publicó la primera de una serie de historias de una detective. «El hombre que me cortó el pelo» apareció por primera vez en el número de agosto de *The Strand* y se reimprimió para abrir el volumen *Judith Lee, Some Pages from her Life*, que C. Arthur Pearson publicó al año siguiente.

Cuando nos encontramos con la narradora, Judith Lee es una adulta que echa la vista atrás para recordar las experiencias de su vida. En esta primera historia, articulada alrededor de una experiencia traumática vivida a los doce años, somos testigos del origen de sus insólitas habilidades como detective. Aprendió a leer los

labios de su madre sorda y de su padre, profesor de sordomudos. Al igual que en las antiguas películas de James Bond, en las que previsiblemente 007 necesita con desesperación justo el aparato que Q acaba de diseñar, Lee se encuentra en situaciones hechas a medida para sus extraordinarias cualidades. La joven Judith es inteligente y valerosa, además de una narradora entretenida y observadora, pero a veces sus capacidades detectivescas se ven ensombrecidas por el talento que posee para hacer que las pistas le caigan del cielo. La historia contiene mucho del imaginario grotesco que constituye la marca distintiva de Marsh, incluido el inquietante simbolismo sexual del pelo cortado.

# El hombre que me cortó el pelo

(1912)

Me llamo Judith Lee. Soy profesora de sordomudos. Les enseño mediante lo que se llama el sistema oral, es decir, el sistema de lectura de labios. Cuando las personas pronuncian una palabra de forma correcta siempre hacen los mismos movimientos con los labios, de modo que, aunque no se oiga ningún sonido, solo hay que observar con atención para saber lo que dicen. Por supuesto, hace falta práctica, y algunas personas lo hacen mejor y con más rapidez que otras. Supongo que debo de tener una maña especial, porque no recuerdo ninguna ocasión en la que, simplemente observando a cierta distancia a unas personas hablando, sin importar la distancia siempre que los viera con claridad, no supiese qué decían. En mi caso el don, o la maña, o lo que sea, es hereditaria. Mi padre era profesor de sordomudos; tenía mucho éxito en su trabajo. Creo que su padre fue uno de los creadores del sistema oral. Mi madre, cuando se casó, padecía un defecto del habla que la hacía casi muda; a pesar de ser sorda como una tapia, adquirió tanta pericia en leer los labios que no solo distinguía qué decían los demás, sino que consiguió hablar ella también, de forma audible, aunque no podía percibir su propia voz.

Así que, como ven, he vivido toda mi vida en un ambiente en que se leían los labios. Cuando la gente, como suele ocurrir, piensa que mi habilidad roza lo maravilloso, yo siempre explico que de eso nada: el mío es simplemente un caso que ilustra que la práctica lleva a la perfección. Mi habilidad es, de alguna manera, casi equivalente a otro sentido. Me ha llevado a las situaciones más singulares y ha sido causa de muchas aventuras de veras extraordinarias. Les contaré una que tuvo lugar cuando yo era pequeña y cuyos detalles nunca se han borrado de mi memoria.

Mi madre y mi padre estaban en el extranjero, y yo, en compañía de algunos viejos criados de confianza, me había quedado en una pequeña casa de campo que teníamos. Supongo que yo debía de andar entre los doce y los trece años de edad. Volvía en tren a la casa de campo después de haberles hecho una breve visita a unos amigos. En mi compartimento había dos personas además de mí: una anciana, sentada enfrente mía, y al otro lado de su asiento, un hombre. La mujer se bajó en una estación no muy lejana a casa; entró un hombre y se colocó junto al otro que ya estaba allí. Me di cuenta de que se conocían, porque comenzaron a charlar.

Llevaban varios minutos hablando en una voz tan queda que no solo no se oía lo que decían, sino que apenas se distinguía que hablaran. Pero para mí era lo mismo; aunque hablasen en los susurros más inaudibles, yo solo tenía que mirarlos a la cara

para enterarme de lo que decían. De hecho, levanté por casualidad la mirada de la revista que estaba leyendo y vi que el hombre que había estado allí desde el principio le decía al otro algo que me hizo dar un respingo. Lo que dijo fue lo siguiente (solo vi la última parte de la frase):

—... Myrtle Cottage; tiene un viejo mirto enorme en el jardín delantero.

El otro hombre dijo algo, pero como tenía la cara vuelta hacia el otro lado no vi qué era; habló en un tono tan ahogado que no había posibilidad alguna de oírlo. El primer hombre (al que le veía la cara) contestó:

—Se llama Colegate. Es un solterón que usa la casa de campo para el verano. Lo conozco bien; todos los comerciantes lo conocen. Tiene algunas de las mejores piezas de plata de Inglaterra. Hay un salero de la época de Carlos II que alcanzaría las veinte libras por onza en cualquier sitio.

El otro se incorporó en su asiento y sacudió la cabeza, con la mirada clavada frente a él, de modo que pude ver lo que decía, a pesar de que habló solo en un susurro.

—La plata antigua no es mejor que la nueva; solo puede fundirse.

Su interlocutor pareció irritarse.

—¡Fundirse! No digas tonterías; no sabes de qué estás hablando. Puedo deshacerme de la plata antigua consiguiendo buen precio con coleccionistas de todo el mundo; no hacen demasiadas preguntas cuando piensan que han encontrado una ganga. Por lo que hay en Myrtle Cottage podemos sacar al menos unas mil libras, y me sorprendería que no fuese más.

Su interlocutor debió de mirarme mientras yo observaba hablar a su compañero. Era un hombre de pelo claro, con ojos azul claro y un rostro bastante agradable. Le susurró a su amigo:

—Esa niña infernal no deja de mirarnos, como si fuera toda ojos.

—Que mire. Total, para lo que le va a servir... No puede oír ni una palabra. ¡Mocosa ojos de sapo!

No sabía qué quería decir con aquello de «ojos de sapo», y es verdad que no oía; pero resultó que no era necesario que hiciese tal cosa. Me parece que el otro sospechaba, porque respondió con un susurro más quedo aún que los anteriores, si era posible:

—Me encantaría retorcerle ese pescuezo delgaducho y tirarla a la vía.

Me daba la impresión de que era capaz de hacerlo; le asomó una mirada tan desagradable a los ojos que me llevé un enorme susto. Después de todo, estaba a solas con ellos; era bastante pequeña, le habría resultado muy fácil llevar a la práctica su deseo. Así que devolví la mirada a la revista y dejé de observar el resto de la conversación.

Pero había oído, o más bien visto, suficiente para hacerme pensar. Conocía bastante bien Myrtle Cottage y el gran mirto; no quedaba demasiado lejos de casa. Y conocía al señor Colegate y su colección de plata antigua, sobre todo aquel salero de



Carlos II del que estaba tan orgulloso. ¿Qué interés presentaba para aquellos dos hombres? ¿Habría llegado el señor Colegate a la casa de campo? No estaba allí cuando yo me marché. ¿O habrían ido el señor y la señora Baines, que le guardaban la casa? Era tan joven y simple que no se me pasó por la cabeza que hubiese algo siniestro en los dos caballeros susurrantes.

Ambos se apearon en la estación que precedía a la nuestra. La nuestra era un pequeño apeadero de pueblo, con andén solo a un lado de los raíles; la estación en la que se bajaron correspondía a un lugar importante: la ciudad comercial de la zona. No volví a pensar en ellos, pero sí en el señor Colegate y en Myrtle Cottage. Dickson, nuestra ama de llaves, dijo que le parecía que no había nadie en la casa, pero reconoció que no estaba segura. Así que, después del té, salí a dar un paseo, sin decirle una palabra a nadie (Dickson tenía la molesta costumbre de querer saber exactamente dónde ibas). Mi paseo me llevó a Myrtle Cottage.

La casa se alzaba en un punto aislado, al otro lado de los terrenos de Woodbarrow Common. Desde la carretera apenas se veía la casa, porque era pequeña. Cuando entré en el jardín y vi que la ventana de la sala principal estaba abierta, como es natural llegué a la conclusión de que debía de haber alguien allí. Me dirigí rápidamente a la ventana; tenía gran confianza con todos los habitantes de la casa, nunca se me habría ocurrido anunciar mi presencia de modo formal, así que miré al interior. Pero me llevé una buena sorpresa.

En la habitación se hallaba el hombre del tren, el hombre que estaba sentado primero en el compartimento. Tenía ante él lo que parecía la colección de plata del señor Colegate al completo extendida en la mesa, y en aquel preciso instante sostenía en sus manos la joya de la colección: el salero Carlos II. Yo me había movido con mucho sigilo para coger al señor Colegate (si es que se trataba de él) por sorpresa; pero aunque hubiese hecho ruido, dudo que aquel hombre me hubiese oído, dado lo absorto que estaba en aquel objeto, la niña de los ojos del señor Colegate.

No sabía qué hacer con todo aquello. No sabía qué pensar. ¿Qué hacía allí aquel hombre? ¿Qué debía hacer yo? ¿Debería hablar con él? Estaba intentando decidir algo cuando alguien me levantó del suelo por detrás y, cogiéndome la garganta con la mano, me la apretó con tal fuerza que me hizo daño.

—Si haces el menor ruido te asfixio hasta matarte. No te engañes, soy capaz.

Pronunció aquellas palabras con bastante fuerza, aunque no a gritos, pues habló muy cerca de mi oído. Yo apenas podía respirar, pero aún podía ver, y vi que quien me tenía cogida de un modo tan horrible por la garganta era el segundo hombre del tren. El reconocimiento pareció ser mutuo.

—¡Pero si es la mocosa infernal! Parecía ser toda ojos en el vagón, y parece que también era toda oídos.

Su compañero se había acercado a la ventana.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Quién es esa niña que llevas cogida?

Mi captor me hizo volver el rostro para que el otro lo mirase.

—¿No lo ves tú mismo? Ya te dije que tenía la sensación de que estaba escuchando.

—No podría oír aunque lo intentase; nadie podría haber oído lo que decíamos. Pásamela. —Me hizo atravesar la ventana hasta los brazos de su compañero, que me apretó la garganta con la misma fuerza.

—¿Quién eres? —preguntó—. Te daré una oportunidad para responder, pero si intentas gritar te retorceré el pescuezo.

Relajó la presión lo justo para permitirme responder si así lo deseaba. Pero yo no quería. Guardé un completo silencio.

—¿Para qué perder el tiempo? Rebánale la garganta y acabemos con esto —dijo su compañero.

Cogió un cuchillo de aspecto terrible, con un filo de dieciocho pulgadas de longitud, que yo conocía muy bien. Formaba parte de la colección del señor Colegate por su mango de plata maciza, con un labrado precioso. Había pertenecido a uno de los antiguos líderes escoceses; a veces el señor Colegate me ponía la piel de gallina contándome las atrocidades para las que se suponía que se usaba en aquella época antigua y sanguinaria carente de leyes. Sabía que lo conservaba en buenas condiciones, con el filo tan cortante como una cuchilla. Así que se imaginarán cómo me sentí cuando el hombre balanceó el filo junto a mi garganta, tan cerca de la piel que casi me arañaba.

—Antes de cortarle el cuello —observó su compañero— habrá que atarla. No nos dará mucho trabajo. Este trozo de cuerda servirá.

Tenía en las manos algo que me parecía un trozo de cuerda para tender. Entre los dos me ataron con ella a una gran silla de roble y me apretaron tanto que pensaba que la cuerda me cortaría y, para que no pudiera chillar de dolor, el hombre de ojos azules me anudó algo en la boca de un modo que me impedía pronunciar sonido alguno. Luego volvió a amenazarme con el cuchillo, y justo cuando pensaba que me iba a cortar el cuello me agarró el pelo, que, por supuesto, me colgaba sobre la espalda, y me cortó toda la mata con aquel horrible cuchillo.

Si en ese momento hubiese podido, creo que le habría clavado el cuchillo. Me volví medio loca de rabia. Había destruido algo que era casi lo más querido en el mundo para mí, no por el amor que yo sentía hacia mi pelo, sino por el que sentía mi madre. Esta me decía a menudo: «La gloria de una mujer es el pelo», y siempre añadía que el mío era muy bonito. Lo único seguro es que tenía gran cantidad. Ella se sentía tan orgullosa de mi pelo que me había contagiado el sentimiento. ¡Y pensar que aquel hombre me lo había robado de manera tan horrible! Creo de veras que en aquel momento podría haberlo matado.

Supongo que advirtió la furia que me poseyó, porque se rio y me golpeó en la cara con mi propio pelo.

—Estoy pensando en hacer que te lo tragues —dijo—. No me ha costado mucho cortártelo, pero te rebanaré el cuello aún más rápido al menor movimiento, querida.

Su compañero le dijo:

—No puede moverse y no puede emitir ni un sonido tampoco. Déjala tranquila. Ven aquí y concéntrate en nuestros asuntos.

—Ya le enseñaré yo —respondió el otro, levantando el pelo por encima de mi cabeza y dejando que cayese sobre mí.

Procedieron a envolver cada una de las piezas de la colección del señor Colegate en papel de seda, y luego metieron todas las piezas en dos bolsas de forma extraña; debían de pesar lo suyo. Solo entonces me di cuenta de lo que estaban haciendo: estaban robando la colección del señor Colegate; iban a llevársela. Me poseyó una terrible furia al verme allí sentada, indefensa, sin poder hacer nada más que observarlos. El dolor me hacía sufrir, pero la ira aún más. Cuando el hombre que me había cortado el pelo se dirigió a la ventana con una de las bolsas cogida con las dos manos (era todo lo que podía cargar), le dijo a su compañero, echándome una mirada:

—¿No sería mejor que le cortase el cuello antes de marcharme?

—Pues hala, ve —respondió su compañero—; te está esperando. —Luego bajó la voz y lo vi decir—: Y ahora, ¿recuerdas qué hay que hacer? —El otro asintió—. A ver, dime.

El hombre que me había cortado el pelo volvió la cara hacia mí. Acercó mucho los labios al otro y habló en un susurro tan quedo que nunca pensó que pudiese alcanzar mis oídos.

—Cotterill, guardarropa de Victoria Station, línea de Brighton.

El otro susurró:

—De acuerdo. Mejor apúntalo, no queremos confusiones.

—No temas, no se me va a olvidar.

Y entonces repitió las mismas palabras:

—Cotterill, guardarropa de Victoria Station, línea de Brighton.

Murmuró aquello con tanto afán que supe con seguridad que había algo importantísimo en aquellas palabras; para cuando las repitió por segunda vez se me habían quedado grabadas en la mente tanto como lo estaban en la suya. Salió por la ventana y su compañero le pasó su bolsa; luego me dedicó unas palabras de despedida.

—Siento no poder llevarme un rizo tuyo conmigo; quizá vuelva pronto a por uno.

Después se marchó. ¡Si hubiese sabido la ira que inflamaba mi corazón! La alusión a mis rizos profanados no hizo sino acalorarme más. Su compañero no me prestó ninguna atención cuando se quedó solo. Siguió asegurando su bolsa, registró la habitación, como buscando algo que se les hubiese pasado por alto, y después, cargado con la bolsa que contenía la otra mitad de la colección del señor Colegate, franqueó la puerta, ignorando mi presencia como si nunca hubiese existido. No puedo decir qué hizo después; no volví a verlo; me quedé sola... toda la noche.

Menuda nochedita. No tenía miedo; puedo decir, con la mano en el corazón, que pocas veces he tenido miedo de algo (supongo que es una cuestión de temperamento),

pero estaba muy incómoda, me sentía muy desgraciada y cada momento que pasaba el dolor que me ocasionaban las ataduras parecía crecer. Creo de veras que lo único que me permitió mantenerme consciente durante la noche fue la repetición constante de aquellas crípticas palabras: «Cotterill, guardarropa de Victoria Station, línea de Brighton». En medio de tantos apuros me sentí contenta de que lo que alguna gente llama mi curioso don me hubiese permitido ver algo que, estaba segura, no iba destinado a mi conocimiento. No tenía ni la menor idea de lo que podían significar esas palabras; en sí mismas parecían tonterías. Pero estaba tan segura de que escondían algo de peso que no dejaba de repetirlas una y otra vez por miedo a que se me escapasen de la memoria.

No sé si llegué a cerrar los ojos; de lo que estoy segura es de que no dormí. Vi que los primeros destellos de luz introducían el alba de la mañana y supe que había salido el sol. Me pregunté qué estarían haciendo en casa, entre repetición y repetición de la frase misteriosa. ¿Me estaría buscando Dickson? Entonces deseé haberla informado de adónde iba; así podría albergar alguna idea de dónde buscar. Tal y como estaban las cosas, no se le ocurriría nada. Tenía unos amigos a tres o cuatro millas de distancia; a veces iba a tomar el té con ellos y en ocasiones me quedaba allí a pasar la noche sin avisar a nadie. Me temo que mis costumbres eran erráticas ya desde niña. Dickson podría creer que estaba con ellos y, si era así, ni siquiera se molestaría en buscarme. En ese caso tendría que quedarme donde estaba durante días.

No sé qué hora era, pero me parecía que había amanecido hacía siglos y que el día debía de estar a punto de tocar a su fin cuando oí pasos fuera de la ventana abierta. Me encontraba casi en un estado de sopor, pero aún tuve la conciencia necesaria para preguntarme si no sería el hombre que me había cortado el pelo, que volvía para cortarme el cuello. Mientras observaba el marco abierto, el corazón empezó a latirme con un vigor que no conocía desde hacía tiempo. Cuál no sería mi alivio cuando al otro lado apareció el rostro del señor Colegate, el propietario de Myrtle Cottage. Intenté gritar (de alegría), pero la mordaza que me cubría la boca me impidió articular ni un sonido.

Nunca olvidaré la mirada que asomó al rostro del señor Colegate cuando me vio. Posó las manos en el alféizar como si se preguntase cómo era que la ventana estaba abierta; luego miró al interior y dio un brinco al verme.

—¡Judith! —exclamó—. ¡Judith Lee! ¡Pero si es Judith Lee!

Era un hombre bastante viejo, o eso me parecía a mí, pero dudo que un muchacho hubiese podido atravesar la ventana con más rapidez de lo que él lo hizo. Al momento se hallaba ya a mi lado, serrando mis ataduras con una navaja que había sacado del bolsillo. ¡Qué agonía me invadió cuando se aflojaron! Era peor que todo lo que había ocurrido antes. En el momento en que mi boca quedó libre, exclamé (aunque yo misma me quedé sorprendida por lo extraña y ronca que sonó mi voz al hablar):

—Cotterill, guardarropa de Victoria Station, línea de Brighton.

En cuanto esas palabras misteriosas brotaron de mi pobre garganta reseca, me desmayé; el dolor que sufría y la tensión que había padecido resultaron ser demasiado para mí. Fui débilmente consciente de que me desplomaba en brazos del señor Colegate, y luego ya no supe nada más.

Cuando recuperé la consciencia estaba en la cama. En mi cabecera estaba Dickson; y el doctor Scott, y el señor Colegate, y Pierce, el policía del pueblo, y un hombre que era detective, según me enteré más tarde; lo habían enviado urgentemente desde una ciudad vecina. Me pregunté dónde estaba, y entonces vi que me hallaba en una habitación de Myrtle Cottage. Me incorporé en la cama, levanté las manos... Y entonces me vino todo a la memoria.

—¡Me cortó el pelo con el cuchillo de MacGregor! —MacGregor era el nombre del jefe de las Tierras Altas a quien pertenecía aquel temible cuchillo, según el señor Colegate.

Cuando lo recordé todo, me di cuenta de lo que había ocurrido, y noté lo rara que me parecía mi cabeza sin su habitual tocado; no paré hasta que no me trajeron un espejo. Cuando contemplé mi aspecto, la rabia que me había poseído en el momento de producirse el ultraje me atravesó con más fuerza que nunca. Antes de que pudiesen detenerme o incluso adivinar lo que iba a hacer había salido de la cama y estaba de pie ante ellos. Aquel murmullo críptico regresó, como por propia iniciativa; brotó de mis labios.

—¡Cotterill, guardarropa de Victoria Station, línea de Brighton! ¿Dónde está mi ropa? ¡Allí está el hombre que me cortó el pelo!

Me miraron. Creo que por un momento pensaron que lo que había sufrido me había perturbado el cerebro y que me había vuelto loca. Pero pronto dejé clarísimo que no se trataba de nada por el estilo. Les conté mi historia con toda la velocidad que pude; imagino que les aclaré las cosas. Luego les hablé de las palabras que había visto pronunciar en un susurro tan solemne y de mi certeza de que escondían algo de importancia.

—Cotterill, guardarropa de Victoria Station, línea de Brighton. Allí está el hombre que me cortó el pelo, y ahí es donde voy a capturarlo.

El detective admitió complacido que quizá hubiese algo de verdad en mi teoría, y que merecería la pena acudir a Victoria Station para ver qué significaban aquellas palabras. No paré hasta convencerlos de acudir de inmediato. Estaba segura de que cada minuto contaba y de que si no nos dábamos prisa llegaríamos demasiado tarde. Convencí al señor Colegate; por supuesto, estaba casi tan impaciente por recuperar su colección como yo lo estaba por quedar en paz con el malhechor que me había trasquilado los rizos. Así que el señor Colegate, el detective y una niña nerviosa y prácticamente sin pelo pusimos rumbo a la ciudad en el primer tren que pudimos coger.

Cuando llegamos a Victoria Station nos encaminamos directamente al guardarropa, y el detective le dijo a una de las personas del otro lado del mostrador:

—¿Hay aquí un paquete a nombre de Cotterill?

No respondió la persona a la que se había dirigido, sino otro hombre que estaba de pie junto a ella.

—¿Cotterill? Acaban de llevarse un paquete a nombre de Cotterill: una bolsa de viaje, hace apenas medio minuto. Deben de haberse cruzado con él mientras venían. No puede haberse perdido de vista. —Inclinado sobre el mostrador, ojeó el andén—. Allí está: alguien se acerca a hablar con él ahora mismo.

Vi a la persona a la que se refería: un hombre más bien bajo con un traje gris claro que llevaba una bolsa de viaje de piel marrón. También vi a la persona que iba a hablar con él; y allí dejé de tener ojos para el hombre que llevaba la bolsa. Prorrumpí en exclamaciones.

—¡Ese es el hombre que me cortó el pelo! —grité. Corrí todo lo rápido que pude por el andén. No puedo decir si el hombre me oyó o no; supongo que hablé en voz bastante alta; pero echó una mirada en mi dirección y cuando me vio no cupo la menor duda de que se acordaba. Le susurró algo al hombre de la bolsa. Yo me encontraba lo bastante cerca para ver, aunque no para oír, lo que decía. A pesar de la rapidez con la que movía los labios, lo vi con bastante claridad.

—Bantock, 13 de Harwood Street, Oxford Street. —Eso fue lo que dijo, y nada más hacerlo, se volvió y salió huyendo... de mí; yo estaba segura de que huía de mí, y me proporcionó una enorme satisfacción saber que el mero hecho de verme había provocado su escapada. Era consciente de que el señor Colegate y el detective venían a un paso bastante rápido tras de mí.

El hombre de la bolsa, al ver que su compañero ponía pies en polvorosa sin advertirle de nada, miró a su alrededor para ver lo que había causado tan veloz huida. Supongo que me vio a mí, al detective y al señor Colegate, y sacó sus propias conclusiones. Soltó la bolsa de mano como si estuviese al rojo vivo y corrió. Corrió con tanta determinación que no pudimos atraparlo, ni a él ni al hombre que me había cortado el pelo. La estación estaba llena de gente, acababa de llegar un tren. La multitud que salía de él cubría el andén con un hormigueo de figuras en movimiento que hicieron las veces de capa para aquellos angustiados caballeros: se escabulleron sin ser vistos. Pero conseguimos la bolsa; y, después de que uno de los agentes de la estación llegara al escenario, nos condujeron a un apartado donde, tras ofrecer las explicaciones convenientes, examinamos la bolsa y su contenido.

Por supuesto, nos habíamos dado cuenta desde el primer momento de que no era posible que la colección del señor Colegate se hallase en la bolsa, porque no era lo bastante grande. Cuando se vio lo que había en su interior se generó cierto revuelo. Rebosaba de prendas de vestir femeninas. De casi todas las prendas, al sacarlas de la bolsa, caían al suelo joyas que se hallaban envueltas en ellas. ¡Qué joyas! No pueden imaginarse el muestrario que formaban al disponerlas sobre la mesa cubierta de piel, ni nuestra cara al mirarlas.

—Esto no parece mi colección de plata antigua —observó el señor Colegate.

—No —corroboró un hombre grande y de hombros anchos, del que después sabría que era un conocido detective londinense a quien nuestro detective había invitado a unirse a nosotros.

—Esto no parece su colección de plata antigua, señor; parece, si me disculpa, algo que merece más la pena encontrar. A no ser que me equivoque, estas son las joyas de la duquesa de Datchet, algunas de las cuales lució en la última recepción, y que le fueron sustraídas tras su regreso. La policía de toda Europa lleva buscándolas más de un mes.

—Esta bolsa lleva aquí casi un mes. La persona que la recogió pagó cuatro libras y seis peniques por el servicio de guardarropa: dos peniques al día durante veintisiete días.

El empleado del guardarropa había venido con nosotros al apartado; fue él quien pronunció aquellas palabras.

—¿Que pagó cuatro libras y seis peniques, ha dicho? Bueno, merecía la pena, sobre todo para nosotros. Bien, y ahora si pudiera ponerle las manos encima al individuo que dejó la bolsa en el guardarropa, quizá tuviese unas cuantas palabras que decirle.

Yo había estado mirando con unos ojos como platos cómo desenvolvían el contenido de la bolsa. Había prestado oídos a lo que decía el detective; cuando hizo la observación sobre ponerle las manos encima a la persona que había depositado la bolsa en el guardarropa, me vino a la cabeza lo que había visto que el hombre que me había cortado al pelo le susurraba antes de huir a su compañero, el que llevaba la bolsa. La crítica frase que lo había visto pronunciar mientras estaba inmovilizada en la silla había resultado estar llena de sentido; quizá las palabras que, incluso en el momento de huir, se había visto obligado a murmurar corriesen la misma suerte. Aventuré una observación, la primera que hacía, en un tono lleno de modestia.

—Creo que sé dónde podríamos encontrarlos; no estoy segura, pero eso creo.

Todos los ojos se volvieron hacia mí. El detective exclamó:

—¿Cree que lo sabe? Como no nos ha dado tiempo ni a pensarlo, si fuese usted tan amable de decirnos lo que cree, señorita, podría sernos de utilidad, ¿no le parece?

Reflexioné. Quería elegir las palabras exactas.

—Podemos hacer un intento... —Hice una pausa para asegurarme—. Bantock, 13 de Harwood Street, Oxford Street.

—¿Y quién es Bantock? —preguntó el detective—. ¿Qué sabe de él?

—No sé nada en absoluto sobre él, pero vi que el hombre que me cortó el pelo se lo susurró al otro justo antes de huir, «Bantock, 13 de Harwood Street, Oxford Street». Lo vi con bastante claridad.

—¿Que lo viste susurrar? ¿Qué quiere decir esta muchacha con que lo vio susurrar? Señorita, debía de estar usted al menos a cincuenta pies. A esa distancia, ¿cómo iba a oír un susurro, y más en medio del ruido del tráfico?

—No he dicho que lo oyese, he dicho que lo vi. No necesito oír para saber lo que

está diciendo una persona. Acabo de verle a usted murmurándole a este otro señor: «La jovencita parece ir camino de convertirse en un personaje singular».

El detective de Londres miró a nuestro detective. Parecía perplejo.

—Pero cómo... No entiendo cómo lo ha oído; si apenas era un hilo de voz.

El señor Colegate explicó la situación. Tras escucharlo, todos parecían estupefactos, y me miraron como me mira la gente hasta ahora: como si fuese un bicho raro y asombroso.

—Nunca he oído algo parecido. Me recuerda mucho a eso que la gente anticuada llama «magia negra» —dijo el detective londinense.

A pesar de ser detective no debía de ser una persona muy inteligente; si no, no diría tonterías de ese calibre. Luego añadió, poniendo énfasis en la palabra «visto»:

—¿Qué has dicho que lo has visto susurrar?

Negocié antes de decírselo.

—Se lo diré si me deja ir con usted.

—¿Dejarla venir conmigo? —Me miró con mayor insistencia—. ¿Qué quiere decir la niña?

—Su presencia —interrumpió el señor Colegate— podría sernos útil para reconocer a los individuos. No nos estorbará; no podrá perjudicarnos que la deje venir.

—Si no me promete dejarme ir, no le diré nada.

El hombre se rio. Parecía encontrarme divertida; no sé por qué. No entendía cómo me sentía yo respecto a mi pelo, y hasta qué punto deseaba vérmelas con el hombre que me había causado lo que me parecía un daño irreparable; supongo que doy la impresión de ser muy vengativa. No creo que fuese solo una cuestión de venganza; quería justicia. El detective sacó una gran libreta.

—Muy bien, es un buen trato. Dígame lo que le vio susurrar y vendrá. —Así que se lo volví a decir, y él lo anotó—. «Bantock, 13 de Harwood Street, Oxford Street». Conozco Harwood Street, aunque no conozco al señor Bantock. Pero parece que reside en un número que generalmente se cree que trae mala suerte. Permítanme que envíe un mensaje a Scotland Yard, podríamos necesitar refuerzos. Luego le haremos una visita al señor Bantock, si es que existe dicha persona. Esta historia me parece un poco descabellada.

Creo que incluso entonces dudaba que hubiese visto lo que decía haber visto. Cuando nos pusimos en marcha me entraron muchos nervios, porque me di cuenta de que si íbamos dando palos de ciego, y resultaba que no había ningún Bantock, aquel detective londinense dudaría de mí más que nunca. Y, por supuesto, no podía estar segura de que existiese tal persona, a pesar de que me tranquilizaba saber que existía Harwood Street. Nos metimos en un coche: los dos detectives, el señor Colegate y yo. Habíamos recorrido cierta distancia cuando el coche se detuvo.

—Esto es Harwood Street; le he dicho al conductor que se detenga en la esquina. El resto del camino lo haremos andando. Un coche podría despertar sospechas; nunca



se sabe —dijo el detective londinense.

Era una calle llena de tiendas. El número 13 resultó ser una especie de mezcla entre tienda de curiosidades y joyería; un lugar de aspecto bastante respetable, y en la parte superior del escaparate se leía el nombre «Bantock».

—Bueno, parece que sí hay un Bantock —dijo aquel hombretón; yo también me quité un peso de encima cuando vi el nombre.

Justo en el momento en que llegábamos a la tienda, un coche se detuvo y salieron cinco hombres, a los que el detective de Londres pareció reconocer con sentimientos encontrados.

—Esto nos chafa el espectáculo —exclamó. No sabía a qué se refería—. Despiertan sospechas, como mínimo. Entremos.

Y allí fuimos: primero el detective, y yo siguiéndole los talones. Había dos jóvenes, uno junto a otro, tras el mostrador. En cuanto aparecimos vi que uno le susurraba a otro:

—¡Da la señal de alarma! ¡Son polis!

No sabía qué quería decir exactamente, pero supuse lo bastante para exclamar:

—¡Que no se mueva! ¡Va a dar la señal de alarma!

Los jóvenes estaban tan estupefactos (debían de estar bastante seguros de que podía oírlos) que ambos se quedaron inmóviles, mirando; antes de que pudieran superar su sorpresa, un detective tenía a cada uno cogido por un hombro (los que habían venido en el segundo coche eran detectives).

Había una puerta en la parte trasera de la tienda; el detective londinense la abrió.

—Aquí hay una escalera; será mejor que subamos, a ver quién hay arriba. Ustedes, muchachos, manténganse alerta, podríamos necesitarlos; si los llamo, acudan.

Subió las escaleras. Como antes, yo iba tan cerca de él como podía. En la parte de arriba de la escalera había un rellano al que daban dos puertas. Nos detuvimos y aguzamos el oído: de una de ellas llegaba el claro sonido de voces.

—Creo que esta es la nuestra —dijo el detective de Londres.

Abrió la puerta a través de la cual se oían las voces. Entró; yo seguía pisándole los talones. Dentro había varios hombres, no sabía cuántos ni me importaba: solo tenía ojos para uno. Dejé atrás al detective para acercarme a la mesa a la que estaban sentados algunos (otros estaban de pie), y estirando un brazo acusador señalé a uno de ellos.

—¡Ese es el hombre que me cortó el pelo!

Lo era, y bien que lo sabía. Debía de remorderle la conciencia; nunca habría pensado que un hombre adulto podría asustarse tanto al ver a una niña. Se aferró con las dos manos a un lado de la mesa; me miró como si fuese una terrible aparición, y no cabía duda de que para él lo era. Solo haciendo un esfuerzo consiguió hacer uso de su voz.

—¿Será posible? —exclamó—. ¡Si es la niña infernal!

En la mesa, justo ante mí, distinguí algo que me resultaba muy familiar. Lo cogí.

—¡Y este es el cuchillo con el que lo hizo! —grité.

Así era; el filo histórico que una vez perteneció al sanguinario y, espero sinceramente, más o menos apócrifo MacGregor. Lo blandí en dirección al hombre, que tragaba saliva.

—Sabes que este es el cuchillo con el que me cortaste el pelo —dije—. Lo sabes.

Me atrevo a decir que debía de parecer una arpía, pero joven y bonita, con el pelo corto, los ojos poseídos por la rabia y aquel arma terrible en la mano. Al parecer no lo impresioné tanto como pretendía; al menos, su comportamiento no lo sugería.

—¡Por todos los demonios! —gritó—. ¡Ojalá le hubiese cortado también el cuello con él!

Tenía suerte de no haberlo hecho. Probablemente, a largo plazo, habría sufrido más por ello de lo que sufrió, a pesar de que no fue poco. Todo por haberme cortado el pelo. Si no lo hubiese hecho, no me cabe duda de que habría estado demasiado absorta en el dolor que me causaban las ataduras (mi piel pasó semanas marcada por la cuerda) como para prestar tanta atención a lo que hacían, tal como hice, espoleada por la furia. Era bastante posible que el susurro revelador me hubiese pasado inadvertido. Absorta en mi propio sufrimiento, habría dedicado muy poca atención a la críptica frase que acabó por ser su ruina. Fue el ultraje causado a mis rizos lo que me hizo aguzar mis facultades de observación. Más le valdría haberlos dejado en paz.

Aquella fue la mayor captura que la policía había conseguido desde hacía años. En solo una redada habían capturado prácticamente a todos los miembros de una banda internacional de ladrones buscados por la policía de todo el mundo. El robo de la colección de plata antigua del señor Colegate quedaba a la altura del betún en comparación con el resto de sus delitos. Y no solo detuvieron a los ladrones, sino que recuperaron los botines de un sinfín de robos.

Al parecer, se habían encontrado allí para repartir los beneficios anuales. Había una inmensa cantidad de propiedades de valor ante ellos en la mesa, y muchas más distribuidas por la casa. Aquellas joyas que estaban en la bolsa depositada en el guardarropa de Victoria Station iban a ser añadidas al fondo común (eso por no hablar de la colección de plata antigua del señor Colegate).

El hombre llamado Bantock, propietario del local del 13 de Harwood Street, resultó ser un conocido comerciante de piedras preciosas, joyería, curiosidades y todo tipo de objetos de valor. Poseía una inmensa riqueza; se demostró que había ganado una gran parte de su dinero comprando y vendiendo todo tipo de artículos robados. Antes de que la policía terminase con él quedó más que claro que había ejercido de mayorista de bienes robados, bajo diferentes alias, en la mitad de los países del mundo. Se le sentenció a una larga pena de prisión. No estoy segura, pero me parece que murió en la cárcel.

Todos los que se hallaban en esa habitación fueron a dar con sus huesos en la cárcel con diferentes condenas, incluido el hombre que me cortó el pelo (por no

hablar de su compañero). En lo referente a los procedimientos judiciales, yo no aparecí en absoluto. En comparación con algunos de los delitos de los que eran culpables, el robo de la plata del señor Colegate era una minucia. No se les acusó para nada de él, así que no fue necesario mi testimonio. Pero cada vez que miraba mis exiguos rizos, que tardaron años en crecer hasta una longitud decente (me habían llegado hasta las rodillas, pero nunca volvió a ocurrir tal cosa), cada vez que me ponía delante de un espejo y presenciaba el curioso espectáculo que ofrecía mi cuero cabelludo trasquilado, parte de aquella antigua rabia que había poseído en un primer momento mi corazón volvía a inundarme, y sentía... lo que había sentido estando atada a aquella silla en Myrtle Cottage. Intenté consolarme, en mayor sintonía con el espíritu del Viejo Mundo que con el del Nuevo, pensando que, gracias a mi don, había sido capaz de vengarme de algún modo del hombre que, en un momento de salvajismo gratuito, me había desposeído de lo que debía ser la gloria de una mujer.

## HUGH C. WEIR (1884–1934)

En 1914, cuando Page Company, con sede en Boston, publicó *Miss Madelyn Mack, Detective*, llevaba una curiosa dedicatoria:

Para Mary Holland:

Este es su libro. Es usted, detective de la vida real, quien inspiró a Madelyn. Fueron las historias canallescadas sacadas de su libreta las que inspiraron las hazañas de la señorita Mack. Nadie sabe mejor que usted que los misterios de la ficción siempre se quedan cortos ante los misterios de la realidad. ¿Qué trama novelística podría igualar el carácter grotesco del caso del círculo místico, o la sutileza de su hazaña en la Universidad de Chicago con el lingote egipcio? No obstante, apelo a su absoluta generosidad para dar la bienvenida a Madelyn, no como rival, sino como discípula.

H. C. W.

Puede que Hugh Weir estuviese imitando a un predecesor en el campo. Ocho años antes, Reginald Wright Kauffman había publicado *Miss Frances Baird, Detective: A Passage from Her Memoirs*, que trataba sobre la actividad ejercida por dicha señorita en la agencia de detectives privados Watkins, en Nueva York. Kauffman le confiere autoridad a su novela con una dedicatoria parecida:

A Frances Baird

Querida Frances:

Me dice que, en tanto que detective, su ética profesional me prohíbe llamarla por su nombre real en cualquier registro escrito que haga de sus hazañas [...].

Fuese quien fuese la inspiradora de Baird, Mary Holland no solo era real, sino que gozaba de amplio prestigio en su trabajo. Ella y su esposo, Phil, dirigían la agencia de detectives Holland y eran editores de *The Detective*, una publicación periódica que ofrecía a los agentes de policía todo tipo de material criminológico (incluida una bota de recluso que había diseñado la propia señora Holland), además de publicar fotografías de criminales fugitivos. Mary Holland fue también la primera mujer experta en huellas dactilares y la primera instructora de los Estados Unidos en

ese ámbito. Aprendió directamente del sargento John Ferrier, la autoridad en huellas dactilares que llegó del Nuevo Scotland Yard para ayudar a proteger las joyas que lució la reina Victoria en su sexagésimo aniversario, exhibidas en la Exposición Internacional de San Luis (cuyo nombre oficial era Louisiana Purchase Exposition) en 1904.

Hugh Cosgo Weir, reportero y editor que hizo sus pinitos en el *Springfield Sun*, en Ohio, escribiría después, literalmente, centenares de artículos e historias, y se le atribuyen más de trescientos guiones de Hollywood. Sus méritos en el terreno del cine mudo incluyeron obras como *The Wolf of Debt* y *The Circus Girl's Romance*. Cuando se publicó *Miss Madelyn Mack, Detective*, incluía fotografías de la popular estrella de películas mudas Alice Joyce en su papel de Mack para una serie producida por la Kalem Moving Picture Company. La versatilidad del emprendedor Weir sale a la luz en anécdotas históricas de todo tipo. Por ejemplo, escribió en calidad de «negro» las populares entregas de periódico «Great Love Stories of the Bible» para el evangelista Billy Sunday, y en 1918 demandó a Sunday por incumplimiento de contrato valorado en cien mil dólares.

Madelyn Mack no se parece demasiado a su inspiración de la vida real, pero es un personaje interesante y entretenido. Afirma ser una detective profesional común, pero queda claro que el público, la policía y su devota Watson la consideran un genio. Sus aventuras están narradas por la reportera Nora Noraker, que, al igual que Mack, sufre de aliteraciones y signos de exclamación. Como Sherlock Holmes, Mack es parca con las pistas que Noraker entrevé. Cuando se aburre, incluso consume nueces de cola, del mismo modo en que Holmes se inyectaba su famosa solución con un siete por ciento de cocaína.

# El hombre que tenía nueve vidas

(1914)

Al buscar el punto en que dio comienzo mi curiosa camaradería con Madelyn Mack, se me vienen a la cabeza, casi con consternación, las extrañas historias canallescas a las que nos hemos enfrentado juntas.

Quizá los acontecimientos que se agolpan en mi memoria se sucedieron con demasiada rapidez como para que la reflexión pudiese digerirlos en el momento en que ocurrían. Quizá solo una sobria retrospectiva pueda proporcionar un punto de vista que permita apreciarlos como es debido.

¡Madelyn Mack! ¿Qué lector de periódicos no conoce ese nombre? Quién, aun entre los más descuidados seguidores de los acontecimientos públicos, no recuerda a la joven que encontró a la heredera desaparecida, Virginia Denton, después de tres meses; la que consiguió la condena de «Archie» Irwin, jefe de la «sociedad incendiaria»; la que localizó al fugitivo Wolcott tras perseguirlo desde Chicago a Jartum; la que resolvió el enigma del doble asesinato de los Peterson; la que...

Pero ¿para qué seguir enumerando las hazañas de la señorita Mack? Son casi de dominio público, al menos aquellas que, por una u otra causa, se han abierto paso hasta las columnas de los periódicos. Sin duda, los admiradores de la señorita Mack que han formado su opinión basándose en las crónicas de prensa de sus proezas quedarán boquiabiertos al saber que ni siquiera uno de cada diez casos de los que se ha ocupado ha salido nunca de sus archivos. Y muchos de ellos —los más sensacionales, desde el punto de vista de un periódico— ¡nunca lo harán!

No obstante, siempre ha sido ella misma como mujer quien me ha parecido el mayor misterio, mayor que cualquiera de los problemas a cuyo desenlace ha aplicado el maravilloso genio que la caracteriza. A pesar de la avalancha de tinta que ha hecho correr, me pregunto si habrá más de una docena de personas que hayan tenido la oportunidad de conocer a la verdadera Madelyn Mack.

Por supuesto, no me refiero a su carrera profesional. Los hitos destacables que marcan esa parcela de su vida son más o menos conocidos para el público, supongo: la universitaria que se enfrenta de repente con la necesidad de ganarse la vida; el reportaje sobre la epidemia de misteriosos casos de hurto que publicaba el periódico en el que ella buscaba anuncios de empleo; su solicitud de una plaza de detective en unos grandes almacenes de Nueva York, víctimas de los hurtos, y la rotunda negativa que obtuvo por respuesta; su repentina decisión de ocuparse del caso por cuenta propia, y su notable éxito, que tuvo como consecuencia el arresto de la famosa

*madame* Bousard y que le aseguró a la señorita Mack su primer contrato como ayudante de detective en los famosos almacenes Niegel. A veces pienso que aquel primer caso, y la conciencia que le otorgó de su peculiar talento, es el favorito de Madelyn; que el lugar que ocupa en su memoria no lo comparte siquiera la recuperación del collar de perlas de cincuenta mil dólares de la señora Niegel, robado unos cuantos meses después de contratar a la detective universitaria en los almacenes, y cuya recompensa, por cierto, le permitió a la ambiciosa Madelyn abrir su propia oficina.

Después llegó el caso del rapto de Bergner, que le proporcionó a Madelyn su primera salva publicitaria; este caso dio comienzo al flujo continuo de trabajo que acabó haciendo posible, tres años después, el despacho de la Quinta Avenida, en el edificio Maddox, donde me reuniría con ella la tarde memorable —para mí— en la que un sabio editor de dominicales me envió a hacerle una entrevista a la mujer que había conseguido un éxito tan ilustre en una profesión masculina.

Vuelvo a ver a Madelyn como la vi entonces: fue el primer plano que tuve de ella. Acababa de volver de Omaha aquella mañana y tenía planeado marcharse a Boston en el expreso de medianoche. En un rincón, sobre una silla, había una maleta y un grueso portafolios. Una joven taquígrafa copiaba unas cuantas cartas a una velocidad de dictado increíble. La señorita Mack terminó el último párrafo y se levantó del escritorio para saludarme.

Me había imaginado vagamente a una mujer de aspecto masculino, voz seca y rasgos angulosos, quizá ataviada con un vestido sobrio hecho a medida. Vi a una mujer joven, de unos veinticinco años, con mejillas blancas y sonrosadas, coronada por una mata de suaves ondas de pelo rubio ceniza, y con un par de ojos grises y vivaces que de inmediato te hacían olvidar cualquier otro detalle de su aspecto. Aquellos ojos sugerían una cualidad que durante mucho tiempo no pude definir. Con el tiempo supe que era el espíritu del optimismo, de su alegría interior, tanto en su vida como en su trabajo, la euforia de hacer cosas. Y había algo contagioso en ello. De modo casi inconsciente acababas creyendo en ella y en su sinceridad.

Mi evaluación tampoco detectó nada ajeno a su sexo. Iba vestida con una sencilla blusa blanca con bordados y una falda blanca de paño fino. Una de las escasas rarezas de Madelyn es que siempre se viste o toda de blanco o toda de negro. Sobre el escritorio había una jarra con crisantemos blancos.

—¿Que cómo lo consigo? —repitió, respondiendo a mi pregunta, con un tono que casi era una risa—. Bueno... ¡Trabajando duro, supongo! ¡No hay nada extraordinario en ello! Puedes hacer casi cualquier cosa si te convences a ti misma de que eres capaz. No hay nada insólito o anormal en mí. Soluciono mis casos del mismo modo en que solucionaría un problema matemático, solo que en lugar de cifras yo me ocupo de las motivaciones humanas. A un detective siempre se le dan unos hechos conocidos, y yo no dejo de añadirlos o sustraerlos hasta que sé que la respuesta tiene que ser correcta por fuerza.

»Solo hay dos reglas para que un detective tenga éxito: trabajo duro y sentido común; no sentido poco común, como el que relacionamos con nuestro viejo amigo Sherlock Holmes, sino sentido común, profesional. Y, por supuesto, imaginación. Quizá esa sea una de las razones por las que he tenido éxito, como dice usted. Creo que una mujer siempre tiene una imaginación más aguda que un hombre.

—¿Prefiere trabajar con personal femenino? —pregunté.

Levantó la vista y en su mirada se reflejó un destello del abrecartas de jade que tenía en la mano.

—¿Le cuento un secreto? Todo mi personal, a excepción de mi taquígrafa, son hombres. Pero realizo la mayor parte de mi trabajo en persona. El factor imaginación no es fácil de usar de segunda, tercera o cuarta mano. Y además así, si fracaso, solo puedo echarle la culpa a Madelyn Mack. Algún día... —El brillo de sus ojos azul grisáceo se hizo más profundo—. Algún día espero llegar a un punto en el que pueda realizar solo trabajo de asesoramiento o investigación personal. Me temo que los detalles que implica la gestión del personal de una oficina son demasiado rutinarios para mí.

El teléfono tintineó. Pronunció unas cuantas frases en tono decidido por el auricular, y se volvió. La entrevista había terminado.

La siguiente vez que la vi, tres meses después, nos encontramos sobre el cuerpo de Morris Anthony, el bibliófilo asesinado. Madelyn tuvo la generosidad de decir que había sido un casual descubrimiento mío el que le sugirió la solución del asunto, lo cual nos reunió en el melodramático desenlace, en la lúgubre mansión de Washington Square, donde supongo que mi histérica advertencia la salvó de los colmillos de la cobra que había escondido el doctor Lester Randolph. En cualquier caso, nuestro mero estatus de conocidas cristalizó gradualmente en una camaradería que revolucionó dos aspectos de mi vida.

No solo me trajo el estímulo de la personalidad de Madelyn Mack, sino que me dio acceso exclusivo a un fondo de material periodístico que me llevó de los mal pagados reportajes dominicales a una columna fija en el periódico local, con unos ingresos que duplicaban los que tenía hasta entonces. Siempre he afirmado que en nuestra relación fue Madelyn quien lo dio todo y yo no aporté nada. A pesar de que ella siempre lo desmentía inmediatamente, y por lo general terminaba llevándome a Rosary, su chalé junto al río Hudson, para curarme de lo que ella denominaba mi ataque de congoja, nunca llegó a convencerme de que mi protesta careciese de fundamento.

Rosary era el lugar donde la señorita Mack encontraba refugio del estrés profesional. Había copiado el diseño de un chalé suizo envuelto en hiedra que le había llamado la atención durante unas vacaciones de verano en los Alpes, y lo había construido en un acantilado abrupto del río, a una distancia de la ciudad que le permitía conducir hasta allí con bastante comodidad, a pesar de que, en los primeros años de nuestra amistad, cuando ella estaba atada a la losa de la oficina, a menudo



trascurrían semanas sin que pudiese sacar ni un día para pasarlo allí. Al final, fue la gratitud de Chalmers Walker por su impecable trabajo al romper el cerco en apariencia indestructible de pruebas circunstanciales que asediaba a su esposa corista en el asesinato de Dempster, el empresario teatral, lo que le permitió a Madelyn hacer realidad el sueño, largamente acariciado, de establecerse como asesora experta. A pesar de que seguía manteniendo una oficina en la ciudad, esta quedaba reducida a una habitación y a un pequeño vestíbulo, y solo hacía acto de presencia dos días a la semana. El resto del tiempo, si no estaba trabajando directamente en un caso, apenas aparecía por la ciudad. Sus flores y su música —sus dos pasiones— parecían bastar para satisfacerla.

Yo la acusaba de estar haciéndose mayor, a lo cual respondía encogiéndose de hombros. La acusaba de cinismo, y me devolvía una sonrisa inescrutable. Pero su forma de vivir no había cambiado. En cierto modo la envidiaba. Era casi como mirar el mundo desde arriba para contemplar con deferencia su loca estampida en busca del final del arcoíris. Los días que conseguía escaparme a Rosary, sobre todo en verano, cuando el jardín de Madelyn parecía ni más ni menos que un lienzo de Turner, me llenaban casi de aversión por el trabajo de Park Row. Pero una periodista corriente no puede permitirse los sueños de un genio favorecido por la fortuna. Quizá por eso las invitaciones de Madelyn llegaban con una frecuencia y una sutilidad capaz de vencer cualquier resistencia. De algún modo, siempre me pillaban cuando estaba justo en el estado de ánimo más receptivo.

Era jueves, un atardecer de junio, el colmo de cinco estresantes días para mí bajo el sol de Broadway, que levantaba ampollas, cuando sentada en la oficina del *Bugle* llegó a mis oídos el sonido del automóvil de Madelyn, que insistió en que ocupase los asientos traseros sin una maleta siquiera.

—Llegaremos a Rosary a tiempo para cenar pollo frito —me prometió—. Tú lo que necesitas es un descanso de cuatro o cinco días en un lugar en el que no puedas oler el asfalto.

—¡Mi hada madrina! —suspiré, repanchigándome en los asientos acolchados.

Ninguna de nosotras sabía que la huella carmesí del crimen ya venía reptando hacia nosotras, que al cabo de doce horas el remolino de la tragedia nos arrancaría del descanso y la tranquilidad del fin de semana.

Desayunamos tarde y pausadamente. Cuando por fin terminamos, Madelyn insistió en sacar el fonógrafo a la rosaleda, y nos pusimos a escuchar la insuperable versión de Sturveysant del *Aria de las joyas*, una de las tres grabaciones por las cuales la señorita Mack había enviado al arpista un cheque de doscientos dólares el día anterior. Yo había aprovechado la ocasión para echarle un sermón sobre el despilfarro. ¡Seguro que aquel vago había hecho los discos en menos de dos horas!

Cuando las melancólicas notas efectuaron una temblorosa pausa, Susan, el ama de

llaves de Madelyn, cruzó el jardín y dejó un pequeño taco de cartas junto con los periódicos de la mañana sobre una mesa rústica, cerca de nuestro banco. Madelyn se inclinó hacia la correspondencia encogiéndose de hombros.

—¡De lo divino a lo prosaico!

Susan resopló con la libertad que le otorgaban siete años de servicio.

—¡La semana pasada oí yo en Hammerstein's a uno de esos italianos con violín que tocaría esta música con los ojos cerrados!

Madelyn la miró con tristeza.

—¡A su edad! ¡En Hammerstein's!

Susan se echó hacia atrás sus ñoños tirabuzones, contempló el fonógrafo con desdén a modo de represalia y efectuó una digna retirada. En el umbral se dio la vuelta.

—Ah, señorita Madelyn, estoy cocinando una de sus anticuadas tartas de fresa para el almuerzo.

—¿De veras? —Madelyn levantó un par de ojos brillantes—. Susan, ¿es usted un sol!

Una sonrisa satisfecha invadió el rostro de Susan, llegando hasta la punta de sus definidos rizos. La mirada de Madelyn se detuvo en mí.

—¿Por qué chasqueas la lengua, Nora?

—Desde un punto de vista psicológico, las dos me habéis dado dos conclusiones interesantes —reí—. Una simple frase compensa a Susan por una semana de aspereza.

Madelyn extendió una mano hacia el correo.

—¿Y cuál es el otro rasgo que resulta interesante para tu mente aficionada a la disección?

—¡Imagínate a una detective de fama mundial colmada de entusiasmo ante la mera mención de una tarta de fresa!

—¿Por qué no? ¡Incluso los detectives tienen que ser humanos de vez en cuando! —Sus ojos centellearon—. ¡Otro momento para mis memorias, señorita Noraker!

Mientras ella posaba la mirada en la carta a medio abrir que tenía en la mano, mis ojos recorrieron el jardín hasta llegar al final del chalé; solté un suspiro de pura satisfacción. Broadway y Park Row parecían muy muy lejanos. Me bastó mirarla de pasada para ver que en la frente de la señorita Mack se había trazado una línea tan clara como si la hubiesen dibujado a lápiz.

La relajada indiferencia había desaparecido de su actitud como un velo ante una ráfaga de viento. Su mirada se encontró repentinamente con la mía. El destello que había observado antes en sus ojos había desaparecido. En silencio, empujó hacia mí un folio cuadrado lleno de trazos apretados.

Estimada señora:

Cuando lea esto, es bastante posible que esta sea la carta de un hombre

muerto.

Me ha dicho alguien que goza de la autoridad de un amigo, Cosmo Hamilton, que es usted una mujer extraordinaria. Debo confesar desde el principio que albergo poca fe en las facultades de análisis de la mente femenina, pero, pese a ello, estoy dispuesto a aceptar el juicio de Hamilton.

Por supuesto, no puedo discutir los detalles de mi problema por correspondencia.

Para convencerla de lo crucial que resulta su rápida reacción, quizá pueda decirle que durante los últimos cinco meses se ha atentado ni más ni menos que ocho veces contra mi vida, y estoy convencido de que el noveno intento, si se lleva a cabo, tendrá éxito. Lo curioso de la cuestión reside en que soy incapaz de adivinar cuál es la razón de tan persistente *vendetta*. Por lo que sé, no hay persona en el mundo que desee mi muerte. Y, sin embargo, me han disparado desde una emboscada en cuatro ocasiones, me ha asaltado un matón, un coche a toda velocidad me ha pasado rozando dos veces, y esta tarde he encontrado una astuta dosis de cianuro de potasio en mi tarta de cereza favorita.

¡Y todo esto a la sombra de una granja de mofetas de Nueva Jersey! Me parece que ya es hora de que recurra al consejo de un experto. Si el progreso de la *vendetta* misteriosa, por un casual, me impide recibirla personalmente, estoy seguro de que la señorita Muriel Jansen, mi sobrina, intentará hacer las veces de sustituta.

Mis más atentos saludos,

WENDELL MARSH

Three Forks Junction,  
Nueva Jersey,  
junio de 1916

Al final de la página habían garabateado con lápiz una única línea, con la misma letra apretada: «¡Dese prisa, por Dios!».

Madelyn se mantuvo enroscada en el banco, con la mirada clavada en un arbusto de rosas color carmesí profundo.

—¿Wendell Marsh? —Levantó hacia mí una mirada pensativa—. ¿No he visto por algún sitio ese nombre últimamente? —Madelyn me elogia diciendo que mi cerebro es un fichero de historia periodística.

—Sí, si has leído los suplementos dominicales —repliqué con sequedad, pensando en el vívido recuerdo que tenía de Wendell Marsh tal como lo vi por última vez, seis meses atrás, cuando atravesó la pasarela de su buque, recién llegado de Inglaterra, con el rostro bronceado por los vientos del Atlántico.

Era de esos rostros que atraen la mirada una segunda vez: casi chupado, terco,

con algo más que una pizca de cinismo. (Sobre todo cuando sus ojos se encontraron con el grupo de periodistas que lo esperaba). Alguien lo había comparado una vez con los retratos de Oliver Cromwell.

—Wendell Marsh es uno de los personajes que más alimentan la prensa y siempre rehúye las entrevistas —expliqué—. Odia a los periodistas como un granjero del norte odiaría un automóvil, y sin embargo siempre lleva a un rebaño de ellos a la zaga. La última hazaña por la que estuvo en el candelero fue la compra de las reliquias de Bainford en Londres. Justo antes había publicado una historia en tres tomos de *Los grandes cínicos de la humanidad*. Él mismo pagó la publicación.

Entre nosotras se hizo un prolongado silencio. Yo intentaba en vano asociar la misiva medio histérica de Wendell Marsh con la imagen mental que tenía del severo millonario...

«¡Dese prisa, por Dios!».

¿Qué miedo atroz había reducido al ultrarreservado señor Marsh a una súplica de ese tipo? Al echar ahora la vista atrás, sé que ni mis fantasías más extravagantes podrían haberse imaginado la horrible verdad.

Madelyn se enderezó de inmediato.

—Susan, ¿será tan amable de decirle a Andrew que traiga el coche ahora mismo? Si encuentras el mapa de carreteras de Nueva Jersey, Nora, localizaremos Three Forks Junction.

—¿Vas a ir? —pregunté mecánicamente.

Se deslizó del banco.

—¡Empiezo a temerme —dijo como el que no quiere la cosa— que tendremos que aplazar la tarta de fresa!

El ojo bueno de Daniel Peddicord, criador de caballos por afición, y *sheriff* del condado de Merino por votación, miró hacia abajo, por encima de su colorada mejilla izquierda. El señor Peddicord se tomaba en serio tanto a sí mismo como las obligaciones para con los contribuyentes del condado de Merino.

Tras bajar el ojo bueno con la suspicacia oficial correspondiente, mientras que el de cristal miraba hacia delante con ingenuidad, como si no se diese cuenta del procedimiento, el señor Peddicord señaló con un pulgar rojo y gordo en dirección a la escalera de caracol que había en la parte trasera del vestíbulo de la residencia Marsh.

—Supongo que el señor Marsh sigue ahí arriba, señorita Mack. Les dije que no tocaran el cuerpo hasta...

Nuestras miradas pusieron un brusco final a la frase. El ojo bueno del señor Peddicord se agitó con violencia.

—¿No me irán a decir que no... saben nada?

De repente, el silencio que reinaba en la gran mansión pareció opresivo. Solo ahora me daba cuenta de lo extraño que era que nos hubiese recibido un policía

azorado en lugar de un miembro de la familia. De repente noté la falta de concordancia entre la desgarrada figura del señor Peddicord y el entorno oscuro y lujoso.

Madelyn se aferró al brazo del jefe de policía hasta darle la vuelta y encontrar el ojo bueno.

—¡Dígame qué ha ocurrido!

El señor Peddicord se pasó un enorme pañuelo rojo por la frente.

—Han encontrado a Wendell Marsh sin vida a las ocho de la mañana. Llevaba horas muerto.

¡Tictac! ¡Tictac! Un reloj alto y reseco atravesó rítmicamente mi consternación. Lo observé aturdida. Madelyn había entrelazado las manos a la espalda; las venas se le hinchaban formando afiladas protuberancias azules. El señor Peddicord aún sostenía el pañuelo rojo.

—¡Qué raro que no se hayan enterado! Yo pensé que por eso habían venido hasta aquí. Parece... ¡parece un asesinato!

En los ojos de Madelyn había aparecido un destello grisáceo, como de acero frío.

—¿Dónde está el cadáver?

—Arriba, en la biblioteca. El señor Marsh había estado trabajando...

—¿Será tan amable de enseñarme la habitación?

No creo que en aquel momento advirtiésemos su tono brusco, al menos no lo acusamos. Madelyn se había hecho cargo de la situación de modo bastante automático.

—¿Podría también hacer llegar mi tarjeta a la familia del difunto?

El señor Peddicord se metió el pañuelo en un bolsillo trasero del pantalón. Una esquina roja sobresalía con jovial abandono por debajo de la chaqueta azul.

—Pero si no tiene familia, al menos aparte de Muriel Jansen. —Alzó la cabeza con precaución por las escaleras—. Es su sobrina, y supongo que todo lo que hay ahora aquí es suyo. La doncella dice que está destrozada. Solo ha salido una vez de la habitación desde... desde que ocurrió. Y fue para decirme que no tocásemos nada. —El señor Peddicord alzó el rostro, mostrando un ceño suspicaz—. ¡Como si un oficial con experiencia no lo supiese!

Madelyn miró por encima del hombro hacia el fondo del vestíbulo; allí había un hombre con rasgos afilados como cuchillas y vestido con librea rojiza que nos miraba con ojos inexpresivos.

El señor Peddicord se encogió de hombros.

—Ese es Peters, el mayordomo. Él fue quien encontró al señor Marsh.

Sentí que sus ojos inexpresivos nos seguían hasta que una curva de las escaleras le dejó sin visibilidad.

Una habitación resplandeciente de rojo, de un rojo opresivo. Paredes con frescos

escarlata, colgaduras rojo oscuro, mobiliario tapizado color cereza, alfombras color rojo turco, filas y filas de libros encuadernados en rojo. Por encima, un techo de cristal enorme y plano, abierto al cielo de esquina a esquina, a través del cual el sol salpicaba los ricos colores, dándoles la extraña apariencia de un estanque carmesí casi en el centro exacto de la sala. Así era la biblioteca de Wendell Marsh: de un diseño tan excéntrico como su dueño.

Lo que nosotros encontramos fueron las ruinas de una sala. El suelo estaba cubierto de jarrones hechos trizas, habían rajado con salvajismo las cubiertas de los libros, las cortinas colgaban hechas jirones, un pesado sillón de cuero con balancín se hallaba reducido a astillas.

Era tal el desastre que podría haber sido resultado de la lucha a muerte entre dos gigantes. En medio de tanta destrucción se hallaba Wendell Marsh, de espaldas, con el cuerpo torcido. Tenía la cara marchita y los ojos abiertos. No había huella alguna de herida o de hematoma siquiera. La mano derecha asía un objeto que me quedaba parcialmente oculto.

Me sorprendí acercándome, como atraída por un imán. Hay algo hipnótico en esas terribles escenas. Y entonces apenas pude contener un grito.

Los dedos muertos de Wendell sostenían una pipa, una cazoleta de arenisca roja con extraños grabados y una caña brillante.

El *sheriff* Peddicord advirtió la dirección de mi mirada.

—El señor Marsh compró esa pipa en Londres, junto con el resto de reliquias que trajo a casa. Dicen que es la primera pipa en la que fumó un hombre blanco. Los indios de Virginia se la dieron a un tal sir Walter Raleigh. El señor Marsh hizo que le pusieran una boquilla nueva, y el mayordomo dice que fumaba en ella a diario. ¿A que es raro lo rápido que se aficionan algunas personas?

El *sheriff* se humedeció los labios bajo su delgado bigote amarillo.

—¡Ha debido de ser una pelea lo que ha provocado el desorden! —Señaló con un vago balanceo de la cabeza la habitación destrozada.

Madelyn se acercó a un par de cortinas hechas jirones y las palpó, pensativa.

—Pero eso no es lo más raro. —El jefe de policía miró expectante a Madelyn—. ¡No había manera de que entrase o saliese nadie!

Madelyn se agachó hasta la parte baja de las cortinas. Parecían tenerla fascinada.

—¿La puerta? —aventuró, ausente—. ¿Estaba cerrada con llave?

—Por dentro. Peters y el lacayo vieron la llave cuando forzaron la puerta esta mañana... Peters jura que oyó cómo la echaba el señor Marsh cuando lo dejó escribiendo a las diez de la noche.

—¿Las ventanas?

—Cerradas a cal y canto. Y, aunque no lo estuviesen, debe de haber sus buenos treinta pies hasta el suelo.

—¿El tejado, quizá?

—Tal vez un gato pudiese entrar... si no estuviese todo tan cerrado como las

ventanas.

El señor Peddicord hablaba en un tono claramente triunfal. Madelyn seguía mirando las cortinas.

—¿No es muy raro —aventuré yo— que los ruidos de la pelea, o lo que fuese, no alarmasen al resto de la casa?

El *sheriff* Peddicord se limitó a mirarme como si fuese una intrusa, y respondió a mi pregunta con manifiesto laconismo.

—Aquí se podría disparar un trabuco sin que nadie cayese en la cuenta. Se dice que el señor Marsh había insonorizado la sala. Y además los criados tienen su propio edificio, todos menos la doncella de la señorita Jansen, que duerme en la habitación contigua a la de su señora, en el otro extremo de la casa.

Volví los ojos a la figura retorcida de Wendell Marsh, con el rostro marchito, los ojos helados de terror y la mano sujetando la fantástica pipa. Creo que era la pipa lo que retenía mi mirada. Menuda incongruencia: ¡una pipa en la mano de un muerto!

Quizá fuese algún pensamiento parecido el que trajo a Madelyn repentinamente al otro lado de la habitación. Se agachó, enderezó los dedos fríos y se incorporó con la pipa en la mano.

Era obvio que se le había añadido una nueva caña, de un material que me pareció jazmín. En el extremo tenía marcas de mordiscos que casi la atravesaban. La cazoleta de piedra estaba llena de cenizas de tabaco a medio consumir. Madelyn la balanceó, pensativa.

—Qué curioso que un hombre enzarzado en una pelea a vida o muerte tuviese en la mano una pipa tan pesada, ¿no, *sheriff*?

—Bueno, supongo que sí. Pero la cuestión, señorita Mack, es ¿qué fue del otro hombre? No es natural que el señor Marsh luchase contra sí mismo.

—¿El otro hombre? —repitió Madelyn mecánicamente. Estaba removiendo los restos de ceniza.

—¿Cómo diantres mataron si no al señor Marsh?

Madelyn contempló un dedo cubierto de polvo.

—¿Me hace un favor, *sheriff*?

—Bueno, pues... Claro.

—Tenga la amabilidad de preguntarle al mayordomo si el señor Marsh tomó anoche tarta de cerezas para cenar.

El *sheriff* tragó saliva.

—¿Tar... tarta de cerezas?

Madelyn levantó la mirada con impaciencia.

—Tengo entendido que le gustaba mucho.

El *sheriff* arrastró los pies hasta la puerta, con aire vacilante. Los ojos de Madelyn relampaguearon en mi dirección.

—Tú también puedes irte, Nora.

Durante un instante me sentí tentada de rebelarme. Pero Madelyn fingió que no se

daba cuenta. ¡Siempre está tan desesperadamente segura de sí misma! Con lo que procuré que pareciese una mueca de silencio agraviado, seguí a la figura de uniforme azul del *sheriff*. Mientras la puerta se cerraba vi que Madelyn seguía balanceando la pipa de Raleigh.

Desde lo alto de las escaleras, el *sheriff* Peddicord me miró con suspicacia.

—¡Pues a mí lo que me gustaría saber es qué fue del otro hombre!

Cuando llegamos al rellano apareció de pronto una leve figura vestida de negro, que miraba a través de una lucerna que había en el segundo piso. Un rostro blanco y tenso, propio de una niña cansada, nos observó bajo una mata de pelo rubio ceniza, suelto por descuido. De inmediato supe que se trataba de Muriel Jansen, señora de la casa del fallecido, al menos en aquel momento.

—¿Ha venido ya el juez de instrucción, *sheriff*?

Habló con una de las voces más líquidas que nunca he oído. Si no hubiese sido por el pelo color bronce, habría imaginado que tenía ascendencia latina. Pareció no advertir siquiera mi presencia, no a causa de una actitud hostil, sino más bien como si la hubiesen vaciado de emoción o curiosidad.

—Todavía no, señorita Jansen. Ya debería haber llegado.

Se acercó más a la ventana y luego se giró levemente.

—Le dije a Peters que mandase un telegrama a Nueva York, al doctor Dench, cuando fue a buscarlo a usted. Era un viejo amigo de mi tío. Me... Me gustaría que estuviese aquí cuando... cuando el juez de instrucción examine el cuerpo.

El *sheriff* se inclinó, incómodo.

—La señorita Mack está ahora arriba.

El pálido rostro nos miraba de nuevo con las cejas enarcadas.

—¿La señorita Mack? No entiendo. —Levantó la mirada hacia mí.

—Recibió una carta del señor Marsh esta mañana, con el primer correo —expliqué—. Soy la señorita Noraker. El señor Marsh deseaba que la señorita Mack viniese enseguida. Por supuesto, no sabía... no podía saber que... que estaba muerto.

—¿Una carta de... mi tío? —En su rostro se trazó una línea de asombro.

Asentí.

—Una carta curiosísima. Pero... quizá sea mejor que sea la señorita Mack quien le dé los detalles.

La línea de asombro se hizo más profunda. Notaba que su mirada escrutaba la mía con intención.

—Supongo que la señorita Mack bajará pronto —aventuré—. Sin embargo, si lo desea usted, puedo decirle...

—No será necesario. Pero ¿está segura? ¿Una carta?

—Segura —repliqué con algo de impaciencia.

Y después, sin advertencia alguna, se echó las manos a la cabeza y se desplomó



hacia delante. La cogí en mis brazos mientras veía de reojo al *sheriff* Peddicord, que nos miraba boquiabierto.

—¡Llame a la doncella! —dije, tragando saliva.

El *sheriff* se alzó, con cierto retraso. Cuando se dirigía trastabillando hacia la puerta más cercana, esta se abrió de repente. Una mujer demacrada de mediana edad, con un delantal blanco y almidonado, asumió la situación con una mirada gélida de color gris. Cogió a Muriel Jansen en brazos sin decir una palabra.

—Se ha desmayado —dije vagamente—. ¿Necesita ayuda?

La mujer se detuvo, con su carga a cuestas.

—¡Cuando la necesite, ya la llamaré! —bufó, y nos dio un portazo en las narices.

Bajé las escaleras siguiendo los pasos del *sheriff* Peddicord. Multitud de preguntas me daban vueltas en la cabeza. ¿Por qué se había desmayado Muriel Jansen? ¿Por qué la mención de la carta de Wendell Marsh había creado una atmósfera de duda y confusión tan desconcertante? ¿Por qué el dragón que la niña tenía por doncella (pues eso suponía que era) nos abordaba con tanta hostilidad? La corriente de secretos ocultos en aquella casa oscura y silenciosa pareció intensificarse de pronto.

Me dirigí al porche delantero en busca de un poco de aire fresco y de sol en el césped, y dejé al *sheriff* en el vestíbulo, enjugándose el rostro con el pañuelo rojo.

Un jardín de generosas dimensiones y cuidado hasta el más mínimo detalle desplegaba una tentadora extensión de césped igualado ante mí. Evidentemente, Wendell Marsh había dejado una discreta distancia entre él y los vecinos. Ante la verja paseaba ya la vanguardia de una multitud morbosa. Sabía que el cerco de los periodistas no tardaría mucho en unirse a ella.

Podía imaginarme a los editores de la ciudad, frenéticos, enviando a sus mejores hombres en dirección a Nueva Jersey. El *Bugle* —capataz que presidía mi destino financiero— tenía asegurada una generosa ventaja. El siguiente tren de Nueva York no debía llegar hasta el final de la tarde.

Apareció entre la gente la figura de un joven de buena planta vestido de sarga azul que caminaba con paso vivo.

—¿Un reportero? —suspiré incrédula.

Tras echarme una mirada, subió las escaleras y se detuvo ante la puerta, esperando a que alguien le abriese. Mis miradas furtivas no lo situaban entre las «estrellas» del mundillo periodístico de Nueva York. Quizá fuese un corresponsal local. Con una expectación llena de petulancia, me quedé esperando su decepción cuando Peters recibiese su tarjeta. Y luego tuve que frotarme los ojos. Peters le dejaba paso y el joven lo seguía dejando clara su seguridad.

Aún no había cerrado la boca cuando una doncella, escoba en mano, vino en zigzag hasta el extremo del porche en que yo me hallaba. Me sonrió con ojos amables.

—¿Es usted detective?

—¿Por qué? —contraataqué.

—Siempre pensé que los detectives eran distintos de los demás.

Envió un reguero de polvo barandilla abajo, echándome de nuevo una mirada de reojo.

—Bueno, ya verá, son bastante humanos —reí—, ¡fuera de las historias de detectives!

Pareció sopesar mi respuesta, vacilante.

—¡Ya decía yo que estaba tardando en aparecer el señor Truxton! —exclamó de repente.

—¿El señor Truxton?

—El hombre que acaba de llegar, el señor Homer Truxton. ¡La señorita Jansen se va a casar con él!

Vi una luz en mitad de la niebla.

—Entonces, ¿no es periodista?

—¿El señor Truxton? Es abogado. —La escoba prosiguió su lento curso—. ¡El señor Marsh no le tenía demasiada simpatía, o eso es lo que dicen!

Retrocedí y me alisé la falda. Me he aprendido la regla cardinal de Madelyn: no manifestar nunca demasiado interés por los comentarios de un criado.

La doncella estaba sacudiendo una alfombra mecánicamente.

—Yo, por mi parte, siempre pensé que el señor Truxton era la única opción razonable entre las dos que tenía la señorita Jansen. Nunca pude comprender qué podría ver en el doctor Dench. ¡Pero si es tan viejo que podría ser su...!

En el umbral se dibujó la voluminosa figura del *sheriff* Peddicord.

—¿No le parece que es hora de que volvamos a ver a la señorita Mack? —susurró.

—Quizá —asentí, con bastante reticencia.

El *sheriff* clavó en mí el ojo bueno desde las sombras del vestíbulo.

—¡Pues a mí lo que me gustaría saber es qué fue del otro hombre!

Cuando nos detuvimos en el segundo rellano la figura bien plantada del señor Homer Truxton se inclinaba sobre una puerta entreabierta. Por encima de su hombro divisé de modo fugaz un rostro pálido bajo una maraña de pelo rubio ceniza. Era evidente que Muriel Jansen se había recobrado de su desmayo.

La puerta se cerró con brusquedad, pero no sin que yo advirtiese que tenía los ojos rojos de tanto llorar.

Madelyn estaba repanchingada en una silla de respaldo rojo colocada ante un enorme escritorio que había en un rincón de la biblioteca y tenía ante ella una pila de los libros encuadernados en rojo de Wendell Marsh que había cogido de un armarito con ruedas contiguo. Acabó la página que estaba leyendo —una página subrayada con un lápiz grueso y azul— sin dar a entender en ningún momento que nos hubiese oído

entrar.

El *sheriff* Peddicord la miró con una decepción tal que casi resultó graciosa. Era evidente que Madelyn estaba contrariando su idea de las aptitudes necesarias en un detective de renombre.

—¿Es usted estudioso de la literatura isabelina, *sheriff*? —le preguntó de repente.

El *sheriff* soltó un débil gorjeo.

—Si lo es, no me cabe duda de que le interesará la colección del señor Marsh. Es la más completa en dicho campo que he visto nunca. Por ejemplo, aquí hay un volumen sobre la vida en la corte de Isabel; quizá sea de su agrado que le lea este pasaje elegido al azar.

El *sheriff* se irguió con más dignidad de la que yo pensaba que podía poseer.

—¡Estamos investigando un crimen, señorita Mack!

Madelyn cerró el libro con un suspiro.

—¡En efecto! ¿Puedo preguntarle qué le ha dicho el mayordomo?

—El señor Marsh no cenó tarta de cerezas anoche —replicó el *sheriff*.

—¿Confía usted en él?

Y entonces, de golpe, se me reveló el sentido de dicha pregunta.

—¡Claro! ¡El señor Marsh lo mencionaba en la carta! —exclamé.

Los ojos de Madelyn se volvieron hacia mí con una mirada de reprobación.

—Debes de estar equivocada, Nora.

Mientras paseaba la mirada por los libros del escritorio se puso en pie. El *sheriff* Peddicord se dirigió hacia la puerta, la abrió y, dando media vuelta, carraspeó.

—Discúlpeme, señorita Mack... ¿Ha encontrado alguna pista sobre el caso?

Madelyn se detuvo de nuevo en los jirones de cortinas.

—¿Pistas? El hombre que hizo posible la muerte del señor Marsh, *sheriff*, era químico, de origen italiano, vivió algún tiempo en Londres... ¡Y murió hace trescientos años!

Alcanzamos a echar un rápido vistazo a la cara del *sheriff* Peddicord; estaba tan roja como su pañuelo. Luego ambos desaparecieron.

Me giré a toda velocidad hacia Madelyn, severa.

—Señorita Mack, está llevando la broma demasiado...

Me detuve y tragué saliva. Fue como si pasase de golpe de las tinieblas a la luz eléctrica.

Madelyn había dejado atrás el escritorio y estaba echando con suavidad las cenizas de la pipa de Raleigh en un sobre. En un momento dado olisqueó la cazoleta, con la vista puesta en el cadáver encorvado a sus pies.

—¡La pipa! —grité con voz ahogada—. ¡A Wendell Marsh lo han envenenado con la pipa!

Madelyn selló lentamente el sobre.

—¿Acabas de atar cabos, Nora?

—Pero el resto... ¿Qué le decías al...?

Madelyn tamborileó en el voluminoso tomo de la historia isabelina.

—Algún día, Nora, si me lo recuerdas, te daré material para lo que tú llamas un «reportaje dominical» sobre la historia del asesinato como una de las bellas artes.

En un curva del porche lateral, sombreada por unas cortinas, nos esperaba Muriel Jansen, recostada contra los almohadones de una silla de tapizado color bronce cuyos matices, sorprendentemente, casi hacían juego con el dorado de su pelo. Su aspecto de niña cansada era aún más pronunciado que cuando la había visto por última vez.

Me sorprendí lanzando furtivas miradas en busca de Homer Truxton, pero había desaparecido.

La señorita Jansen tomó la iniciativa en nuestra entrevista adoptando una nerviosa brusquedad que contrastaba extrañamente con sus titubeos en nuestro último encuentro.

—Señorita Mack, tengo entendido que recibió usted una carta de mi tío en la que solicitaba su presencia aquí. ¿Podría verla?

La avidez de su tono no dejaba duda alguna.

Madelyn sacó de su bolso de mano el sobre cuadrado del correo matinal, con su extraordinario mensaje. Los ojos de Muriel Jansen se deslizaron dos veces por su contenido. Madelyn la miró con el ceño algo fruncido. Una repentina tensión se había adueñado del aire, como si todos estuviésemos aguardando un desenlace inesperado. Y entonces llegó, como un trueno.

—Un mensaje curioso —sugirió Madelyn—. Albergaba la esperanza de que fuese usted capaz de añadir algo al respecto.

La cara cansada que yacía en la silla dirigió la vista hacia el césped.

—Y lo haré. El dato más curioso del mensaje, señorita Mack, ¡es que no lo escribió Wendell Marsh!

Nunca he sentido mayor admiración por la espectacular serenidad de Madelyn. Salvo por una inspiración casi imperceptible, no mostró señal alguna del estupor que debió de asaltarla, al igual que a mí. Yo me quedé mirando con la boca abierta de par en par. Pero bueno, supongo que ya habrán advertido que no tengo madera de detective.

Por insólito que parezca, no había ni rastro de asombro en el anuncio de Muriel Jansen. Su actitud desvelaba desapego con respecto al asunto, como si de repente hubiese perdido el interés por él. Y, sin embargo, hacía menos de una hora había conseguido postrarla con un desmayo.

—¿Quiere usted decir que la carta es una falsificación? —preguntó Madelyn con calma.

—Es evidente.

—¿Y los atentados contra la vida del señor Marsh a los que se refiere?

—No ha habido ninguno. Llevo seis meses sin separarme de mi tío ni a sol ni a

sombra. Se lo digo con rotundidad.

La señorita Jansen hurgó en un bolso blanco de ganchillo.

—Aquí hay varias muestras de la letra del señor Marsh. Creo que bastarán para convencerla de lo que digo. Si desea más...

Yo tragaba saliva como una escolar haciendo novillos mientras Madelyn extendía en su regazo las tres notas que le tendían. Eran notas cotidianas y consultas personales, ninguna de ella de más de doce líneas. Sin embargo, bastaban para rellenar el repentino vacío que teníamos bajo los pies, para dar constancia de una letra atrevida, agresiva, casi perpendicular, sin el menor parecido con la letra apretada de la sorprendente misiva matinal.

Madelyn se levantó de la silla y se alisó la falda pensativa. Se quedó un momento en la balaustrada, mirando hacia un enrejado de rosas amarillas, con la cara vuelta al otro lado. Por primera vez a lo largo de nuestra curiosa amistad era consciente de sentir lástima por ella. ¡El muro en blanco al que se enfrentaba parecía tan abrupto, tan definitivo!

Muriel Jansen cambió ligeramente de posición.

—¿Queda usted satisfecha, señorita Mack?

—Sí. —Madelyn se volvió para entregarle las tres notas—. Supongo que esto quiere decir que no desea que continúe trabajando en el caso.

La cabeza me daba vueltas. Nunca había barajado tal posibilidad.

—¡Al contrario, señorita Mack, a mí me parece una razón adicional para que continúe su tarea!

Volví a respirar. ¡Al menos no nos iban a despedir con la brusquedad que había mostrado la doncella de la señorita Jansen! Madelyn hizo una reverencia con aire ausente.

—Entonces, si hace el favor de concederme otra entrevista, quizá esta tarde...

La señorita Jansen jugueteó con el cierre del bolso. Por primera vez su voz perdió algo de hosquedad.

—¿Tiene... tiene usted alguna explicación para tan asombrosa... falsificación?

Madelyn miraba en dirección a la creciente multitud que se congregaba en la verja. Se había producido un repentino revuelo.

—¿Ha oído hablar usted de un hombre llamado Orlando Julio, señorita Jansen?

Mis propios ojos, siguiendo la dirección de la mirada de Madelyn, se vieron forzados a volver a toda prisa al porche. Muriel Jansen se había desvanecido por segunda vez.

Yo me abalancé hacia la campanilla para llamar a los criados, pero Madelyn me retuvo. Venían hacia la casa dos hombres con el aire inconfundible de los médicos. Al ver la mano en movimiento de Madelyn si dirigieron hacia nosotros.

El que parecía destacar entre los dos aceleró el paso al distinguir la figura que yacía en la silla. Mi instinto supo que se trataba del doctor Dench, y no había que cavilar demasiado para suponer que quien lo acompañaba era el juez de instrucción

local.

Mientras comprobaba con mano hábil los latidos de la señorita Jansen, el doctor Dench levantó hacia nosotras un rostro colorado de patillas castañas, con expresión inquisitiva.

—¡Conmoción! —explicó Madelyn—. ¿Es grave?

La mano abandonó el pecho jadeante para coger a toda prisa un vial de líquido marrón del maletín. Por encima, sus ojos prosiguieron el escrutinio de la esbelta figura de Madelyn.

El doctor Dench era del tipo robusto alemán, con ojos de acero, seguridad en los movimientos y el físico de un animal de espléndida musculatura. Si el chisme de la criada merecía algún crédito, Muriel Jansen no podía haber atraído a dos pretendientes más opuestos.

El juez de instrucción —un hombre de mediana edad que lucía un traje color óxido y sentía una admiración profesional más que evidente por su acompañante— ofreció un vaso de agua. La señorita Jansen abrió los ojos antes de que le tocase los labios.

El doctor Dench reprimió su repentino esfuerzo para levantarse.

—¡Por favor, bébase esto! —Nada en su voz denotaba algo diferente de la instrucción de un profesional. Si amaba a la muchacha de tez macilenta que estaba en la silla, era capaz de controlar plenamente sus emociones.

Madelyn dio un paso, haciéndome un leve gesto con la cabeza.

—Creo que ahora puedo marcharme tranquila. Vuelvo a la ciudad.

—¿A la ciudad? —repetí yo.

—Volveré a última hora de la tarde. ¿Te resulta inconveniente esperarme aquí?

—Pero ¿qué diantres...? —protesté yo.

—Por favor, ¿le pides al mayordomo que me traiga el coche? ¡Gracias!

Cuando Madelyn elige no responder a las preguntas las ignora. Me callé con la mayor dignidad posible. Sin embargo, cuando su automóvil pasó por la puerta cochera, mi curiosidad volvió a vencer a mi comedimiento.

—Dime al menos quién es Orlando Julio —pedí.

Madelyn se ajustó el velo con cuidado.

—¡El hombre que proporcionó los medios para la muerte de Wendell Marsh! —Y, dicho esto, se marchó.

Eché otro vistazo al trío del porche lateral y, encogiéndome de hombros con lo que intenté convencerme de que era filosofía, aunque sabía perfectamente que era solo un gesto de rabieta, busqué un rincón retirado en el salón de invitados trasero para instalarme con mi libreta y mi lápiz.

Después de todo, era periodista, y no hacía falta una imaginación desmesurada para figurarse la escena en la sección local del *Bugle* si se me ocurría no enviar una crónica adecuada.

Unos minutos más tarde, unos pasos que se dirigían a las escaleras me pusieron

sobre aviso de que el juez de instrucción y el doctor Dench subían a examinar el cadáver del fallecido Wendell Marsh. Era evidente que la señorita Jansen se había recuperado o la habían asignado a los cuidados de su doncella. En un momento dado Peters, el mayordomo de rostro inexpresivo, hizo una entrada espectral para informarme de que el almuerzo se serviría a la una, pero se esfumó casi antes de que devolviese la mirada a mi escrito.

Almorcé en la distinguida compañía del *sheriff* Peddicord. Al parecer el señor Dench seguía con sus truculentas tareas arriba, y no me extrañó que la señorita Jansen prefiriese comer en sus aposentos.

Por muy maltrecho que hubiesen dejado el aplomo profesional del *sheriff* los acontecimientos de la mañana, estaba claro que no habían afectado a su apetito. Se encontraba demasiado absorto en el esfuerzo de hacerle justicia a la hospitalidad de los Marsh como para desperdiciar ni un momento charlando.

Terminó la última cucharada de helado de fresa con un pesado suspiro de satisfacción, se quitó la servilleta que se había colgado del cuello y, como pensando en las facturas de lavandería de la familia, la dobló con cuidado y se limpió los labios con su pañuelo rojo. Solo entonces se interrumpió el silencio.

Al recorrer la habitación prudentemente con la mirada, y observar que habían llamado al mayordomo a la cocina, el *sheriff* me hizo, ante mi asombro, un guiño confidencial.

—¡Pues a mí lo que me gustaría saber es qué fue del otro hombre!

—¿Ha oído usted hablar de la cuarta dimensión, *sheriff*? —le repliqué con solemnidad. Me levanté de la silla y di a mi vez un paso hacia él con aire confidencial —. Creo que un concienzudo estudio de ese asunto respondería a su pregunta.

Eran las tres en punto cuando volví a estirarme en el rincón del salón, y metí los últimos folios de papel en un sobre franqueado especial.

Mi crónica estaba hecha. ¡Y Madelyn no estaba allí para corregirme los adjetivos que tanto gustaban en Park Row! Sonreí con alegría mientras me atusaba el pelo y escribía ociosamente la dirección en el sobre. ¡Si Madelyn no quedaba satisfecha, al menos sí que lo estaría el editor!

Cuando llegué al vestíbulo, el doctor Dench, el juez de instrucción y el *sheriff* Peddicord estaban bajando las escaleras. Era evidente que había acabado el examen médico. En otras circunstancias, las tres expresiones que tenía ante mí merecerían un interesante estudio de contrastes: el doctor Dench se limpiaba las uñas con profesional estoicismo, el juez de instrucción intentaba desesperadamente imitar *le sang froid* de su compañero, y el *sheriff* estaba sumido en una seriedad de búho.

El señor Dench devolvió la navaja a su bolsillo.

—Usted es la ayudante de la señorita Mack, según me han dicho.

Hice una reverencia.

—La señorita Mack tenía asuntos que atender fuera. Pero no debería tardar en regresar.

Sentía que la mirada escrutadora del médico me diseccionaba con toda la minuciosidad de una operación quirúrgica. Levanté los ojos de repente y le devolví la mirada. Era un rostro viril, imperioso y, tenía que admitirlo, de una fría apostura.

El doctor Dench abrió su reloj de bolsillo.

—De acuerdo, pues, señorita, señorita...

—¡Noraker! —informé con resolución.

La barba rubia se inclinó una fracción de pulgada.

—Esperaremos.

—¿La autopsia? —aventuré—. ¿Ha...?

—¡El resultado de la autopsia lo discutiré con la señorita Mack!

Me mordí el labio y sentí que mi rostro se ruborizaba mientras veía que el *sheriff* Peddicord intentaba disimular una sonrisita; me volví encogiéndome de hombros de modo poco convincente.

Bueno, si hubiese poseído una naturaleza vengativa, habría abierto el sobre y hubiese añadido como represalia un párrafo que le habría devuelto el revés al doctor Dench, y con intereses. Me halaga decir que consigné el sobre en la oficina de correos de Three Forks, en la parte trasera de Elite Dry Goods Emporium, con su contenido intacto.

Como recompensa parcial me detuve en una tienda y dejé que un joven con una preciosa camisa rosa me hiciese un batido de helado de chocolate. Estaba inclinada sobre una pajita asmática cuando vi por la ventana que el coche de Madelyn daba la vuelta a la curva.

Salí a toda prisa a la acera, mientras el joven me miraba confuso. El chófer dio un volantazo mientras yo le lanzaba un penique al Adonis de la fuente.

Madelyn se desplazó al extremo del asiento mientras yo me subía al otro lado. Una mirada bastaba para concluir que la misión de la ciudad, fuese cual fuese, había fracasado. Quizá fuese la conciencia de ese hecho lo que condujo mi mirada a la cajita color turquesa que colgaba de su cuello. Estaba abierta. Le eché una mirada acusadora.

—¿Así que has vuelto a tomar estimulante de cola, señorita Mack?

Asintió malhumorada y se deslizó perversamente en la boca otra de las bayas marrón oscuro que en alguna ocasión la habían mantenido cuarenta y ocho horas sin dormir y casi sin comer.

Por un momento casi olvidé incluso la curiosidad que sentía acerca de su misión.

—¡Ojalá los aranceles subiesen tanto que no pudieses introducir esto en el país!

Cerró la cajita sin dignarse a responder. Cuanto más volcánicos eran mis exabruptos, más glacial era la frialdad de Madelyn, especialmente en el asunto de la cola. Me encogí de hombros, resignada. ¡Como quien oye llover!

Me enderecé el sombrero, me pasé el pañuelo por el rostro sonrojado y tosí en forma de interrogante. Silencio. Me giré, desesperada.

—¿Y bien? —dije, vencida.



—Nora Noraker, ¿es que no sabes contener la lengua?

Las emociones hasta entonces reprimidas saltaron.

—¡Mira, señorita Mack, he recibido desaires del doctor Dench y el juez de instrucción, y hasta el *sheriff* Peddicord se ha reído de mí! ¡No me voy a achantar contigo! ¿Qué noticias traes: buenas, malas o indiferentes?

Madelyn apartó la vista en dirección a la carretera, cubierta de un polvo amarillo.

—¡He sido una tonta, Nora! ¡Una tonta ciega, mojigata y engreída!

Inspiré hondo.

—Lo cual quiere decir...

Madelyn sacó de su bolso el sobre con las cenizas de la biblioteca de Marsh y lo arrojó por la ventanilla del coche. Me recosté de nuevo contra los almohadones.

—Entonces el tabaco, después de todo...

—No es nada más que tabaco, tabaco inofensivo.

—Pero la pipa... Pensé que la pipa...

—¡Eso es! ¡La pipa, querida muchacha, fue la que mató a Wendell Marsh! ¡Pero no sé cómo! ¡No sé cómo!

—Madelyn —dije con severidad—, eres una mujer, aunque te ganes el pan con una profesión masculina. ¡Lo que necesitas es llorar un buen rato!

El doctor Dench, paseando arriba y abajo por el porche, sacudió las cenizas de una pipa de espuma de mar coronada de ámbar y vino a nuestro encuentro cuando nos apeamos. El juez de instrucción y el *sheriff* Peddicord estiraban el cuello desde sus sillas de paja, al fondo. Era bastante fácil deducir que el señor Dench se había separado de ellos bruscamente, en su deseo de fumar en paz y ordenar sus pensamientos.

—Llénese de nuevo la pipa si lo desea —dijo Madelyn—. No me importa.

El doctor Dench inclinó la cabeza, y sumergió la boca de su pipa de espuma de mar en un saquito de cuero. Pronto tuvo una espiral de humo azul enroscada ante la cara. Era uno de esos hombres a los que la pipa les presta una distinción de calculada seriedad.

Realizó un leve gesto en dirección al juez de instrucción.

—Quizá lo más adecuado sea que oigamos primero al doctor Williams; para eso detenta un cargo oficial.

A pesar del humo de la pipa, sus ojos buscaban el rostro de Madelyn. Me desconcertó ver que lo tenía bastante confundido el no saber hasta qué punto podía tomarla en serio.

El juez de instrucción se removió, nervioso. Junto a él, el *sheriff* Peddicord se puso a buscar su pañuelo rojo.

—Hemos realizado un concienzudo examen del cadáver del señor Marsh, señorita Mack, una observación de lo más concienzuda...

—Por supuesto, no le dispararon, ni lo apuñalaron, ni lo estrangularon, ni le golpearon con un saco de arena —interrumpió Madelyn con brusquedad.

El juez de instrucción miró al doctor Dench, vacilante. El doctor fumaba con una expresión inescrutable.

—¡Ni tampoco lo envenenaron! —concluyó el juez de instrucción con un resoplido.

Un tirabuzón de humo azul que salía de la pipa del doctor Dench se desvaneció en el aire. El juez de instrucción removió un puñado de monedas en el bolsillo. El sonido repercutió extrañamente en mis nervios. ¡Ni tampoco lo envenenaron! Entonces, la teoría de Madelyn de la pipa...

Miré en su dirección. Otra pared en blanco. ¡La más blanca de aquel conjunto de paredes blancas!

Pero su rostro no desvelaba el desconcierto que yo esperaba encontrar. El negro abatimiento que yo había visto en el coche había caído como si fuese una capa. Las líneas de cansancio se habían borrado como si hubiesen pasado una esponja. Le brillaban los ojos con el destello tenso que yo sabía que llegaba al distinguir ante ella un camino despejado en medio de la niebla.

—Quiere decir que no han encontrado rastros de veneno, ¿cierto? —corrigió.

El juez de instrucción se irguió.

—Bajo la supervisión del doctor Dench, hemos analizado varios órganos por completo: pulmones, estómago, corazón...

—Y cerebro, supongo.

—¿Cerebro? ¡Por supuesto que no!

—¿Y usted? —Madelyn se giró hacia el doctor Dench—. ¿Suscribe usted la opinión del doctor Williams?

El doctor Dench apartó la pipa.

—A partir del examen que hemos realizado del cadáver del señor Marsh, estoy dispuesto a declarar con todo énfasis que no hay rastros tóxicos de ningún tipo.

—¿Debo inferir que entregarán un veredicto de muerte natural?

El doctor Dench removió la ceniza de su pipa.

—Siempre he tenido la impresión, señorita Mack, de que el veredicto, en un caso de este tipo, debe proporcionarlo el jurado del juez de instrucción.

Madelyn se dobló el velo hacia arriba y se quitó los guantes.

—Supongo que no habrá objeción en que vuelva a ver el cuerpo.

El juez de instrucción la miró.

—Bueno, eh... Está con el empleado de pompas fúnebres. No creo que le parezca mal, si usted desea...

Madelyn se dirigió a la puerta. Tras ella, el *sheriff* Peddicord se irguió súbitamente.

—¡Pues a mí, caballeros, lo que me gustaría saber es qué fue del otro hombre!

No volví a ver a Madelyn hasta las seis de la tarde; la encontré en la biblioteca roja de Wendell Marsh. Estaba sentada en el inmenso escritorio de su difunto dueño. Ante ella tenía un vial de polvo gris blanquecino, un pequeño rodillo de tinta, media docena de hojas de papel cubiertas de lo que parecían borrones de tinta negra y la pipa de Raleigh. Me detuve en seco y me quedé mirando.

Se puso en pie, encogiéndose de hombros.

—Son huellas —explicó en tono lacónico—. Las de esta hoja pertenecen a la señorita Jansen; las de la siguiente, a la doncella; las de la tercera, al mayordomo, Peters; las de la cuarta, al doctor Dench; las de la quinta, al propio Wendell Marsh. Ha sido mi primer experimento para tomarle las huellas a un muerto. Fue... interesante.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con el caso? —pregunté.

Madelyn cogió la sexta hoja de papel emborronado.

—¡Tenemos las huellas del asesino de Wendell Marsh!

Ni siquiera grité de asombro. Supongo que los muchos acontecimientos del día habían entumecido mis emociones normales. Recuerdo haber recolocado un imperdible que se me había soltado de la cintura antes de hablar.

—¡El asesino de Wendell Marsh! —repetí mecánicamente—. Entonces, ¿lo envenenaron?

Los ojos de Madelyn se abrieron y se cerraron sin responder.

Me acerqué al escritorio y cogí de debajo del codo de Madelyn la carta que el señor Marsh había mandado en el correo matinal.

—¿Has encontrado al hombre que falsificó esto?

—¡Nadie lo falsificó!

En mi estupefacción dejé caer la carta al suelo.

—Entonces, ¿has descubierto quién era el otro hombre de la lucha a muerte que destrozó la biblioteca?

—¡No había otro hombre!

Madelyn recogió sus posesiones del escritorio. De la fila de libros sacó un pequeño tomo encuadernado en rojo, de una anchura de quizá cuatro pulgadas, y luego, tras pensarlo mejor, lo dejó.

—Por cierto, Nora, ¿podrías volver aquí a las ocho en punto? Si este libro sigue donde lo he dejado, tráemelo, por favor. Y creo que de momento eso es todo.

—¿Todo? —farfullé—. ¿Te das cuenta de que...?

Madelyn se dirigió a la puerta.

—Creo que las ocho en punto será lo bastante tarde para tu recado —dijo, sin volverse.

El crepúsculo tardío de junio se había convertido en una tiniebla sombría cuando entré en la habitación del segundo piso que se nos había asignado a Madelyn y a mí; el reloj indicaba que habían pasado diez minutos de la hora de mi misión. Madelyn, apostada en la ventana, contemplaba el jardín cubierto de oscuridad.

—¿Y bien? —preguntó.

—¡Tu libro ya no está en la biblioteca! —dije irritada.

Madelyn se giró con una sonrisa.

—¡Bien! Y ahora, si me haces el favor de decirle a Peters que le pida a la señorita Jansen que se reúna conmigo en el salón trasero, con cualquier amigo de la familia cuya presencia desee, creo que podremos aclarar un poco este puzle.

El elegante reloj suizo del salón color bronce de los Marsh dio las ocho y media ante un curioso grupo. La señorita Mack, con una reverencia solemne y más bien insistente, había asignado asientos a los demás ocupantes de la habitación a medida que iban apareciendo. Era la única que permanecía de pie.

Ante ella estaban el *sheriff* Peddicord, Homer Truxton, el doctor Dench y Muriel Jansen. Los ojos de Madelyn recorrieron en silencio nuestros rostros un momento; después atravesó la habitación y cerró la puerta.

—Los he convocado aquí —comenzó— para explicar el misterio de la muerte del señor Marsh. —Su mirada volvió a recorrer nuestros rostros—. En muchos aspectos, nos ha planteado un problema peculiar, casi único.

»Nos encontramos con un hombre, de salud en apariencia normal, muerto. El observador alega de inmediato que hay gato encerrado; y sin embargo su cuerpo no presenta ni rastro de heridas o hematomas. El examen médico no descubre rastro alguno de veneno. La autopsia no revela prueba alguna de crimen. Al parecer, hemos eliminado cualquier forma de muerte no natural.

»Los he convocado aquí porque el resultado de la autopsia es incorrecto, o más bien, incompleto. No nos hallamos ante una muerte natural, sino ante un crimen. Y podría añadir desde el principio que no soy la única que lo sabe. Una persona de esta habitación comparte este dato.

El *sheriff* Peddicord se puso en pie, se dirigió ostentosamente a la puerta y apoyó la espalda contra ella. Madelyn esbozó una débil sonrisa ante dicho movimiento.

—Creo que no habrá intentos de huida, *sheriff* —dijo con voz queda.

Muriel Jansen estaba encogida en su silla, mirando. El doctor Dench escrutaba a la señorita Mack con el gesto profesional con el que se enfrentaría a una anomalía en la mesa de operaciones. Fue Truxton el primero en hablar, como correspondía a un muchacho impulsivo.

—Si no estamos hablando de muerte natural, ¿cómo diantres mataron al señor Marsh?

Madelyn apartó un delgado cobertor de una mesita que había junto a ella y alzó la pipa de arenisca roja de Raleigh para que todos la vieran. Durante un momento la balanceó, pensativa.

—El artilugio mortal de trescientos años de Orlando Julio —explicó—. ¡Esto fue lo que mató a Wendell Marsh!

Apretó la cazoleta de la pipa en la palma de la mano.

—En tanto que instrumento mortal, es casi imposible de detectar. Examinamos las cenizas y no encontramos nada, excepto tabaco inofensivo. En los órganos de la víctima no quedaban rastros que levantasen sospechas.

Dio un golpecito solemne sobre la larga boquilla.

—Pero el análisis de los órganos no incluía el cerebro. Y esta pipa golpea a través del cerebro: asesina primero la mente con pesadillas demenciales, y después el cuerpo. Lo cual explica el caos de la habitación, las supuestas pruebas de dos hombres luchando a la desesperada. El caos era obra de un solo hombre, de un loco antes de su muerte. La droga de la que hablamos produce en sus víctimas una furia grotesca antes de que el cuerpo sucumba. Tengo entendido que estos casos son muy comunes en la India.

—Entonces, ¿el señor Marsh fue envenenado, después de todo? —exclamó Truxton. Era el único del público que hablaba.

—¡No, envenenado no! Lo entenderán más adelante. Resulta que la pipa, en apariencia, presenta solo una cazoleta y un canal, y a primera vista está llena solo de tabaco. En realidad, hay una cámara más baja, oculta bajo la cazoleta, de la que sale un segundo canal. Esta cámara secreta está provista de una sustancia compuesta por cáñamo indio y hojas de datura, uno de los estimulantes cerebrales más poderosos que conoce la ciencia (y uno de los más peligrosos, por encima de cierta concentración). Por supuesto, al salir de la cámara de abajo, no deja rastro alguno en las cenizas de fuera.

»Entre ambos compartimentos de la pipa hay una ligera abertura que los conecta; basta para permitir que el cáñamo de abajo prenda de modo gradual con el tabaco ardiendo. Cuando se usa una pequeña cantidad del compuesto, el fumador recibe una estimulación que no ofrece ninguna otra droga, ni siquiera el opio. Si se incrementa la cantidad por encima del punto peligroso, aquí está el resultado. La víctima no muere envenenada en el sentido estricto de la palabra, sino literalmente asfixiada por los vapores.

En la voz de la señorita Mack se distinguía la admiración del estudiante ante la creación del maestro.

—¡Me gustaría quedarme con la pipa, señorita Jansen, si alguna vez desea deshacerse de ella!

La muchacha seguía mirando con rostro inexpresivo.

—Fue Orlando Julio, el envenenador medieval —murmuró—, al que describía el tío...

—En el capítulo decimoséptimo de *Los grandes cínicos de la humanidad* —completó Madelyn—. Me he tomado la libertad de leer el capítulo de forma manuscrita. Sin embargo, Julio no fue quien descubrió la droga. Él se limitó a introducirla entre el público inglés. De hecho, es uno de los estimulantes asiáticos más antiguos. Es fácil suponer que Julio no lo usaba como estimulante, sino como un

arma para matar que sembraba el desconcierto. El mecanismo de la pipa fue invención suya, por supuesto. Si el fumador no conocía el secreto, sería completamente inconsciente del peligro. Y podía también usar la pipa con total seguridad, ¡hasta que se llenaba la cámara inferior!

El *sheriff* Peddicord, contra la puerta, se enjugaba la cara con el pañuelo rojo, como un hombre aturdido. El señor Dench seguía escrutando a la señorita Mack con su ceño persistente. Madelyn cambió de ángulo de modo abrupto.

—No fue anoche la primera vez que se cargaba la cámara del cáñamo de la pipa de Wendell Marsh. Podemos rastrear el efecto de la droga en su cerebro durante varios meses: alucinaciones, enemigos imaginarios que desean quitarle la vida, locura incipiente. Wendell Marsh no tenía nueve vidas, sino solo una. Los peligros que describía eran únicamente producto de su imaginación. Por ejemplo, el episodio de la tarta de cereza envenenada. Ayer no se sirvió tarta en absoluto.

»La carta que me enviaba no era una falsificación, señorita Jansen, aunque era usted sincera en sus declaraciones. El cambio total en la letra de su tío era solo otro efecto de la droga. Este fue el hecho, al final, que me condujo a la verdad. ¡Usted no se fijó en que entre las notas que me proporcionaba y la carta habían transcurrido seis meses! Yo sabía que entretanto debía de haber sufrido algún impacto mental terrible.

»Y, además, las cortinas de la biblioteca señalaban de inmediato a los destrozos de una víctima enloquecida por la droga. ¡No solo las habían rasgado, sino que las habían roto a mordiscos!

Sobre la estancia se instaló una tensión súbita. Nos removimos con nerviosismo, evitando los ojos de los demás. Madelyn devolvió la pipa a la mesita. Era evidente que no tenía prisa por continuar. Fue de nuevo Truxton quien planteó la pregunta que urgía en ese momento.

—Si mataron al señor Marsh tal y como usted describe, señorita Mack, ¿quién lo mató?

Madelyn miró al doctor Dench.

—¿Me permite coger el libro de cuero rojo que ha sustraído esta tarde del escritorio del señor Marsh, doctor?

El médico le devolvió una mirada fija.

—¿Lo considera... necesario?

—Me temo que debo insistir.

El doctor Dench vaciló por un instante. Después, encogiéndose de hombros, metió la mano en un bolsillo de su chaqueta y sacó el tomo encuadernado en rojo que la señorita Mack me había mandado a buscar en vano. Cuando Madelyn lo abrió vimos que no era un tomo impreso, sino que estaba lleno de varios centenares de páginas escritas con una letra apretada. El doctor Dench desvió la mirada hacia Muriel Jansen cuando la señorita Mack habló.

—Aquí tengo el diario de Wendell Marsh, que demuestra que había adquirido la costumbre de buscar la estimulación del cáñamo indio, o hachís, desde hacía algún

tiempo, posiblemente como resultado de su vida retirada y sedentaria y su dedicación a los libros. Hasta que compró las reliquias de Bainford, sin embargo, había tomado el estimulante en su forma comparativamente inocua, hojas reducidas a polvo o *bhang*, tal y como se conoce en Oriente. Su adquisición de la pipa para droga de Julio, y el descubrimiento accidental de su mecanismo, lo llevó a buscar el compuesto de cáñamo y datura listo para fumar que en la India se denomina *charas*. El capitán E. N. Windsor, ni más ni menos, bacteriólogo del Gobierno birmano, declara que es directamente responsable de un gran porcentaje de la locura en Oriente. Wendell Marsh, sin embargo, no era consciente del peligro, ni de hasta qué punto es más fuerte el segundo compuesto que la forma de droga a la que estaba habituado.

»El doctor Dench intentó desesperadamente advertirle del peligro que corría y liberarlo del cautiverio del hábito, como figura en el diario, pero la víctima estaba demasiado esclavizada. De hecho, la situación, antes del desenlace final, había llegado a un punto en que ya no podía ocultarse. Los criados más antiguos habían empezado a sospechar la verdad. Supongo que por eso temía usted mi investigación sobre el caso, señorita Jansen.

Muriel Jansen miraba a Madelyn con una especie de súplica muda.

—Entiendo y admiro los esfuerzos del doctor Dench por ocultar el hecho al público: primero, en su supervisión al establecer la causa de la muerte, que podía haber tropezado con la verdad, y después al sustraer el diario revelador, que yo había dejado expuesto a propósito con la esperanza de que inspirase tal acción. Si no lo hubiese sustraído, quizá hubiese sospechado otra explicación para el caso... ¡a pesar de una prueba evidente en contra!

El doctor Dench se había puesto blanco.

—¡Dios! Señorita Mack, ¿quiere decir que no fue suicidio, después de todo?

—No fue suicidio —dijo Madelyn tranquilamente. Se dirigió a la puerta de enfrente—. Cuando declaré que el hecho de que no se trataba de muerte natural era conocido por otra persona de esta habitación, podría haber añadido que también era conocido por una tercera persona... ¡que no se hallaba en la habitación!

Con un movimiento brusco abrió de golpe la puerta que había ante ella. En la antecámara contigua acechaba la figura de Peters, el mayordomo. Nos miró con una cara gris de terror y luego cayó de rodillas. Madelyn lo apartó con brusquedad cuando intentó aferrarse a sus faldas.

—¡Puede arrestar al asesino de Wendell Marsh, *sheriff*! —dijo con solemnidad—. Y quizá sea mejor que lo saque fuera. La señorita Mack se enfrentó a nuestras miradas asombradas mientras la puerta del salón se cerraba tras el señor Peddicord y su prisionero. Volvió a coger la pipa de arenisca de Raleigh de la mesita, y con ella dos folios de papel emborronados con las huellas humanas de un pulgar y el resto de dedos.

—Al final fue la pipa la que me descubrió la verdad, no solo en cuanto al método sino también en cuanto a la identidad del asesino —explicó—. La mano que colocó la

carga fatal en la cámara oculta dejó sus huellas en la superficie de la cazoleta. Los dedos, manchados por el polvo de la droga, dejaron una impresión que podría haber detectado de inmediato si no hubiese estado tan ocupada en mirar lo que había dentro que se me olvidó mirar fuera. Mucho me temo que he incurrido en el mayor desliz del detective moderno: la falta de minuciosidad.

»La comparación con las huellas de los diversos personajes del caso, por supuesto, convirtieron el siguiente paso en un mero detalle de cotejo matemático. Para asegurarme de la identidad, averigüé que el sospechoso no solo contaba con el conocimiento necesario y la oportunidad de cometer el crimen, sino que también tenía un móvil.

»En sus días de juventud Peters fue aprendiz de químico, hecho que usó en beneficio de su amo, proporcionándole las drogas que se habían convertido en una parte tan importante de la vida del señor Marsh. Si Wendell Marsh apareciese en persona buscando un suministro tan continuo, su identidad habría convertido muy pronto el hecho en un asunto de cotilleo común. Confiaba en su criado como proveedor, detalle que menciona varias veces en el diario, prometiéndole a Peters una generosa recompensa en su testamento. Supongo que fue el ansia por la recompensa, que constituiría una pequeña fortuna para un hombre de su posición, lo que puso en movimiento el cerebro del mayordomo para urdir tan traicionero asesinato.

El pelo rubio ceniza de la señorita Mack, recogido en una gruesa trenza, cubría los hombros de su bata blanca. Estaba recostada en un nido de almohadones con su novela de época favorita, *Los tres mosqueteros*, abierta en el histórico cerco de Porthos en la bodega. Habíamos decidido pasar la noche en la residencia Marsh.

Madelyn levantó la vista cuando aparecí en el umbral de la habitación.

—Permítame plantearle un problema a sus habilidades analíticas, señorita Mack —dije humildemente—. ¿A qué hombre le dice su conocimiento de la psicología femenina que otorgará sus favores Muriel Jansen: al médico solemne y protector, o al infantil y admirativo Truxton?

—Si tuviese treinta años —replicó Madelyn, bostezando—, sería lo bastante sabia como para escoger al doctor Dench. Pero como tiene solo veintidós, elegiré a Truxton.

Con un suspiro, regresó a las aventureras hazañas del galante Porthos.



## ANNA KATHARINE GREEN

(1846–1935)

Más de tres décadas y media después del debut de Ebenezer Gryce en *El caso Leavenworth*, y casi veinte años después de la primera aparición de Amelia Butterworth en *El asunto de la puerta de al lado*, Anna Katharine Green, ya rica y famosa, volvía a lanzar a otra detective. En 1915, G. P. Putnam's Sons publicó *The Golden Slipper and Other Problems for Violet Strange*. Strange es una rica joven mundana neoyorquina, en varios aspectos el extremo opuesto a Gryce, policía de clase trabajadora, y bastante distinta incluso de Butterworth. Strange aparece en diez historias. En la primera de ellas, «The Golden Slipper», el director de la agencia para la que trabaja ocasionalmente se la señala en el teatro a un potencial cliente. El hombre se muestra escéptico acerca de su capacidad como detective, teniendo en cuenta su juventud y su estatus social:

—Y pretende decirme...

—Así es...

—Que esa mocosa atontada, a cuyo padre conozco y de cuya fortuna tengo noticia, a la que se ve por todos sitios, y a la que se considera una de las bellezas de esta temporada, es agente suya; una... una...

—Nada de insultos aquí, por favor. Quiere usted resolver un misterio. No es un asunto para la policía (al menos, de momento), así que acude usted a mí, y cuando yo pregunto por los hechos, lo que veo es que solo hay mujeres involucradas y que esas mujeres no solo son jóvenes, sino de la alta sociedad. Con esa combinación, ¿le parece que es un trabajo de hombres? No. Sexo con sexo y, si es posible, juventud con juventud. Por suerte, conozco a una persona así: una muchacha llena de cualidades, extraordinariamente bien situada para este asunto. Por qué usa sus talentos en este campo, por qué, contando con los medios necesarios para desempeñar el papel de debutante social de éxito, como sería natural, consiente en ocuparse con misterios sociales y de otra clase, debe preguntárselo usted a ella, no a mí. Ya me parece bastante prometerle su ayuda si es que usted la desea. Es decir, si el caso que usted ofrece despierta su interés, porque no trabaja si no se da tal condición [...]. Eso es todo, salvo una cosa: no revele nunca su secreto. Es parte del contrato, recuérdelo.

[...] Era una mujer menuda y esbelta; lo peculiar de su apariencia se veía acentuado por la extrema simplicidad de su atuendo. En las gradas del palco que

se alzaban ante sus ojos, ninguna otra personalidad podía competir con la suya en extrañeza o en la cualidad engañosa de su expresión, siempre cambiante. Era la encarnación misma de la vivacidad y para el observador común resultaba ligera como un vilano, tanto en carácter como en sentimientos. Pero no para todos [...].

Solo en la historia final, «Violet's Own», nos revela Green la razón por la cual Strange se dedica a investigar crímenes y mantiene su trabajo oculto a los de su clase social. Resulta que su hermana fue desheredada injustamente hace mucho tiempo y la joven Strange está intentando reunir dinero para que se forme como música. Así, hace gala de su intrepidez y su heroicidad en numerosos casos, pero al final demuestra que lo está haciendo por razones aceptables, nobles y propias de una dama. Los lectores se enteran de esto cuando concluye su trabajo como investigadora, se casa y le revela a su marido el origen de su necesidad de dinero, en apariencia ilícita.

«La segunda bala», la historia final de esta antología, es quizá también la más trágica.

(Para más información biográfica sobre Green, pueden ver la introducción de *El asunto de la puerta de al lado*).

## La segunda bala (1915)

—Debe usted verla.

—No. No.

—Es una mujer muy desgraciada. Le han arrebatado en un instante a su marido y a su hijo; y ahora, además, se queda sin medios de subsistencia, a no ser que alguna feliz ocurrencia suya, alguna inspiración de su genio, nos muestre el modo de restablecer su derecho sobre la póliza anulada por suicidio.

Pero la sabia cabecita de Violet Strange prosiguió sus lentas sacudidas en señal de decidido rechazo.

—Lo siento —protestó—, pero dista mucho de ser mi especialidad. Soy demasiado joven para involucrarme en un asunto tan serio.

—No si puede salvar en nombre de una mujer desconsolada la única compensación posible que le deja el adverso destino.

—Deje que la policía se encargue del tema.

—No han tenido éxito con el caso.

—¿Y usted?

—Yo tampoco.

—Y espera usted...

—Sí, señorita Strange. Espero que encuentre la bala perdida que pruebe que fue un asesinato, y no un suicidio, lo que puso fin a la vida de George Hammond. Si no puede, entonces a su pobre viuda le aguarda un largo litigio que acabará, como suelen acabar esos litigios, a favor de la parte más fuerte. Esa es la alternativa. Si la viese aunque solo fuera una vez...

—Pero eso es lo que no estoy dispuesta a hacer. Si la viese aunque solo fuera una vez me doblegaría ante su infortunio e intentaría algo que en apariencia es imposible. Mi instinto me dicta que me niegue. Deme algo más fácil.

—Las cosas más fáciles no son tan lucrativas. En este caso hay dinero, si es que la compañía de seguros se ve obligada a pagar. Puedo ofrecerle...

—¿Qué?

Su tono traicionaba cierta ansiedad, a pesar de sus esfuerzos por aparentar despreocupación. Su interlocutor esbozó una imperceptible sonrisa, y dio la cifra sucintamente.

Era más de lo que la señorita Strange se esperaba. Su visitante lo advirtió por el modo en que sus pestañas cayeron y por la peculiar quietud que, durante un

momento, mantuvo su vivacidad en jaque.

—Y ¿cree usted que puedo ganar esa cantidad?

Tenía los ojos clavados en los de su jefe con un avidez tan sincera como incontenible.

Él apenas podía ocultar su asombro: su deseo era tan evidente y su causa tan difícil de entender... Sabía que necesitaba dinero; según la señorita Strange había confesado, aquella era la razón de que entrase en tan ingrato oficio. Pero ¿necesitarlo hasta ese punto! La miró; su atuendo era sencillo, pero muy caro (si quería saber cuánto, tendría que averiguarlo). Luego dirigió la vista a la habitación en la que estaban sentados. De nuevo simplicidad, pero la simplicidad del arte elevado; era el salón de visitas de alguien que poseía la riqueza suficiente como para permitirse el lujo de un gusto cultivado, a saber: elegancia sin ostentación y sometimiento de cada adorno, cuidadosamente escogido, al efecto general.

¿Qué le faltaba a aquella afortunada muchacha? ¿Por qué la hacía dudar aquella oferta, a pesar de que todo su ser se erizaba de repugnancia ante la tarea que le ofrecía? No era una pregunta nueva para él; pero nunca había oído respuesta alguna, y no era probable que la oyese en aquel momento. Sin embargo, lo que quedaba claro era que un asentimiento que él había creído que dependería del interés y la comprensión resultaba mucho más accesible a través de la promesa de un gran emolumento; y cedió a un sentimiento de secreto desengaño, al tiempo que reconocía lo valioso del descubrimiento.

Pero la satisfacción que le procuró, si es que puede hablarse de satisfacción, duró muy poco. Casi de inmediato observó un cambio en ella. La chispa que brillaba en aquellos ojos cuyas profundidades nunca había sido capaz de discernir se había disipado en algo parecido a una lágrima; la muchacha habló en aquel tono vigoroso que nadie excepto él había oído nunca, al decir:

—No. Es una buena suma de dinero, y me vendría bien; pero no pienso malgastar mi energía en un caso en el que no creo. Ese hombre se suicidó. Era especulador y probablemente tuviese buenas razones para hacer lo que hizo. Incluso su mujer reconoce que en los últimos tiempos había tenido más pérdidas que ganancias.

—Véala. Tiene algo que contarle que nunca salió en los periódicos.

—¿Qué me dice? ¿Está seguro?

—Se lo juro por mi honor, señorita Strange.

Violet vaciló; luego sucumbió de repente.

—Que venga entonces. Con puntualidad. La recibiré a las tres. Luego tengo que ir a tomar el té y hacer un par de llamadas.

Su visitante se puso en pie; había sido capaz de ocultar las señales de su extrema gratitud y acabó por adoptar un aire formal. La señorita Strange, por su parte, al despedir a un invitado se comportaba única y exclusivamente como una belleza de la alta sociedad. De eso se había dado cuenta.

El caso (famoso en su época) se presentaba, de la manera más resumida posible,

como sigue:

Una sofocante noche de septiembre, el incesante llanto de un niño en la casa contigua importunaba tanto a una joven pareja que vivía en uno de los grandes pisos de la parte alta de Manhattan que se levantaron, él a fumar y ella para sentarse en la ventana en busca de una posible ráfaga de aire fresco. Se estaban felicitando por la sabiduría que habían demostrado al renunciar a toda esperanza de sueño —pues el llanto del niño no había cesado— cuando (serían las dos de la madrugada o algo más tarde) de algún lugar cercano llegó la aguda y peculiar detonación de un disparo.

Él pensó que llegaba desde arriba; ella, desde atrás, y estaban mirándose en el indefenso asombro del momento, cuando se quedaron impresionados por el silencio. El bebé había dejado de llorar. Todo estaba en silencio tanto en el apartamento contiguo como en el propio; demasiado en silencio, en realidad. Se miraron con horror.

—¡Ha venido de allí! —susurró la esposa—. El señor o la señora Hammond deben de haber sufrido algún accidente, deberíamos ir...

Una voz que llegaba desde abajo interrumpió sus temblorosas palabras. Estaban en la ventana y, según parecía, los había visto un policía que pasaba por allí.

—¿Algún problema ahí arriba? —Lo oyeron gritar. El señor Saunders se asomó de inmediato.

—Todo bien por aquí —gritó. (Solo estaban a dos pisos de la acera)—. Pero no sé si en el piso de al lado también. Nos ha parecido oír un disparo. ¿No sería mejor que subiese, agente? Mi mujer está nerviosa. Lo esperaré en el rellano para llevarlo hasta allí.

El agente asintió y entró. La joven pareja se vistió a toda prisa y para cuando el policía apareció en su planta estaban listos para acompañarlo.

Mientras tanto, al parecer, no había ningún alboroto en el edificio, hasta que el policía tocó el timbre del apartamento de los Hammond. Entonces empezaron a oírse voces y puertas que se abrían, arriba y abajo; pero no la que se hallaba ante el policía.

Otro timbrado, esta vez más insistente; pero ninguna respuesta. El agente alzaba la mano por tercera vez cuando llegó un sonido de aleteo de detrás del tabique contra el que había colocado la oreja, y finalmente una voz ahogada que murmuraba palabras ininteligibles. Entonces una mano comenzó a luchar con el cerrojo, y la puerta se abrió con lentitud, dejando ver a una mujer envuelta a toda prisa en una bata y a todas luces poseída por el pánico.

—¡Ah! —exclamó al ver los rostros compasivos de sus vecinos—. ¡Así que ustedes también lo han oído! Un disparo de ahí... de la habitación de mi marido. No me he atrevido a entrar... Yo... Yo... Ay, tengan compasión y vayan a ver si está todo bien. Hay tanto silencio... Tanto silencio, y hace un momento el bebé estaba llorando. Señora Saunders, señora Saunders, ¿por qué hay tanto silencio?

Se había arrojado en brazos de su vecina. Había dejado caer sobre el costado la mano con la que había señalado una puerta; parecía estar al borde del desmayo.

El agente la contempló con severidad, mientras tomaba nota de su apariencia: parecía una mujer sacada de la cama a toda prisa.

—¿Dónde estaba usted? —preguntó—. No estaba con su esposo y su hijo, o sabría lo que ha ocurrido.

—Estaba durmiendo en el salón —se las arregló para balbucear—. No me encuentro bien... Yo... Ay, ¿por qué se quedan todos plantados sin hacer nada? Mi bebé está ahí dentro. ¡Entren! ¡Entren! —Y, con súbita energía, se enderezó como movida por un resorte, con los ojos como platos, llenos de ardor, y su menuda cara de rasgos agradables tan blanca como la prenda con la que se había tapado.

El agente no puso más objeciones. Al momento estaba forcejeando con la puerta hacia la que había señalado.

Estaba cerrada con pestillo.

Tras echarle otra mirada a la mujer, que se había agazapado hasta quedar prácticamente al ras del suelo, aporreó la puerta y le pidió al hombre de dentro que abriese.

No hubo respuesta alguna.

Se volvió de golpe para mirar de nuevo a la esposa.

—¿Dice usted que su marido está en esta habitación?

Ella asintió, y emitió un débil balbuceo:

—¡Y el niño!

El agente se giró de nuevo, escuchó y luego llamó al señor Saunders.

—Tendremos que forzar la puerta —dijo—. Empuje fuerte con el hombro. ¡Ahora!

Los goznes de la puerta crujieron; el cerrojo cedió (el agente en concreto pesaba doscientas setenta y cinco libras, según se supo al día siguiente), y un estrépito prolongado y tremendo dio fe del resto.

La señora Hammond prorrumpió en un grito ahogado; y, estirándose desde el suelo, donde se hallaba agazapada de terror, escrutó los rostros de los dos hombres, buscando alguna pista de lo que veían en aquel espacio débilmente iluminado.

Algo terrible, algo que hizo que el señor Saunders se volviese a toda prisa gritando:

—¡Llévatela! Llévatela a nuestro apartamento, Jennie. No debe ver...

¡No ver! El señor Saunders se dio cuenta de la futilidad de sus palabras cuando su mirada recayó en la joven mujer que se había alzado al verlo acercarse y que en aquel momento lo observaba muda, inmóvil, pero con tal mirada de terror que por primera vez entendió lo que significaba el sufrimiento humano.

Bajó la mirada. Si hubiese obedecido a su instinto habría salido huyendo de la casa antes que responder a la pregunta que le planteaban aquella mirada y la actitud de aquel cuerpo completamente helado.

Fue ella quien encontró al final la palabra que le puso voz a la angustia de ambos, quizá por piedad hacia el horror mudo de él, quizá por piedad hacia sí misma.

—¿Muerto?

No hubo respuesta. No hacía falta.

—¿Y mi bebé?

¡Oh, aquel grito! Agrió los corazones de todos los que lo oyeron. Sacudió las almas tanto de hombres como de mujeres, fuera y dentro del piso; luego todo quedó olvidado ante su enloquecido lance. La esposa y madre se había precipitado hacia la escena, y contemplaba junto al policía, conmovido, la desolación que había arrasado en un momento tanto su hogar como su corazón.

Allí estaban, no se podía hacer nada por ellos, ambos estaban muertos. El niño había muerto estrangulado por el peso del brazo de su padre, que yacía directamente sobre la pequeña garganta expuesta. Pero el padre había caído víctima del disparo que habían oído. Tenía sangre en el pecho y una pistola en la mano.

¡Suicidio! La horrible verdad quedaba patente. No era de extrañar que quisieran mantener a distancia a la joven viuda. Su vecina, la señora Saunders, entró de puntillas y rodeó con sus brazos a la mujer, que se balanceaba, al borde del desmayo; pero no había nada que decir, absolutamente nada.

Al menos eso pensaban. Cuando la vieron abalanzarse, no hacia su marido, sino hacia el niño, liberándolo del brazo que lo estrangulaba para abrazarlo y besarlo y llamar a gritos a un médico, el agente intentó intervenir, pero le faltó valor para hacerlo, a pesar de que sabía que el niño estaba muerto y que, de acuerdo con las normas de la oficina del juez de instrucción, no deberían moverlo antes de que este llegase. Y sin embargo, como no era posible convencer a ninguna madre de semejante cosa, la dejó sentarse con el bebé en el suelo y probar todos los trucos para revivirlo, mientras él daba instrucciones al portero y esperaba la llegada del médico y del juez de instrucción.

Allí seguía, sentada, destrozada, con los ojos como platos, alternativamente acariciando el cuerpecito y echándose hacia atrás para comprobar si había algún signo de vida en aquellos pequeños rasgos, cuando llegó el médico y, tras echarle una mirada al niño, lo arrancó con suavidad de sus brazos para colocarlo en la cuna de la que al parecer lo había sacado su padre no hacía mucho. Luego se giró hacia ella y la encontró de pie, sostenida por sus dos amigos. Había comprendido por qué el médico actuaba como lo hacía y aceptaba sin un solo quejido su destino. De hecho, parecía incapaz de decir o hacer nada más. Tenía la vista clavada en el cadáver de su marido, que parecía contemplar con atención por primera vez. ¿Había en su mirada tristeza o resentimiento por el papel que había desempeñado con tan poca intención en la muerte de su hijo? Era difícil de decir; y cuando, levantando con lentitud el dedo, señaló la pistola que su marido sujetaba con tanta fuerza en la otra mano extendida, nadie (y para entonces la habitación estaba llena) podía prever cuáles serían sus palabras cuando su lengua recuperó sus facultades y pudo hablar.

—¿Falta una bala? ¿Fue él quien disparó esa pistola? —Eso fue lo que dijo; una pregunta tan evidentemente fruto del delirio que nadie respondió a ella, lo cual

pareció sorprenderla, a pesar de que no dijo nada hasta que su mirada recorrió todas las paredes de la habitación, donde había una ventana abierta a la noche, con la hoja de abajo alzada por completo—. ¡Allí! ¡Miren allí! —gritó con tono imperioso y, levantando los brazos, se desplomó como un peso muerto en brazos de quienes la sujetaban.

Nadie comprendió; pero, como es natural, más de uno se apresuró a ir a la ventana. Ante ellos se extendía un espacio abierto. Allí estaban los campos que aún no habían sido divididos en solares para construir; pero no fue en eso en lo que se fijaron, sino en un sólido enrejado que, si bien no sujetaba planta trepadora alguna, formaba una verdadera escalera entre la ventana y el suelo.

¿Deseaba ella llamar la atención sobre ese hecho? ¿Expresaban sus palabras otra idea que no fuera la obvia, la del suicidio?

Si era así, ¡hasta qué extremos podía llegar la imaginación de una mujer! O eso parecían proclamar las miradas que se cruzaron, cuando para su asombro vieron que el agente, que hasta entonces había manifestado la mayor serenidad, cambiaba de posición y dirigía su mirada con un gruñido de sorpresa a una parte de la pared que solo se veía entre las cortinas a medio correr de la cama. El espejo allí colgado presentaba una fractura en forma de estrella, como la que sigue al impacto de una bala o de una piedra lanzada con fiereza.

—Hizo dos disparos. Uno se extravió; el otro fue directo a su objetivo.

Era el agente, dando su opinión.

El señor Saunders, que regresaba de la habitación alejada adonde había ayudado a llevar a la señora Hammond, echó una mirada al cristal destrozado y señaló con convicción:

—Yo solo oí uno; y estábamos despiertos, porque nos molestaba la pobre criatura. Jennie, ¿tú oíste más de un disparo? —preguntó, volviéndose a su mujer.

—No —respondió, pero no con la presteza que él había esperado—. Solo oí uno, pero no tenía el tono usual. Estoy acostumbrada a las pistolas —explicó, volviéndose al agente—. Mi padre era militar, y me enseñó muy pronto a cargar y disparar una pistola. El sonido de este disparo se prolongó; una especie de eco de él mismo siguió inmediatamente al silbido inicial. ¿No te diste cuenta, Warren?

—Recuerdo algo así —admitió su marido.

—Disparó dos veces, y rápido —interrumpió el policía, sentencioso—. Encontraremos una bala perdida detrás del espejo.

Pero cuando, tras la llegada del juez de instrucción, se investigó el espejo y la pared de detrás, no se encontró bala alguna, ni allí ni en ningún lugar de la habitación; solo en el pecho del difunto. Tampoco se había realizado más de un disparo con aquella pistola, como atestiguaban las cinco recámaras llenas. El caso, en apariencia tan simple, tenía sus misterios, pero la afirmación de la señora Saunders perdía peso y la prueba que ofrecía el espejo roto no bastaba para establecer sin lugar a dudas el hecho de que se hubiese disparado un segundo tiro en aquella habitación.



Sin embargo, era igualmente evidente que la munición que había penetrado en el pecho del difunto especulador no se había disparado tan de cerca como indicaba la pistola que le encontraron en la mano. No se distinguían marcas de pólvora en la chaqueta del pijama, ni debajo, sobre la piel. De aquel modo, la anomalía se enfrentaba a la anomalía, y dejaba solo una teoría más: que la bala que habían encontrado en el pecho del señor Hammond venía de la ventana y que la que él disparó salió por ella también. Pero eso implicaría que hubiese disparado desde un punto lejano al lugar donde lo encontraron; y su herida hacía difícil creer que pudiese recorrer mucha distancia, o alguna en absoluto, tras sufrirla.

No obstante, el juez de instrucción era concienzudo y perspicaz, y pidió que se llevase a cabo una rigurosa búsqueda en el suelo que había bajo dicha ventana; búsqueda a la cual se unió la policía, pero que no aportó resultado alguno, salvo el de atraer la atención de los vecinos y el de hacer circular el rumor de que se había visto a un hombre la noche antes cruzando los campos con mucha prisa. Pero como no se consiguieron más detalles y no había siquiera descripción del hombre, no se habría dado énfasis alguno a dicha historia si no se hubiese hecho público que, en cuanto llegó a oídos de la señora Hammond (¿por qué siempre hay alguien que difunde estas historias?), había salido del sopor que la invadía para exclamar a voz en cuello:

—¡Lo sabía! ¡Me lo esperaba! Ese desgraciado le disparó por la ventana. Claro que no se pegó un tiro. —Declaraciones violentas a las que siguió un lamento continuo—: ¡Ay, mi bebé! ¡Mi pobre bebé!

Esas palabras, pese a ser fruto del delirio, merecían cierta atención, o eso pensó el buen juez, y en cuanto se dio la oportunidad y estaba suficientemente cuerda y tranquila para responder a sus dudas, le preguntó a quién se refería con aquello de «ese desgraciado» y qué razones tenía, o creía tener, para atribuirle la muerte de su marido a cualquier otro motivo que no fuese su propio desapego de la vida.

Y entonces fue cuando las simpatías del juez, que en un principio la habían acompañado, comenzaron a flaquear. Respondió a la pregunta con una mirada fría a la que siguieron unas cuantas palabras ambiguas de las que no pudo sacar nada en claro. ¿Había dicho «desgraciado»? No lo recordaba. No debían dejarse influir por nada de lo que hubiese dicho bajo el influjo de la pena. Se había vuelto prácticamente loca. Pero de una cosa podían estar seguros: su marido no se había suicidado; le daba demasiado miedo la muerte para hacer algo así. Y además era demasiado feliz. No importaba lo que dijese la gente; amaba demasiado a su familia como para desear dejarla.

Ni el juez de instrucción ni ningún otro agente consiguió sonsacarle nada más. Incluso cuando le preguntaron, con cruel insistencia, cómo explicaba el hecho de que hubiesen encontrado al bebé en el suelo en lugar de en la cuna, su única respuesta fue:

—Su padre estaba intentando tranquilizarlo. El niño estaba llorando hasta desgañitarse, como ya ha oído de labios de aquellos a los que no dejaba dormir esa

noche, y mi marido lo tenía en brazos cuando se produjo el disparo que hizo que George cayese sobre el bebé.

—¿Iba con un bebé en brazos y una pistola cargada en la mano? —Fue la severa réplica.

No tenía respuesta para aquello. Cuando se le informó de que la bala extraída del cuerpo de su esposo correspondía exactamente a las que quedaban en las cinco recámaras de la pistola que le habían encontrado en la mano, admitió que su marido no solo poseía la pistola, sino que tenía la costumbre de dormir con ella bajo la almohada; pero nada más, aparte de eso; y su reticencia, además de sus modales fríos y desagradables, jugaron en su contra.

El jurado del juez de instrucción emitió un veredicto de suicidio, y la compañía de seguros, en la que el señor Hammond acababa de asegurarse por una gran suma, anunció su determinación de no pagar, apelando a la cláusula de suicidio presente en la póliza.

Eso era lo que Violet Strange y el público en general conocían de la situación el día en que su jefe le pidió que viese a la señora Hammond para enterarse de algo que cambiaría su opinión respecto a la justicia de aquel veredicto y de la actitud adoptada por la compañía de seguros Shuler Life.

El reloj que se hallaba en la repisa de la chimenea de la alcoba rosa de la señorita Strange había dado las tres, y Violet estaba mirando la puerta con cierta impaciencia, cuando se oyó un suave golpe en ella; la doncella (una mayor, no de las jóvenes) hizo pasar a la esperada visitante.

—¿Es usted la señora Hammond? —preguntó, con un asombro natural ante la negrísima figura que ofrecía tan profundo contraste con el rosa de la habitación nacarada.

La mujer respondió levantando lentamente el velo que ocultaba sus rasgos. Violet solo la había visto en los retratos de los periódicos.

—¿Es usted... la señorita Strange? —tartamudeó la visitante—. La joven dama que...

—Soy yo —trinó una voccecita tan sonora como dulce—; soy la persona que ha venido a ver. Y este es mi hogar. Pero eso no me hace perder el interés por los desdichados, ni el deseo de ayudarlos. Está claro que ha sufrido usted las dos mayores pérdidas que pueden acontecerle a una mujer, conozco su historia lo suficiente para decir eso; pero ¿qué tiene usted que contarme con el fin de no perder además sus posibles ingresos? Espero que sea algo vital, de otro modo no podré ayudarla; algo que debería haberle dicho al jurado del juez de instrucción, y no lo hizo.

El rubor que constituyó la única respuesta a dichas palabras no le restó refinamiento a la expresión de la joven viuda, sino que más bien se lo añadió; Violet lo contempló ir y venir, y, seriamente afectada (no sabía por qué, ya que la señora Hammond no había hecho ninguna otra súplica, ni con la mirada ni con los gestos),

adelantó una silla y le pidió a su visitante que se sentase.

—Aquí podemos conversar con total seguridad —dijo—. Cuando se sienta preparada para ello, cuénteme lo que tiene que comunicarme. No saldrá de aquí. No podría realizar este trabajo si tuviese la necesidad de tener un confidente.

—Pero es usted tan joven y tan... tan...

—Tan poco experimentada, iba a decir, y tan a las claras miembro de lo que los neoyorquinos llaman «sociedad». No le importe. Mi inexperiencia no durará demasiado y mis placeres sociales son más susceptibles de potenciar mi eficiencia que de socavarla.

Dicho esto, el rostro de Violet esbozó una sonrisa. No era la sonrisa brillante que uno veía en sus labios tan a menudo, pero había algo en ella que le dio ánimo a la viuda y la llevó a decir, con evidente ansiedad:

—¿Conoce los hechos?

—He leído todos los periódicos.

—No me creyeron en el estrado.

—Fueron sus modales...

—No podía evitarlo. Estaba ocultando algo y, al no estar acostumbrada a mentir, no podía actuar con naturalidad.

—¿Por qué ocultó algo? Cuando advirtió que su reticencia estaba causando una impresión desfavorable, ¿por qué no habló y contó su historia con franqueza?

—Porque estaba avergonzada. Porque pensaba que me haría más daño que guardar silencio. Ahora no lo creo; pero entonces sí. Y ese fue mi gran error. Debe recordar no solo la terrible conmoción de mi doble pérdida, sino el sentimiento de culpabilidad que lo acompañaba, pues mi marido y yo nos habíamos peleado aquella noche, nos habíamos peleado amargamente: por eso me había marchado a otra habitación, y no porque los horribles gritos del niño me hubiesen llenado de malestar e impaciencia.

—Como pensó la gente. —La señorita Strange hizo gala de una empatía casi cruel al pronunciar aquella frase—. ¿Desea usted explicar la pelea? ¿Cree que le hará algún bien a la causa adentrarse en ese tema conmigo?

—No lo sé; pero primero debo limpiarme la conciencia y después tratar de convencerla a usted de que, con o sin pelea, mi marido no se quitó la vida. No era de esos. Sentía un pánico a la muerte fuera de lo normal. No me gusta decirlo, pero era cobarde en el plano físico. Lo he visto palidecer al menor asomo de peligro. No podría haberse pegado la pistola al pecho más de lo que habría podido pegársela al pecho al bebé. Fue otra mano la que le disparó, señorita Strange. Recuerde la ventana abierta, el espejo hecho añicos; y creo saber qué mano fue.

Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho. Mostraba una emoción más parecida a una profunda vergüenza que a la tristeza.

—¿Cree saber quién fue? —Al decir esto, la voz de Violet descendió hasta hacerse un susurro. Lo que acababa de oír era una acusación de asesinato.

—Para gran aflicción mía, sí. Cuando el señor Hammond y yo nos casamos... — Ahora la viuda prosiguió en un tono más decidido—. Había otro hombre, uno muy violento, que incluso en la puerta de la iglesia juró que George y yo no viviríamos ni dos años juntos. Tenía razón. Nuestro segundo aniversario habría sido en noviembre.

—Pero...

—Déjeme que le diga esto: la pelea de la que le hablo no era lo suficientemente seria como para ocasionar un acto de desesperación tal por su parte. Tendría que estar loco para terminar con su vida por un desacuerdo tan leve. Ni siquiera se debía a la persona de la que acabo de hablar, a pesar de que la habíamos mencionado algo antes. El señor Hammond se había encontrado con él cara a cara aquella misma tarde en el metro. Hasta aquel momento ninguno de los dos había visto u oído hablar de esa persona desde el día de nuestra boda.

—¿Y cree usted que aquella persona a la que apenas mencionaron albergaba un rencor tan persistente como para buscar su domicilio, trepar con intención asesina por el enrejado que llevaba a su habitación y apuntar con la pistola a la figura sombría que era lo único que podía ver en la semipenumbra de un quemador de gas casi al mínimo?

—Un hombre a oscuras no necesita una luz brillante para ver a su enemigo cuando alberga la intención de vengarse.

La señorita Strange cambió de tono.

—¿Y su esposo? Debe usted reconocer que disparó la pistola, lo hiciese el otro o no.

—Fue en defensa propia. Dispararía para salvar su vida, o la del bebé.

—Entonces debió de ver o de oír...

—A un hombre en la ventana.

—¿Y habría disparado hacia allí?

—O lo habría intentado.

—¿Intentado?

—Sí; el otro disparó primero (he pensado en todas las posibilidades), lo cual provocó que la bala de mi marido se extraviase. Fue la que rompió el espejo.

Los ojos de Violet, brillantes como estrellas, se estrecharon de repente.

—¿Y qué ocurrió después? —preguntó—. ¿Por qué no encuentran la bala?

—Porque salió por la ventana; rebotó y salió por la ventana.

El tono de la señora Hammond era triunfante; su mirada revelaba energía e intensidad.

Violet la miró llena de compasión.

—¿Podría una bala que rebotase en un espejo, sin importar cómo estuviese colgado, alcanzar una ventana tan lejana, en el otro lado?

—No lo sé; solo sé que lo hizo. —Esa fue la respuesta: contradictoria, casi absurda.

—¿Cuál fue la causa de la pelea que ha mencionado entre su marido y usted?

Debo saber la verdad exacta y completa para poder ayudar.

—Tenía... Tenía que ver con los cuidados que yo le proporcionaba, o mejor dicho no le proporcionaba, al bebé. Es horrible tener que decirlo, pero George no creía que yo cumpliese con todos mis deberes en relación con el niño. Decía que no había necesidad de que llorase así; que si le diese la atención que necesitaba no tendría a los vecinos y a él mismo sin dormir la mitad de la noche. Y yo... Me enfadé e insistí en que hacía cuanto podía; le dije que era un niño llorón por naturaleza y que si no estaba satisfecho con mi modo de cuidarlo bien podía intentarlo él. Lo cual no estuvo nada bien y no fue nada razonable por mi parte, de lo cual da fe el terrible castigo que siguió.

—¿Y qué le hizo levantarse y salir de la habitación?

—El gruñido con el que me contestó. Cuando lo oí, salí de la cama de un salto y dije que me iba a dormir a la habitación libre; y que si el bebé lloraba, hiciese él lo que le pareciese conveniente para calmarlo.

—Y él ¿qué respondió?

—Solo esto (no se me olvidarán sus palabras mientras viva): «Si te vas, no esperes que te deje volver a entrar, ocurra lo que ocurra».

—¿Eso dijo?

—Y cerró la puerta con el pestillo tras de mí. Ya ve que no podía contar todo eso.

—Habría sido mejor que lo hubiese hecho. Se trataba de una pelea muy natural, incapaz de provocar tragedia alguna.

La señora Hammond guardó silencio. No era difícil ver que no se sentía demasiado apenada por su marido. Pero claro, no era un hombre que mereciese mucha estima; ni le llegaba a ella a la suela del zapato.

—No era usted feliz con él —aventuró Violet.

—No era una mujer plenamente satisfecha. Pero no le daba ningún motivo de queja, excepto lo que he mencionado. No era una madre muy inteligente. Pero si el bebé estuviese vivo... Ay, si estuviese vivo... Con qué atención lo cuidaría.

Se hallaba de pie, con los brazos levantados y el rostro inflamado de sentimiento. Violet la miró y dejó escapar un suspiro. Quizá lo provocase la situación, o quizá fuese consecuencia de un factor externo, pero, se debiese a lo que se debiese, marcó un cambio en su actitud. Sin pensar en la compasión, dijo con mucha suavidad:

—Ya no se puede hacer nada por el niño.

La madre se puso rígida, se balanceó y luego estalló en un llanto salvaje.

—Pero sí por mí —lloró—, sí por mí. Estoy desconsolada, abandonada. No tengo ni hogar en el que esconder mi pena ni perspectiva de tenerlo.

—Pero su marido le habrá dejado algo, ¿no? —interrumpió Violet—. No creo que esté usted en la ruina.

—Mi marido no dejó nada. —Fue la respuesta, murmurada sin amargura, pero con toda la dureza de los hechos—. Tenía deudas. Pagaré las deudas. Cuando liquide ese y otros gastos necesarios, no quedará demasiado. No escondía el hecho de que

vivía prácticamente al día. Por eso se decidió a hacerse un seguro de vida. Todos sus amigos saben de su falta de previsión. Yo... Ni siquiera tengo joyas. Solo cuento con mi determinación y con la absoluta convicción de la verdadera naturaleza de la muerte de mi marido.

—¿Cómo se llama el hombre que usted secretamente cree que disparó a su marido desde el enrejado?

La señora Hammond se lo reveló.

A Violet no le resultaba familiar. Así lo dijo y después preguntó:

—¿Qué más puede contarme sobre él?

—Nada, aparte de que es un hombre muy moreno y de que tiene un pie zopo.

—Ah, qué tremendo error ha cometido.

—¿Error? Sí, ya lo sé.

—Me refiero a no dar esta última información de inmediato a la policía. Se puede identificar a alguien por un defecto así. Hasta se pueden comprobar sus huellas. Podrían haberlo encontrado ese mismo día. Ahora ¿en qué podemos basarnos?

—Tiene usted razón, pero como no esperaba tener dificultades con el dinero del seguro pensé que sería generoso por mi parte guardar silencio. Además, todo esto no son más que sospechas por mi parte. Tengo la certeza de que a mi marido lo disparó una mano que no fue la suya, pero no veo la manera de probarlo. ¿Y usted?

Entonces Violet habló seriamente con ella y le explicó que su única esperanza residía en descubrir una segunda bala en la habitación que ya habían peinado con ese mismo fin sin obtener ni la sombra de un resultado.

Un té, una velada musical y una noche de baile arrastraron a Violet Strange a un torbellino durante el resto del día. No había ojos más brillantes ni humor más contagioso en dichas celebraciones, pero al pasar la medianoche nadie que la hubiese visto al resplandor de la luz eléctrica habría reconocido a aquella muchacha mimada por la fortuna en la grave figura que escrutaba las paredes, los techos y los suelos sentada en la oscuridad de un piso de la parte alta de la ciudad, a la débil luz de un quemador de gas al mínimo. Violet Strange era en sociedad una persona muy diferente de la Violet Strange sometida a la tensión de su trabajo secreto y peculiar.

Había dicho en casa que iba a pasar la noche con una amiga; pero solo su viejo cochero sabía quién era esa amiga. Por tanto, una sensación muy natural de culpa se mezclaba con sus emociones al verse sola en un escenario cuyo truculento misterio podría resolver solo identificándose con el lugar y el hombre que allí pereció.

Expulsó de su mente todo pensamiento sobre sí y se esforzó por pensar y actuar como él en la noche en que aquel hombre de escaso valor se encontró solo en la habitación con un niño quejoso.

A disgusto consigo mismo y con su mujer, y posiblemente con el niño que gritaba en la cuna, ¿qué sería capaz de hacer ante esta emergencia? Al principio, nada, pero si los gritos continuaban recordaría las viejas historias de padres que paseaban por la noche a bebés que no dejaban de llorar, y seguiría el ejemplo. Violet, en su ansiedad

por alcanzar sus pensamientos más profundos, cruzó hasta donde había estado la cuna y, tomándola como punto de partida, comenzó a pasear por la habitación en busca del lugar desde el cual una bala, si se produjese un disparo, rebotaría desde el espejo en dirección a la ventana. (No es que estuviese dispuesta a aceptar la teoría de la señora Hammond, sino que no quería descartarla sin ponerla a prueba).

Lo encontró en un punto inesperado de la habitación, mucho más cerca del cabecero de la cama que donde habían encontrado su cuerpo. Esto, que quizá pareciese complicar las cosas, servía, por el contrario, para eliminar una de las mayores dificultades del caso. Allí de pie, la pistola escondida bajo la almohada quedaba a su alcance, y si lo sobresaltaban, como su esposa creía que había ocurrido a causa de un ruido al otro extremo de la habitación, no tenía más que agacharse y buscar tras él para encontrarse armado, listo para enfrentarse con un posible intruso.

Imitando sus acciones, tanto aquella como otras, se agachó junto a la cama, y estaba a punto de retirar la mano de debajo de la almohada cuando una nueva sorpresa contuvo su movimiento y la dejó allí, fija en esa posición, con los ojos clavados en la pared contigua. Acababa de ver lo que él debía de haber visto al efectuar ese mismo giro —los oscuros barrotes de la ventana de enfrente, cuyo contorno se reflejaba en el espejo— y comprendió de inmediato lo que había ocurrido. Con el nerviosismo y el terror del momento, George Hammond había confundido el reflejo de la ventana con la ventana misma, y había disparado impulsivamente al hombre al que sin duda vio apuntándolo desde el enrejado. Pero, aunque aquello explicaba el espejo hecho trizas, ¿qué ocurría con la otra pregunta, aún más vital, de dónde había ido a parar la bala después? ¿Era el ángulo desde donde se había disparado lo bastante agudo como para que saliese por una ventana diagonalmente opuesta? No; aunque hubiese sujetado la pistola más cerca de lo que había razones para creer, el ángulo seguiría siendo lo bastante oblicuo para llevarla a la pared más alejada.

Pero en aquella pared no se había encontrado huella alguna del impacto. En consecuencia, la bala había debido consumir su fuerza antes de alcanzarla, y cuando cayó...

En ese momento, su mirada, que recorría el suelo con lentitud, se detuvo impetuosamente. Había alcanzado el punto donde se habían encontrado los dos cuerpos, y de forma inconsciente sus ojos permanecieron allí, evocando la imagen del padre cubierto de sangre y el hijo estrangulado. Qué lamentable y terrible era todo. Si pudiese comprender... De repente se puso en pie, con la mirada fija, inmóvil a la luz mortecina. ¿Se le habría ocurrido al fin la idea, la explicación, la única explicación que abarcaba todos los hechos?

Eso parecía; pues allí, de pie, la convicción empezó a apoderarse de sus rasgos y, junto con ella, muestras de un horror que, a pesar de los conocimientos que iba acumulando a toda prisa sobre la vida y sus posibilidades, la hicieron sentirse pequeña e indefensa.

Media hora más tarde, cuando la señora Hammond, angustiada ante la falta de noticias de la señorita Strange, abrió la puerta de la habitación, encontró en el alféizar la tarjeta de la joven detective, con unas palabras escritas a toda prisa:

No me encuentro tan bien como me gustaría; así pues, he telefoneado a mi cochero para que venga a buscarme. La veré o le escribiré dentro de unos cuantos días. Pero no se deje llevar por la esperanza. Le ruego que no se permita la menor esperanza; la resolución sigue siendo muy problemática.

Cuando el jefe de Violet entró en la oficina a la mañana siguiente se encontró a una figura velada que lo esperaba; de inmediato reconoció a su joven ayudante. La vio quitarse el velo con toda lentitud, y cuando acabó, lo asaltó una duda momentánea: ¿había sido buena idea darle un asunto así para investigarlo? Al verle la cara a Violet, demacrada y maltrecha, quedó convencido de haber cometido un error.

—Ha fracasado —dijo el jefe.

—Eso lo juzgará usted —respondió Violet; y, acercándose, le susurró al oído.

—¡No! —exclamó él, asombrado.

—Piense —murmuró ella—, piense. Solo de ese modo pueden explicarse todos los hechos.

—Lo comprobaré; tenga por seguro que lo comprobaré. —Fue su sincera respuesta—. Si tiene usted razón... Pero no importa. Váyase a casa y dese un paseo a caballo por el parque. Cuando tenga noticias al respecto la informaré. Hasta entonces, olvídense de todo. Escúcheme, le ordeno que se olvide de todo lo que no sean sus bailes y sus fiestas.

Y Violet le obedeció.

Unos días más tarde, apareció la siguiente noticia en todos los periódicos.

Debido al notable trabajo realizado por —&—, la famosa agencia de detectives privados, es probable que la demanda de la señora de George Hammond contra la compañía de seguros Shuler Life salga adelante sin necesidad de más litigio. Como nuestros lectores recordarán, la demandante había insistido desde el primer momento en que la bala que había causado la muerte de su marido venía de una pistola diferente de la que el cadáver tenía en la mano. Pero aunque no faltaban razones para fundamentar dicha suposición, la imposibilidad de descubrir algo más que una polémica huella de la segunda bala condujo a un veredicto de suicidio, y la compañía se negó a pagar.

Pero ahora se ha encontrado la bala. Y ¿dónde? En el lugar más sorprendente del mundo, a saber: en la laringe del niño que se halló muerto en el suelo junto a su padre, supuestamente estrangulado por el brazo de su padre. La teoría es, y



parece que no hay ninguna más, que el padre, al oír un ruido sospechoso en la ventana, dejó al niño al que intentaba calmar y se acercó a la cama para coger la pistola; después, confundiendo el reflejo del asesino con el asesino en sí, disparó en diagonal, en dirección al espejo, justo en el momento en el que el otro apretaba el gatillo, disparándole una bala al pecho. La trayectoria de una fue directa y fatal, la de la otra se desvió. Tras dar en el espejo siguiendo un ángulo oblicuo, la bala cayó al suelo, y el niño, que iba gateando, la recogió y se la metió en la boca con la mayor naturalidad. Quizá estuviese caliente; o quizá el niño se asustase ante algún movimiento compulsivo del padre, que, resulta evidente, empleó sus últimos esfuerzos en intentar alcanzar al niño; el caso es que, fuese cual fuese la causa, al boquear, la bala se le coló en la laringe y lo ahogó.

El hecho de que el brazo del padre, en su última lucha, cayese directamente encima de la garganta es una de esas anomalías que confunde la razón e induce a error a la justicia, deteniendo la investigación en el punto mismo en que reside la verdad y desaparece el misterio.

La señora Hammond puede felicitarse de que haya detectives que no dan excesivo crédito a las apariencias externas.

Esperamos oír hablar pronto de la captura del hombre que disparó con pulso certero la bala mortal.

# Notas

[1] *Canto del último trovador. Poema en seis cantos*, Barcelona, Juan Oliveres, 1843.  
Traducción de D. P. Piferrer. (N. de la T.). <<

[2] Probablemente se trate de «The Long Pack», de James Hogg. (*Nota de E. F. B*) <<

[3] Literalmente, «cortar el bastón». Tanto en el título del relato como en su oración final se juega con el doble sentido de la frase idiomática. La traducción, en ambos casos, se verá obligada a decantarse por uno de los dos sentidos del original. (*N. de la T.*) <<